

**José María Salcedo**

# **EL VUELO DE LA BALA**

**PERSONAJES • CRONICAS  
Y REPORTAJES • EL TROTAR  
DE LAS RATAS**

 **ARTE  
&  
COMUNICACION**

## NOTA DEL EDITOR

Este libro contiene la recopilación de parte de la obra periodística de José María Salcedo.

Ha sido dividido en tres partes. La primera, "Personajes", incluye entrevistas o semblanzas de famosos o desconocidos actores de la vida nacional y en algún caso latinoamericana o universal, como la entrevista al escritor argentino Ernesto Sábato.

La segunda parte, se ha titulado "Crónicas y Reportajes". En ella el autor, ofrece repetidas muestras de su característica combinación de la rigurosa investigación periodística con la aguda reflexión personal.

Y la tercera, comprende una selección de las columnas que. Con el título de "El Trotar de las Ratas", el autor publicara en el suplemento "El Caballo Rojo" de *El Diario de Marka*, entre 1980 y 1983.

En las secciones anteriores, el grueso del material recogido corresponde a la revista *Quehacer*, del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO) que, gentilmente, permitió la reproducción de los escritos del autor. Cronológicamente, "La República del Huallaga", es la última de estas notas, publicada en marzo de este año. La primera de ellas, una entrevista a Pablo Macera, apareció hace ya ocho años.

"En la casa de Balzac", fue publicada en la revista "Visión Peruana", en 1987. "Por la ruta de los Mártires" y "El otro lado del Viaje", fueron publicadas en "El Diario de Marka", en 1983.

Naturalmente, la selección no ha sido fácil. Tal vez, algunos de los lectores que hayan seguido al detalle la obra periodística de nuestro autor, extrañen ciertas notas. Pero la labor del editor y el compilador es, a veces, necesariamente ingrata.

Finalmente debo agradecer la generosa cooperación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC) y de su presidente, el ingeniero Carlos del Río, que ha hecho posible cada publicación.

Y la siempre acertada pluma de Antonio Cisneros, autor del magistral prologo que acompaña estas paginas.

Con este libro se echa a andar el sello editorial Arte y Comunicación, dirigido por el periodista y maestro grafico Alberto Escalante, que ha acompañado a José Maria Salcedo en tantas aventuras periodísticas.

Debo agradecer el privilegio de que se me haya encomendado este primer trabajo de compilación, que no hubiera sido posible sin la eficaz colaboración de Abel Herrera.

**Manuel Beteta**

Lima, Diciembre de 1989.

## PRÓLOGO

José María Salcedo es todo un personaje. A veces creo que lo conozco desde siempre. Poco hay en mi vida que no me lo recuerde. Primo de mis amigos, muchacho de mi barrio, compañero de pluma y linotipo en los tiempos de *Marka* y en el tiempo tan breve del diario *La Razón*, abogado, guionista, político, viajero, actor de candilejas y de cine, señor de la tertulia, hombre de bien, humorista sabio y disparatado, amigo mío.

Periodista por sobre todas las cosas, su amor no es un periódico de ayer. Desfacedor de entuertos, hace más de dos décadas que su prosa ilumina lo mejor de la prensa nacional.

*El vuelo de la bala* es una antología de crónicas, entrevistas y reportajes. Cesta que nos ofrece los buenos frutos de variada estación. Nada de lo humano (o lo divino) le es ajeno. Ojo zahorí, altas letras, se adueña de las almas y los mundos ajenos para convertirlos en bienes (o males) del común. *Chema* Salcedo se identifica y nos identifica con esa realidad que colma sus historias.

El viejo don Manuel, que vivió 102 años en aras del amor. La bruja Coty, con la que el mismo *Chema* fue iniciado. Pablo Gutiérrez, león de los Chorrillos. *El Seco*, esquintero de Barranco. Pablo Macera, profeta del ayer. El maestro Ernesto Sábalo. La matadora Lucha Fuentes. El poeta Paco Bendezú.

*Chema* no hace entrevistas a secas, *Chema* dialoga. Desde su ventana se ve la calle y también el corazón. Pases de torero, ironía, talento y la benevolencia debida a los sujetos de la misma especie. Humanos todos, al fin y al cabo.

Modesto en la manera es, sin embargo, un espíritu de cuerpo omnipresente. El destino del Perú no es un rollo en la pianola de Macera, sino su propia angustia. Comparte, de algún modo, los ritos de Brooke Shields, Stalin y la Virgen con Paco Bendezú. Por el tamiz de *Chema*, Lucha Fuentes habla de feminismo. Sábado de obreros metalúrgicos. Macera de fútbol. Todo vale.

Otros son sus viajes al fondo de la noche. El bravo peregrino de Uchuraccay, recogiendo los pasos de los hermanos muertos. El parroquiano de Ocona, uno más, en el mundillo de los mercaderes. El paciente del manicomio, otro más, en el claroscuro de los pabellones. Con Sendero en Lurigancho. Con los *narcos* en el Alto Huallaga. Y, más allá de los caldeados fondos, un viaje parisino por las habitaciones de Balzac, donde asoma la elegancia de Proust y desborda el humor.

“El Trotar de las ratas” es la última sección de este volumen. Suerte de diario semanal que tuve el privilegio de leer antes de las imprentas, en nuestros años del buen “Caballo Rojo”. Sin dejar de ser asunto público, mucho tienen las crónicas de fiesta personal. Los temas cotidianos o sus obsesiones ordenan una prosa reilona y hermosa.

Tierra de dudas y melancolías. Entregas amorosas, sin las que nada valen los altivos talentos en este mundo cruel.

Ahí los dejo, pues con las andanzas de don José María. Velas abiertas y el mejor de los vientos.

**Antonio Cisneros**

# **I PERSONAJES**

# 102 Años Después

## Don Manuel Salazar se viste de blanco

Este es el jirón Aguarico, remodelado gracias a las actividades de sus vecinos y del grupo juvenil Minka; pero las dos habitaciones que ocupa don Manuel Salazar Munguía ya no habrá tiempo de remodelarlas.

Son tan provisionales como antiguas. Desde 1940, Salazar vive ahí. Ahora, solamente como guardián de una rudimentaria playa de estacionamiento.

Estamos en la "sala" de esa suma de tablones y cortinas de plástico, con los muchachos de Minka que se esmeran en narrarnos el curriculum del hombre: nació en el ayacuchano pueblo de Curculla, formó allí clubes entre científicos y políticos; en Lima, le hizo un busto a Leguía; discursó en la plaza San Martín; se saludaron con José Carlos Mariátegui a las puertas de *La Prensa* entre dandy y provinciano, tertuliaban en el Palais Concert.

Y hace diez años tuvo que declararse en huelga de hambre cuando el Municipio quiso desalojarlo de esta casa que más bien parece un monumento histórico al implacable deterioro. Hace diez años y hoy —1984— don Salazar está cumpliendo ciento dos años de edad.

No hay hijos ni nietos que lo rodeen. En su reemplazo, el grupo Minka y los vecinos le han preparado un homenaje que será a pocos metros más allá, en un tercer piso a medio construir que ya se anima con salsas de pick-up.

Pero, en este momento y en el cuarto del fondo, sentado en un camastro de sábanas irreconocibles don Salazar se afana con un terno blanco, una camisa parda y una corbata ancha y de fantasía. Como esperándolo, dos zapatos también blancos —que ya han perdido el recuerdo de sus recorridos por el jirón de La Unión— han juntado levemente sus puntas. Una Sarita como de barquillo se apretuja en una bolsa de plástico, grisáceo por el polvo de nunca acabar.

La Sarita cuelga de un clavo viejo en este rincón del corralón.

**¿De qué época es el sombrero ese?**

Ese es del año cuarenta, del treinta, del veinticinco, del centenario...

La bolsa de la Sarita crepita mientras don Manuel Salazar Munguía desenreda el sombrero. La etiqueta dice: "Rosinelli & Figli, societa anónima Signa, Italia. Casa Mujica. Mercaderes 493, Lima".

Así es, así es. Es mandada traer de Italia. De Italia. Y cuando uno pasaba por donde una damita en el Jirón de la Unión...

**¿Usted tenía éxito con las chicas del Jirón de la Unión?**

Cómo no. Yo siempre paraba ahí, ese era mi paradero. De cuatro a ocho paraba en el Jirón de la Unión. Y sabía perfectamente la hora en la que se movía la gente de clase, la aristocracia limeña. En esa época a las limeñas se les notaba gracia, salero y un modo

especial de andar. Y otra cosa: la dignificación de la moda, la exaltación de los colores y las telas. Ahora las limeñas son destartaladas, desalmadas, yo no sé adonde tiran; chompitas, pantalones cualquiera, ya no hay don. Pero qué se va a hacer. Uno tiene que acostumbrarse y someterse a eso...

### **¿Qué es lo bueno del pasado?**

Lo bueno es que había más tranquilidad, más serenidad, más aprecio, más sentimiento, más romanticismo, más cariño, más amor, más política, más armonía. Una cosa armoniosa, dulce, sentimental, sensacional. Y otra música...

### **¿Qué música?**

Música para contemplar, para pensar, para sugestionarse y música para llorar. Sí. Si era posible, música para llorar.

### **¿Usted lloraba con esa música?**

Cómo no. Cuando tocaba la "Tosca", cuando uno sabía que desaparecía para siempre un digno amor, digno amor que tanto se había sentido y que en ese momento iba a desaparecer, se me iba a ir y se me iba a desaparecer y ella se iba a suicidar. No sé por qué asuntos, pero ella se iba a suicidar. ¿Cómo no iba a llorar usted? Claro, era también otra juventud. Una juventud que tenía charlas de té y de café, una juventud que se reunía a comer bizcotelas. Juventud con elegancia, juventud de bastón con incrustaciones de oro y plata, juventud con otro estilo en el andar, juventud que hablaba el castellano de Cervantes Saavedra, juventud versada, porque en ese tiempo había que ser versado para saber enamorar. Ya no es así. No, ya no es así. Y es que, cuando uno declina, hay que soportar lo que le viene encima.

### **¿Usted cree que ha vivido mucho o que ha vivido poco?**

Bueno... he vivido mucho. Pero entre lo mucho que he vivido, hay momentos en que me parece que he vivido poco. Y eso es cuando las linduras le ponen el biombo a un futuro peor.

### **¿Por qué ha vivido tanto usted?**

Porque de entre varias vidas, escogí la mejor. La vida de ilusiones, de fantasmagorías, de imaginación, de amor.

### **¿Cuándo se enamoró usted?**

Cuando estaba muy muchacho era cobarde, nervioso y temeroso. Era pensionista de un señor francés. Y el señor francés tenía una hija muy bonita. Y el catorce de julio, el día de Francia, se hizo una fiesta en el Palacio de la Exposición. La niña francesa era linda, delicadísima, con qué expresión, vestida como estaba como una rosa rosada. Yo no sabía bailar pero la misma música me fue enseñando y yo la saqué a bailar. Sí, cómo voy a olvidarme que la misma música me fue enseñando a bailar: la-la-laraüälá; la-la-laraüälá; lalarila-lila, lila-lala-rila-lüa, la. ¡El concierto, el concierto! ¡El concierto era francés! ¡De París, del mismo París! ¡Recién llegado de París!

### **¿Qué conversaron durante el baile?**

Yo le dije que conocía a su papá, que siempre iba a almorzar y comer donde su papá. Y después le conté que había habido un concurso de comilonas en el que había participado un cocinero francés. El cocinero francés era el mejor y había recogido piedrecitas de la playa, las había decorado muy bien y las había presentado como a la milanesa, con unas salsas riquísimas. Total que el jurado tuvo que chuparse las piedras.

### **¿Y ella qué le comentó?**

Se rió y comenzó la confianza. Y a partir de entonces, aunque estaba siempre muy vigilada, ya yo la miraba cuando pasaba para la misa o el colegio. Tendría catorce años y, aunque la miraba, sólo de lejos la podía saludar. . .

### **¿Nunca se le declaró?**

No. Lo más que le dije fue: tiene usted mucha simpatía. Y ella respondió: correspondido, joven. Correspondido, joven, nada más. Y yo no añadí nada, porque era muy nervioso. Nervioso no, cobarde: ésa es la palabra.

La verdad, don Manuel Salazar podía argüir algunos motivos. Había conocido el calabozo por un asunto de amores, pero de amores de otro, no de él.

La novia de un amigo se permitió dirigirle la palabra en pleno Jirón de la Unión. Días después, el amigo lo interpeló en la calle. El jirón de la Lima rumorosa y silente se llenó de improperios, llegó el gendarme y el más tímido pagó. Durmió en la comisaría.

Pretensión o lo que fuera, Leguía intentaba convertir a Lima en una ciudad elegante, de voces y andares pausados.

El mismo Leguía al que, poco después, don Manuel perennizó en un busto que debe haberse sumergido con las decadencias del oncenio. El día que se inauguró, hubo vino importado, discurso del canciller, fotografías de *Mundial* y *Variedades*, varios discursos del joven Salazar.

Quisieron mandarlo a estudiar escultura a Europa, pero... Más bien contribuyó al embellecimiento del propio Palacio de Gobierno.

¿Cómo fabricar en Lima los azulejos que se necesitaban? Cómo obtener las exóticas terracotas indispensables para los lujos presidenciales?

Salazar dio la fórmula: cada alcalde distrital debía enviar muestras de sus tierras. El sótano de Palacio se inundó del humus nacional cajamarquino, puneño, o chalaco, de donde fuera. Y hubo losetas a la altura del benefactor de la patria, del hombre que gobernaría el Perú por toda una eternidad.

Pero ahora que don Manuel Salazar abandona su casa de Breña rumbo a la fiesta de su cumpleaños, no hay más eternidad que la de sus propios recuerdos. Hojea unas cuartillas añosas y allí leemos de la fundación de la "Juventud Liberal de Curculla", el 16 de marzo de 1916.

Es un acta de mecanografía apretada y ahorrativa. Los jóvenes liberales acordaron "instalar las mesas redondas de análisis de grandes ideales". Hay citas de Ortega y Gasset y "recopilaciones de los hombres sabios".

Don Manuel señala una cita que le parece singularmente significativa: "Un sabio chino antes de Jesucristo Chau Nang Tao, así hablaba a personajes simbólicos. Uno de los de la reunión se llamaba dios del mar. El exclamó: cómo podré hablar del mar con la rana si no ha salido de su charco; cómo podré hablar del hielo con el pájaro del estío o del calor, si está retenido en su estación; cómo podré hablar con el sabio acerca de la vida si es prisionero de su sabiduría".

"Así es, así es", ha murmurado Salazar y se ha ajustado la ancha corbata. Ya está lista y ahora sube las empinadas escaleras que le conducen a este segundo piso del Jirón Independencia.

Ingresa entre aplausos, en medio de un pick-up ensordecedor. A un costado, se alinean fuentes de panes con atún, papa a la huancaína y arroz con pollo. En el suelo, bakelitas moradas encajonan cervezas a medio enfriar.

Don Manuel se sienta solitariamente y es una especie de emperador severo en medio de chiquillos que le revolotean con un poco de malicia y otro poco de curiosidad. Algunos de los homenajeadores se han adelantado: reverencias cerveceras los inclinan ante don Manuel.

Luego, llega un conjunto de sicuris de barrio y más tarde dos vecinos ilustres: el senador Ledesma Izquieta y el alcalde Galván.

Discurrirán antes que el joven representante del grupo Minka: para él, todo esto es un homenaje al pueblo peruano que ha producido un longevo en medio de tanta mortalidad prematura, tanto subdesarrollo y tanta desnutrición.

Y luego, como si la ya franca confusión cervecera fuese una plaza pública, más que de festejantes de barrio de académicos paseantes, don Manuel Salazar Munguía lanza una larga oración llamando a la fraternidad universal.

Aplausos quieren interrumpirlo, pero él prosigue. La mano izquierda se eleva, la derecha empuña el micro sin la menor vacilación.

Un chiquillo se acerca a nuestra grabadora:

Yo lo conozco al señor. Lo he visto con su balde por la barriada, cargando agua para su casa.

**¿Y tú sabes qué edad tiene?**

Sí. Ciento dos.

**¿Y por qué crees que ha vivido tanto?**

No sé. Será por bueno.

**¿Qué edad tienes tú?**

Doce.

**¿Y vas a vivir hasta los ciento dos?**

No, no quiero. Porque yo no voy a ser bueno.

Los discursos acaban. Y ahora, dice una voz, todos a bailar. En lugar de la orquesta francesa, una madre del barrio —una de las señoras que ha preparado los sándwiches de atún- le extiende la mano a don Manuel Salazar.

Es una chicha entre bullanguera y melancólica. Don Manuel va dando unos pasitos delicados y, al final, con una solemne reverencia, se vuelve a sentar..

No hay ningún cansancio ni ninguna inquietud.

**Don Manuel, ¿qué le parece esta música?**

Don Manuel afirma lentamente con la cabeza, pierde un poco la mirada y responde:

¡Aaah...!

## **Yo solito me intoxico**

### **Aventuras pasteleras**

La tarde empieza a enfriarse, mientras sudorosos atletas circunvalan el parque Confraternidad de Barranco.

Estamos buscando un *hueco*, un lugar donde pueda comprarse algún paquete de PBC.

Nos han dicho que dos cuadras después, una vez que hayamos dejado atrás a estos esforzados corredores, que nos hayamos alejado levemente de la derrotada lagunita que alguna vez fue paseo obligado de los visitantes del zoológico, casi cualquier esquina puede convertirse en ocasional mercado pastelero.

Hace poco hubo por aquí una redada policial, de las que se repiten periódicamente, presión mediante de irritados vecinos o indiscutible —y también periódica— "disposición superior".

#### **"No hay, compadre"**

Pero, también aseguran, los paqueteros vuelven a aparecer. Sobre el jirón Bolognesi, tres jóvenes posan un talón sobre un murito de vecindad. Altas y tradicionales construcciones de adobe —de esa época en que Barranco era señuelo de discreta aristocracia— se intercá.an con chalecitos de empleados ahorrativamente construidos en los años cincuenta. El grupo parece detenernos, entre ellos intercalan sonrisas maliciosas, miradas de inteligencia.

"No hay, compadre", dice el más alto. Han terminado el colegio el año pasado, quisieron prepararse para la universidad y en el camino se encontraron con que era necesario "recursear" para vivir. Uno de ellos ya había comenzado en cuarto de media: pases de menor cuantía ntre sus propios compañeros de clase.

"No hay", repiten. Y añaden: "Por favor, no hagan luz".

Mal dato, mal día o mala suerte, nos vemos obligados a alejarnos con un poco de alivio y otro de desconcierto.

Atravesamos entonces la Panamericana, orillamos la desembocadura barranquina de la Vía Expresa y llegamos a las callejuelas que parecen una suerte de concentración de talleres de reparación de automóviles.

Hay allí múltiples callejones estrechos y sombreados.

A la entrada de uno, un joven zambo parece vigilar. Estamos a unos cincuenta metros, quién sabe si discretamente guarecidos tras unas carretillas de verduleros ambulantes.

De pronto, un alto ciclista empieza a merodear el callejón. Indudablemente, el ciclista no es de ahí. Vendrá de zonas más blancas de Barranco o tal vez si hasta del

propio Miraflores. Un segundo basta para que el hombre desmonte: el zambo le ha dado la espalda y él se ha internado en el callejón. Poco después, retoma la bicicleta y se pierde por la esquina opuesta a la que nosotros nos encontramos. Más tarde será un Toyota último modelo y luego un taxi descuidado. En ambos casos, ocupantes y zambo han intercambiado leves manotones por las ventanillas. Sí, no hay duda: esto es "trueque", compra-venta paquetera, comercio de PBC.

Escrúpulos y temores se intercambian durante mi corto recorrido hacia la entrada del callejón. Me aproximo, me enfrento casi con el zambito y le descubro un rostro más bien apacible, esos rasgos de aplomo perceptibles de primera impresión.

"¿Cuánto quiere?", me pregunta. "¿A cómo?"

"Cinco por paco. Es buena, ah".

Convengo el precio: es la tarifa promedio en esta zona de la capital. Lo sigo entonces hasta el interior del callejón que nadie, en ese momento, pareciera habitar.

Casi me ordena: "pruebe nomás".

Rápidamente ha extraído un "paco" del bolsillo izquierdo de su casaca deportiva. El paquetito está cuidadosamente dobleteado, ocupa apenas una discreta porción de la palma de su mano.

Yo dudo, pero él insiste: "pruebe nomás". Entonces abre la envoltura, estira levemente los bordes del paquetito y me muestra la porción blancuzca y rectangular.

Hay que decidirse, seamos compradores verosímiles de una buena vez. Me paso el índice por los labios, y el dedo, ligeramente mojado, descansa después sobre el polvillo rectangular. Luego lo coloco en la lengua y sí, efectivamente, siento ese ligero adormecimiento que los catadores distinguen como síntoma de buena o al menos aceptable calidad.

Mientras él comenta "¿no le dije?", le alargo unos billetes azules, más o menos adecuados a mi apariencia de comprador de relativa importancia.

Luego lo convenzo para una cita nocturna en algún bar de las intermediaciones. "¿Quiere más?", dice, y experimenta una fuerte ansiedad.

"Más tarde, más tarde", le respondo, y abandono el callejón. Me alejo, sintiéndome observado.

Mi observador ha sido un nuevo ciclista.

Se le acerca el zambo y algo conversan, pero el vendedor no parece darle importancia.

Luego, el ciclista parece seguirme, mientras yo me alejo lentamente del lugar. A diferencia del primero, éste pedalea un aparato de ruedas gruesas y pequeñas pero de asiento empinado.

Flaquísimo, viste sólo un polo descolorido a pesar de un frío que ya arrecia francamente. Su lento pedaleo no se condice con los movimientos de sus brazos, inquietos y en permanente convulsión. Ojos abombados y enormes, siento que me sonrío con una chispa de ingenio y simpatía.

*El Seco*

Me mira, lo miro. "Oye flaco, ¿no quieres tomarte una cerveza?" "¿Por qué no?", me responde. Así conocí a *El Seco*, fumón, parlero inveterado, experto laqueador de automóviles, ciudadano del Perú.

Hemos entrado a una canchita de piso de tierra y pizarrines con ofertas de sandwiches de chicharrón y menú económicamente inverosímil. Estamos a pocos metros del "Callejón de los Intocables", emporio pastelero al que la policía suele entrar adecuadamente reforzada.

*El Seco* es un típico exponente de eso que los expertos denominan la "subcultura de la PBC". La "subcultura" ha desarrollado una terminología especial emparentada a los rituales del consumo pastelero y a la jerga del hampa limeña de los años setenta. Es, en el fondo, un recurso de identidad de los pequeños comerciantes y consumidores de la droga. Si alguien, con razón, puede decir que la drogadicción o la fármaco-dependencia avanzada generan una suerte de disolución de la personalidad, no es menos cierto que el consumo constituye también una forma de socialización, una forma de pertenecer a un "otro mundo", atravesado, sin embargo, por las leyes económicas que rigen al "mundo oficial".

En fin, *El Seco* mira la cámara del *Chino* Domínguez y nos sorprende con una exigencia: "quiero que me retraten bien, nada de taparme la cara. Quiero salir bien, para que todo el mundo vea lo que soy. Total, yo soy malogradazo, fumo a forro, me voy a seguir intoxicando así que me vean bien, quiero salir bien manyado".

Pero no hay amargura en su expresión. Quizás sí, algo de resignación y algo también de una suerte de infantil alegría del que quiere convertirse en héroe de sus propios sueños.

*El Seco* ha cumplido los veintidós años de edad, sigue temblequeando los brazos en esta mesa descascarada, sonrío abiertamente y no necesita esperar preguntas para hablar, aunque a todo responderá con absoluta rapidez, sin el menor asomo de duda.

Nació en Surquillo, tiene hermanos mayores, su padre pronto abandonó el hogar y ahora su padrastro le ha enseñado un oficio: laqueador de automóviles. Naturalmente, trabaja esporádicamente y la mayor parte de sus ingresos los dedica a la adquisición de la pasta pero señala "también le rompo la mano a mi vieja, porque si no se la rompo, me tira la toalla".

Comenzó a los dieciséis años de edad y lo inició un amigo surquillano: "En esa época, tres o cuatro patas salíamos de una fiesta y cogoteábamos parejas. Yo lo agarraba del cuello al hombre y los otros cuadraban a la hembra. Todo lo que sacábamos lo invertíamos en trago y pastita".

Luego se hizo vendedor. ¿Sus clientes? Al principio, muchachos como él, luego gente de todas las edades. Recuerda con especial simpatía a los empleados bancarios y especial odio "a los rayas". "Los rayas venían con cinco lucas y querían que les diera más de diez paquetes. Había que darles o mancabas".

Dos o tres veces conoció el albergue de menores. Escarmentara o no, fue dejando el comercio para convertirse —simple y terriblemente— en un habitual consumidor. Eso sí, de sus épocas de traficante destaca una suerte de orgullo profesional: "nunca he metido bomba a mis clientes. Si son mis clientes ¿cómo les voy a meter bomba? Me maleo yo mismo y ya no me vienen a comprar".

"Acá a la vuelta —comenta— hay seis vendedores fijos. Cada uno se venderá setecientos mil soles diarios. Algunos pasan de un palo. Si uno nomás a veces compra

cuarenta o cincuenta lucas en un día, imagínate, pues, cómo será. Y es bastante la gente que viene. Sobre todo los fines de semana, cuando los pitucos traen bastante plata y esto se llena de cañas y de gente y parece el Jirón de la Unión".

### **"Solito me intoxicico"**

Luego, *El Seco* explica, con su propio ejemplo, los ya clásicos síntomas de la farmacodependencia avanzada. "Claro pues —dice—, claro que tengo manía persecutoria, pero así es el vicio. Eso sí, yo fumo solo, yo mismo soy. Hay otros que fuman en compañía, pero yo no. Solito me intoxicico".

Claro, hay otras cosas de la vida que también le gustan, aunque siempre subordinadas a la PBC.

*El Seco* ha contemplado levemente su vaso de cerveza y ha adquirido ahora una cierta seriedad: "Tengo mi jermu en Surquillo, bien simpática. Me recomienda que deje el vicio, a cada rato me para recomendando. Pero si no fumo, la cagada, aunque al que está duro no se le para. Eso es bravo, pero qué se va a hacer. A mí hasta me la han chupado y cuando uno cree que ya está la vaina, nada, se muere la rata".

"Bueno, sí me gustaría, por qué no, dejar de fumar. Pero ¿qué saben los doctores?, ¿qué cosa es eso de la rehabilitación? Yo tenía un pata. Lo internaron. 'Le ponían la pasta delante' y cuando el hombre se iba a mandar, trac, le zampaban el electroshock. Ahí está mi pata. Véanlo por la calle y yo estoy mucho mejor, son cojudeces".

"A mí no me van a venir con cojudeces. Yo soy criollo, paro con gente pendeja. He parado con saracas de más de treinta años, he sido agrandado desde chico. Antes he jugado en el Defensor Velarde de Surquillo. He ido a misa antes, pero un día me fui a confesar y el padre me mandó como ciento veinte credos, vaya a la mierda. De ahí ya no regresé. Pero eso sí, donde Sarita Colonia siempre voy. Sarita es causa, le llevo flores".

¿Que qué le pido? ¡Qué le voy a pedir, pues!: ¡Sarita, cien gramos! ¡Sarita, cien gramos! Sí, a veces me acabo cien gramos en un solo día".

### **"Que salga mi jeta"**

Y, entonces, *El Seco* vuelve a sonreír. Es muy difícil no sentir simpatía por este muchacho despierto y comunicativo cuando mira al fotógrafo y le dice: "que salga mi jeta para que se den cuenta cómo es el vicio, qué tanta huevada, pues".

Luego extrae un paquetito, toma un cigarrillo de los que nosotros hemos estado fumando y comenta: "este tabaco es rubio, ¿no? El "Latino" es mejor, se siente más el sabor". A continuación, ofrece una demostración práctica de la preparación de un tabacazo. Sus dedos vuelan: extrae parte del tabaco; el cigarrillo se convierte en un tubo por el que absorbe parte del paquete de PBC. Enrosca la punta de papel y el tabacazo va a la oreja.

Pero la espera, agujoneada por el consumo del alcohol, ya se le hace insoportable. Monta en su bicicleta, despega levemente el filtro, introduce un parte de fósforos y luego,

con otro de ellos encendido, roza el cuerpo del cigarro. El cigarro se ennegrece, ya está petroleado.

Viene inmediatamente una profunda, ansiosa, desesperada aspiración.

*El Seco* ha vuelto a sonreír, pero ya está empezando a mirar nerviosamente hacia todos lados. Estamos en una calle lateral y varios transeúntes han visto, con indiferencia, esa aspiración agónica, mientras se repiten las fotografías.

"¿Que qué le diría a la juventud?", medita *El Seco*. "¡Qué le voy a decir, pues! Que fumen a forro, antes de que llegue el año dos mil. ¿Por qué antes del año dos mil? Porque como están las cosas en el Perú, el año dos mil cada paco va a estar costando doscientos mil soles". Y se ha alejado pedaleando lentamente pero con la cabeza rapidísima, volteando, buscando en toda dirección.

Media hora después, el paquetero del callejón sí acudió a la cita.

### **"Por las puras no converso"**

"Más que por necesidad estoy en esto para ayudar a la mamá de un amigo", parece mentir el hombre frente a un café aguado y un plato de tallarines con pollo, en una cantina cercana al cine Balta.

Insistirá durante toda nuestra conversación en que él es un mecánico tornero, de trabajo fijo, que entró a los pacos cuando cumplía servicio militar y más que nada para ayudar a una viuda, madre de un compañero. La viuda recibía las bolsas de plástico con la PBC y organizaba los pacos que entregaba a varios vendedores.

Su récord —memorable récord— fue una tarde en que llegó a vender veinte millones de soles. ¿Problemas con la policía? Jamás. ¿La razón? "Los que tienen problemas son los bomberos, los que hacen bomba, los que agarran tiza, la disuelven y se la dan a un angustiado que está palteado y no se da cuenta. Ese arma laberinto y caen los tiras o la Guardia Civil. Entonces, si uno no lleva plata, va adentro. Pero en la mayoría de los casos se arregla por veinte o treinta locos en el mismo patrullero. De todas maneras, puede ser que la cosa sea grande y eso ya es cuestión de varios palos. Entonces ya hay que arreglar con el mismo comisario".

La PBC que reparte este hombre proviene de los celebres Barracones del Callao. De ahí sale en bolsas de plástico hacia los distintos distribuidores que, como en el caso de su proveedora, la convierten en pacos de cinco mil soles cada uno. El obtiene mil soles de utilidad por cada paco o paquete vendido. "El noventa por ciento de los vendedores —señala— no son del barrio. Yo vengo por acá sólo tres veces por semana, para que no me manyen".

"¿Qué me pasó la primera vez? Sentía un poco de temor. Mi familia no sabe nada, porque para ellos esto es algo bajo. Sí, a veces me jode pensar que lo que yo vendo le hace daño a la gente. Pero como está la vida, algunos están desesperados, y mal que bien se tienen que recurrir".

Y antes de levantarnos de la mesa, el hombre, casi con timidez, me pidió cinco mil soles. Cuando se los introdujo al bolsillo comentó: "Así es maestro, porque uno, por las puras, no va a conversar".

## **Erotismo y Terrorismo**

**Los domingos, Pablo Macera suele jugar "Estrategia" con parientes y amigos. El domingo que se realizó esta entrevista. Macera acababa de hacerlo. Y, según se dijo, ganó.**

**Esta entrevista se realizó en la casa del profeta-historiador en medio de visitantes que, aunque habituales, nunca dejarán de sorprenderse de las respuestas de Macera. Pero la entrevista fue también en medio de la presencia discreta de sus cuadros cusqueños, sus baúles apergaminados y sus alacenas ingenua e históricamente pintadas de paisajes serranos. Se pactó una hora de entrevista, pero sin duda, duró más. No hubo tema específico, ni esquemas prefabricados. No hubo tampoco respuestas diplomáticas, ni frases evasivas.**

**Esta entrevista fue sobre todo. Pero, sobre todo, fue sobre Macera, sobre la forma de ver las cosas que tiene Pablo Macera. Esta forma de ver las cosas puede desconcertar, tal vez agredir, siempre sorprender y —con no poca frecuencia— conmover.**

**Pero basta de preámbulos y circunloquios. Simplemente, señores lectores, abróchense los cinturones. Macera va a hablar.**

**¿A qué se debe la celebridad de Macera según Macera? Hay un fenómeno: el de la importancia que Macera tiene para determinados círculos y, más allá, la importancia que tiene a nivel social. Una opinión de Macera, hoy día, es importante en el Perú. Lanzo la siguiente hipótesis: esto es así porque el Perú es un país necesitado de profetas en una situación de crisis; y Macera cumple este rol en este momento. ¿Qué opina Macera sobre esto?**

Bueno, que creo que en parte es cierto, pero que no es solamente una necesidad peruana sino de todas las sociedades en la medida en que, mientras nosotros, es decir, la especie humana, hemos desarrollado cierta capacidad de previsión sobre fenómenos naturales, no hemos llenado el vacío dejado por los brujos, por los astrólogos y la capacidad de futurización social es mucho más limitada. De tal modo que ya no se "plantea" el problema de en qué medida estás tú o no estás a la altura de la respectiva necesidad sino que se produce una demanda social que yo y otros más llenamos sucesiva o simultáneamente. Esta sería una primera aproximación objetiva. Y luego, que yo estoy cada vez más convencido que en vez de una conexión entre dos circunstancias, o una

persona y una determinada función, tenemos que trabajar el modelo de las coincidencias de factores.

Alguna vez dije que en cada promoción o en cada cierto periodo que se estaría por determinar, ciertas personas tienen que cumplir determinados tipos de roles. Con esto quiero decir que en el futuro inmediato es muy probable que estos roles que me han sido asignados y que yo he asumido, empiecen a ser cumplidos por otras personas, y de hecho sospecho que va a haber una presión, una presión de clase, de promoción y de edad por sustituirme, una presión que va a coincidir, además, con mi propio deseo.

**¿Esto significa que Macera acepta este rol un poco por un deber ético o social. . . ?**

Hay un componente gravísimo de autocomplacencia que uno tiene que ir eliminando y una de las formas de exorcizarlo es confesarlo. Pero yo confieso que muchas más veces lo que siento es, literalmente, miedo, y no porque necesariamente se cumplan algunos de los pronósticos, sino por el solo hecho de arriesgarme a decirlos y, de alguna manera, contrariar ciertos intereses instalados, que sancionan directa o indirectamente a cualquiera que los tropiece.

**Esto, imagino que le ha traído a Pablo Macera ciertos sinsabores, por ejemplo, el incidente producido con aquella publicación que apareció, si no me equivoco en *Oiga*, cuando Macera da un adjetivo sobre lo que era el Perú.\* ¿Cómo recuerda esa anécdota, ese incidente, Macera, en este momento?**

Desde hace unos cuatro años, se ha desatado en mí un mecanismo diferente al que yo recuerdo que practicaba antes. Hasta alrededor de los 45 años he recordado muchos acontecimientos anteriores pero de pronto, no sé si para bien o para mal, lo que se me ha venido es una dificultad para recordar. Entonces un poco que esos acontecimientos los veo desde afuera, desde un modo casi esquizofrénico como si le hubiera ocurrido a otra persona que no soy precisamente yo. En su momento fue muy desagradable, pero produjo un efecto positivo en mí, un efecto de separación con respecto a los demás. Puso en su lugar las relaciones, y sobre todo las relaciones ilusivas que yo tenía con ciertas personas o situaciones. Ahora, bien examinado, lo que en ese momento dije, era una frase, y lo que quizá deberíamos preguntarnos es si las frases, la técnica de las frases, continúa hoy día siendo algo necesario. Yo creo que ha pasado su momento. A mí me parece que después de introducir ciertos temas en la consideración social a través de la frase, hay ya una conciencia generalizada sobre esos temas y que ya la frase no es necesaria.

**¿Eso quiere decir que ha mejorado el Perú de cuatro años a la fecha, que es más permeable?**

A nivel de conciencia creo que hay una mejora, porque no se han introducido nuevos factores de confusión. En general, hay mucha mayor capacidad que antes en todos los grupos sociales para percibir ciertos problemas.

**¿Hay un lenguaje más nacional en este momento, es decir, hay más posibilidades de comunicación en el Perú, hay más integración en el nivel de la comunicación entre las clases sociales?**

No, no, no, no creo. Lo que creo es que hay una capacidad generalizada de conciencia pero que no se puede hablar de una conciencia colectiva única sino de

---

\* La frase fue: "El Perú es un burdel". El psicólogo Baldomero Cáceres criticó esta declaración con un diagnóstico irónico: "Macera se equivoca. Los burdeles son lugares bien organizados".

conciencias sectorizadas. Y yo lo que encuentro, taro bien, es que hay una especialización del lenguaje. Diría que cada clase está labrando su propio metalenguaje y, por desgracia, ocurre que algunos líderes de izquierda hablan tan difícilmente que su nivel de comunicación con los sectores populares debe ser muy bajo, ¿no?

**¿Esto por qué ocurre? ¿Es una especie de instinto de ofensa de la izquierda, la izquierda se siente poco frente a toda esta cosa tan complicada, que es el Perú, y entonces utiliza un lenguaje medio hermético para autoafirmarse?**

Me parece que se trata de una definición correcta de objetivos que no ha estado asociada con una sustitución de objetivos una vez que éstos fueron cumplidos. Pudo haber un primer momento en que debía —hago comillas— ganarse a la derecha el espacio cultural, y quizá para ese efecto fuera necesario que se exagerara en esos metalenguajes. Me parece que ese espacio cultural está no ganado, pero bastante consolidado en sectores que no son de izquierda sino progresistas. Todavía no existe en el Perú muy bien consolidada y desarrollada una cultura en manos de sectores populares y grupos de izquierda profundamente comprometidos. Pero, en todo caso, lo que no se advirtió por parte de aquellos progresistas que consolidaron este espacio cultural y sin por eso acudir en todo a la derecha fue que de inmediato debían hacer un cambio de frente y buscar, por el contrario, una vinculación con sectores populares a nivel de la comunicación.

**Sin embargo, se dice lo siguiente: en los últimos 10, 15 años, la izquierda o el progresismo en general casi monopoliza las ciencias sociales, avanza en economía, desarrolla grupos culturales, musicales, teatro popular, infinidad de grupos de artistas populares. Como que se da cuenta que lo que se llama el folklore, entre comillas, también le interesa y entonces empieza a promover todo este movimiento.**

Pero por qué no pensamos en explorar si podríamos llegar a hablar de dos categorías diferenciadas aunque tengan relaciones, que son el progresismo y la izquierda. En cierta medida, por ejemplo, yo me instalaría de un modo bastante mediatizado en las filas del progresismo pero no sería, precisamente, un hombre de izquierda. Y lo que creo que ocurre es que mucho de lo que es simple progresismo, de contrabando, está hoy día en el Perú pasando por izquierda.

**Habría un asunto concreto que...**

... De personas no quiero hablar, pienso en muchos. No quiero dar nombres de personas.

**Pero sí ha dado un ejemplo de persona.**

El mío mismo, con la diferencia de que yo nunca he querido pasar por un hombre de izquierda, o sea que no he hecho contrabando.

**¿No es un poco sutil esa diferencia?**

No, no es sutil. Para mí izquierda es, por ejemplo, Sendero Luminoso, izquierda es Patria Roja o el Partido Comunista. Izquierda es el que se la juega a nivel real y concreto con las masas, eso es izquierda. Todos los demás somos simples progresistas.

**¿Hablando sobre esta izquierda y esta definición de la izquierda, ¿podría dar una opinión general sobre el fenómeno terrorista que actualmente vive el país?**

El otro día me hicieron una entrevista en la que decía que yo creo que es la cresta, o una de las crestas entre varias, de una ola de un algo que es la violencia social. Otra de las crestas es la violencia delictiva. Y yo no estoy haciendo ninguna clase de asociación

fácil e insultante entre un terrorista y un delincuente, aunque, desde luego tampoco caigo en el romanticismo. Y veo también que mucho de la lucha, de la violencia delictiva, es una forma pervertida de protesta social.

**¿Pero eso no significa que habría una matriz común entre terrorismo político, digamos, y delincuencia común, por llamarlo de alguna manera...?**

Lo de matriz común no en el sentido que exista ninguna relación colaborativa entre ambos, sino que los dos resultan de las mismas formas de base, sí. Ahora, yo mentiría si negase mi admiración por gente como los de Sendero Luminoso. Pero esto no significa nada, también tuve admiración por las guerrillas de De la Puente y no fui guerrillero y me parece que esta es una admiración que también comparten las mismas Fuerzas Armadas y las Fuerzas Policiales, que deben sentir algún desprecio por los intelectuales que firman por Polonia, pero algún respeto por la gente que se las juega en Ayacucho.

**¿Cuál es la raíz de esta admiración de Pablo Macera por el fenómeno terrorista, o por Sendero Luminoso?**

No lo sé. Quizás sería una frase decir que mi entrenamiento, abro mis comillas, que mi entrenamiento como historiador me permite percibir que en esa dirección está la historia y cierro comillas. Aquí puede haber componentes personales que no podría definir.

**¿No hay una relación entre el carácter profético de Pablo Macera y el carácter también profético-armado de Sendero Luminoso, de alguna manera? ¿No es esto una especie de división de funciones entre ambos?**

Quisiera responder de inmediato que sí, pero quiero que repita para. . .

**En otras palabras, es...**

. . . No, no, pero está bien, no está mal expresado, pero quiero volver a meditar. . .

**Le preguntaba si la razón de la admiración de Pablo Macera, si la raíz de la admiración no es un poco una relación de simpatía por un cierto reparto de funciones.**

¡De funciones!

**Es decir, Pablo Macera cumple un rol profético —y lo decíamos al principio— impuesto socialmente. ¿Sendero Luminoso no podría estar cumpliendo el mismo rol a nivel armado, militar, en lo físico, digamos?**

Bien, pienso que un científico social que asume el rol predictivo como una tarea que no solamente es solicitada socialmente y que está en la dirección del desarrollo en su respectiva disciplina, sino que la asume porque hay motivaciones que lo impulsan hacia esta predicción, en cierta medida podríamos decir que está cumpliendo una función profética que puede ser compatibilizada con esta acción profética y resolutoria que es el hecho revolucionario final armado. Pero creo que hay otra conexión, y esta conexión es que estoy convencido que las gentes de Sendero Luminoso son gente que, sabiéndolo o no —esto es un problema aparte— están conectadas con un movimiento mesiánico, milenarista, andino que se ha venido repitiendo y reiterando y fracasando desde el siglo XVI en adelante, y sospecho que desde antes. Y que, de algún modo, quizás estamos asistiendo a la paradoja que un movimiento mesiánico-milenarista como el de los guaraníes que no tenían nada que ver con el espacio cultural andino mismo, pero que llega al espacio cultural andino ya cuando había ocurrido la Conquista en tiempos de La

Gasca, es asumido por quienes hoy día recogen estos impulsos mesiánicos-milenaristas. A mí me parece que el Perú es, igual que Centroamérica, uno de los centros universales de experiencias primordiales de tipo cultural-religioso. Creo que no podemos entender mucho de sus fenómenos políticos sino es en función de este carácter que lo hace comparable al de Mesopotamia, Egipto y China y dos o tres puntos en el mundo. Esto corre el riesgo de ser muy complicado y llevarnos a una serie de consideraciones laterales, pero pienso que también nos va a permitir enriquecer el contexto dentro del cual se incrusta este fenómeno, al parecer tan local, como es el guerrillero o el terrorista — entre comillas— Sendero Luminoso en Ayacucho.

**Deduzco que la admiración por Sendero Luminoso contiene una posición crítica frente a la otra izquierda, a lo que podríamos llamar en términos de Macera, el progresismo, es decir, la izquierda que ha participado en elecciones, que se ha integrado a un Parlamento, que participa en un sistema democrático —o medianamente democrático como éste— y que forma parte, de alguna manera, del status quo actual. ¿Es cierto esto?**

Bueno, sí, en la medida que ese progresismo exista o pueda existir. No, si ese progresismo es un progresismo que llamaríamos dialéctico que procura negarse a sí mismo, que procura poner en evidencia hacia los demás y hacia él mismo estas limitaciones y crear las condiciones para que sean superadas ya sea por el mismo grupo o por otro de fuera. Yo pienso que la presencia dentro del *establishment* de la izquierda o del progresismo es peligrosa si se institucionaliza y si considera que esos objetivos son su cumplimiento, pero no si los utiliza como un medio para ir más allá.

**Actualmente, como está la izquierda, ¿qué es lo más probable, que lo use como un medio o que se instale cómodamente en el sistema democrático?**

Lo segundo.

**¿Por qué?**

Porque una parte de la izquierda que colabora dentro del sistema es una izquierda cuyos líderes pertenecen a las clases medias y a las clases altas y que sueñan con hacer tortillas sin romper los huevos.

**¿No es un poco fatalista este determinismo de clase?**

No es fatalista. Yo creo que hay liberaciones absolutas y también hay liberaciones parciales. Yo he dicho muchas veces y lo he repetido: Marx era un pequeño burgués y Lenin era un aristócrata ruso y no jugaron la carta de la pequeña burguesía europea ni la carta de la aristocracia rusa. Y, al revés, Mussolini era un hombre del pueblo y sin embargo juega otra carta. De modo que no hay un fatalismo, desde luego, pero hay una cierta tendencia, un cierto peso.

**Alguna vez dijo Pablo Macera, me parece que un par de meses atrás, que la izquierda o el progresismo legal estaba fracasando en un punto que era central y era el de ofrecer una imagen del Perú. Es decir, en este momento hay una necesidad social por la crisis —mejor dicho, esto es parte de la crisis—, de ofrecer una imagen del Perú. ¿Podría desarrollar un poco esta idea?**

Bueno, en primer lugar, no creo que haya nadie en el Perú que desee poseer una imagen global. Que la necesite es algo diferente. A mí me parece que todos, de un modo u otro, tenemos que llegar a desarrollar y poseer esta imagen global del Perú, que sería un detonante de acciones concretas. Mientras no tengamos esta imagen global del Perú, podemos entretenernos como lo estamos haciendo. Cuando poseamos esta imagen global

del Perú, errónea o no, estaremos impulsados a la acción. De modo que en esto hay que hacer una cirugía mental muy fina para distinguir el deseo de la necesidad, la necesidad de esta imagen global del deseo de poseerla y desarrollarla.

**¿A qué se debe esto? Porque se suele decir que en situaciones de crisis económica como la que en este momento atraviesa el país, son más necesarias que nunca estas imágenes. Es decir, hay una situación de inseguridad en todas las esferas sociales en el Perú; esto es una cosa que yo creo se manifiesta en lo económico, por ejemplo, en la situación de angustia de la clase media.**

Pero todo eso implica la necesidad de esa imagen, no el deseo de poseerla. Yo creo que sí existe la capacidad de construir esa imagen, pero falta lo que yo llamaría la suficiente cólera combinada con la suficiente paz operativa, para elaborar esa imagen.

**¿Y qué cosa es la paz operativa?**

La paz del trabajo, la paz del trabajo concreto que excluiría desde artículos en los periódicos hasta monografías más o menos distinguidas e incluso, por supuesto, reportajes como éste.

**Y, sin embargo, el problema es que mientras eso es necesario, también es necesario organizar una serie de tareas urgentes.**

Bueno, a falta de pan, buenas son tortas. A falta de la imagen global pueden tener un reportaje de Pablo Macera. De acuerdo, no hay problema, pero eso no quiere decir que sea el camino, ¿no?

**Vistas las cosas a 1982, ¿cuál es la imagen de Macera con respecto a Velasco?**

Como todos saben, fui muy crítico con el régimen de Velasco y, en cambio, a partir del año 78, mis juicios fueron cada vez más favorables a Velasco. Pero pienso que ahora se está cerrando el ciclo en la medida en que esta admiración por Velasco no solamente empieza a generalizarse —y yo sospecho siempre de las ideas que tienen fortuna— sino, además, porque temo mucho el que esté asiendo mal empleada por quienes quieren hacer de Velasco un escudo para conspiraciones golpistas convencionales contra el sistema democrático formal. Conspiraciones golpistas convencionales con las cuales yo no quiero coincidir. Me parece que hay que distinguir en Velasco el modelo social de la persona y posiblemente la persona es tanto más interesante que el modelo mismo. Velasco es un caso excepcional en un oficial del Ejército de procedencia popular que habiendo sido erradicado de su clase de origen y pudiendo convertirse en un arribista perfecto por —entre comillas— haber llegado, en el momento de haber llegado, reacciona en contra de todo este proceso de inevitable ascenso social y procura hacer algo que está mucho más conectado con su clase de origen, de un modo intuitivo, experimental.

**¿Tenía Velasco un modelo social?**

Intuitivo, creo que sí. Intuitivo sí.

**¿No era simplemente que reaccionaba ante estímulos tipo la Enmienda Hickenlooper, o enemistades con ciertos sectores de la oligarquía agraria?**

Lo que yo pienso es que si hace un momento estábamos conversando de la inexistencia de una imagen global del Perú entre los intelectuales que, se supone, que son —entre comillas— las mejores cabezas del país, no vamos a imaginar que Velasco tenía esta imagen global del Perú. Y posiblemente a Velasco se le hacían las mismas galletas o peores que a nosotros pero creo que había un impulso, una motivación de base que era

positiva y que era de izquierda, aun cuando puedan encontrarse componentes que son de carácter populista e incluso de carácter semi-fascista.

**El carisma de Velasco, ¿a cuál de estos componentes se debe: a su extracción popular, a una suerte de simpatía personal, o al hecho objetivo de que estaba realizando una serie de reformas sociales?**

No. Yo creo que el éxito y el carisma de Velasco es haberle dado al pueblo por primera vez la evidencia de que el miedo podía ser transferido a otra clase social. Por primera vez los ricos y los poderosos del país tuvieron miedo, aunque después regresaran con más insolencia, como he dicho yo en un reportaje, a cholear. Pero por lo menos hubo unos años en que tuvieron miedo, y esto el pueblo le sigue agradeciendo a Velasco. Además un miedo sin dignidad, miedo que la derecha no quiso vencer y que resolvió cobardemente.

**¿Se puede decir que han regresado a cholear...? ¿Significa que para estos grupos no ha pasado nada en el Perú durante estos años?**

Yo creo que tienen un síndrome borbónico: no han aprendido nada ni han olvidado nada.

**¿A qué se debe esto?**

Es una clase final, ¿no? Es una clase que no es la clase burguesa británica o alemana o japonesa, sino es una clase muy deprimida, una de las clases más colonizadas y coloniales en todo el escenario sudamericano, que no puede asumir el carácter de clase dirigente. Los componentes de dirigencia y dominación varían de un país a otro. Me parece que el componente de dirigencia en el caso de la clase alta peruana es uno de los más bajos y en cambio el componente de dominación es uno de los más altos.

**¿Quién es el símbolo de esta clase?**

No quiero pensar en símbolos. Todos me son individualmente tan desagradables que no quiero privilegiar a ninguno.

**Sin embargo, hay una de esas frases de Macera que ha hecho fortuna que es la famosa: "El Hombre de las Bermudas". ¿No podría ser él un poco el símbolo?**

No creo, no creo. A mí me parece Ulloa mucho más serio que el promedio de su clase. Ulloa tiene un modelo, y temo mucho que el final de éste régimen comience con la salida de Ulloa, cosa que además sospecho que también lo saben tanto el APRA como la izquierda.

**Eso significaría que la oposición en este momento...**

. . . anda a media caña. Dice que quiere la salida de Ulloa, pero no la desea. . .

**¿Por que no tiene una política alternativa que la pueda reemplazar?**

Porque más miedo le tienen a que Alva Orlandini sea el comienzo del final.

**Y sin embargo, Alva Orlandini, visto desde el punto de vista si se quiere sociológico, es un personaje más popular, ¿no? Tiene más de cacique provinciano, que esta especie de apátrida que es el otro.**

Vamos a examinar despacio el fenómeno Alva Orlandini. Aceptemos esta noción de cacique provinciano. ¿Por qué, de ser cierto, pueden todavía a fines del siglo XX, cumplir aquí funciones políticas los caciques provincianos? Para mí esto evidencia las distorsiones de la totalidad de nuestro aparato político. A los políticos provincianos se les reserva puestos secundarios. Cuando sobresalen se les sustrae de su medio y se les incorpora a las élites metropolitanas. Resulta inevitable, entonces; que los impulsos

políticos de las provincias busquen cómo desarrollar sus propios medios de expresión y de presión. El cacique provinciano es uno de ellos. Pero, usualmente tales caciques eran sólo una correa de transmisión a quienes el poder central limeño entregaba en feudo su distrito electoral a cambio de administrarlo en favor del grupo dominante. En la historia peruana varias veces han surgido sin embargo movimientos de resistencia dentro de élites tradicionales provincianas. En cierta medida Piérola fue esto cuando asumió la representación de las aristocracias peruanas reprimidas contra el poder de la burguesía guanera. Y no deja de haber un cierto sarcasmo histórico en que Ulloa (de familia pierolista) resulte enfrentando a Javier Alva Orlandini en que operan como venimos diciendo algunos de estos componentes provinciano-pierolistas.

De hecho, frente al cacique provinciano la izquierda y el APRA no pueden pensar solamente en el líder nacional, en el hermano mayor residente en Lima y transmitido por TV. El poder de esos caciques del siglo XX tiene un origen casi divino y acumula algunas de las funciones culturales de los curacas anteriores a la Conquista. La izquierda y el APRA sólo pueden competir con esos caciques en su propio nivel y escenario, creando y estimulando líderes tradicionales, curacas de verdad.

Examinemos ahora las funciones políticas de Alva en el contexto actual. No niego que haya contradicciones verdaderas dentro de AP. Pero creo que la oposición está exagerando torpemente el alcance de esas contradicciones. Y con esto le está haciendo un favor al régimen. Porque ha permitido que Alva Orlandini se convierta en un hierro de madera, en la oposición oficial.

Es posible que Ulloa salga en julio y lo releve un ministro si no alvista por lo menos con algunos representantes suyos. Caben aquí dos posibilidades. La primera es que Alva ponga en marcha un plan económico alternativo. El año pasado las revistas políticas publicaron la presencia en el Perú de algunos economistas norteamericanos (Shane Hunt, Schyllowski) con quienes habría consultado Javier Alva Orlandini. Se habló luego de conversaciones similares mantenidas por Alva con algunos sectores del régimen anterior (Álvaro Meneses). Ignoramos lo que hay de cierto en estos rumores. En todo caso no existen muchas diferencias teóricas y metodológicas entre, por ejemplo, Shane Hunt y Richard Webb; si bien los distinguos pueden ser mayores en el caso de Schyllowski, un "gringo peruano".

Pero lo más probable es que de estar en el Gobierno, Alva haría casi lo mismo que Ulloa. Lo grave, en su caso, es que tiene una mayor necesidad de clientela político presupuestal que Ulloa. En un país de desocupados, Belaunde no puede cumplir su promesa del millón de empleos. Alva tampoco. Pero desde el Ejecutivo puede crear la ilusión de una expectativa, de estar haciendo esfuerzos. Uno de los efectos de este clientelaje presupuestal sería aumentar la inoperancia general del régimen. Esto dentro de un panorama de crisis (en que asaltan hasta la casa del sobrino del Presidente) puede "despertar a las fuerzas del orden". Quizás con un visto bueno norteamericano.

**Esto significa que, desde el punto de vista norteamericano, ¿se estaría preparando o deseando una salida autoritaria para el Perú, una salida pinochetista?**

Quisiera hacer un decurso, pero un decurso previo. Sospecho que del mismo modo como las ciencias físicas están más desarrolladas y sofisticadas en Estados Unidos que en el Perú, también se encuentran más desarrolladas las ciencias sociales y en particular, lo mismo que ocurre en las ciencias físicas, las disciplinas aplicacionales que, en una suerte de *flashback* determinan un enriquecimiento teórico de las respectivas

disciplinas matrices, creo que la politicología y la futurología, auxiliada por computadoras y programación electrónica, en Estados Unidos son aplicadas a todo el diseño de su política respecto a cada país. Y en el caso latinoamericano me parecería como que ensayan simultáneamente varios modelos con un carácter experimental. O sea que, políticamente, hemos pasado de la aplicación de un modelo único, el del garrote de principios del siglo XX, a una diversificación de los modelos en relación nominal. No es, por consiguiente, seguro, que al Perú se le aplique en los años próximos el modelo Pinochet. ¿Por qué no pensar que haya una suerte de autogolpe multipartidario que genere nuevas elecciones con un candidato de transacción y transición que podría ser Francisco Morales Bermúdez? Este podría ser un modelo número 27 diferente a todos los anteriores o ensayados por Estados Unidos para Latinoamérica.

**¿Pero es posible experimentar tanto con un país? El caso de Irán, por ejemplo, parece que no estaba en las computadoras.**

Con un país como el nuestro le va a resultar a Estados Unidos más difícil de lo que cree porque somos un país como Irán. En el Perú como en Irán hay una experiencia primordial de orden cultural y religioso y puede haber variable no determinada como el Ayatollah, ridiculizada y sin embargo tan activa y más activa que el *establishment*.

Quisiera añadir algo que está dirigido a un público diferente al nuestro y voy a hablar de sapos y culebras, pero a diferencia de lo que van a esperar, mis primos occidentales del Perú, voy a hablar de sapos y culebras religiosos. Y para esto comenzaré con una pregunta que parecerá misteriosa a quienes se integran en el lado occidental peruano y, en cambio, no lo va a ser para aquellos a quienes está dirigida esta pregunta, con fines de autoconciencia para ellos. ¿Cuando llueve, qué aparece primero, el sapo o la serpiente? Es una pregunta que te hago.

**Yo, desgraciadamente, soy demasiado urbano...**

Aparece primero el sapo, ¿no es verdad? Si llegara al momento la serpiente, se come al sapo. Bien, como todos los signos religiosos, el sapo y la serpiente son símbolos ambiguos y, además son construidos con fases de un solo continuum. Pero, de algún modo, para hacer un corte, un corte semántico y cronológico, podríamos decir que el sapo está asociado a los componentes naturales del proceso histórico y el amaru está asociado a los componentes culturales o humanos del proceso histórico. La felicidad peruana consiste en que cada vez que hay sapos aparecen culebras. O sea que siempre habrá en el Perú un amaru que se coma a los sapos. Esta es la declaración hacia el exterior, hacia el otro público no occidental.

**¿Es una declaración optimista?**

Optimista, sí. Porque pienso que es parte de una dinámica en el proceso peruano desde antes de los españoles y que hoy día todavía sigue funcionando.

**¿El optimismo es una especie de valium o cualquier otro medicamento necesario para vivir en este país o hay fundamentos históricos para vivir en el Perú?**

Mira, yo no tengo ningún miedo, al mencionar a *Selecciones* de Reader's Digest aquí. Cuando tenía 12 años recuerdo un chiste que apareció en esa revista que consistía en lo siguiente. Una botella que se encuentra a la mitad, ¿está llena o media vacía?. Entonces decían que la respuesta era que el optimista decía que estaba medio llena y el pesimista decía que estaba medio vacía. Y yo me contentaba un poco con pensar en este chiste que era una suerte de aforismo del siglo XX, como la de los clásicos griegos, sin

poder resolverla. Hasta que yo introduje una corrección, una corrección que, en parte, se debía a las deformaciones profesionales mías: depende del proceso histórico en el cual la botella concreta se encuentra instalada, si la estás llenando o la estás vaciando. Entonces, no existe el optimismo como una noción teórica general, sino como parte de un proceso concreto. O sea, qué estás haciendo tú: estás vaciando la botella y estás llenándola. Si la estás llenando, entonces no es que tienes derecho a ser un optimista sino que estás poniendo en curso hechos optimistas, acciones optimistas, acciones positivas en la dirección positiva de la historia universal. O puedes también estar en el lado visual del consumidor, del que vacía.

**Quisiera plantearle el tema polaco. Primero: qué es lo que ha sucedido, qué es lo que sucede en Polonia; y, segundo: cómo se ha reaccionado en el Perú frente a lo de Polonia. Es decir, el fenómeno polaco ha movilizad aquí a múltiples conciencias, desde conciencias típicamente de derecha reaccionaria que ha intentado utilizar lo de Polonia para ya sabemos qué, hasta gente que se inquieta frente a la llamada crisis socialista ¿Qué podría opinar sobre esto?**

Bueno, no creo que haya habido un movimiento de conciencia en la derecha y creo que todo lo que haya venido de la derecha en este punto es una política de concientización para confundir a la gente. Primero, salvo el pequeño grupo de granjeros incluido dentro del Movimiento de "Solidaridad" apostaban por el socialismo, y esto no puede ser soslayado. Segundo: yo quiero hacer una defensa que estoy seguro que haría Walesa también, aunque posiblemente muchos —no de la izquierda, no de la izquierda de Sendero Luminoso ni Patria Roja, pero sí de la izquierda progresista o del progresismo a secas— van a escuchar con escándalo, una defensa de Jaruzelzki.

¿Conocen Uds. un golpe militar que es cierto que aprisiona a 4 mil personas, según datos occidentales, pero que solamente registra en el control de todo el territorio nacional ocho muertes?

**¿Eso no podría significar, o que el golpe militar es muy perfecto o que la resistencia es muy imperfecta?**

Pienso que tanto los sindicatos obreros polacos como el ejército polaco confiaron en que el espacio político de su país estaba controlado suficientemente por el aparato partidario. Y de pronto se puso en evidencia que esto no era verdad y que había un vacío político enorme que no estaba controlado por nadie y sobre el cual avanzó "Solidaridad". Pero "Solidaridad" es un movimiento heterogéneo cuyas reivindicaciones podían ser amalgamadas a través de componentes al mismo tiempo positivos y negativos. Por ejemplo, había indudablemente una amalgamación en la inspiración religiosa que es sumamente ambigua en el caso de Polonia, porque un poco que el credo religioso es, al mismo tiempo allí, una forma de señalar una frontera frente al avance ortodoxo. Entonces, el ejército polaco no ha hecho sino llenar un vacío, que de no haberlo llenado el ejército polaco hubiera tenido que ser llenado por el ejército ruso o el Pacto de Varsovia.

**¿Jaruzelzki da el golpe para impedir esto?...**

Me parece que Jaruzelzki no tiene ese objetivo como el principal, sino el de llenar el vacío y a partir de allí diseñar una política de discusión paralela con el Partido Comunista Polaco y con "Solidariad". Porque, advirtamos: el triunfo de Jaruzelzki no es el triunfo del Partido Comunista Polaco. Jaruzelzki está imponiéndole condiciones al

Partido Comunista Polaco. Jaruzelzki es la única carta que existe allí para que pueda existir un diálogo positivo entre "Solidaridad" y el Partido Comunista Polaco, condición que no se da antes.

**La Iglesia Católica, al principio por lo menos pareció ser uno de los sostenes de Jaruzelzki porque si bien critica el golpe, hace llamados a la paz, a la calma, a la no violencia.**

No. Es que ya llegaba el momento en que se dio cuenta que esta era la única carta. Me parece que en ese sentido hay dos políticas de la Iglesia Católica: de la Iglesia polaca y de la Iglesia Católica romana. La Iglesia Católica polaca no coincide necesariamente con la romana.

**Pero el Papa es polaco. . .**

¿Es polaco?

**Es polaco**

¿Es polaco . . . todavía?

¿O es un polaco romano? Esa sería mi respuesta: ¿es polaco todavía o es un polaco romano?

**El tema polaco nos sugiere otro tema que es el tema de la llamada crisis del socialismo en el mundo. ¿Es cierto que hay una crisis del socialismo a nivel mundial? Además nos sugiere otro tema y es la primacía de los nacionalismos. Estamos entrando al siglo próximo, al siglo XXI, y el factor nacional sigue siendo determinante en las relaciones internacionales, y en los desarrollos del socialismo. ¿Significa esto que no se ha podido producir una síntesis entre lo que sería el futuro—el socialismo— y lo que podríamos llamar el pasado, el nacionalismo?**

Me parece que esa crisis del socialismo es la de un crecimiento normal que ha sido artificialmente demorado. Todos sabemos que se ha expresado reservas científico-sociales sobre el modelo de desarrollo histórico de Marx que conducía desde la comunidad primitiva hacia otras diferentes etapas: esclavismo, feudalismo, capitalismo y, por último, el socialismo. O sea, críticas desde el punto de vista sustancial indican que Marx no hizo sino aprovechar la idea de progreso que la burguesía había previamente secularizado a partir de la idea de providencia. Que por consiguiente, en este esquema marxista, en el desarrollo de la historia universal, operaban dos ideas-prejuicios anteriores: la idea burguesa del progreso y la idea cristiana de la providencia, que, a su vez, es una idea judeo-asiria. Pero, desde otro lado, también es verdad que países como los africanos y sudamericanos se resisten a considerar su propia historia en lo que respecta a la transición desde las comunidades o de las sociedades preclasistas, en términos exclusivamente europeos, o del antiguo mundo. Con esto quiere decir que gente como los peruanos no pueden pensar que se pasa en el Perú antiguo de una sociedad sin clases a una sociedad con clases sólo a través del esclavismo porque no tenemos seguridad de que esta esclavitud haya existido. Aunque es cierto que algunos grandes pensadores peruanos como Emilio Choy, para remediar los defectos conceptuales y la falta de información histórica concreta, llegaban a hablar de un esclavismo generalizado. Pero todas estas reservas son referidas a aquellas fases anteriores al desarrollo de un sistema económico mundial, o sea, a la formación del mundo capitalista. Un tema apasionante que yo he estado discutiendo con dos personas de diferente generación en los

últimos tiempos, como Flores Galindo y Claudia García, en función de un libro maravilloso y que debía ser leído, *La Formación del Sistema Mundial*, de Wallerstein.

### **Interrumpo . . . también según veo, es aficionado a las novelas policiales.**

Sí, incluso al Chandler peruano donde víctima, asesino y detective entremezclan alegremente sus roles. Pero, hablando en serio, confieso mi admiración por las novelas policiales de Rose MacDonald.

### **¿Por qué le gusta Rose MacDonald?**

Porque es la reivindicación del hijo contra el padre. Yo soy padre ahora, pero durante las dos terceras partes de mi vida he sido hijo.

### **¿Qué es peor, ser padre o ser hijo?**

Todos los padres son hijos, todos los hijos van a ser padres, es un enredo de la madonna, ¿no? Pero la relación padre-hijo es la peor. A mí Rose MacDonald me parece uno de los autores norteamericanos más revolucionarios. Las novelas policiales de Rose MacDonald son novelas antes de ser novelas sobre temas policiales.

### **¿En género policial no es un género menor en literatura?**

¿Por qué?! ¿Por qué va a ser un género menor la novela de caballería, la novela de ciencia-ficción? ¿Acaso estas novelas, al igual que los radioteatros, no están tocando las fronteras de la sensibilidad social?

### **No hay novela policial en el Perú. No hay, prácticamente, novela policial en el Perú, ¿Por qué? ¿Porque estamos acostumbrados. . .?**

Pero antes quisiera insistir en Rose MacDonald. Rose MacDonald es un novelista en el que por primera vez se integra la descripción y la narración de aventuras con componentes de tipo psicoanalíticos y con una reivindicación poética del futuro, un poco simplificado expresado en términos del hijo. O sea, los hijos siempre aparecen siendo culpables en las novelas policiales de Rose MacDonald. Son los sospechosos. Los padres, en cambio, en las dos terceras partes de la novela, son los símbolos de la respetabilidad y, sobre todo, todo su comportamiento parece dirigido a proteger al hijo y son expresiones del amor del padre por los hijos.

### **¿Pero después?...**

Se invierte totalmente la figura. Después se descubre que este crimen, nunca es un crimen, el crimen que está siendo descubierto es solamente parte de dos o más crímenes cometidos 20 años antes, cuando quizás el hijo sospechoso todavía no había nacido. Entonces toda la respetabilidad se viene abajo. Y todas las culpas del muchacho aparecen como inocencia. Además, me parece que uno debe siempre encontrar, sea en tangos o en valsos o en novelas policiales, un modo de llorar. Las novelas de Rose MacDonald son blues.

### **Preguntaba antes por qué no había novela policial**

Pero esta es una conversación entre primos-hermanos, como tú comprenderás, y se expresa en términos absolutamente progresistas, de gente distinguida, instruida, etcétera.

**Se está venciendo la hora, como le decía, de modo que habría algunas preguntas sueltas. Llamó mucho la atención cuando en *El Diario de Marka* aparecieron las declaraciones de Pablo Macera con respecto al conflicto con Ecuador con un titular que dice: "Debimos ocupar o debimos destruir objetivos militares ecuatorianos".**

¡No civiles! ¡Nunca civiles!

**Aparentemente esto llamó mucho la atención porque era una suerte de actitud guerrerrista belicista. ¿No hay una forma de solucionar los conflictos con vecinos conflictivos como los ecuatorianos que no sea mediante la fuerza?**

Bueno, aquí hay varios componentes, de orden exclusivamente personal que yo no puedo controlar. Yo no tengo la edad de Uds., soy mayor que Uds. y he sido criado por una mujer que tenía 7 años al momento de ocurrir la ocupación chilena en Lima y que me contó sus experiencias y el temor y el miedo de todos. Mi abuela junto con sus parientes huyó a Ancón y no les pareció suficiente. Creyeron que los chilenos iban a cometer varios crímenes sexuales con las mujeres de la familia. Sin hacer chistes o ser vulgares acerca de sí deseaban tales crímenes sexuales, por supuesto. Pero lo que sí recuerdo de un modo muy gráfico es que mi abuela me contaba que durante casi una semana o quince días en vez de cucharas, decía con gran indignación tuvimos que usar conchas. Entonces, yo he sido instruido en este sentimiento reivindicatorio. No puedo escapar de él. Pero en el caso ecuatoriano no es esto solamente lo que influye, sino una consideración objetiva. El Perú no tiene dinero para mantener dos fronteras. O sea, tiene que cerrar una de las fronteras. De lo contrario, no podremos montar, ni con gobierno de izquierda ni con gobierno de derecha, ningún tipo de desarrollo.

**¿Pero no cree que una salida militar puede perturbar aún más la vulnerabilidad del Perú?**

Depende de cuál salida militar. Si estamos hablando de un ejército de derecha, desde luego que sí. Si estamos hablando de un ejército como el de Nicaragua, como el que puede haber en El Salvador o como el que existe en Cuba, en Rusia o en China, es otra cosa. Lo que siempre he dicho es que me parece que la cuestión de fronteras no debe ser un monopolio de la derecha peruana. La izquierda tiene más deberes que la derecha acerca de las fronteras porque las fronteras de un gobierno de izquierda son mucho más difíciles de mantener en la medida en que están reivindicando una explotación directa opositiva de las riquezas del Perú. Ahora, supongamos que los argumentos pacifistas de la izquierda fueran superiores a los argumentos belicistas de Macera: perfecto. Lo que sí niego es que los argumentos pacifistas del gobierno AP sean mejores que los míos, por superficiales y románticos.

**¿Conmueve a Pablo Macera el Mundial de Fútbol? Es, tal vez, uno de los fenómenos de integración nacional.**

A mí me parece el Mundial de Fútbol igual que en vez de salir con mi enamorada me meto a ver una película pornográfica.

**Creo que es una opinión terminante...**

Por falta de éxitos en las fronteras y en los campos de lucha verdadera, necesitamos éxitos deportivos que refuercen nuestra autoestima y que nos den una ilusión, una imagen absolutamente falsa de nuestro poder de autorrealización, porque no creemos en los verdaderos niveles de competencias.

Yo soy contrario a los Mundiales de Fútbol. Soy contrario al fútbol profesional. Pero soy partidario de multiplicar por, no por mil ni por cien sino por 10 mil, las canchas de fútbol y los tableros de ajedrez, que son iguales, además. Ajedrez y fútbol son iguales. Pero ajedrez y fútbol amateur, de aficionados, no de dirigentes corruptos ni de jugadores de millones de dólares.

**¿Podría ampliar un poquito esto?**

¡Ah, sí!..., sí

**Pero además, yo quisiera hacer una pregunta sobre la relación fútbol—ajedrez.**

El fútbol no es cosa de patadas sino de la cabeza, igual que el ajedrez.

¿Lo de la cabeza es porque los goles también se hacen con ella?

Los goles se hacen pensando. Y yo quiero rendir aquí un homenaje a Tim.

**Es justamente la pregunta que le iba a hacer... ¿Necesitamos siempre extranjeros que nos hagan establecer la relación que hay entre el cerebro y los pies? Parece ser esta una especie de constante nacional. Hay una serie de especulaciones que se pueden hacer con Tim. Por ejemplo, que es —periodísticamente se lo ha apelado como el "abuelo"— el "abuelo Tim".**

Tim tiene todas las condiciones para ser obedecido por nosotros. En primer lugar, no es el padre sino el abuelo. Por consiguiente escapa al síndrome Rose Mac Donald. Segundo, es un mestizo que incluye componente negroide, lo cual lo aproxima a un cierto sector de la población peruana. Pero también es un extranjero, con lo cual resulta un mestizo- negro- blanco de nivel diferente, con una autoridad adicional. Y por otra parte, en un país de sonrisas, él es un hombre serio. Entonces les da a los jugadores imagen del padre que hubiesen querido tener y que, en definitiva, la mayoría de la familia solamente realiza en el abuelo cuando está arteriosclerótico. Pero él ahora está activo.

**¿El Perú es un país sin padre?**

A mí me parece que todos somos hijos, padres, abuelos y nietos, y que todos los que alguna vez somos padres —yo soy ahora padre y me está escuchando mi hijo— siento que cumplimos mal nuestra paternidad. Pero este cumplimiento defectuoso de la paternidad no se debe a componentes exclusivamente personales sino a todo el condicionamiento exterior que nos obliga a fracasar. Y de allí estas flechas emocionales que se disparan desde los hijos, que todos usamos alguna vez, contra los padres, no con la intención de matarles sino de atravesarles para llegar a otro corazón que es el del abuelo, que, a su vez, es, en realidad, la imagen del padre. Digo el abuelo, o del tío o de nadie en definitiva, ¿no? O a la inversa, el hijo mismo en quien recreamos la relación que hubiésemos querido tener.

**Ha desarrollado usted algunas ideas sobre el problema del desierto de los mimos de la Plaza San Martín, el cerco a los parques de Lima y los espacios eróticos en Lima que se verían restringidos de tal manera que para cierto sector social, el auto se convertiría en el espacio erótico por excelencia.**

Bueno, tú me conviertes en un pesimista, porque estamos en el año 82 y estás repitiendo reportajes que me hicieron hace siete años con lo cual, además de hacerme viejo —cosa que me importa cada vez menos—, me haces ver que nada de lo que digo tiene verdadera importancia.

Cuando Lizardo Alzamora, un condiscípulo mío, fue alcalde de Lima, yo le envié una carta y escribí en un periódico diciéndole que ponerle rejas a los parques limeños era reducir las oportunidades eróticas de un sector de la población. Personalmente —y esto lo discutimos con Lucho Loayza— yo fui un enamorado de banco público como Brasseur, y en mi tiempo era la condición de todos, o de casi todos, clase media o clase alta, porque además los parques públicos eran espacios eróticos en sí mismos. Porque siendo la

población más reducida ofrecían oportunidades objetivas, oportunidades estéticas objetivas.

Lo que ha venido ocurriendo después es que se ha acentuado el privilegio sexual clasista y que, en realidad, al final, los espacios eróticos limeños de carácter popular son mínimos, y sujetos a chantaje policial o pseudo-policial, que todavía es peor. Las relaciones matrimoniales casi quedan reducidas para clases medias y clases altas que puedan pagar *garconieres* ocasionales, en el camino hacia Chosica, o usar sus respectivos automóviles. Pero, en cambio, se está impulsando una temprana –y yo diría casi prematura– relación matrimonial en las clases populares con economías pobres ya que les cerramos los parques para sus relaciones sexuales. A mí me parece una diferenciación monstruosa, y me siento aludido en la medida en que, por lo menos, la gente de mi generación, cualquiera que fuera la clase social, incluso las gentes ricas de Lima, consideraban que sus espacios eróticos eran los parques. Con lo cual, en ese tiempo, los parques eran espacios sexuales democráticos donde podían encontrarse parejas de diferentes órdenes sociales, cosa que hoy día ya no ocurre. ¡O te casas o tienes carro o pagas una *garconiere*! ¿Es así o no? No te digo tu experiencia personal. ¡Te pones rojo!

Lo más grave me parece el ajedrez. Ocurría en Lima algo que no creo que sea frecuente en otra parte. Uno podía ver en jirón Lampa, en La Colmena, en el Parque Universitario, decenas de tableros de ajedrez pagados por muchachos que disputaban las partidas. Muchos de ellos han sido desalojados. Y lo peor es que no han sido desalojados porque el alcalde de Lima se hubiera percatado del peligro político que implica dotar a ciertas clases sociales de una capacidad estratégica, sino que han sido desalojados por la pura frivolidad de alguien que quiere recorrer el camino que va de Palacio a los balnearios del sur sin ver una cara sucia. Y quiere destacar una mitológica Lima cuadrada que nunca existió. Y lo peor, lo que más me duele, es que no haya habido una reivindicación directa de la izquierda sobre este espacio ajedrecístico peruano y limeño. Y quiero decirle algo aunque resulte impopular: solamente hay dos personas que han comprendido esta reivindicación. Y cuando diga el primer nombre, todos van a estar de acuerdo, pero cuando diga el segundo nombre van a decir que soy, seguramente, un traidor. El primero es Marco Martos. El segundo es Manuel Ulloa.

He propuesto un programa de ajedrez que partiría de una enseñanza general en todo el Perú, sierra, costa y selva; y que podría incluir mesas fijas de ajedrez en los parques y el respeto para esos ajedreces ambulantes que ocupaban el centro de Lima. Podría conectarse ajedrez-artesanía. Para el ajedrez escolar, la meta debe ser un juego por cada estudiante, lo que significa un mínimo de un millón de juegos de ajedrez por año durante el próximo quinquenio. En vez de ajedreces de plástico bien se podría destinar por Cooperación Popular ajedreces artesanales hecho por niños y adultos de los sectores populares en el campo y la ciudad, comprados por el Estado para redistribuirlos en todo el Perú. Un sueño fácil pero que resulta quizás prohibido y peligroso como todo lo que es sencillo.

### **En algún momento ha hablado Ud. sobre el resentimiento nacional.**

Hay dos palabras tabú para los peruanos, o bueno, quizá para los peruanos de las ciudades; la palabra huachafería y la palabra resentimiento. De alguna manera, sin un derecho completo, yo quisiera asumir la representación de todos aquellos que son, a la vez, evidentemente resentidos y huachafos en el Perú. Y yo soy un resentido y soy huachafo. Ahora examinemos qué significa ser resentido y qué significa ser huachafo.

Una de las primeras ventanas que yo conocí en San Marcos fue la ventana de Luis Felipe Alarcó, y otra segunda, la de José Russo Delgado, un pensador nietzchiano del Perú a quien hemos arrinconado en el gueto de la admiración, porque la admiración es un gueto.

..

### **Perdón, ¿la admiración es una forma de anular a la persona admirada?**

Claro. Porque la ponemos en un altar. Y de algún modo, aunque yo sé que Alarcó y Russo representaban y siguen representando posiciones filosóficas diferentes y aperturas tal vez diferentes, los dos me aproximaron a Max Scheler. Y para mí, Max Scheler no fue el autor de *El puesto del hombre en el Cosmos* sino sobre todo el que había escrito *El resentimiento y la moral*.

El Perú es un país resentido. Sus pobladores no solamente son sino que yo diría que deben ser todavía gente resentida. Porque el resentimiento ocurre cada vez que hay un agravio que tú no puedes vengar. Y cuya venganza debes postergar de modo indefinido. Esto no tendrá ninguna importancia si fuera una experiencia individual. Pero en aquellas sociedades en que hay, históricamente, un agravio colectivo como Perú, México, —todos los otros territorios donde hay una presencia colonial invasora— se produce un agravio, el agravio colonial. Y no hay todavía una rectificación completa de ese agravio. O sea que el agravio continúa siendo re-resentido. Y en función a este resentimiento construimos nuestra acción histórica. Este es el caso del Perú como colectividad social.

Soy un resentido. El Perú es un país resentido. Las clases populares son clases sociales resentidas. El resentimiento es una fuente, según los filósofos, de formación negativa de una moral. Pero el resentimiento puede ser el fundamento de una formación positiva de una moral revolucionaria. Este es un país con agravios apagados, refluados, detenidos, sin resolución y sin venganza y que deben ser vengados y resueltos. Y en esta línea quiero introducir un anticlímax deliberado a partir de un chiste para que la gente se ría. Porque nosotros no podemos, no tenemos ningún derecho a elevar las temperaturas hasta niveles que pudran las meninges.

Una vez un siquiatra amigo mío me contaba el chiste siguiente: Una señora fue donde un siquiatra y le dijo: "Doctor, yo tengo un complejo de inferioridad". El siquiatra la analizó y después de completar su análisis, le dijo: "¡Señora, Ud. no tiene ningún complejo de inferioridad . . . Ud. es inferior!".

### **¿Y la señora qué le contestó?**

Nada, se curó.

Asimismo no se trata de imaginar que los resentimientos son imaginarios. No se trata de imaginar que el resentido está imaginando agravios. El resentimiento es una forma de relación con la realidad. El resentimiento, verdaderamente, no es que está inventando un golpe sobre su cabeza, sino que ha tomado conciencia del agravio que cayó sobre él. Y él no imagina, no tiene un complejo de inferioridad, él es inferior, por el momento.

**¿Cuáles son los golpes principales que han caído sobre la cabeza del Perú? ¿O los golpes históricos, sustantivos, contra los cuales todavía ni siquiera podemos resentirnos adecuadamente? No digo ejecutar la venganza, sino en los cuales ni siquiera podemos resentirnos de manera nacional.**

Yo creo que el Perú solamente tiene dos grandes golpes: el golpe del agravio, o sea Pizarro. Y el golpe de la promesa no cumplida, o sea, Haya de la Torre, que hubiera podido ser el anti Pizarro.

**¿Necesitamos todavía un anti Pizarro en 1982? ¿No es un poco anacrónico hablar de un anti Pizarro?**

Mira, mira, mira, José María Salcedo. Te voy a decir una cosa sumamente dura y que mientras no sea entendida en el Perú, nada puede entenderse en el Perú. Tú, José María Salcedo; yo Pablo Macera, Manuel Ulloa, Armando Villanueva, Fernando Belaunde y otros más, abajo y arriba, somos Pizarro. El anti-Pizarro es el hombre que muere de cáncer o de hambre o lo violan y se pudre de sífilis anal ya sin tiempo para vencer a los Pizarro. Somos Pizarro. Y cuando un Pizarro quiere ser anti-Pizarro, como ha ocurrido con Villanueva en el discurso de El Salvador, todos los Pizarro del mundo se le cuelgan de los pies y tiran para abajo.

# Matar Llorando

**Por mucho tiempo, Lucha Fuentes fue el símbolo del voley peruano. Para algunos, lo sigue siendo. En esta entrevista la hoy profesora del colegio Juana Alarco de Dammert habla sobre sus orígenes deportivos, recuerda algún castigo por fallas en el entrenamiento y opina sobre el hombre peruano, la maternidad y los riesgos de la celebridad.**

**¿Hay diferencias entre tu equipo y el actual?**

Pienso que sí. Son equipos diferentes. El voley ha ido evolucionando pero creo que el equipo nuestro era de igual capacidad que el actual. Las enseñanzas de Akira Kato lo convirtieron en un gran equipo. El de las olimpiadas de México ha sido uno de los grandes equipos que ha tenido el Perú.

**Akira es la personalidad determinante del voleibol en el Perú. Tú has estado con Akira desde el principio. ¿Cómo ha evolucionado tu juego y el del equipo peruano durante la era de Akira Kato?**

Yo empecé muy joven, cuando todavía estaba en el colegio, en Ica. Allí llegó un equipo japonés, con Akira Kato. Era una época en la que el saque se hacía aún de voleta. En fin, llegó Akira y revolucionó el voley. Todo lo que hicimos lo aprendimos de Akira y yo le estaré eternamente agradecida. Mi única cualidad era que era muy alta y él me moldeó en mi juego.

**¿Cuándo es la primera vez que Akira te ve jugar?**

Cuando llega ese equipo japonés y juega en Ica. Yo era suplente de la selección de Ica y alterné cinco minutos con el equipo titular y en esos cinco minutos Akira se dio cuenta de lo que yo podía dar.

**¿Y tú crees que cinco minutos fueron suficientes o tú diste más de lo Akira podía esperar?**

Creo que di lo que él esperaba de mí.

**¿Tú preocupación fundamental fue siempre la de no defraudar a Akira?**

No solamente la de no defraudar a Akira, sino no defraudar a todas las personas que confiaban en mí. Pero claro, Akira tenía especial interés. Después de los entrenamientos de todas yo tenía que quedarme una hora o una hora y media más para seguir practicando.

**Los triunfos deportivos más importantes que ha tenido el Perú son los del voleibol, pero la pasión popular es por el fútbol. ¿Crees que se trata de sólo una cuestión de publicidad?**

En el fútbol se mueven demasiados intereses. Desde el momento en que uno recibe una cierta cantidad de dinero por defender a su país, la cosa es diferente que el hacerlo porque quiere defenderlo, sin que interese lo económico.

**Pero vivimos en un país en el que todo está comercializado y las motivaciones de la gente son económicas. ¿Cuál es la motivación de una chica joven si no obtiene ningún beneficio económico del voleibol?**

Porque a uno le gusta. Para mí el voley fue la vida; yo me pasaba horas y horas entrenando porque me gustaba. Pero claro: si has sido buena jugadora, luego del retiro tienes posibilidades de que te conozcan, de que consigas un buen trabajo, de que te paguen bien, de que te llamen de un lado o de otro.

**¿Cuando tú jugabas eras consciente de que ello te podría servir para lograr después una mejor posición?**

No. No fui consciente hasta que me retiré, pero de todas maneras siempre fui bien considerada. En el trabajo, por ejemplo, me daban muchas facilidades para poder entrenar, a pesar de que teníamos muchas menos cosas de las que tienen ahora las chicas.

**¿Qué cosas menos?**

La ropa de trabajo, por ejemplo. Nosotras entrenábamos con buzos que se desteñían todos, teníamos que lavar nosotras mismas nuestra ropa. Las chicas ahora tienen buzos japoneses, les lavan la ropa y están concentradas y tienen todas las comodidades: las recogen y las llevan a su casa. A nosotras nos daban solamente para nuestro pasaje que era tres o cinco soles. Nos daban exactamente lo que necesitábamos para el mes.

**Los jugadores de fútbol antiguos tampoco tenían esas facilidades y mucha gente piensa que el fútbol antiguo era mejor. ¿A mayor comodidad podría suceder que bajase el nivel del voleibol?**

No sé qué decir. Pero sí podría preguntarme cuánto tiempo durarán las jugadoras de ahora. Sinceramente no creo que duren el tiempo que hemos durado nosotras jugando, no creo que con la mentalidad que tienen las chicas de ahora vayan a durar catorce años jugando al voleibol. Nosotras sacrificamos muchísimas cosas, incluso la vida personal, como realizarse como madre, como mujer.

**¿Tú dejaste cosas de tu vida personal de lado por el voleibol?**

Muchísimas cosas.

**¿Quieres decir algunas de ellas?**

Bueno ya lo he dicho, por ejemplo el realizarse como madre.

**¿Es cierto que toda mujer quiere ser madre?**

Yo pienso que sí.

**¿Y para ti fue más importante hacer puntos que hacer hijos?**

Aaah. Bueno, ahora ya retirada una puede pensar un poco más en eso.

**Pero no te arrepientes...**

No, si volviera a nacer lo volvería a hacer.

**¿Te acuerdas de algún caso de indisciplina con el entrenador de la selección?**

Akira, estando cerca de la Olimpiada, nos dio permiso para ir a nuestras casas a las que éramos provincianas y hubo una jugadora que se demoró, solamente unas horas, pero se demoró. Y Akira la sacó, a pesar de que era una jugadora necesaria.

**¿Akira tenía explosiones, gritos, castigaba?**

Castigaba y castigaba muy bien.

**¿A ti te castigó alguna vez?**

Muchas veces. Me castigó y me hacía llorar y llorar

**¿Te acuerdas de algún castigo?**

Una vez estuve flojeando mucho en los entrenamientos, especialmente en el ataque, y Akira se dio cuenta y me hizo matar, qué digo, si fueron trescientas bolas, fueron pocas. Y había momentos en que me faltaba la respiración pero tenía que terminar de matar las pelotas que me enviaba, mientras lloraba y lloraba.

**¿Cómo podías llorar y disparar la pelota?**

Bueno, yo estaba llorando pero sabía que tenía que seguir matando y matando, no había remedio.

**¿No te parecía muy injusta esa sanción?**

En el momento sí y muchas veces pensé hasta en el retiro porque me exigían demasiado. Pero al final Akira me conversaba.

**¿Qué te dijo después de ese castigo?**

Que él quería que yo mejoré, que cada día sea mejor, que él no quería que yo fuera una jugadora mediocre.

**¿Tú crees que has sido la mejor jugadora peruana de todos los tiempos?**

No, no podría decirlo.

**La gente opina que sí y además tú sabes eso.**

Bueno, entonces que lo diga la gente, no yo. Pienso que el voley va a seguir evolucionando y saldrán muchas jugadoras mucho mejores que yo ... quizás, ¿no?

**¿Crees que durante muchos años tú has sido el símbolo de la mujer peruana?**

No diría de la mujer peruana, tal vez de la deportista peruana. Y es que nunca tuve vida privada, nunca pude hacer nada, porque toda la vida me decían que yo era el ejemplo de la juventud. Yo era consciente de que muchas criaturas estaban pendientes de lo que yo hacía, de que yo era su ídolo.

**Y esto era una especie de responsabilidad muy terrible para ti.**

Hasta ahora.

**Tú tenías que pensar qué palabra decías, qué paso dabas y como movías la mano.**

Exacto, pero uno llega a acostumbrarse. Tienes que pensar hasta en los sitios a los que vas, porque todo el mundo te conoce. Yo he dejado una imagen y hasta donde me sea posible quiero conservarla.

**Como profesora de colegio, ¿a veces impones castigos que te hacen recordar cuando tú estabas llorando y tenías que repetir los mates?**

A veces, y es que a veces es necesario que se castigue, para que los chicos tengan más disciplina y más responsabilidad.

**¿Qué porcentaje de los hombres peruanos crees que estaban enamorados de ti cuando eras la gran estrella del voleibol peruano?**

Muy difícil.

**Pero, ¿habría muchos?**

Quién sabe, no lo podría decir. Pero admiradores creo bastantes.

**¿Tuviste muchos pretendientes?**

Más o menos.

**¿Algunos te interesaron pero tú los sacrificaste por el voleibol?**

Algunos sí me interesaban. Tampoco puedo decir que nunca tuve enamorado, porque sí he tenido y he tratado de darme un tiempito para él, pero era difícil, porque trabajaba y entrenaba y terminaba tan cansada que al final venían los problemas.

**¿Cómo reaccionaba tu enamorado cuando tú rompías una cita porque tenías un entrenamiento?**

Era difícil. Yo misma quería estar más tiempo con él, pero era difícil, era difícil. O sea que prácticamente antes de comenzar con él tenía que explicarle cómo eran las cosas.

**Es decir que imponías el reglamento antes de que empiece el partido.**

No tanto como el reglamento pero sí algunas reglas.

**¿Qué importancia tiene la belleza física en la mujer?**

A algunas mujeres la belleza les sirve de mucho pero para mí no es lo más importante. Incluso podría decir que a mí no me interesa un hombre que sea muy guapo, si es que es vacío, si no tiene otras cosas. Puede ser una persona que no sea nada físicamente, pero que tenga otras virtudes para mí mucho más importantes.

**¿Cuál es tu ideal masculino?**

No tengo. Sería un hombre bueno, que me quiera, trabajador, de buenos sentimientos. Con eso me conformaría.

**¿Tú crees que la mayoría de los hombres peruanos son así?**

Creo que no.

**¿Cuales son los defectos principales del hombre peruano?**

Creo que el hombre peruano necesita trabajar un poco más. El hombre peruano es flojo, mujeriego. Debería trazarse ciertas metas y tratar de ser cada día mejor.

**¿Crees que la sociedad peruana es machista?**

Antes quizás. Ahora no. Antes el hombre era el único que trabajaba en la casa. Ahora la mujer trabaja tanto como el hombre. La mujer dependía demasiado del hombre, ahora ya no. Lógicamente el hombre debe dirigir el matrimonio, pero no creo que deba tratarse de una dictadura.

**¿Tú crees que el hombre debe lavar platos y esas cosas?**

Si el hombre no tiene problema en hacer eso... Hay hombres que cocinan mucho mejor que las mujeres y no veo la razón por la que no puedan hacer las tareas de la casa.

**¿Tienes inquietudes políticas?**

Me interesa la política pero no soy partidaria de nadie, no estoy comprometida con ningún partido político. Y leo mucho sobre política para poder opinar, para saber de lo que se está hablando.

**¿Cuál es el partido más largo que has jugado?**

Contra México en la Olimpiada de México. Jugamos dos horas y media.

**¿Cómo se siente uno después de jugar dos horas y media?**

Al día siguiente yo me sentí como si me hubiesen apaleado. Tenía calambres en todo el cuerpo, insoportables, lloraba de dolor. Al día siguiente no pude entrenar.

**¿Y después de esos partidos tenían entrenamientos?**

Generalmente en voley, al otro día entrenas y juegas. Entrenas en la mañana y juegas en la noche. Entrenas y juegas, entrenas y juegas.

**¿Cuál es la parte del cuerpo que más te duele después de un partido intenso?**

Las piernas y el hombro de tanto pegar. Pero especialmente las piernas. Tienes que saltar mucho, estar constantemente saltando, siempre saltando. Saltando y corriendo, saltando y corriendo.

**¿Qué se siente cuando después de dos horas y media haces el punto de define el partido?**

Realmente una alegría tremenda.

**¿Todavía tienes fuerzas para reaccionar, para gritar?**

Sí. Te quedan fuerzas. Te quedan fuerzas para vivir, para gritar el punto. El cansancio lo sientes después.

**¿Y cuando falta solamente un punto y no se hace el punto?**

Es la agonía y a veces uno no sabe qué hacer para llegar al punto. Y entonces viene otro tipo de cansancio, que es el cansancio de la tensión nerviosa.

**Bueno, eso es todo.**

Bueno. . .

**¿Sí?**

Nada, que esta es una entrevista poco común.

**Claro, para una persona poco común.**

## Sábato, las Malvinas y la infelicidad

Sí, entiendo que ustedes quieren oír a Sábato de inmediato. Pero permítanme contarles qué pasó inmediatamente antes de esta entrevista.

No era tan fácil ubicar a Sábato. Luego de varias llamadas telefónicas sin demasiado éxito, me informaron de su viaje a Madrid.

Me fui al aeropuerto, hice la guardia y lo vi llegar con su esposa Matilde, compañera de viaje y brazo derecho —como el propio Sábato confesaría—. ¿Sabía o no Sábato que yo estaba al acecho? ¿Esperaba o no la impertinencia de un periodista? Lo cierto es que tomé las maletas de la pareja que bajaba del auto y les dije: "Por aquí". Y así hasta el mostrador de Iberia.

Hechos los trámites, don Ernesto se enteraría que yo era aquel periodista peruano que lo había estado cargoseando y, naturalmente, accedió a la entrevista.

Algo más: mis puentes argentinos para llegar al escritor me habían presentado como un inminente novelista que tendría, también, algunas consultas que realizar "Así que usted va a escribir una novela", me dijo Sábato. "Así es", le dije yo. "¿Y de qué trata"? me preguntó. Y yo, naturalmente, le dije: "Bueno, todavía no sé". Silencio y sonrisa. Y yo que añadido: "Pero eso sí, ya sé que va a tener 327 páginas". Otra sonrisa y un comentario: "Qué suerte. Yo cuando escribo nunca sé cuánto voy a escribir".

Volví a la carga y le dije: "Sí, 327. Usted como matemático ¿qué opina de esta fijación mía en el número 327? Y entonces Sábato, con la mejor de sus sonrisas y con lo mejor de su humanidad, repuso: "Boludeces".

Mientras tanto, una señora modesta, de baja estatura, se nos acercó, apretó la mano de Sábato y le dijo: "Maestro, gracias por todo, gracias por sus obras, gracias por hacernos sentir". Sábato enmudeció y la señora añadió: "¿Se va usted?". "Sí, viajo a España", respondió. La señora: "Pero regresa, ¿no?". "Sí dijo Sábato, yo soy como el boomerang, siempre regreso".

Y así empezamos. Sábato se iba al país vasco —y es un gran admirador de los vascos— a prologar un libro de fotografías que editará el gobierno de esa nación. Sábato se iba con Matilde, una mujer sin la "que nada valgo".

Sábato, el físico que abandonó la ciencia por la literatura y los fantasmas del inconsciente, creó a Alejandra, ese personaje misterioso de *Sobre héroes y tumbas* que siempre sospeché era un poco la Argentina nebulosa y nostálgica, desesperada por la búsqueda de su identidad.

No sé si todas las preguntas que le hice a Sábato tienen interés para los lectores. Algunas sí tenían interés especial para mí.

### **La Nacionalidad argentina, la soberanía argentina ¿están bien defendidas contra la invasión de la Gran Bretaña sobre las islas Malvinas?**

Hay un sentimiento innato en todos los países latinoamericanos en favor de su independencia y su soberanía frente a las grandes potencias imperiales. En la Argentina

se ha hablado muchas veces de imperialismo, pero para nosotros hasta ahora ha sido más bien un imperialismo económico que no ha asumido formas tan duras y crudas como las de este momento.

Creo que el país en general está respondiendo con valentía, con firmeza, ante el embate de dos grandes imperialismos. Yo, como usted sabe, no soy partidario del gobierno que tenemos. He denunciado reiteradamente violaciones a los derechos humanos, he denunciado también la desnacionalización que en estos años se ha hecho con la industria, el empobrecimiento del país, una enorme cantidad de calamidades que se han abatido sobre nuestra república.

Y yo hubiese deseado que tras esta reivindicación de la soberanía sobre las Malvinas hubiese habido un país con un gobierno representativo de verdad. Pero ahora estamos en la lucha, y en la medida de lucha hay que unirse, sobre todo porque frente a nosotros hay potencias que se caracterizan por su violencia colonialista, por su menosprecio hacia nosotros y creo que es indispensable mantener la bandera de la soberanía.

Yo, personalmente, en general, soy pacifista, pero en particular no se puede ser siempre pacifista. Si uno es insultado, de alguna manera tiene que reaccionar y yo creo que Argentina está dando una lección al propio gobierno, porque los mismos obreros que fueron duramente apaleados en la Plaza de Mayo varios días después estaban gritando por la reivindicación de las Malvinas. Esto ha sido una demostración de nuestro pueblo, que tiene conciencia de la soberanía, que tiene gran generosidad y que es capaz de ponerse por encima de sus propias tribulaciones para defender una causa nacional. Por eso creo que después de este acontecimiento oneroso y trágico, la Argentina se ha ganado el derecho a una república auténticamente democrática, representativa y constitucional, y no hay ningún pretexto de ahora en adelante para que se nieguen los derechos fundamentales que han sido establecidos en nuestra Carta Magna.

Este duro acontecimiento bélico va a servir para fortificar la voluntad democrática de la república, la voluntad de restauración de sus grandes instituciones que, tan sabiamente, tan premonitoriamente, están establecidas en la Constitución nacional.

La Argentina que está surgiendo en estos momentos va a superar una enorme cantidad de problemas; va a tener fuerza suficiente para reconstruir la nación y para reconstruirla con el uso de su plena soberanía. Bueno, ésta es la esperanza que tenemos mucha gente en el país.

### **¿Cree que la recuperación de las islas Malvinas fue un golpe político de este gobierno?**

Mire, es muy probable que en el estado de deterioro en que se encontraba este gobierno, tanto en lo político como en lo económico, una aspiración tan vieja, tan sentida, tan entrañable como la de las Malvinas, haya sido una fuerte tentación. Pero la trascendencia de lo que se ha puesto en juego, el sentimiento profundo reivindicatorio y nacional que se ha puesto en juego va muchísimo más allá de lo que cualquier maniobra de alguna persona pudiera haber pensado.

En cuanto al sentimiento reivindicatorio debo decir lo siguiente: muchas personas se preguntan por qué producir acontecimientos tan duros por un peñasco. Pero es que se trata de un problema cualitativo y así lo siente la gente. Los símbolos son pequeños muy a menudo, físicamente pequeños, pero tienen enorme poder emocional sobre la nación.

Yo espero que la nación salga muy fortalecida y aunque tenga grandes problemas económicos, esto nos va a dar ánimos para superar muchas cosas.

**¿De qué manera aporta su obra para esta autoconciencia de la identidad argentina?**

Las obras literarias aportan de una manera sustancial pero misteriosa. No pongamos el ejemplo mío, que puede ser discutible, pongamos el ejemplo de grandes escritores indiscutibles del pasado. Piense usted en los escritores rusos: ni Tolstoi, ni Gogol, ni Dostoievsky, ni Pushkin, ni Chejov, se propusieron hacer, por decirlo así, propaganda en favor de determinados ideales nacionales. Y, sin embargo, son obras profundísimamente nacionales y reveladoras de una manera muy significativa de lo que es la nación rusa.

La literatura, el arte en general, pero en particular la novelística y el teatro, son testimonio en el mejor sentido de la palabra, no en el sentido que suele dársele entre los que preconizan la literatura comprometida, son el testimonio más profundo, más revelador, de nuestra realidad nacional. Porque la realidad no se da solamente cuando uno se expresa con conceptos puros.

**¿Qué ha sentido Ud. cuando esa señora se le ha acercado para ofrecerle un saludo?**

Ah, bueno, eso es frecuente, es una cosa muy linda que tienen en nuestro pueblo, creo que seguramente en todos los pueblos de América Latina. No es así, en cambio, en todas partes; yo lo he constatado en los Estados Unidos. Un norteamericano o un escritor europeo no reciben, en general, las muestras de cariño y afecto que recibe un artista en estos países.

**¿Usted escribe para algún público en particular en Argentina, piensa en alguna clase de persona cuando escribe?**

No. Yo pienso en decir mi verdad, lo que yo digo es que un escritor debe tener como único objetivo expresar su verdad profunda. Una verdad no quiere decir la verdad lógica, quiere decir la verdad testimonial de toda su conciencia y de su inconsciencia. Si es así, no tenga duda de que va a expresar también la verdad de muchísima gente. Como decía Kierkegaard, cuanto más se ahonda en el corazón de uno mismo, más se ahonda en el corazón de todos.

**Ha dicho usted que destruía mucho de lo que escribía, que era muy poco de lo que usted escribía que se publicaba y que destruía por afán de perfeccionismo.**

Bueno, por temperamento. Hay temperamentos que son más destructivos que otros. Yo soy muy autodestructivo, es decir, tengo un exceso de autocrítica que me ha llevado a quemar las tres cuartas partes de todo lo que he escrito, y he publicado en toda mi vida solamente tres novelas, todo lo demás ha sido destruido.

**Hay una escena de su última novela que es particularmente terrible. Es una escena de tortura, hay un grupo que está torturando a una chica llamada Ester. Y mientras se está produciendo esta tortura, uno de ellos canta el famoso tango "Estercita, los hombres le han hecho mal".**

Es cierto, ahora lo recuerdo, lo había olvidado...

**¿Por qué escribió eso?**

No sé. Mire, cuando uno está escribiendo, escribe lo que viene. Desde luego, de parte del torturador eso era una especie de horrendo humor negro. Además, esa frase muy conocida de un tango, dicha por un monstruo de esta naturaleza, en ese momento, es algo así como un infernal humor negro, ¿no?

**Es conocida en toda Latinoamérica su posición frente al gobierno argentino en materia de derechos humanos. El jueves pasado fui a la Plaza de Mayo y me encontré con esa procesión desgarradora de esas madres de los desaparecidos dando vueltas al monumento.**

Desde luego, la situación de hoy en el país no es la situación del año 76 ni del 77. Actualmente, cuando hay un secuestro, se trata de un acontecimiento nacional. En aquellos años desaparecían decenas y hasta centenares de personas y eso era normal. Y ahora, con todo lo que está sucediendo, no tengo ninguna duda de que el país va a entrar en la senda del respeto absoluto por los Derechos Humanos y el que no lo comprenda así no va a poder perdurar en el gobierno.

**Si le parece, podríamos hablar dos minutos sobre su pintura.**

Bueno, si le digo que estoy pintando porque ando mal de la vista parece más una broma, ¿no? Pero es así. En realidad, yo tuve pasión por el dibujo y la pintura desde que era un chico, pero no se puede hacer todo. Mientras yo he escrito, de vez en cuando hacía algún pequeño dibujo sin importancia. Pero desde el momento en que me encontraron lesiones en la retina, la lectura para mí es muy difícil y es peligrosa, además. Las lesiones son irreversibles, a lo más que puedo aspirar es a que no progresen, y no quiero que progresen. Entonces todo lo que irrita a la retina es peligroso, y la pintura es macroscópica, digámoslo así, y puedo dedicarme con mucho fervor a algo que para mí era una nostalgia infinita de mi infancia, de mi adolescencia.

**¿Es la misma actitud la que se tiene al escribir que al pintar?**

No, aunque desde luego el hombre es una unidad, por eso hay grafología; así como hace la letra, así se puede inferir cómo puede ser su negocio, sus amores, su conducta en la vida.

Por ejemplo, yo no he visto las obras de teatro de Kokoschka, pero no tengo duda de que si las veo no me voy a sorprender, tiene que ser muy parecido a lo que él hace en pintura. El mundo que expresa el artista siempre es el mismo. Pero lo que pasa es que los instrumentos son otros y los recursos, las ventajas y dificultades son diferentes. Por ejemplo, la pintura es más sensorial, se trabaja con los sentidos, o de pronto con el sentido de la vista y a veces yo diría que con el olfato, porque el olor de la trementina, el óleo, todo eso, es una cosa que produce una especie de euforia. En cambio, la literatura es muy abstracta, se hace con palabras. Y por ser muy abstracta, no tiene esa calidad artesanal que tiene la pintura, que produce una euforia, como la producen todos los artesanos. La euforia consiste en estar trabajando con las manos y por eso yo pienso que hay más pintores sanos que escritores sanos, en el sentido psíquico de la palabra. Hay, desde luego, escritores sanos, como era Withman, pero hay un 99% de escritores que son desdichados. Y hay muchos pintores que son eufóricos y felices. La historia de la pintura está llena de pintores que pintaban con fervor, con fuerza, con euforia. Y esto es un poco raro entre escritores malos.

**¿Quiere decir que a mejor literatura más infelicidad? ¿O que la infelicidad produce la mejor literatura?**

Yo creo que el arte en general nace de la infelicidad. El arte nace del desajuste entre el hombre y el mundo. Si el mundo fuera perfecto, bellísimo, justísimo, ubérrimo, es probable que no hubiera arte. El arte nace del desajuste del hombre con el mundo que lo rodea, con un mundo que no le gusta, que le disgusta profundamente. La creación

siempre implica un disgusto previo. Si la realidad es infinitamente placentera, ¿para qué crear otra realidad? En general, la creación es un acto antagónico. Por ejemplo, la filosofía platónica no fue creada por hombres platónicos, un hombre platónico no crearía filosofía platónica, eso es un disparate. La filosofía platónica fue elaborada por hombres carnales, y hasta terriblemente carnales, como Sócrates, que aspiraba a un mundo platónico. Entonces, el arte en general, la creación en general, y el arte en particular, son actos antagónicos, un poco como el sueño también. Yo no creo en esa famosa frase del arte como reflejo de la realidad. El arte no refleja la realidad, el arte es una reacción, una reacción muy violenta contra la realidad.

**¿Usted recuerda a la Alejandra de *Sobre héroes y tumbas*?**

Algo.

**¿Cómo se portaría Alejandra en estos momentos en Argentina? ¿Qué haría, qué pensaría?**

En este momento...

**¿Sabe por qué le hago esta pregunta? Esta pregunta es para publicarla en mi periódico, claro, pero es un poco para mí porque yo soy un lector sucesivo de *Sobre héroes y tumbas* y el otro día escribí un artículo cuyo título es "En los parques de Alejandra". Estoy tratando de averiguar qué haría Alejandra en este momento en Buenos Aires, mientras suena el bombo en la Plaza de Mayo, mientras sale un comunicado oficial del Comando Militar, cada veinte minutos. ¿Se imagina usted que podría estar haciendo?**

No sé. Tendría que ponerme a escribir porque, usted, sabe, cuando uno escribe, no se sabe de antemano qué es lo que va a decir. Uno empieza a escribir sobre algo y luego se empieza a embalar y se va arrastrando por las fuerzas que vienen del inconsciente y van saliendo verdades que uno jamás hubiera imaginado. No le puedo decir a priori qué haría. En general, no le podría decir a priori lo que haría un personaje en una novela en las 20 páginas de más adelante. Así que mucho menos podría decirle esto. No sé, tendría que poner la situación concreta del país, empezar a imaginar y empezar a seguir al personaje a ver que iba a hacer.

**¿A seguir al personaje, a seguirlo a él que se va desarrollando en esas páginas?**

Sí, sí. A ver qué sucede, qué actitudes va a tomar, contra quien va a gritar, si es que grita qué va a decir, qué reacciones puede tener. No se lo puedo decir a priori. Los personajes son infinitamente libres, infinitamente sorprendidos.

**¿Ha leído alguna literatura peruana última, conoce a algunos autores?**

No, yo no sigo la literatura, no solamente peruana, sino de ninguna parte porque hace muchísimos años que no leo. Ahora, por la vista, antes, porque no tenía tiempo. De Perú, lo que conozco es a uno de los más grandes poetas que ha producido la lengua castellana, que es César Vallejo. También al Arguedas de *Los ríos profundos*, que es un gran escritor, y a Mario Vargas Llosa. También hay una novela de Scorza que se llama *Redoble por Rancas*, es una buena novela realmente, pero después no conozco prácticamente nada.

**¿A Bryce Echenique no lo conoce?**

De nombre, sí, pero no he podido leer nada de él.

**Acaba de publicar un volumen sobre sus tribulaciones en París. Las tribulaciones de un latinoamericano en París que, como sucede muchas veces con los latinoamericanos, forman un círculo político muy radicalizado y como él tiene vocación de escritor lo quieren obligar a escribir una novela sobre los pescadores en el Perú. Y él en su vida había visto un pescador en el Perú.**

Claro, era como la época en que acá, en la Argentina, los muchachos comunistas, entre los que yo me contaba, buscábamos desesperadamente un campesino para hacerlo ingresar al Partido, porque la teoría en esa época era la de la revolución obrera y campesina. Y, como usted sabe, acá en la Argentina no hay campesinos, aunque parezca una broma también esto, ¿no? Argentina es un país urbano con enormes extensiones casi desérticas. Yo estoy haciendo una exageración retórica, desde luego. Pero quiero decir que no hay campesino en el sentido europeo de la palabra, en el sentido asiático de la palabra. O en el sentido latinoamericano de la palabra. Así que era una empresa gigantesca encontrar un campesino. De manera que sí conozco esa especie de paranoia que conduce a fabricar una realidad sobre la base de una teoría que ya existe. En cuanto el escritor, obligar al escritor a que escriba sobre pescadores u obreros metalúrgicos, de todas las tentativas de asesinato de la literatura, creo que es la más notoria. Pienso que el señor Kafka, bastante conocido y valioso, jamás describió una huelga de metalúrgicos en la ciudad de Praga. Y va a quedar como uno de los grandes testimonios del siglo XX. No hay literatura social, ni literatura no social: hay literatura buena y literatura mala. La social, generalmente, es mala literatura.

## Me matan de un balazo

**La voz de Pablo Gutiérrez Weselby, alcalde reelecto de Chorrillos, sonó rotunda por el teléfono:**

Seis y media de la mañana.

**¿Seis y media?**

Seis y media. Y le advierto, yo soy muy puntual.

**Acababa de concertar una entrevista con el hombre que quiere derribar el muro del Regatas, con el alcalde que desalojó a un destacamento armado de la Infantería de Marina impidiéndole que iniciara la construcción de una capitanía de puerto... al lado del muro del Regatas.**

**A las seis y media de la mañana del domingo 18 de diciembre de 1983, Pablo Gutiérrez, el Chino Domínguez y este periodista suben a la Land Rover de la Municipalidad de Chorrillos que conduce un somnoliento moreno. Primer Objetivo del día: desayuno en una chicharronería de Barranco. Pero por el momento, el restaurante no es ahora más que un verduzco portón cerrado a un costado del mercado barranquino. El sitio está cerrado, habrá que esperar.**

**Señor alcalde, ¿seis y media de la mañana?**

Así es, ésta es mi rutina de todos los domingos. Le voy a decir una cosa que no tiene nada de demagogia: éste es un lujo que yo me puedo dar porque soy soltero, no tengo ni mujer ni hijos. Antes de meterme en todo esto mis días no eran así. A eso de las siete de la mañana, jugaba golf. Y llegué a ser bastante bueno. En un año gané veinticuatro campeonatos. Cuando yo salía con el drive me llevaba doscientos pies de arranque y el drive sonaba como una bala. Pero con el 78, todo empezó a cambiar. Ese año me designaron teniente alcalde de San Isidro. Algo hicimos. Aparentemente San Isidro es una zona de ricos pero también hay gente que necesita cierta labor social. Levantamos un laboratorio bromatológico, remodelamos el desastre en que se había convertido El Olivar: las grandes constructoras habían hecho de la laguna un basural y el resto era una letrina pública. Bueno, llegué a la alcaldía porque había sido presidente de un comité de cooperación con la Guardia Civil. Pensé que era un aporte a la colectividad y construimos la comisaría que hoy tiene la Guardia Civil en San Isidro. Si por algo llegué a ese comité es porque soy gerente de un banco. . .

**Era...**

No, sigo siendo, aunque desde hace tiempo estoy con licencia, precisamente a consecuencia de los problemas con el Regatas. Pero, francamente, éste es un tema sobre el que no quisiera hablar. Por ética, porque soy una persona ética, sobre este tema yo no quisiera hablar. En fin, se trata de una licencia presionada, que se origina en los problemas que yo empecé a tener con el Regatas desde 1979, cuando fui nombrado alcalde por el Gobierno.

**Se ha abierto la puerta de la chicharronería y nos hemos sentado. Tal vez acordándose de remotos desayunos, Gutiérrez se ha lanzado con una suerte de síntesis biográfica:**

Nací en Chorrillos y allí vivimos hasta que yo tuve cinco años. Luego, los ocho hermanos, mi padre y mi madre, nos vinimos a Barranco. Mi padre murió cuando yo tenía quince años. Para mí fue un golpe muy fuerte. Mi padre fue un hombre muy recto y muy ordenado y me dejó muchos mensajes. Uno de los mensajes que me impresionó más fue que yo tenía que depender solamente de mí mismo, a como diera lugar. Eso y que yo tenía que cuidar de mi madre, velar por la seguridad de mi madre. Cuando él se está muriendo me llama junto a su cama y me dice: "Pablo, me estoy muriendo". Fue curioso, éramos ocho hermanos pero sólo me llamó a mí. Me dijo, "me estoy muriendo" y yo me puse a llorar. Entonces él alzó la voz y me dijo: "déjate de llorar y escucha. Tienes que depender solamente de ti mismo y cuidar a tu madre. Y cuidar de tu madre no con besos ni cariños sino velando por su seguridad". Me lo tomé muy en serio. En esa época, cuando un padre se moría toda la familia se mudaba de casa, pero yo me quedé, totalmente solo, en la casa de la familia. En fin, hasta ahora vivo solo y vivo solo desde los quince años de edad. Éramos una familia de clase media no muy acomodada y cuando me quedé solo, pasé a la pobreza total. Ingresé a la nocturna del Colegio Guadalupe y me busqué trabajo de chupe en el Banco Wiese, ganando ciento cincuenta soles. Repartía avisos de vencimientos y después me conseguí un cachuelo de cobrador del Bar Romano de La Colmena. Aunque nunca pensé hacer carrera en el banco, fui ascendido hasta llegar a gerente. Así que mi vida cambió totalmente a los quince años de edad. Las pasé muy difíciles pero tenía que cumplir el mensaje de mi padre. Y a esa edad le construí una casa a mi mamá. Cuando digo que le construí una casa no fue que se la mandé construir. Yo, con mis manos, se la construí, juntando adobe y caña de Guayaquil. Un día, mi madre vino a ver las obras. La senté en una silla para que me viera trabajar. Yo no hablaba nada y en un momento —trepado en una escalera— me encontré acomodando una parte del techo con las manos mientras con la cabeza apretaba hacia arriba una caña de Guayaquil. Por un instante, vi de reojo a mi mamá y noté que me estaba mirando con una expresión extraña, como pensando qué hace este Pablo.

En fin, luego le construí otra casa y de esas dos casas mi madre ha vivido hasta el día de su muerte. No soy ingeniero, pero siempre he tenido idea para la construcción.

**¿Le alcanzaba el sueldo en esa época?**

Estaba por decir que me he pasado días sin comer. Pero ni aún así regresaba a la casa de mi madre que tanto me reclamaba y que seguramente pensaría que estaba medio loco.

**¿Qué tal le salían las construcciones?**

Quisiera que usted las viera cómo están todavía. Nadie me había enseñado a construir y yo no preguntaba cómo se hacían las cosas. Me parecía que preguntar era demostrar ignorancia.

**Quiere decir que usted era orgulloso desde chico...**

No sé. Yo sólo le cuento lo que sucedió. Allí empecé a aprender construcciones y así dirijo las obras en Chorrillos. En Chorrillos yo no tengo ingenieros y no los puedo contratar por la ley de austeridad. Ley de austeridad y cada vez que abro *El Peruano* un ministro se va de viaje. A pesar de la ley de austeridad, el Concejo de Chorrillos ha

logrado comprar maquinaria. Cuando llegué al Concejo no se podía comprar ni medio kilo de clavos. Hoy hemos aumentado nuestros ingresos en más de cincuenta veces, y las fuentes de ingreso de nuestro Concejo siguen siendo las mismas pero, eso sí, con mucho ojo, sin permitir mafias ni evasiones. Ni coimas: la coima es la institución nacional del Perú, pero yo, a un coimero lo cuelgo de los huevos. La gente, felizmente, ya ha aprendido a denunciar a los coimeros.

**El rostro de Gutiérrez se ha iluminado con una sonrisa, que algunos podrían interpretar como síntoma de niñez y otros de ferocidad. Termina el desayuno, volvemos a la camioneta y empieza la inspección de las panaderías. Son las siete y quince de la mañana y antes de bajar al primer establecimiento, el alcalde se cala su célebre gorra, mientras dice: "la historia de esta gorra es una historia de luchas, siempre me la pongo cuando estoy en pie de lucha".**

El objeto de la inspección es muy preciso. Entre seis y media y ocho de la mañana, todas las panaderías están obligadas a vender pan francés. El célebre pan francés que sólo es un viejo recuerdo en otros distritos de Lima se vende con menos precio y más peso que los panes comunes. El alcalde verifica horarios, peso del pan, higiene de los locales. Al llegar a la primera panadería le aguardan un agente municipal de riguroso uniforme y dos concejales que se le sumarán durante todo el día. Gutiérrez se aproxima al establecimiento, saluda a la gente que hace cola e ingresa en plan de inspección. Los panes deben servirse con cucharones metálicos.

Gutiérrez toma uno, junta veinticinco panes, los introduce en una bolsa y van a la balanza: un kilo exacto, está bien. Luego se interna en la trastienda y allí está el horno que es sometido a otra inspección.

Un hecho nos llama la atención. Al acercarse a la cola, la gente saluda al alcalde por su nombre: "buenos días Pablo"; "hola Pablo". "Así es —dice Gutiérrez— acá no hay más que cosas de ese tipo". En la segunda panadería las normas se cumplen en exceso. Aparecen unos panes franceses extremadamente cachetones, a la vista de cuarenta gramos.

"Vea usted" —dice Gutiérrez—, antes aquí nadie hacía pan francés. A veces el comerciante cree que puede sacar la vuelta con el peso pero yo hago esta inspección casi todos los días. Y al final tiene que darse cuenta que más le vale respetar las disposiciones municipales, por su propia tranquilidad. Lo que me pasa también es que yo soy un alcalde que ya me las sé todas. Es bien difícil que me traten de palabrear o de sorprender".

En la tercera panadería, todo sigue siendo normal. Pero en la cuarta, la cola protesta. Sucede que el establecimiento da preferencia a los compradores de otros productos y la espera por el pan francés se hace interminable. Entonces Pablo ordena que se atienda de inmediato a la cola y se abre una caja especial para el pago de los otros productos. Poco después advierte al propietario: "he oído por ahí que usted está vendiendo pan francés después de las ocho de la mañana pero a mayor precio. A la próxima, ya sabe lo que le va a pasar".

A las ocho y treinta de la mañana, la camioneta se aproxima al mercado. Cuando todos sospechamos una nueva visita de inspección, el alcalde repara en un montículo de basura ubicado a la entrada. Entonces, se dirige a una diminuta oficina municipal, toma el teléfono y empieza a gritar: " ¡dónde está el chofer, carajo, donde está el chofer!".

Sucede que el chofer encargado del vehículo de la limpieza simplemente no ha ido a trabajar. Gutiérrez se encrespa. Vuelve a la camioneta y ordena: "al depósito, vámonos inmediatamente al depósito".

El depósito es el de los vehículos del Concejo Distrital ubicado a la salida del túnel que los bañistas conocen como de la playa de La Herradura. Al fondo se erige un enorme armatoste amarillo. Los legos lo denominaríamos simplemente Caterpillar pero su nombre técnico es el cargador frontal, y la marca Fiat-Allis.

Gutiérrez pide la llave y trepa a la cabina del aparato. Este periodista se acomoda a un costado, se apoya en una baranda y siente que esta mezcla de tanque y destroyer empieza a navegar. Al mando del armatoste, comienza el raid higiénico de Pablo Gutiérrez Weselby.

El primer objetivo es el basural del mercado. Un camión de basura y la camioneta de las seis y media siguen al alcalde. Llegado al mercado, Gutiérrez hace sonar un pito intermitente, acciona las palancas y una inmensa pala dentada —quizás tan feroz como la sonrisa del burgomaestre a la hora del desayuno— levanta el basural. La pala vomita al camión toda clase de desperdicios.

Es la primera recogida de una mañana en que el alcalde levantará —puede calcularse por la capacidad del camión— unas seis toneladas de basura.

La operación del mercado se repite en las inmediaciones de la calle Huaylas. De una quinta salen las vecinas. Observan la operación motorizada y empiezan a aclamar al alcalde: escuchamos entonces por primera vez un coro que se irá incrementando durante el resto del día: "Pablo, Pablo", "Buena, Pablo".

El tanque-destroyer recorre varias calles del distrito y llega hasta donde se encuentra la cárcel de mujeres. Ya se forman colas allí en procura de la visita dominical. Pero, junto a la puerta del penal se ha acumulado un inmenso basural. Gutiérrez baja, llama al agente municipal que viene en la camioneta y ordena: "póngale su papeleta. Así sea el Ministerio de Justicia, se lleva su papeleta. Ya les he dicho que ahí no se puede tirar basura".

Y entonces vuelve a la cabina del armatoste, sonrío de nuevo y le dice a este periodista: "carajo, para hacer obra en este país, hay que tener cojones hasta en los pies". A las diez y treinta de la mañana, la expedición motorizada se dirige a un centro de educación inicial.

Se trata de un jardín infantil regentado por religiosas. Hoy domingo se realizará la ceremonia de despedida de los alumnos de cinco años que entregarán el pabellón nacional a sus sucesores de cuatro.

Hay un tabladillo que sirve de escenario al fondo de un jardín con sillas en el que se acomodan los padres de familia. Cuando el alcalde ingresa, comienza el clamor. Monjas, niños, padres: "Pablo, Pablo, Pablo".

Pablo es el padrino de la promoción que egresa del jardín, entona el himno nacional con la mano derecha al pecho y habla a toda la concurrencia. Cuando termina su discurso, anuncia que otros compromisos lo obligan a retirarse. Y entonces, padres y niños se catapultan de sus asientos y empiezan a rodearlo: todos quieren tomarse fotos con él. Gutiérrez suda, levanta chiquillos, abraza monjitas, sorbetea una gaseosa, vuelve a sudar, sonrío. Media hora, por lo menos y aún no puede salir.

Al final se escabulle rumbo al Fiat-Allis que lo aguarda en la puerta. Pero al pasar junto a una ventana descubre que los más chicos, niños de unos tres años, se encuentran

allí reunidos. Sentaditos en sillas diminutivas observan el show de un grupo teatral. Representan el cuento de Caperucita Roja. Hay una espectadora insólita en medio de los chiquillos. Se trata de una monja añosa acomodada en una silla de ruedas. Pablo la ve, grita "madrecita", salta por la ventana e interrumpe el show. Los niñitos empiezan a gritar "Pablo, Pablo, Pablo", la monja se excita, trata de incorporarse y el alcalde la retiene con dos besos en la mejilla.

Finalmente, el alcalde sale y sonrío a todo dar. Trepa al vehículo y se dirige al periodista: "ahora sí a Marcavilca". A las doce de la mañana, en ese pueblo joven, Pablo Gutiérrez es padrino de una primera comunión.

A la iglesia del pueblo se llega trepando una cuesta de tierra y accionando el pito del cargador frontal. El alcalde entra al templo justo en el momento en que el sacerdote reparte las hostias, pero todos voltean a mirarlo.

Luego, el padre ora para que el Señor ilumine al burgomaestre y, poco más tarde, se acerca a Gutiérrez con el hisopo de las bendiciones, lo levanta y unas gotas de agua se derraman sobre su cabeza descubierta —sin gorra de combate— del alcalde chorrillano. Pablo sonrío, le pide el hisopo al sacerdote con un leve ademán y con las manos más grandes del templo, le esparce el agua bendita. Cura y alcalde, se han bendecido mutuamente.

Cuando Pablo abandona el templo, el coro y las escenas del jardín de la infancia se vuelven a repetir, esta vez mezclados con el cántico religioso que se escucha al fondo de la iglesia: "Señor Jesús, que nos das felicidad, que nos guías como estrella en la inmensa oscuridad, al partir juntos el pan que nos llena de tu amor, pan de Dios y cantos plenos de amistad".

Trepamos de nuevo al aparato y nos encaminamos a otro pueblo joven. Se trata de Villa Venturo y hoy cumple su doce aniversario.

A la entrada de una escuela, Gutiérrez izará el pabellón nacional y escuchará el discurso del dirigente del pueblo joven. Es un discurso más bien burocrático que da cuenta de innumerables gestiones ante el Ministerio de Vivienda, de múltiples y estériles trámites de recursos en papel sellando ante la autoridad.

Naturalmente, las palabras finales son del propio Gutiérrez: "He escuchado las múltiples gestiones que ustedes están realizando para obtener agua y desagüe. Pero quiero decirles que cuando el gobierno no hace caso a los recursos, el único recurso que tienen los pueblos es la protesta. Está bien presentar recursos. Pero nadie va a pensar que nuestros derechos van a caer del cielo. El mejor recurso será irse a la plaza de Armas todo el pueblo y gritarle al gobierno lo que los recursos escritos no le hacen oír. Tenemos que estar unidos, tenemos que protestar y tener conciencia de lucha. Esa es su responsabilidad señores dirigentes y señor secretario general.

A la una de la tarde, la expedición regresa al casco urbano de Chorrillos. Se trata de la juramentación de la nueva junta directiva de la Urbanización Villa Marina. Es en un centro recreacional, carteles anuncian cerveza y fréjoles —empezamos francamente a pensar en el almuerzo— y los socios se han reunido en una suerte de aula con bancas corridas.

Según dicen, la directiva cesante es del PPC. De hecho, entre los concurrentes se encuentra un socio conspicuo de la institución. Se trata de Antonio Matsuda, el próspero nisei que, a nombre del PPC, rivalizó con Gutiérrez en la última campana. Cuando entra el alcalde, todos menos este ceñudo asambleísta se ponen de pie.

Pablo toma juramento al nuevo presidente y luego lanza el discurso político del día: "Estamos removiendo montañas. Chorrillos es un ejemplo para Lima Metropolitana y, por qué no decirlo, para todo el Perú. Y cuando hay quienes se oponen a esta política chorrillana, por no decir todavía nacionalista, hay que recordarles que nuestros problemas son comunes y que no vamos a permitir que se enfrente a chorrillos contra chorrillanos con la política interesada. El pueblo ya lo ha dicho: no más politiquería en Chorrillos, no más maniobras en Chorrillos, no más manipulaciones de partidos interesados que tratan de vender las playas, que tratan de vender nuestro Morro Solar y entregarlos a grupos privilegiados y a grandes clubes que en la campaña electoral auspiciaron a otros candidatos". Ovación de todos menos uno. Se comentaba y se sigue comentando que Matsuda fue el hombre del Regatas en la campaña electoral. Dos de la tarde: a las playas.

De paso, Pablo Gutiérrez nos muestra las obras de construcción del segundo gran complejo deportivo de Chorrillos. Habrá piscina, varias canchas de básquet, fulbito y frontón. El mismo inició las obras armado de su Fiat-Allis.

Ahora, el armatoste se ha quedado en el depósito y emprendemos viaje en la camioneta. El primer destino es Agua Dulce. Allí nos acercamos al célebre muro del Club "Regatas" y a las casi ya tan célebres zanjas con que un destacamento de la Infantería de Marina quiso iniciar la construcción de una capitanía de puerto. Chiquillería bañista nos rodea y Gutiérrez empieza a explicar su conflicto con el club:

Todo comenzó cuando asumí el municipio por primera vez y me di cuenta de todo lo que nos debía el Regatas. Además de los ingresos municipales que dejábamos de percibir estaba todo lo correspondiente al material de tierra y piedra que el club había utilizado para construir sus espigones.

**Pero usted era socio del club...**

Y sigo siendo socio, aunque ahora nunca voy. Cuando me nombraron alcalde los directivos del club se alegraron y ahora no me pueden ver. He perdido muchos amigos, pero yo no puedo permitir muros como éste que son la expresión de la discriminación de una oligarquía pretenciosa y huachafa.

**¿Pero usted cree que las cosas cambiarían derribándose el muro? ¿Usted cree que si no hubiera muro la gente de Agua Dulce se metería a la playa del Regatas?**

No, la gente de Agua Dulce seguiría en Agua Dulce. El complejo deportivo que yo estoy construyendo va a ser mucho más importante que las instalaciones del Regatas. No se trata de apropiarnos del Regatas. Pero el muro es un símbolo moral y espiritual y los pueblos se movilizan por símbolos morales y la humillación y la discriminación son un símbolo moral de lo que no debe existir en el Perú. Por eso el pueblo me apoya en mi lucha contra el muro del Regatas.

**Después de Agua Dulce, viene la Herradura con sus bañistas de clase media más o menos acomodada —quién sabe— pero de piel bastante más clara que la chiquillería de la playa discriminada.**

Allí Gutierrez muestra las obras de los futuros rompeolas las arenas en busca de papeles, verifica que los vendedores de chupetes cumplan sus disposiciones: ningún vendedor puede entregar los chupetes de hielo con envoltura. Esta debe abrirse ligeramente de manera que el comprador extraiga el palito y el vendedor debe guardar - ésa es la palabra" el papel en un recipiente especial. Poco después hay verificaciones

sobre la prohibición de vender bebidas alcohólicas en la playa y el alcalde se extasía ante el paso agresivo de una tanga espectacular.

**A las cuatro de la tarde, nos sentamos a almorzar. Señor alcalde, ¿porqué es usted tan tozudo?**

No sé, por algo será. . .

**Su segundo apellido. . .**

Bueno, mi madre era inglesa, de Londres. Pero (ahora sonrío Pablo) su padre era irlandés.

**Y la cabeza del irlandés es más dura que el muro del Regatas, ¿no?**

Puede ser. Pero sí se que mi cabeza es dura. Hasta en el aspecto físico. Yo soy piloto aéreo, graduado en Collique. Un día me dediqué hacer piruetas, me mandé dos alazos y me estrellé contra un campo de algodón, todo el avión. Pero yo salí ileso, me paré y me fui caminando...

**¿Es cierto eso que dicen de que cuando uno se salva de una cosa así reconstruye toda su vida en segundos y es como si volvería a nacer?**

En ningún momento perdí el conocimiento. Me di cuenta que se me venía la muerte pero no pensé en esas cosas. Simplemente pensé: la cagada, ya destrocé el avión.

**Pero sí da la impresión de que usted ha vuelto a nacer y esta vez del otro lado del muro del Regatas. Ahora está usted del otro lado. ¿Qué le diría ahora su papá?**

No sé. Pero sí me felicito de haber tenido un cambio radical en mi vida porque — tengo que aceptarlo— he trabajado más de treinta años en el banco para mí, para mí y para nadie más que para mí. Nunca para los demás. No es que quiera compararme pero hago algunas comparaciones. Pablo de Tarso era un delincuente, agarraba a hachazos o a lo que fuera, a los cristianos y terminó siendo los grandes hombres del cristianismo. Claro, yo no he agarrado a hachazos a nadie, pero como que se me puso en el camino la obligación de hacer algo por los demás y siento ahora esa satisfacción.

**¿No está usted buscando la figuración política?**

No dudo que algunos piensen eso porque en este país nadie da puntada sin hilo y yo sé que siempre lo van a pensar. Y sé que si me pongo a decir que no. Seguro que no me creen. También me dicen algunos que soy homosexual y cosas parecidas. Y bueno, yo no me voy a estar poniendo a desmentir a todo el que me acuse. Yo no tengo que estar poniéndome a demostrar nada. Las pruebas, al canto. A mí lo que me importa es lo que hago. Cuando yo vi lo que la Sedapal me quiere dar tuberías malogradas y yo me opongo, insisto y me cambian las tuberías, yo me pongo contento. Y cuando veo que Panamericana Televisión se cansa y decide pagarme mil soles por metro cuadrado por las torres del Morro Solar, también me pongo contento. Eso es lo que a mí me importa.

**Pero, ¿qué le diría su papá? ¿Estaría de acuerdo con todo lo que hace?**

Bueno, ¿mi papá, no? Mi padre era un hombre muy estricto. Tenía unas costumbres que podrían parecer extrañas. Por ejemplo, nos daba una manzana para cada dos hermanos. Y nos decía, uno de los dos va a cortar la manzana que los dos van a comer. Pero el que no corta, ése escoge el pedazo que se va a comer. De manera que el que cortaba tenía que tener mucho cuidado y partir la manzana exactamente por la mitad. La cosa se complicaba cuando en lugar de las manzanas traía mangos. La pepa del mango no se puede partir. Se podía cortar el mango, hasta el borde de la pepa y después uno de

los dos comía su parte de mango con tal cuidado que no malograra la parte que al otro le iba a tocar.

**Pero ¿aprobaría su padre todo lo que hace? Usted ha dejado su banco, su carrera, sus amigos. ¿No se siente solo?**

A veces pienso que mi compañía es mi propia soledad. Es una idea rara, ¿no? Pero mi compañía es mi soledad. Y además he comprendido que en este país hay que luchar, hay que hacer transformaciones drásticas, radicales, aunque haya que cortar la cabeza a unos cuantos. Y en esto Velasco sí se quedó corto. Fidel Castro, para tener un pueblo como el que tiene, le ha tenido que sacar la cabeza a mucha gente. Gente podrida, torcida, que es imposible que se pueda recuperar para la sociedad, gente con ideas claras de explotación. A un Somoza usted no lo va a convertir en un hombre del pueblo.

**Bueno, ¿y qué diría su padre?**

¿Qué diría mi padre? ¿Qué diría mi padre ¿no? Bueno, yo he tenido muchos sueños con mi madre y mi padre. Hace como cinco años he soñado que mi padre llegaba a mi casa y me veía viviendo como un hombre aparentemente holgado. ¿Usted puede creer que yo he construido adobes con mi padre cuando yo tenía nueve años de edad? Él y yo hemos hecho barro, hemos pisado barro y hemos levantado paredes de adobe con motivo del terremoto del cuarenta. Pero él actuaba así porque pensaba que yo tenía que hacerme a mí mismo. Pero usted me pregunta qué me diría mi padre ahora, ¿no? Tal vez se escandalizaría porque él nunca podría pensar que yo iba a llegar a ser gerente de un banco. Él tenía un hermano que era recibidor en el Banco de Crédito y en esa época eso era un puestazo, ese hombre era todo un señor. En sus tiempos, llegar a gerente era algo inalcanzable. Y en mi caso sin haber estudiado, porque yo nunca fui a la universidad. La universidad ha sido para mí la vida y la vida ha estado llena de padecimientos. La universidad ha sido para mí no tener plancha, lavar mi camisa y estirármela con la mano porque al día siguiente me la tenía que volver a poner. La verdad, mi juventud ha sido muy dura, pero creo que no soy un resentido, ni le tengo envidia a nadie. Que ¿qué diría mi padre? ¿Se asustaría un poco? No sé. Tal vez pensaría que siendo gerente de un banco no debería meterme en estas cosas. Yo diría que es difícil tomar posiciones como la mía. Se queda uno sin amigos, mucha gente le da a uno la espalda. Muchos dicen sí Pablo, hay que botar el muro. Pero a la hora de botar el muro ¿dónde están tantos de esos que dicen oye Pablo, sí Pablo, hay que botar el muro?

**¿Usted es consciente, además, de que el haber impedido que un destacamento armado construya la capitanía de puerto lo ha hecho retroceder en lo que podríamos decir el plano militar? ¿Usted cree que eso se quede así nomás?**

Yo sé que a mí de repente me matan de un balazo. Lo único que quisiera es que el que me meta, el balazo, me lo meta de frente, para poderle ver la cara.

**¿No se arrepiente de nada, señor Alcalde?**

De las cosas que he hecho, creo que no. De lo que no hice cuando vivían mis padres, de eso sí me podría arrepentir. A pesar de que mi padre me decía de que el cariño a mi madre tenía que demostrárselo con obras y no con cariños, sí me hubiera gustado ser un poco más cariñoso. Porque yo adoraba a mi madre, pero la adoraba a mi estilo, la adoraba regalándole y ahora me arrepiento de no haberla besado un poco más.

**Y entonces, don Pablo, ¿qué le diría ahora su padre?**

Que, qué me diría mi padre ¿no? Mi padre. . .

Y entonces Pablo Gutiérrez Weselby observa su reloj y se da cuenta que se hace tarde porque hace media hora debía estar presidiendo una boda masiva en el salón de la iglesia chorrillana de San Pedro. Y allá vamos. Luego toma la cartilla de reglamento, lee los artículos respectivos del código civil y hace que hombres y mujeres coreen, siguiéndolo, las normas que rigen el matrimonio en el Perú. Más tarde, entrega partidas, abraza cónyuges y posa para el recuerdo. Serán fieles o no, se divorciarán o quién sabe, discutirán y tal vez se arrepentirán, pero a esta hora del crepúsculo chorrillano, el alcalde solterón casa a cuarenta parejas.

Aclamado, invitado a decenas de copas de champán, Pablo sube otra vez a la camioneta y nosotros con él. Termina el día cuando transitamos por la Vía Expresa rumbo al sur.

Hay silencio en el auto. Este periodista rememora solamente las escenas, la aventura casi, que han significado este domingo en Chorrillos.

De pronto siente la mirada del alcalde. El alcalde está observándolo y hay algo de sonriente malicia en su expresión.

Qué tal pregunta, oiga usted. ¿Usted cree que me he olvidado que no he respondido a su pregunta?

**Ah, bueno, pero creo que indirectamente sí la respondió. . .**

¿Indirectamente? No, no le he respondido. Pero ahora le voy a responder. ¿Sabe usted qué diría mi padre? Mi padre me miraría, como que se reiría y me diría: oye Pablo, tú estás medio loco ¿no?

## Recuerdos del futuro

Esta historia comenzó el diecisiete de junio de 1983. Ese día me encontraba en una calle de Miraflores: La Pastelería Sueca. Un mes antes, concretamente el día dieciocho de mayo; había cesado como director de *El Diario de Marka*. Poco después de salir del periódico, empecé a concebir la idea de escribir un libro sobre la masacre de Uchuraccay ocurrida en enero de ese mismo año.

En junio de 1983, estaba trazando el esquema del libro. Sólo yo conocía del proyecto.

El diecisiete de junio de 1983, tres personas entraron a La Pastelería Sueca de Miraflores. Un hombre, una joven delgada y de largo pelo negro y una señora de edad. Cuando ellos se acomodaron en su mesa, reparé en que conocía al hombre. Cruzamos mirada y nos saludamos a distancia.

Poco después, no pude impedir volver la vista hacia ese grupo. La joven delgada me miraba insistentemente. Al principio le sonreí extendiéndole a ella el saludo que dirigí a su acompañante, pero luego tuve que volver la vista una y otra vez: no me quitaba la mirada de encima.

Más tarde, el hombre se acercó a mi mesa. Me dio la mano y me dijo: "Mi mujer quiere hablar contigo". Comprendí entonces que la joven delgada era su esposa y la señora de edad sería la madre de su esposa.

"¿Quiere hablar conmigo?", respondí. "Sí —me dijo—. Urgente. Pero te advierto: mi mujer es bruja".

Supongo que mi cara habrá sido la del asombro y que eso le obligaría a precisarme: "Bueno, vidente, como se le quiera llamar"

Instantes después, Coty Zapata se acercaba a mi mesa y me apretaba la mano izquierda:

—José María, estás muy tenso. . .

—Eso es normal. . .

—No, esta vez se trata de algo singular.

Me citó a su casa para la noche del siguiente veintiuno de junio.

El veintiuno de junio llegué a su casa y me encontré una larga hilera de gente sentada en un pasillo, que esperaba turno de atención. Coty Zapata, como todos los días, cumplía su jornada de trabajo: atendía las consultas del público, previa cita.

Confieso que me sentí largamente incómodo al ingresar allí. Temía que alguien me reconociera y luego divulgase que yo transitaba por el esoterismo o consultaba oráculos que me orientaban sobre mi inseguro provenir.

Felizmente, no formé en la cola. El esposo de Coty me invitó a pasar a la cocina donde me sirvió un café.

Veíamos televisión en silencio, hasta que él, sin mirarme casi, dijo aproximadamente lo siguiente: "Mi mujer es increíble; no deja de asombrarme. Quince días ante de la masacre de los periodistas en Uchuraccay me comunicó que había visto o soñado —como ella dice— el asesinato de los periodistas. Muy nerviosa, me pidió que la

llevara a *El Diario de Marka* para comentar su videncia. Yo me negué. Me parecía totalmente inverosímil y pensé además que nadie le iría a creer. Tú, por ejemplo, ¿le hubieras creído?"

Por toda respuesta, murmuré un "increíble". Luego seguimos en silencio mirando la televisión, hasta que me llamaron al despacho de Coty.

El despacho era un pequeño escritorio a media luz. Coty estaba sentada tras la mesa; en la mesa descansaban un mazo de naipes y dos cajetillas de cigarrillos Marlboro. Me senté frente a ella y esperé que me dirigiera la palabra.

En silencio total, me tomó la mano izquierda. Parecía que me la apretaba moldeándola y noté que entrecerraba los ojos antes de empezar a hablar.

"*Chema*, veo papeles, muchos papeles. Estas organizando unos papeles. Los papeles son sobre muertos y en esos papeles hay documentos y denuncias. Hay una especie de manifiesto. Los muertos son ocho. Veo un velero con el número ocho pintado en una vela blanca. Ese velero está en las aguas de Pucusana. En Pucusana hay una especie de base del ejército de la marina y allí, en esa base, ha estado el hombre negro que ha dirigido la muerte de los ocho. Su uniforme es verde y lleva unos galones dorados. Ese hombre tiene documentos falsos y un reloj dorado".

Se detuvo allí, pero yo no hice el menor comentario. Me ofreció un cigarrillo, se encendió uno y prosiguió: "Ahora veo el sitio de la muerte. Cerca hay unos cadáveres que los ocho han visto. Y el reloj del hombre se ha detenido. Son las doce. Los ocho, antes de todo, le han enseñado sus papeles. Ellos tenían papeles. Son periodistas. José María, ¿tú estás escribiendo algo sobre la muerte de los periodistas?"

—Sí. Voy a escribir un libro sobre la muerte de los periodistas.

Sucedió entonces algo para mí inesperado. Coty Zapata lanzó una especie de alarido que supongo se habrá escuchado por toda la casa. "Por fin —exclamó—. Por fin. Por fin te encontré". Me confesó inmediatamente que había sufrido graves problemas de conciencia y me contó lo que ya sabía de labios de su esposo. Que ella había "visto" la masacre de Uchuraccay, que había intentado comunicárselo a alguien, pero que no pudo ser. Intenté tranquilizarla diciéndole que yo no le hubiera creído, que todo habría sido igual. Supongo que en mis afirmaciones habría también un poco de auto-consuelo: si ya me sentía algo culpable por ser el jefe de varios de los periodistas que perdieron la vida, no deseaba ni imaginarme cómo me sentiría después de una masacre que se me había anunciado con quince días de anticipación.

Luego, Coty me transmitió lo que ella había "visto" de la masacre de Uchuraccay. Aquí lo resumo:

— La masacre fue dirigida por un hombre negro, miembro de la infantería de Marina que usaba reloj dorado y que hacía mucho tiempo había regresado al Perú luego de una estancia en el extranjero.

— La masacre se produjo después de que los periodistas regresaran de Huaychao —la comunidad cercana a Uchuraccay donde se había producido un supuesto enfrentamiento entre comuneros y senderistas— el día veintisiete de enero.

— El motivo del asesinato: los periodistas habían descubierto un grupo de cadáveres a punto de ser enterrados en una fosa común.

— La masacre se había producido durante la noche y a los periodistas los habían enterrado un día después.

Los pacientes lectores que recuerden mi libro *Las tumbas de Uchuraccay*, sabrían que no es eso lo que yo sostengo en la obra. Yo había realizado el mismo recorrido de los periodistas entre Huamanga y Uchuraccay—, y me resultaba totalmente improbable creer que ellos hubiesen llegado hasta Huaychao. Nada me hacía pensar que su entierro hubiese demorado y aunque siendo director de *El Diario de Marka* había publicado un testimonio que afirmaba la presencia de un "hombre moreno" en la comunidad de Uchuraccay, pronto deseché la pista, tal vez —lo pienso ahora— rindiendo tributo a las acusaciones de fantasía y sensacionalismo de que era objeto el periódico.

Cierro, sin embargo, esta suerte de paréntesis dejando constancia de que:

— Las declaraciones del controvertido juez Ventura Huaychua, quien ha dirigido el juzgamiento de la masacre, coincidieron —año y medio después— con lo que Coty Zapata me narró. Ignoro hasta ahora qué pruebas esgrime el doctor Ventura como sustento de sus afirmaciones.

—Consultas realizadas con abogados penalistas y médicos legistas me hicieron saber que el *rigor mortis* o rigidez cadavérica que presentaban los cuerpos de los periodistas, permitía suponer que su masacre y enterramiento se había producido después de la fecha generalmente aceptada, esto es, el 26 de enero de 1983. Confieso también que estas explicaciones me parecieron irrelevantes y, olvidándolas, las descarté.

Ahora, volvamos a esta "sesión" del veintiuno de junio de 1983. Cuando Coty terminó de narrarme su "visión" de la masacre de Uchuraccay, le respondí con los argumentos de líneas atrás. Por lo demás, así hubiera aceptado la veracidad de su relato, ¿qué pruebas sustentatorias hubiera podido ofrecer? ¿La palabra de una "bruja", inclusive contra mi propia experiencia luego de mi recorrido entre Huamanga y Uchuraccay?

De la masacre de Uchuraccay pasamos —pasó Coty, en realidad— a otros temas. Un tema "nacional" y otros temas "personales". El tema "nacional" consistía en que Coty "veía" en esos precisos momentos varias fosas comunes que contenían entre veinticinco y cincuenta cadáveres y estaban ubicadas en la zona de emergencia, concretamente en la zona bajo mando directo de la Infantería de Marina. Resulta interesante anotar que Coty —que confiesa absoluta ignorancia en materia política o militar— encontró cierta dificultad a la hora de mencionar el nombre de "Infantería de Marina". Comenzó llamándole "Ejército de la Marina". En otras palabras "veía" a sus efectivos como marinos, pero vestidos con un uniforme que no era el uniforme convencional de la Marina.

Los temas "personales" tenían que ver con el destino de mi libro y un futuro viaje y sus peripecias.

Respecto al libro, Coty me indicó que tendría dificultades para su publicación. Inmediatamente emprendió un "viaje", viaje "mental", naturalmente. El viaje la transportó al norte de Italia, luego se internó en el túnel trasalpino y llegó a Suiza. "Los Alpes, me dijo, los Alpes". Veo la posibilidad de que tu libro se publique en los Alpes".

Poco después me anunció un viaje a México, para dentro de unos treinta días. Me describió la casa en la que viviría en México y las personas —especialmente una de ellas, extranjera y de largo pelo rubio— con las que me relacionaría en esa ciudad. Finalmente, la sesión concluyó con una discusión acerca de sus facultades, especulaciones psicológicas y otros temas afines. Era ya madrugada del día 22 de junio de 1983, cuando abandoné la casa de Coty Zapata. No la volvería a ver hasta siete meses después.

Al día siguiente, me presenté en la casa del doctor Rodrigo Montoya. Acudí allí por su condición de experto en culturas andinas. Me interesaba interrogarlo sobre ciertas apreciaciones antropológicas que había formulado la comisión nombrada por el Presidente de la República para investigar la masacre de Uchuraccay.

La cordialidad del doctor Montoya y su sapiencia antropológica —encomiables y utilísimas— no son objeto de esta nota.

Recién ingresado a su casa, el doctor Montoya me advirtió que una familia suiza lo visitaría —tal vez esa misma tarde— para traerle el encargo de un discípulo extranjero.

Los suizos ingresaron media hora después. Montoya se ausentó en busca de una cerveza que ofrecerles y permanecí solo con ellos durante un cierto rato.

Mi francés es francamente rudimentario pero suficiente como para describir lo que sigue.

Los suizos me preguntaron por mi ocupación y acto seguido se refirieron al impacto que en Europa había causado la masacre de Uchuraccay. Luego, de una bolsa extrajeron un periódico. En sus páginas centrales aparecía un extenso reportaje sobre la masacre de Uchuraccay escrito, según me informaron, por uno de los más notables periodistas en lengua francesa.

Me ofrecieron sus buenos oficios para publicar, en Suiza, crónicas, artículos o lo que fuera sobre la masacre de los periodistas. El periódico era *La Gaceta de los Alpes*.

Yo callé y en esos momentos regresó el doctor Montoya con unos vasos de cerveza y hablando en perfecto francés.

El 16 de julio de 1983, una serie de circunstancias impensadas —que sería ocioso y tal vez irrelevante narrar aquí— me colocaron en un avión de Aeroperú rumbo a la ciudad de México. Algunos amigos peruanos me habían proporcionado direcciones de mexicanos o me habían dado encargo para ellos.

A los pocos días de mi llegada a México —instalado ya en la casa que Coty había vislumbrado y en relación con la rubia que ella misma me había descrito— hice una cita telefónica. Quien conozca México, sabe que se trata de una difícil megalópolis dividida en circunscripciones que los mexicanos denominan "colonias". Al fijar mi cita, me indicaron una hora, una calle y un número. No me dieron, y yo olvidé preguntar, el nombre de la colonia.

Al día siguiente cuatro taxis se negaron a trasladarme alegando su ignorancia o la remota ubicación de la calle que yo les indicaba. Finalmente, el quinto recordó vagamente algún viaje anterior y me aceptó. El taxi se aventuró hacia unas alturas que se me figuraban como próximas a las afueras de la ciudad. Las calles eran francamente tortuosas y tuvimos que detenernos ante varios transeúntes. Todos alegaban ignorancia o preguntaban por la colonia respectiva. Finalmente, uno de ellos nos dio la pista. Yo le narré nuestras infructuosas búsquedas y él me dio la razón. "Es que se trata de una colonia nueva —me dijo—. Colonia Los Alpes.

Llegué a mi cita una hora después de lo pactado. No era el domicilio del amigo mexicano. Era su oficina, su lugar de trabajo: una editorial. Me había estado esperando y se había tenido que marchar. Una atenta secretaria me rogó que no lo dejara de llamar.

No lo llamé.

El primero de octubre llegué a Lima y en enero de 1984 —luego de innumerables complicaciones de todo tipo— el libro salió publicado. Con tres o cuatro ejemplares en la

mano, caminé hacia las inmediaciones del café Haití de Miraflores y allí me encontré a Coty. Le entregué un ejemplar con una escueta dedicatoria y ella me sugirió que la llamara por teléfono. No lo hice y recién volvería a verla en noviembre de ese mismo año.

A principios de noviembre, el Comité Directivo de Izquierda Unida me había nombrado integrante del Comando que coordinaría la campaña presidencial de Alfonso Barrantes Lingán. El sábado siguiente al del día de mi nombramiento, circulaba por una calle comercial de Miraflores.

Al pasar frente a una tienda, sentí la imperiosa necesidad de ingresar y comprar un polo negro y un pantalón negro. Sólo puedo describir mi sensación con estas palabras: una imperiosa necesidad.

Entré a la tienda. Sí había pantalón negro, pero no polo negro. Es decir había polo negro con algún color adicional: un dibujo blanco, una rayita verde, un borde rojo, etcétera. No acepté. Necesariamente, tendría que ser totalmente negro.

Esa noche, regresé a mi casa alrededor de las doce. Allí me aguardaba una anotación con la letra inconfundible de mi padre: me había llamado la señora Coty Zapata que quería comunicarse conmigo. Más abajo, su número telefónico. La llamé a la mañana siguiente, domingo.

— ¿Sí, José María?

— Coty, me llamaste.

— No, no te llamé.

— Perdón, sí me llamaste. Mi padre me ha dado el encargo. Quieres hablar conmigo, ¿no?

— No, no te llamé. Tú eres el que quiere hablar conmigo, ¿no?

En fin, quedamos para el lunes, a las seis de la tarde, en el café Haití de la plaza de Armas de Lima.

Coty insinuó que podría haberme llamado sin marcar el teléfono. Esto es, que mi teléfono hubiera sonado y mi padre lo hubiera contestado sin que ella hubiera marcado su respectivo teléfono. Sobre la mesa del Haití descansaba la nota de mi padre, prueba para mí irrefutable de su llamada de la noche del sábado.

Coty Zapata me narró entonces lo que ella consideró una "explicación" del confuso tema de la llamada.

El sábado en la noche, regresando a casa, me "vio" en la sala penumbrosa. Al principio pensó que yo me encontraba realmente allí, pero pronto comprendí que se trataba de una "visión". Le llamó la atención un hecho. Yo estaba totalmente vestido de negro: un polo negro y un pantalón negro. Comprendió que debía comunicarse conmigo.

La conversación giró entonces sobre nuestras respectivas actividades. Ella acababa de regresar de los Estados Unidos donde había sido contratada para encontrar objetos perdidos, y otras labores similares. Yo le informé de mi reciente nombramiento en IU.

"José María —me dijo—, yo no sé nada de política pero desde ya te digo que no gana Barrantes. Gana Alan García".

— Pero Barrantes entra a la segunda vuelta, Coty.

— No, no pasa a la segunda vuelta.

— Imposible. IU tendría que bajar enormemente su votación y subir demasiado el PPC.

— No, el PPC no pasa a la segunda vuelta.

— Increíble. ¿Me estás diciendo que Alva Orlandini ingresa a la segunda vuelta?

— No.

— Entonces quiere decir que Alan García va a triunfar con la mitad más uno de los votos.

— No, Alan García no va a alcanzar la mitad más uno de los votos.

— Coty, por favor. Según la Constitución, si nadie obtiene la mitad más uno de los votos tiene que haber una segunda vuelta.

— Por favor, José María, no me confundas. Yo no sé nada de política, ni de leyes, ni de Constitución. Sólo te digo una cosa: Alan García será el Presidente, sin alcanzar la mitad más uno de los votos y sin segunda vuelta electoral. Sonreí comprensivo.

Ahora termino esta nota. Reparo en este momento que he empezado a escribirla el 17 de junio de 1985. Los noticieros televisivos de esta noche informan de la composición del gabinete ministerial de Alan García, de un grupo de mujeres que reclaman por los desaparecidos en Ayacucho y que se encadenan en la plaza de Armas y de un juez que ha sido suspendido seis meses en sus funciones. Se trata del doctor Hermenegildo Ventura Huayhua, el mismo que dirigía el juicio de Uchuraccay.

## Así será el pasado

No duda a la hora de definirse: bruja Evila María del Milagro, así se llama Coty Zapata. Bruja es su definición predilecta, aunque comprende que el término puede levantar una que otra mirada sospechosa. Naturalmente, esta definición poco o nada tiene que ver con el importado Halloween, ni con la imagen elevada del brujo, alimentada sin duda a la luz de hogueras medievales o más recientes.

Por supuesto, si tiene que explicarse, puede usar expresiones más intelectualizadas. Coty sería una psíquica, una persona dotada de una inusual capacidad perceptiva o una *vidente mántica*, cuya capacidad de visión utiliza —como punto focal o punto de referencia— carta, agua, velas, hojas de té, cenizas de cigarrillos, etcétera. Puntos focales o de referencia: casi los pretextos físicos que le permiten la concentración. A partir de ahí, se produce el salto hacia el otro, el estudiado, el investigado, el diagnosticado. Y el salto hacia el futuro. Es decir, hacia lo que nosotros —los otros— llamamos el futuro.

Dicen que estas cosas comienzan mucho antes de nacer. Lo cierto es que los chicos Zapata ya eran tres varones y su madre quería una hija mujer. El padre regresó a casa luego de una larga separación y Coty comenzó a gestarse entre los rezos de sus hermanos, todos los días a las seis de la mañana, en la vieja iglesia de la Virgen del Milagro.

Y el padre se volvió a marchar. Y, desde los cinco meses de embarazo —sin marido, sin dinero— la madre de Coty sentía que en cualquier momento iba a dar a luz: hoy, creo que es hoy, puede ser hoy.

Hoy fue a los seis meses y medio: nadie lo podía creer y el médico no cobró un centavo. El barrio de Lince reunió a los vecinos y ellos hicieron colectas. Hubo ropones y regalos para la niña Coty, que ni sietemesina había alcanzado a ser. Cuando la vieron abrigada, en los brazos de mamá, el vecino más viejo exclamó: "Bueno, ya tenemos amuleto".

El amuleto sobrevivió a las dudas. Se dudaba porque casi no tenía reflejos, pero dicen que la miel de abejas que le enviaban los abuelos del norte, se hizo cargo de la salud.

A los cuatro años vio morir a la madrastra de su madre que, efectiva y tristemente, dos días después se murió. Dos días después de que la niña Coty la viera morir.

Y su buena madre miró a la niña Coty con un poco de pena y algo más de temor. Y la buena madre pensó que hasta cuándo tenía que durar esa tradición familiar, esa herencia de ver, esa especie de señal de desgracias. Y decidió que Coty no, que ella nada haría para desarrollarle el terrible poder.

Hasta que el tío Julio, con su cara delgada, sus manos largas y su cargamento de libros, llegó a la casa. También había salido del cajamarquino Chongoyape, pero ahora regresaba después de medio mundo.

Esa noche, Coty se sentó a sus pies y él le empezó a leer. Leer libros, leer enciclopedias para niños, leer poemas. Dicen que el tío Julio sonreía melancólico y decía:

"Juventud, divino tesoro  
te vas para no volver.  
Cuando quiero llorar, no lloro  
y a veces lloro sin querer".

Coty empezaba a sonreír casi sin querer y entonces el tío Julio le enseñaba a leer.

El tío le hacía practicar juegos que eran, en el fondo, ejercicios de identificación con las cosas y con los animales: soy cóndor, soy estrella, soy árbol, soy. Ahora Coty, ya psicóloga y antropóloga inminente, por graduarse en la Universidad Católica, le llama capacidad empática: la identificación con uno mismo y con los demás, sentirse igual que el otro sin perder la propia identidad.

En las noches, Coty, se deslizaba al cuarto del tío Julio y allí lo encontraba entre libros viejos y velas encendidas. El tío Julio le enseñaba el tarot, los vuelos astrales y los desprendimientos. Y, sin que se desprenda su cuerpo material, Coty empezaba a viajar.

La última noche el tío le contó que todo había empezado con la madre de su bisabuela. Ella fue la primera Evila. Evila y un gitano: de ahí salió la bisabuela. La abuela, Evila tercera, llamó a un peón ciego de la hacienda cajamarquina y le enseñó, un mes antes de morir, todo lo que tenía que enseñar. El peón ciego tocaba la guitarra con la mano izquierda hasta que se empezó a morir. Entonces llamó al niño Julio, le enseñó todo lo que le tenía que enseñar, pudo entonces tocar nuevamente la guitarra y se murió.

Y el tío Julio sabía que sólo una mujer podría continuar la tradición. Claro, si ella quería. Si tú Coty querías conocer a la gente para hacerle el bien, un gran bien, para servirla con tu poder, con tu divino tesoro. Y el tío Julio se fue.

Poco después, en el colegio, a Coty —que era la más pequeña de la clase— una compañera la empezó a molestar. Coty se le quedó mirando y la pequeña compañera sintió un inmenso, un terrible dolor en el ojo. No hubo puñete ni agresión, solamente la mirada de Coty. Una mirada sin querer.

Esa noche, Coty sufrió. "¿Por qué me pasa esto?", le dijo a su hermano Javier. "¿Quién soy yo?". Y entonces el hermano Javier la condujo de los hombros frente al espejo grande de la casa. Coty se miró y tras ella, abrigándola, estaba el hermano Javier. "Coty, —le dijo— eres tú: tú tienes la respuesta, tú serás tu propio guía".

En la casa hacían teatro, Coty representaba a varios personajes. Escuchaba música clásica y practicaba ballet. "Con mis medias cubanas y mis pies sin llegar al piso", recuerda Coty. Desde los catorce años, la gente la empezó a consultar.

La madre se seguía oponiendo y Coty tuvo que luchar contra la duda, contra sí misma, quién sabe si hasta contra ese terrible poder.

Pero una noche, la abuela Rosenda Elvira se encargó de darle ánimos.

Una forma nebulosa empezó a flotar sobre el cuarto de Coty. La forma se fue aclarando y aparecieron unas manos heridas y un rostro salpicado de puntitos. "Coty, soy tu abuela Rosenda. Sigue adelante, porque se viene la gran prueba". Después, en Chongoyape, madre e hija se enteraron de que la abuela había muerto con viruela y corneada en las manos por un toro escapado. La gran prueba fue hace trece años, cuando Coty tenía diecisiete de edad.

Le presentaron un recién nacido desahuciado. Nadie le daba más de tres días de vida. Coty prescribió un tratamiento en base a cortisona y ahora hay un niño de trece años que se llama Martín. Martín en homenaje a San Martín de Forres. Los periódicos y los médicos de la época están ahí para certificarlo.

Desde ese día, Coty comprendió que el poder no tenía por qué ser un terrible poder. Podía ser un dulce, grato, humano poder. Y desde ese día la madre de Coty tuvo que aceptar que hay herencias de las que no se puede renegar.

Luego vinieron los pedidos para que encontrara personas desaparecidas, el día en que encontró los expedientes de un grupo de presos indultados que alguien había olvidado en una cantina, los contratos en México y Estados Unidos, una célebre polémica con los cirujanos del hospital de Houston, larga fila expectante en el corredor de su casa esperando la palabra de Coty. . .

**Sí, claro que la gente viene a mí porque tiene inseguridades, porque vivimos en un mundo lleno de inseguridades. Pero esas inseguridades son perfectamente respetables, son sentimientos que hay que respetar.**

¿Y eso no es para ti una responsabilidad un poco abrumadora? ¿No es abrumador sentirse especial? ¿Ser, digamos, un poco anormal?

**Yo soy más normal que el resto. Sucede simplemente que yo he desarrollado cualidades perfectamente naturales, cualidades que podríamos calificar de cualidades animales. El resto de la gente ha perdido esta animalidad y esta naturalidad. El mundo desarrollado obstaculiza el desarrollo de estas facultades. Por eso, las zonas donde más pueden desarrollarse son las nuestras, las zonas del Tercer Mundo. Y no siento angustia por tener esa cualidad. Me angustia cuando no puedo llegar a sentir con claridad lo que va a suceder. Me angustia cuando una muerte es inevitable, cuando nada puede hacerse para que una vida se pueda salvar.**

¿No te angustias, tal vez, porque eres parte heredera de una tradición?

**Estoy ligada a la tradición de la llamada magia peruana, pero a través de mi tío he recibido también una serie de influencias externas. Si se me quiere incluir dentro de la medicina folclórica, se podría decir que yo estoy más bien orientada hacia el tratamiento de los problemas psicológicos, hacia lo que se llama *daño* en términos de la magia peruana. Pero no hay que olvidar una cosa. Como dice Frazer, la magia es la madre de la ciencia. Y los diversos métodos que folclóricamente se utilizan, corresponden a una determinada realidad social. Las hojas de coca tienen que ver con la migración, con la localización de ubicaciones geográficas o personas extraviadas. Las cartas españolas con el amor, la economía, la salud. El Tarot posee una dimensión social: los egipcios quisieron construir la historia entera de la humanidad. La lectura de las cenizas del cigarrillo tiene que ver con la ausencia de las personas, con la posibilidad de que una persona piense en ti. Pero no son las cartas ni los objetos los que me indican las cosas. La lectura de las cartas y de los objetos se da en mi cabeza. Ahora bien, si algo me es útil para conocer el carácter y la personalidad de la gente, eso es el pulso de las personas. Tomando como punto de partida los diferentes tipos de latidos que se producen en diferentes partes de la mano., puedo visualizar eventos del pasado y del futuro, puedo proyectar imágenes a la manera de una exhibición cinematográfica.**

¿Logras ver el futuro?

**Sucede que a través del pulso de la persona ocurre una especie de proceso dentro de mi cerebro. Produzco imágenes y esas imágenes las traduzco en palabras. Es una sensación, una suerte de videncia cuyo logro no puedo explicar. A veces veo**

**el futuro sin proponérmelo, involuntariamente. Para que eso suceda, parece que es indispensable que me encuentre entre mucha gente.**

Si puedes ver el futuro, eso significa que el futuro está escrito, que es inevitable. O que el futuro, simplemente, no existe. . .

**Mi percepción no entra en la lógica habitual. Yo tengo un radar que es capaz de darme la posibilidad correcta, pero el destino no está escrito. Si se quiere, podríamos decir que mi trabajo es una forma de planificación. No hay ningún futuro escrito: todo futuro es posible. Y no creo en el destino, no creo en las cosas escritas porque creo que una persona debe ser rebelde para no dejar de ser. La rebeldía constante es la única forma de la autenticidad. Mi misión no es la de aplacar a las personas, no es la de demostrarles que su acción es inútil, que las cosas son inevitables. Yo represento una forma de conocimiento que, por no ser convencional, es en sí misma una forma de rebeldía. De alguna manera esa es la herencia de mi tío: un hombre rebelde que, por defender sus convicciones, tuvo que soportar muchas penalidades. La vida es un constante riesgo: todos los días se nace y se muere un poco. La muerte, en el fondo, es vivir la vida sin sentido.**

¿Y sabes tú cómo va a ser tu vida en el futuro?

**¿Mi vida en el futuro? Mi vida va a ser como una ensalada. Unas veces desabrida y otras aderezada.**

# Brooke Shields, Stalin y la Virgen del Carmen

El poeta Paco  
Bendezú

**Brooke Shields ha ingresado a la Universidad de Princeton. Por las pruebas que ha rendido se le considera dentro del diez por ciento de los norteamericanos más inteligentes. ¿Qué te parece?**

Me alegra profundamente el ingreso de Brooke y con una nota honorífica. Y por una razón muy simple. Yo he sido involuntariamente y sin haber tenido ningún compromiso comercial con ella, ni con ninguna compañía de sus múltiples actividades — como modelo, promotora de chompas, ropa, pantaloncitos de baño, chales, vestidos, trajes de Valentino en Roma, trajes de Saint Laurent en París, trajes del hebreo Klein en Nueva York— promotor de Brooke en muchos artículos y notas.

Ciertamente que la nota que ha obtenido al ingresar a la Universidad demuestra que no había necesidad de ser promovida: ella se bastaba sola. Y me alegra mucho además porque acaba de cumplir los dieciocho años —el treinta y uno de mayo— y como ciudadana el primer paso que ha dado ha debido ser para ella como un paso en las nubes. Me aúno a los aplausos que debe haber recibido del pueblo de Estados Unidos y de sus fans, que debe tenerlos por millares. Es una chica muy bonita, aún no ha tenido la oportunidad de mostrar todo su talento dramático, pero es una de las modelos más elegantes y su tipo de belleza —un tipo de belleza en el cual se mezclan sangres desde húngara, italiana, sajona, irlandesa— es verdaderamente notable. Recuerdo haberme adelantado a *Time* señalándola como la figura de los ochenta, no solamente del año ochenta, sino de la década del ochenta.

**¿Qué comentario crees que le merecerían a ella tus artículos?**

Creo que le merecerían un comentario halagador, como chica inteligente que es. Mis artículos son absolutamente desinteresados, no tengo la dicha de conocerla y mucho me gustaría conocerla. Pero yo no sé inglés y ella no sé si sabrá castellano. . . aunque con estas calificaciones de repente sabe cinco o seis idiomas.

**Bendezú es un erudito en materia de estrellas y esa erudición, indudablemente, es parte también de un sentimiento de admiración. . .**

Sí, indudablemente. . .

**¿Por qué?**

Hace veinticinco o treinta años me aficioné por el cine —no tanto para ver *bestsellers* o películas de moda— sino por el cine de cinemateca. He visto obras maestras del cine francés, ruso, alemán, norteamericano, italiano, etc. He seguido ciclos en Roma, París, Santiago, Lima, y eso crea una admiración por las actrices. Soy un eterno admirador de la belleza femenina, podría decir que el motor de mi poesía es la mujer.

**¿Los poetas necesitan actualmente musas? ¿Sigue existiendo la musa?**

Bueno. . . para mí sí existe. No puedo generalizar ni obligar a otros, pero yo siento que existe.

**¿Hay una musa universal, abstracta, o son concretas?**

Ambas. Hay una universal, abstracta, y esto me recuerda lo que algún día me dijo mi amigo, el poeta Arturo Corcuera: la poesía es celosa. Tal como una mujer puede exigirte que seas marido a *full time*; la poesía también te pide que seas poeta a tiempo completo.

**¿Y qué significa, en este tema de las musas, ser poeta a tiempo completo?  
¿Combinar la abstracta con la concreta?**

No, no, no. Es dedicarme exclusivamente a la poesía. Pero en el caso del poeta, como es natural, dedicarse a la poesía no significa escribir versos solamente. Puede ser pasearse, ver una buena película, salir con una chica guapa, tomar unos vinos chilenos con los amigos. Para el poeta, eso ya es poesía.

**¿Eso sirve para hacer poesía o eso ya es poesía?**

Vives eso como poesía y luego se objetiva, se concreta en algunas líneas. . . o en un canto.

**¿Habría una forma poética de vivir?**

De hecho, de hecho, de hecho. Y justamente la existencia de los poetas está — desgraciadamente en nuestros países y hablo de toda la América Latina— sometida a pésimas condiciones. Muy distinto a lo que pasa en los países socialistas. Por ejemplo tú, periodista, por esta entrevista recibirás una determinada cantidad. Pero en los países socialistas —y conste que no lo hago por hacer propaganda ni nada que se le parezca, sino que digo cosas que sé y he visto— por hacer una entrevista, el escritor que está en el registro de autores, recibe cien dólares. Y si la entrevista es larga, doscientos cincuenta dólares. Entonces, esa gente tiene su vida asegurada para crear y realizar lo que saben hacer bien, lo que les nace por vocación. . .

**Pero eso aplicado a la poesía ¿no es un poco contradictorio?**

Justamente es lo menos contradictorio. La poesía no tiene salida, todos sabemos que la poesía no tiene venta.

**¿Pero es eso favorable para la creación poética? ¿No dicen algunos que para hacer poesía hay que sufrir?**

¡Nooo! Ese es un masoquismo moral de mala laya. La poesía pide, al contrario, alegría, pide felicidad; pide lo mejor: las mujeres más hermosas, los licores más exquisitos...

**Sábado, por ejemplo, dice que la literatura es hija de la infelicidad. Y, dice que puede haber pintores que sean buenos pintores y que sean felices, pero no buenos escritores que sean felices. . .**

Estoy en contra. Con esto no estoy diciendo que soy un hombre feliz, que yo reboso victorias, triunfos, éxitos. Como todo ser humano he tenido fracasos, pero no puedo decir que soy feliz. Y no creo que la infelicidad determine la genialidad o la calidad de la obra.

**Pero eso significa que la poesía que se haga en estado de felicidad o de relativa felicidad sea siempre una poesía feliz. . .**

Yo diría algo más: cuando tú eres feliz no se te ocurre hacer poesía. La vives de hecho y nada más. Quizá con el decantar de los años, con lo que va acendrando el tiempo, los recuerdos, surja un verso o un poema, pero en el momento de la felicidad, del amor por ejemplo, tú vives el amor y más poesía que el amor no puede haber, no hay necesidad de escribirlo. Claro que también algunos tienen la posibilidad de cantar esos instantes gloriosos que los viven todos los hombres.

**Acabas de hablar de cantar la felicidad y esto nos lleva a lo último tuyo que se ha publicado que tiene que ver con el jazz, con el piano y con *El piano del deseo*. Tú también eres un gran erudito en el jazz. ¿Te hubiese gustado ser un gran músico de jazz?**

Sí, me hubiera encantado. También me hubiera gustado ser pintor. Confieso que hay varias cosas que me hubiera gustado ser: me hubiera gustado ser aviador, me hubiera gustado ser médico. Pero creo que lo que más me hubiera gustado es ser músico de jazz. Con todos los peligros que comporta.

**¿Qué peligros?**

La adicción a la droga, por ejemplo. Por mucho que uno ame al jazz no puedo negarlo: el ochenta y cinco por ciento de los creadores de jazz son adictos a la heroína, a la morfina, al opio, a la cocaína. Incluso el buen *Satchmo*, por ejemplo, era considerado un hombre sano: su única falla era fumar marihuana. Le digo falla por decirle algo: es su vida privada y puede hacer lo que le dé la gana. Lo he leído en la historia de Collier que dicho sea de paso se precia mucho de que en el jazz no hay maricas. Y eso es falso, porque hay maricas. No voy a decir los nombres, pero hay maricas en el jazz.

**¿Cuál es la relación entre el jazz y la poesía? ¿Es el jazz la expresión musical más poética o la que más se concilia con tu estilo poético?**

Yo diría que, en primer lugar, el jazz es la música que más me gusta, incluida la clásica que por supuesto también me gusta, como me gusta la música criolla. Pero, lejos, la que más me gusta es el jazz.

**¿Cómo nace tu afición por el jazz?**

Fue una chica española de la cual yo estaba profundamente enamorado, que me preguntó un buen día, cuál te gusta más, Ellington o Armstrong. Conocía vagamente a Ellington y Armstrong —lo cual es una vergüenza, yo tenía veinticuatro años— y le dije: Ellington. "Chócala, me dijo, a mí también me gusta, es más elegante Ellington". Y como yo no sabía nada le dije sí, sí, es más elegante. Ya después me aficioné enormemente y me di cuenta que lo que ella me había dicho era falso: un músico no te gusta porque es más elegante o menos elegante.

**¿Hay un ritmo en tu poesía que tú podrías llamar ritmo de jazz?**

En verdad mi poesía es jazzística. Incluso hay algunas notas en esto de *El piano del deseo* y le he puesto ese título porque soy muy aficionado al piano del jazz. Y he querido destacar mi gusto por el jazz y he puesto no Poesía y Jazz, sino Jazz y Poesía. Y hay un poema, el primero creo, al que le pongo "Stomping on Down", es decir, "tocando el stomp", en la cuerda baja del contrabajo.

**¿Qué esperas de tus poemas? ¿Para qué escribes?**

Voy a ser muy franco: yo lo que desearía en el fondo de mi alma es ganarme el premio Nobel algún día. No tanto por mí. Quisiera que esa fuera mi contribución a mi patria, simple y llanamente eso.

**Pero tú no escribes en función del premio Nobel, no escribes pensando, a ver qué es lo más adecuado para ganar el premio Nobel.**

No, pero tengo un cierto olfato, un cierto instinto de que algo va a haber por ahí. Incluso en este número de *Socialismo y Participación*, en la sección literaria sale Gabriel García Márquez y salgo yo y alguien ha dicho, es el servicio de inteligencia del Ejército que ya ha tomado nota de tu declaración.

**¿Qué dirías frente al Rey de Suecia cuando tuvieras que recibir el premio?**

Bueno, no es tanta mi proyección. Seguramente diría un discurso como casi todos: agradecer, decir la importancia que tiene la poesía, destacar que en estos años en mi patria se ha desencadenado un interés notable por la poesía.

**¿Cuando Bendezú escribe piensa en un público concreto, piensa en quien lo va a leer?**

No pienso en alguien en especial: en ese sentido podría decir que soy autárquico. Me interesa que el trabajo esté bien, que esté yo conforme con lo que he escrito. Ahora, si vamos a intimidades, me encantaría que lo que escribo lo leyese Mercedes Ramos Oliveira. . .

**¿Te preocupa el juicio de Mercedes Ramos Oliveira?**

Sí, porque es una mujer que todavía amo. Es la única de todas las que he amado que sigo amando todavía. ¡Es lo que te pasa a ti con esta chica, hombre, esa de la que me has dicho que ya no hay solución! Es la Beatrice de un poeta. . .

**¿Tú te imaginas cómo reaccionaría ella ante lo que escribes?**

Sé como ha reaccionado porque ella ha recibido libros míos.

**¿Y?**

Y le encantaron, incluso se los sabía de memoria. Curiosamente el que más le gustaba era el poema dedicado a ella. Me contaba, cuando se casó, que en el lugar de honor de su pequeña biblioteca estaban mis libros.

**Es casada ella. . .**

Es casada y tiene no sé cuántos hijos.

**Y su esposo ¿habrá leído tus poemas, o no?**

Su esposo es norteamericano de origen alemán. No sé si los habrá leído, no me interesa, no me preocupa, me llega. . . ¿Qué te puede interesar que una chica que tú conociste, que tú fuiste el primer amor de su vida, se case con otro? Me deja absolutamente indiferente. Pero no en el sentido boliviano del término, que quiere decir quedarse muerto. . .

**Paco, si te hubieras casado con ella, de repente no escribías poesía.**

Puede ser. Ella era el poema escrito, ¿qué necesidad había de escribirlo?

**¿Es cierto que el Perú es tierra de poetas?**

Creo definitivamente que tal como México es tierra de pintores, Brasil de músicos, Argentina de ensayistas, el Perú es tierra de poetas. También Colombia, de la que se dice que hay veintinueve millones de poetas y unos cuantos colombianos. Pero sin comparación con la poesía nacional. En estos momentos yo creo que la poesía peruana es la primera de la lengua castellana.

**¿Qué condiciones hay en este país que producen eso?**

Es difícil dar una explicación.

**Hay más poetas que novelistas, por ejemplo.**

De hecho.

**No es porque la poesía sea más fácil que la novela.**

No, yo creo que la poesía es más difícil.

**Durante tus viajes, durante tu exilio en Santiago, por ejemplo, ¿tú has notado un ambiente distinto para hacer poesía?**

No, en Santiago también había una gran inquietud por la poesía.

**¿Cómo recuerdas tu exilio chileno?**

Aunque parezca paradójico, lo recuerdo con cariño, con nostalgia, con afecto. Pasé cuatro años en Chile que para mí son inolvidables. Yo me decía anteladamente, aquí estás, viviendo los años más hermosos de tu juventud, y hoy día, que ha pasado la juventud, ya lo puedo decir definitivamente.

**Tú has escrito un artículo sobre Santiago que demuestra una identificación, una integración con la ciudad. ¿A qué se debió eso?**

Quizá al carácter de sus gentes, el hecho de que tengo, por el apellido materno — los Prieto— familia en Chile y el espíritu chileno que es complementario del peruano. En Europa, el peruano, el primero al que busca, es al chileno o a la chilena. Y es raro y doloroso que hayamos tenido esa contienda fratricida. Debo decir además que el peruano es estupendamente bien recibido en Santiago. Incluso el actual embajador de Chile en Lima, José Miguel Barros, vivía en Roma, y tuvo un gesto inolvidable para mí: un veintiocho de julio puso la bandera peruana en mi balcón. Yo pensé que me había vuelto loco: no había tomado nada, me levanto el veintiocho de julio —los que han estado afuera del país el veintiocho de julio, saben lo que uno siente ese día— y abro la ventana y me encuentro con la bandera. Cómo va a ser, pensé, cerré la puerta y pensé que era una alucinación. Mi patriotismo está llegando a grados alucinatorios, no puede ser. Y me asomo nuevamente y allí estaba. Tuve que convencerme y la toqué: era la bandera peruana. Y llegaron los de la embajada chilena a desearme unas felices fiestas patrias, entre ellos, José Miguel, el actual embajador. . . por el cual sigo conservando la misma amistad, pero naturalmente, discrepo de la posición de su gobierno, de Pinochet. Pero creo que la amistad está aparte de esas cosas.

**Has tocado el tema del exilio, lo cual nos lleva al tema de la política. Tú eres lo que podríamos llamar. . .**

Compañero de ruta. . .

**No compañero de ruta, iba a decir un poeta comprometido. ¿Qué opinas de la palabra esa?**

Un poeta, para ser poeta, debe estar comprometido con su pueblo. Debe estar a favor de su pueblo, luchar dentro de su pueblo, luchar dentro de su campo, por su pueblo, por su bienestar, por su felicidad, por su instrucción, por la justicia, no diré que de su causa que Dios defiende porque yo, naturalmente, no soy religioso.

**No era religioso, pero tienes fama de ser devoto. . .**

De la Virgen del Carmen, porque nació el dieciséis de julio y fui consagrado hijo de la Virgen del Carmen. Es indudablemente una adhesión de índole sentimental.

**¿Qué vendría a ser la Virgen del Carmen?**

Mi madre. He pensado muchas veces que es una transferencia del complejo de Edipo, es lo más probable que sea eso.

**Pero hay otra devoción de Bendezú. Dicen que su santo patrono es José Stalin.**

Es real, aceptaría eso. Tal como en el Ejército el patrono es Bolognesi, en mi pensamiento político mi patrono es el Mariscal Stalin. Yo me formé políticamente leyendo a Lenin y leyendo muchísimo a Stalin. . .

**Suena contradictorio dicen algunos, que Paco Bendezú que es un poeta lírico, tenga esta afición, cuyo lirismo es discutible.**

Hay un verso de Neruda que dice "la mirada de Stalin a la nieve". Yo lo considero un buen verso, porque eran los años de la Gran Guerra Patria que, además, fue una guerra victoriosa y que no fue una guerra provocada por la URSS sino que la URSS fue invadida por los nazis a los cuales expulsó y llegó a clavar la bandera soviética en el Reischtag. Esto tiene que ver mucho con mi condición de recoletano. Los de la Recoleta éramos profundamente aliadófilos y entre los aliados no había ninguna diferencia. Estábamos al lado de Francia, de la URSS, de Estados Unidos, sin ninguna cortapisa. Y es curioso ver en revistas viejas los elogios tremendos en Estados Unidos a la URSS. Estaba vivo ese gran presidente de los Estados Unidos que fue Franklin Delano Roosevelt.

Yo amo al pueblo norteamericano. Que no se confunda una posición antiimperialista con una posición de desprecio al pueblo norteamericano. Nunca he faltado a una orquesta de jazz que venga de los Estados Unidos, sean blancos o negros.

He seguido cursos de inglés y nunca se me ha ocurrido aprender ruso, ni creo que lo haga. Esto, por ejemplo, podría ser interpretado como que yo desprecio el ruso, y no, en absoluto. Me vería en dificultades para decir si es más grande *La guerra y la paz* o *El Quijote*.

**Stalin es siempre asociado con una rigurosa disciplina y el poeta es siempre asociado con una rigurosa indisciplina.**

Yo no sabría decir. Yo creo que el poeta es sumamente disciplinado. El que escribe poesía buena, y yo aspiro a ser uno de los que escribe poesía buena, es extraordinariamente disciplinado. Sin disciplina no hay nada, no se consigue nada.

**¿Que hay en la poesía, inspiración o trabajo?**

Habría que repetir lo de Edison, el inventor: dos por ciento de inspiración y noventa y ocho por ciento de transpiración. Y decir lo que decía Valéry: el primer verso te lo regala el cielo, lo demás, allá te las arreglas tú. Y lo que decía don Ricardo Palma en su famoso poema: "es muy fácil la rima, la métrica, pero había que poner talento en el centro". Yo me permito corregir al patriarca de las letras peruanas y decir que no solamente en el centro, no se trata de poner consonantes, hay que poner talento también en las puntas. Incluso en la punta final y en el ápice inicial. La poesía es talento de pies a cabeza.

**¿Es correcto hablar de generaciones poéticas en el Perú?**

Creo que en ese sentido mi gran amigo y poeta Antonio Cisneros tiene razón al hablar de promociones. Estamos usando el término generaciones y hablamos de los del cincuenta, del sesenta, del setenta, del ochenta. Incluso hay algunos que están hablando de los poetas del ochenticinco. Pero en fin, son curiosidades. Hay que pensar con un poco más de proyección y pensar que dentro de cien años nadie va a pensar en el cuarenta o en el cincuenta, sino que sacarán tres o quizás dos o cinco, o diez poetas del siglo veinte. Pensemos, por ejemplo, que entre San Agustín y Santo Tomás, los grandes filósofos católicos, median casi mil años. Nadie lo tiene presente, pero hay mil años entre San

Agustín y Santo Tomás, y, sin embargo, los mencionan juntos: los grandes filósofos católicos.

Cuando se habla de la poesía nacional, si es que se habla, no se va a hablar del veinte o del cincuenta, se hablará del siglo veinte. Indudablemente estará Vallejo presidiendo. Seguramente entrará Chocano, seguramente entrará Westphalen... y hasta ahí nada más podría yo. . .

**¿No podrías adelantar algún nombre más? ¿Ni aunque gane el Nobel de Literatura?**

No, esos son para mí valores, inversiones fijas. Es como el que compra un Renoir o un Degas o la más vulgar cosa de comprar dólares, esperando que este año el dólar termine a dos mil doscientos soles, según las proyecciones de los economistas.

**Pero sin duda tú estarás en las antologías. . .**

Estoy traducido a diez idiomas. . .

**En las antologías de la poesía peruana que se lean el próximo siglo.**

Bueno, es mi mejor deseo.

**¿Cómo te gustaría que te recuerden en ese momento?**

Bueno, ya desde el momento que me recuerden ya sería porque he sido un poeta que no era malo. Me gustaría que me recuerden como un buen peruano, que no levantó jamás la bandera del odio. Que levantó la bandera de la esperanza. Porque como dijo el gran poeta comunista Paúl Eluard, el poeta, más que el inspirado, es el que inspira. Ese es el destino que yo quisiera tener si es que, dentro de cien años, se acuerdan de mis humildes líneas.

## **II CRONICAS Y REPORTAJES**

## Por la ruta de los mártires

"¿Qué hacen ustedes acá?"

El jeep de la Infantería de Marina había detenido su marcha y tres efectivos de ese cuerpo apuntaban a los periodistas. Era poco más de la una de la tarde del miércoles 23 de febrero en plena puna ayacuchana.

Frío y lluvia a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, los periodistas —Salcedo y Morales— estaban culminando su regreso de Uchuraccay. Habían llegado allí luego de recorrer la ruta de los mártires, el mismo camino que los periodistas asesinados transitaran casi un mes atrás.

Ahora, a punto ya de culminar el periplo, mientras esperaban el taxi previamente contratado, vieron que no estaban solos en la inhóspita puna de un departamento en estado de guerra. Salcedo estiró su carnet: "Somos periodistas; de *El Diario de Marka*".

"¡Aja! —dijo el oficial que comanda la patrulla— ustedes son los que nos tiran flores todos los días".

Fue Morales el que respondió: "Vea usted, señor. Ustedes hacen su trabajo y nosotros hacemos nuestro trabajo. Así que todos cumplimos nuestro deber".

"Cuídense", dijo la patrulla antes de retirarse. Fue el último incidente de un viaje singular. Todo empezó el martes a las seis de la mañana en la capital del departamento ayacuchano.

Ese día, los periodistas emprendieron un ida y vuelta que, a caballo y a pie, subiendo y bajando por los más variados climas de la serranía, repetiría la ruta de los mártires. Casi un peregrinaje, el viaje permitió comprobar la veracidad de las denuncias que formulan diversas comunidades campesinas: el comienzo brutal de la "guerra sucia" en el Perú.

Permitió igualmente tomar contacto directo con las gentes que vieron pasar a los periodistas, los que los recordaron en su trayecto hacia la muerte. Y descubrió insólitas presencias en apartados parajes: predicadores evangélicos, campesinos que se enteraban por la radio de la presencia de los hombres de prensa. A las ocho y treinta del martes, los periodistas llegaron al paraje denominado Tocto en el kilómetro cincuenta y cuatro de la carretera Ayacucho-Tambo. Allí, en la casa de Martina Díaz, una campesina de edad inmemorial, se contrató un par de caballos y dos guías —Huicho y Díaz— a los que, en pleno trayecto, se sumaría un tercero, el hijo de Huicho.

De Tocto, la comitiva llegó a Balcón, en medio de un paisaje de belleza excepcional. Luego Mischcapampa, Jollotayocc, Rumichaca y Chacabamba. Allí, último lugar de la ruta en que los mártires del periodismo realizaron un descanso, está la casa de la señora Rosa, la madre de Juan Argumedo —cuyo cadáver aún no se encuentra— y Octavio Infante, el periodista ayacuchano. Fue un dramático encuentro con la madre que perdió dos hijos y el hermano de Juan, que tuvo que huir de la furia de las gentes de Uchuraccay.

De Chacabamba, Salcedo y Morales —ya sin la compañía de los guías— emprendieron nueva marcha hacia las alturas, vía a Uchuraccay.

Minascucho, Ichu Cruz, Huachwajasa, fueron su itinerario antes de ingresar a los linderos de la tristemente célebre comunidad. A las cuatro y cuarenta de la tarde, pusieron pie en las alturas del último pedazo de la patria que los mártires contemplarían antes de morir.

De regreso a Chacabamba, un extraño grupo los cercó en el paraje de Ruyacctullo. Allí, adelantándose a sus maridos, un grupo de mujeres rodeó a los periodistas. Era un llano incontenible. Salcedo y Morales se sintieron tocados por múltiples brazos campesinos. Las mujeres lloraban: creían que los hombres de *El Diario* eran espíritus, muertos que regresaban para sabe Dios qué penas arrastrar.

Son las once y cuarenta y cinco de la mañana cuando los periodistas llegan a la comunidad de Balcón. Un niño se acerca por entre unas casuchas de techo de paja. No hay adultos, estarán en el campo.

El niño, Pascual Cabezas, recuerda el miércoles 26 de enero, día de la muerte de los mártires del periodismo.

"Sí –dice el niño–, pasaron ocho personas, lejos, más temprano, eran señores grandes que llevaban maletas y que pasaron rápido". Diez minutos después, unos metros más allá, el sol ilumina los techos de calamina de las casas principales de la comunidad. Y entonces comienza un camino hacia abajo, hacia el sol. Sí, el sol queda más abajo que las nubes y la lluvia de las punas.

En las bajuras de Balcón, el panorama cambia: clima cálido, vestimentas modernas, cultivos ricos.

Víctor Vivanco, que acostumbra frecuentes viajes a las zonas de selva, dice que ellos pasaron por detrás de la iglesia, una construcción de barro, solemne en medio de un campo verdísimo, correteado por cabras y ovejas.

Vivanco y su padre político dicen que los vieron pasar: "el gringo alto, se cayó, se resbaló y levantándose, recogió una flor de nabo. Me enseñó y me dijo: bonita, bonita flor". El dos de febrero, cuentan otros habitantes de Balcón, gente de Iquicha y Uchuraccay rodeó la comunidad.

"Vinieron acompañados por los sinchis", aseguran una y otra vez. "Gran cantidad de gente había entrado por el cerro", dice el suegro de Vivanco. "Gritaban que querían agarrar rateros y senderistas. Después dijeron que habían pedido a los sinchis de Tambo que los acompañaran para entregarles a los terroristas de Balcón".

"Habían agarrado a varias gentes de acá, varios comuneros y los llevaban presos. Los sinchis no agarraban, recibían nomás a los presos que habían agarrado los comuneros".

"Acá no somos terroristas. Nunca ha venido por acá el Sendero Luminoso, ni los conocemos". Tomaron presos a Ludovino Mansilla, Reynaldo Berrocal, cinco más.

Medio kilómetro más adelante, otro comunero también recuerda el paso de los mártires: "eran ocho, iban tomando fotos, pacíficamente".

María Jorimaclla recuerda también el miércoles 26 de enero. Vio a los periodistas. El primero de febrero, recuerda igualmente la invasión de la gente de Iquicha y Uchuraccay y la llegada de los sinchis que se retiraron con su cargamento de detenidos.

### **Rumichaca: extraños predicadores a la hora de almorzar**

En Rumichacha es la hora de almuerzo. Elíseo Contreras de la Iglesia Pentecostal Evangélica del Perú es un "obrero laico" de su confesión religiosa.

Al pie de su casa, preside un almuerzo familiar: la sopa de rutina, puñados de mote, platos de papas pequeñas, amarillas y blancas.

Junto a ello, hay otros personajes, inusuales por su vestimenta y su castellano.

Uno de ellos se identifica: Reverendo Justino Aliaga M. Tiene un certificado de Ayacucho, que lo identifica como apto "para exponer la palabra de Dios en el campo evangélico. En tal virtud, se le extiende el presente certificado para los fines convenientes". Hay sello de esa iglesia, concretamente de la "zona E". ¿Qué hace por acá este personaje y el colega que lo acompaña? ¿Sin permiso alguno atraviesan la zona de emergencia?

El hombre se explica: "Yo estaba en Tambo, primero estuve en la Selva. Los hermanos de acá nos han pedido que venga para explicar la palabra de Cristo. Tenemos que explicar la obra de nuestro salvador Jesucristo y alentar a nuestros hermanos".

No tienen ningún permiso especial de las autoridades de la zona de emergencia. Visten zapatos modernos, medias nylon, hablan castellano fluido. En fin, son diferentes.

Una zona infranqueable que debe demandar persistentes pedidos para un tránsito autorizado, está abierta para estos predicadores de... ¿la palabra de Cristo?

### **¿Dónde está el cuerpo de mi hijo?**

Dos y media de la tarde: los periodistas llegan a Chacabamba, el lugar de residencia de doña Rosa, la madre del guía Juan Argumedo y del periodista ayacuchano Octavio Infante. Doña Rosa ve a los periodistas y, simplemente, rompe a llorar.

Es Chacabamba, el lugar donde los periodistas hicieron un alto en el camino, donde tomaron la limonada que Doña Rosa, como una madre de todos ellos, preparó con el máximo de su amor. Escuchémosla:

"Llegaron muy cansados. Mi hijo Octavio dijo mamá, puedes preparar alguna cosita de refresco. Ya, cómo no, hay limoncitos, voy a preparar refrescos. No entraron a la casa, se quedaron por ahí nomás.

Preparé el refresco. Pero no les alcanzó. Entonces mi hijo me dice mamá, no te preocupes, acá tenemos azúcar, tráete limón y cuchillo, nada más, me dice.

Preparé allacito. En eso, los señores, el señor más gordo, dijo pero no puedo caminar ya. Era una subida arriba, a altura.

Entonces me dice, José me ha dado sus caballos. Pueden ensillar uno de ellos.

Como Octavio de mucho tiempo ha aparecido, yo me eché a llorar al ver a mi hijo Octavio. Yo le dije Octavio por qué has venido. Y él me dice, mamá, no te preocupes, no es nada, éstos son unos amigos periodistas, que quieren ir a Huaychao. Estamos yendo a Huaychao, porque dicen que están matando a los terroristas y tenemos que sacar noticia para los periódicos. Entonces Octavio ha traído la muía y se han ido por allá, arriba.

El señor gordo sólo había traído ropa de verano, no para la altura. Entonces mi hijo Octavio le dio su casaca, para que se ponga ropa de altura.

Yo le dije a mi hijo Octavio: tú cuando has ido a empadronar para la reforma agraria, has tenido algún conocido. No, me dijo.

Y entonces yo le dije, yo sí. Yo tengo allá caseras a las que conozco por negocio. Cuál es mamá, me dice. Es Teodora Soto viuda de Chávez, le digo.

El señor Félix Gavilán apuntó el nombre. Y entonces se fueron de acá. Con Juan se fueron, Juan, dónde estará. Qué le habrán hecho, le habrán comido, le habrán enterrado.

El día que fueron con helicóptero dice que lo habían metido a la Iglesia, sacándolo, de ahí enterrándolo del sitio donde estaba enterrado.

Ahora, poco a poco, he sabido noticias. Unos me dicen que estaba encima de la casa del teniente gobernador Fortunato Gavilán, que hay una cueva grande, que ahí habían estado dos cadáveres. Eso me ha dicho una mujercita que dice que había ido por allá, con negocio de huevo y gallina.

Los señores que iban de acá, sólo fueron con su conservita, su cigarrillo, su galletita. Octavio ha ido con su pantalón y con otro pantalón de relevo, para la altura.

Yo quisiera que ya aparezca mi hijo Octavio, mi hijo Juan, que nos ayudaba acá con el trabajo. Trabajaba para nosotros, trabajaba para él y ahora no está.

Yo quisiera enterrarlo aunque sea acá. Mi pobre hijo, que ahora ha desaparecido completamente. No sé qué puedo hacer. No sé adonde me puedo quejar.

El día que yo fui a Uchuraccay, a averiguar, me dijeron que ya lo habían matado. Hemos ido al día siguiente, el jueves. Mi hijo Octavio me había dicho que aunque sea a las doce de la noche llegamos, que por acá nomás prepare una cama. Y les preparé cena, todo. Y no llegaron.

Hasta que el día siguiente llega un joven y dice a Juan lo han agarrado, bastante gente, en Uchuraccay, lo han tomado preso. Y entonces yo me fui con mí hija Lidia a Uchuraccay. Llegamos al sitio donde esa mujercita Teodora que me conocía.

La mujercita se corrió. Mi hija la llamó, pero se corrió. Nosotras también hemos corrido pasando el río. Y ella gritaba auxilio, auxilio.

La alcanzamos y nos dice, anoche ha habido no sé qué cosa acá. Y vimos que se reunía un montón de gente, con palos y garrotes. Yo me senté al lado de la mujer, le empecé a regalar pancito y vi que bastante gente que regresaba de Iquicha bajaba, reunida.

Dice que habían ido a traer como a siete presos de Iquicha. A un hombre le habían roto toda la cabeza, Julio Huayta, que le habían amarrado la bandera roja en el cuello.

Entonces mi ahijada Isabela Gonzalos de Paria, que se acercó me dijo cállate mamá, que te van a matar.

Y una mujer de Uchuraccay me comienza a insultar. Ahora sí han venido, me dice, ahora sí tienen que morir a palo, a pedradas como ayer lo han matado a esta gente que han venido. Entonces la gente nos dice, vamos allá a la plaza de Uchuraccay, allá vamos a regalar las cosas.

Hemos llegado a la plaza y en eso he visto la muía de mi hijo muerta, junto al puentecito. Le dije a mi hija y ella me dijo, cállate mamá. Y me di cuenta que lo habían matado a él y a los periodistas.

Había un hombre que hablaba perfectamente castellano y les dice a ellos que no, que mujer presa no se pueden llevar.

Yo estaba llorando. Los varayocs me metieron a la casa comunal. Pero ahí un señor Chávez Soto les dijo que mamá Rosa es conocida, que hasta cuándo la van a tener.

Los varayoc que me han detenido son Leandro Gente, Silvio Chávez Soto y Fortunato Gavilán. Esos tres, entre bastantes, son los que me han detenido a mí. Hemos estado desde el jueves a las doce. Nos han soltado el viernes a las cuatro de la tarde".

### **Así, corriendo, me salvé de morir**

José Argumedo, hijo de doña Rosa y hermano de Juan, el guía asesinado en Uchuraccay, conversó con Juan en Ayacucho, poco antes de que los periodistas partieran hacia su sacrificio final. Se enteró del viaje, pero él debía quedarse en Ayacucho.

Regresa a Chacabamba y se informa por boca de su madre de la muerte de los periodistas.

El sábado 29 retornó a Ayacucho a dar parte a los periodistas del hostel Santa Rosa, el centro de reunión de los enviados especiales de Lima.

José ha sido testigo de las incursiones de los comuneros de Uchuraccay, con protección ostensible de los sinchis. El martes después de la matanza, fue perseguido por un grupo de gente de Uchuraccay.

Escuchemos a José Argumedo:

"Yo estuve en Ayacucho el lunes. En la tarde me vine a Tambo. He dormido en Tambo y al día siguiente en la tarde vine a Chacabamba. Tomé desayuno y me fui a ver mi casa, acá arriba. De ahí me fui a ver la chacra de mi mamá, en Fundición. Justo en este momento, vi un grupo de gente que estaba bajando. Me estaban mirando de arriba y ahí me di cuenta que eran de Uchuraccay, no era gente de acá, no eran conocidos.

Empecé a bajar rumbo a un riachuelo que pasaba por Fundición. Ellos empezaron a gritar: agarren, agarren a ese ratero, al ratero Argumedo.

Eran como treinta y cuarenta personas.

Me siguieron por el borde del río, llegué al borde de la carretera que va a la selva. Yo corría a pie, ellos a caballo. Pero yo cruzaba entre los caminos, allí donde el caballo no puede transitar.

Así llegué hasta Tambo, les saqué como dos kilómetros de ventaja. Cuando estaba cerca de Tambo, un helicóptero daba vueltas sobre mi cabeza.

Entré directo al cuartel de los marinos en Tambo. Me preguntaron por qué me seguían y les dije que no sabía, que sería tal vez por ser familiar de Octavio Infante y Juan Argumedo, el periodista muerto y el guía desaparecido.

Los sinchis me dijeron, en Tambo, que yo tenía guerrilleros en mi casa. Yo les dije, háganme una investigación a mí y a mi casa. Yo soy un hombre de trabajo, no tengo nada que ver con los guerrilleros. Si ustedes prefieren yo les puedo regalar un saco de papas. Así les dije a los sinchis.

Lo mismo le digo a la revista *Caretas* que dice que somos guerrilleros. Que vengan hasta acá y que vean cuál es la verdad. Sí. Los sinchis les dan alimentos y coca a los comuneros de Uchuraccay. Les quitan a los campesinos de la selva la coca y se lo dan a la gente de Uchuraccay".

Coca y chupa, dice Argumedo. Con coca y chupa, la gente quiere matar más.

## **Uchuraccay**

Cuatro y cuarenta de la tarde. Los periodistas de *El Diario* llegan a Uchuraccay. Ya domina el ventisco, el aire de la altura.

Realmente, va a oscurecer.

Cuando fueron por primera vez, aquel 30 de enero de 1983, recuerdan que a partir de las cuatro de la tarde, ya es difícil la llegada para los helicópteros de la Fuerza Aérea.

Mujeres solas en Uchuraccay.

Mujeres frías, mujeres silenciosas, mujeres que no saben nada, ni su nombre, a las que no se puede interrogar. Gavilán no está, los varayocs no están, nadie está.

Allí, un poco más abajo, un poco más abajo de la casa del señor teniente gobernador, del señor Fortunato Gavilán, todavía respiran cuatro fosas en las que fueron enterrados los mártires del periodismo nacional.

Mientras los periodistas de *El Diario* estaban en Uchuraccay, el general Noel Moral estaba en Lima, tal vez pensando en qué otra forma habría de explicar su actuación.

## **Piensen que estamos muertos**

Ruyaccullo, cinco y media de la tarde.

Los periodistas descienden de las alturas de Uchuraccay. De pronto, se ven rodeados por una multitud campesina, hombres y mujeres.

Estas avanzan rápidamente. Como al unísono, empiezan a llorar. Algo balbucean en quechua, mientras abrazan a Morales y Salcedo. ¿Qué es esto?

Morales traduce: ellas creen que los periodistas son muertos, espíritus reaparecidos, almas en pena.

Sí, se dicen Salcedo y Morales, piensan que estamos muertos. Las explicaciones de Morales durarían largos minutos.

Hubo una especie de asamblea que sirvió para que los campesinos contaran sus sufrimientos por las incursiones de sus agresivos vecinos de Uchuraccay, la comunidad "gendarme" de esa zona del departamento de Ayacucho.

Varios de ellos pidieron "a los periódicos" que soliciten garantías de la policía y los infantes de Marina.

"Nosotros sabemos que ellos les dan alimentos" a los de Uchuraccay y así los premian por sus barbaridades. Si a ellos les dan comida, que a nosotros nos den protección".

Luego, la misma masa que habría rodeado a los hombres de prensa, los acompañó hasta los límites de su comunidad.

Un grupo para cada periodista.

Fluidos diálogos con Morales; a Salcedo sólo le musitaban "tranquilo, tranquilo, señor".

Así hasta Chacabamba.

Allí reencontraron a los guías y compartieron la mesa con la madre de los difuntos Argumedo e Infante, su hijo José y la esposa de éste.

La mañana siguiente, reemprendieron el camino de retomo, hasta encontrarse, ya en plena carretera —en medio de la puna— con un destacamento de la infantería de Marina.

De Uchuraccay a la moderna tecnología militar, así es el Perú.

# El otro lado del viaje

## Las razones del viaje

Decidimos con Morales recorrer la ruta de nuestros colegas asesinados porque, desde luego, el evento tenía evidente interés periodístico y utilidad para recoger nuevos testimonios que descubrieran la verdad, esa verdad que resulta tan distinta de la raquílica versión oficial sobre los hechos.

Pero siempre hay más de un motivo cuando se emprende un viaje. En este caso, ¿cómo negar que había un trasfondo de peregrinaje en este viaje a Uchuraccay?

Creo que no se trataba solamente de subconsciente o del subconsciente de los motivos sino que era algo bastante explícito: después de todo se estaba por conmemorar el primer mes de la masacre de los periodistas.

Me ha sucedido que esta clase de motivos siempre los he descubierto después de realizados los viajes. Esta vez fue al principio. La preparación del viaje estuvo, por eso, rodeada de un ambiente especial. En realidad, el viaje de verdad ya lo habían hecho los otros. Nosotros éramos los repetidores.

Más que fijarse en el mapa, hubo que tomar ciertas previsiones, como, por ejemplo, llevar unas buenas botellas de caña. Resultaría de gran utilidad durante el viaje. La invitación de caña puede franquear más de una conciencia confirmándose que el trago y la amabilidad siempre se dan la mano en el Perú, no importa en Lima o a 5,000 metros de altura. La noche anterior hubo que informar a la Comandancia de la Guardia Civil de Ayacucho. El famoso permiso, al que tanto se ha referido el jefe de la Zona de Seguridad de ese departamento, fue en realidad una comunicación verbal sin más trámite que una visita al cuartel de la Guardia Civil. Por lo demás, los movimientos de los periodistas son bien conocidos por la policía.

Una extraña sensación nos invadió en el puesto de control de La Magdalena a pocos minutos del centro de Huamanga.

Se acercó al taxi que nos llevaba una mujer harapienta y con claros signos de disturbios mentales. Si el término no fuera tan relativo diría que era la loca del pueblo. Por la ventanilla entreabierta —mitad sol, mitad frío— estiró una mano de uñas largas mientras murmuraba papito, papito, que la Virgen los lleve. Lo tengo grabado y ahora que lo vuelvo a escuchar le encuentro un tono más dramático que en el momento.

Sucedía, simplemente, que teníamos un largo camino por delante y la perspectiva de la distancia suele borrar sensaciones más espirituales. Distancia y cansancio, ese ha de haber sido el sentimiento dominante de los que no sabían que iban a morir.

## A cabalgar

Ya en Tocto, el primer punto después de dejar la carretera, se produjo el encuentro con los que serían nuestros guías durante todo el trayecto, hasta poco antes de llegar a Uchuraccay.

Los Huicho y los Díaz nos sirvieron el desayuno con el que emprendimos el viaje: un plato de papas, una taza de chocolate.

El encuentro, sin embargo, no estaba completo. Las cabalgaduras rumiaban unos metros más allá. Por silla de montar, unas frazadas, y por estribos, el aire ligero de la altura, empecé a recordar que mi única experiencia ecuestre había sido de mentira. Mi papel de hacendado en la película *Ojos de perro*: una equitación a la medida de los oportunos cortes del rodaje.

Morales sí es un jinete experto.

No lo supe tan sólo por su habilidad para el manejo del caballo. Me enteré mejor de costado al contemplar cómo los guías campesinos francamente se reían de mí. Compensé mi inferioridad despojando de su sombrero a uno de ellos, el más bajito, y clavándole el mío de manera que el alerón que había adquirido en el mercado de Huamanga le cubría los ojos. Me pareció, entonces, que él empezaba a compartir conmigo lo que nosotros llamamos el ridículo. Como se sabe, también el ridículo puede conducir a la amistad.

¿Qué es peor: cabalgar por la puna o caminar por la puna?

A pesar de que las columnas vertebrales de las muías serranas son durísimas, es peor caminar. La dureza de las columnas vertebrales está compensada por la sabiduría de los animales. Si alguien no pierde el paso en el Perú, esa es una muía ayacuchana. Senderitos por los que no entran ni dos pies humanos, escaleras de roca que parecen cinceladas en ángulo recto, ahí está la muía, no importa su carga hábil o tosca en el manejo de las riendas.

Así empezamos a subir.

Así llegamos a Balcón. Es efectivamente un balcón natural cubierto de niebla al que uno se asoma para contemplar un valle de media altura, soleado, floreado y verde, siempre verde.

La bajada al valle no es, sin embargo, rápida. Hay que sortear desfiladeros, riachuelos, corretear caminos no frecuentemente transitados. Todo, para encontrarse con un aroma intenso al que no es ajeno esa flor de nabo a la que se refirió uno de nuestros interlocutores del valle, el mismo que vio a Eduardo de la Piniela rebotar sentado por una pendiente y recoger la florcita como si la caída no fuese sino el pretexto para la belleza.

Cambio de clima, brusco, tal vez comprendí entonces que Luis Morales llevara por toda prenda una camisa de franela mientras yo me enfundaba en una casaca que en el valle ya casi me obligaba a sudar.

## **La lluvia**

Pero todo sol es breve.

De nuevo hay que subir hacia las zonas de las lluvias perpetuas.

Tuvimos la previsión de confeccionarnos unos ponchos de plástico verde que al regreso servirían de mantel en las casas de nuestros guías. Hay que escuchar cómo rebota la lluvia sobre esos ponchos verdes cuando uno se convierte en una especie de cometa

que nunca puede despegar. Estirar los brazos bajo esos ponchos de plástico significa arriesgarse a un empujón del viento.

## **Dos viejos limones**

Chacabamba, así se llama el paraje donde nuestros mártires descansaron por última vez antes de Uchuraccay.

Vernos llegar a Morales y a mí fue para la señora Rosa, la madre de Juan Argumedo y Octavio Infante, una especie de remembranza dolorosa. Sí, llegábamos por donde ellos mismos habían llegado. Que difícil es mantener la grabadora en ristre cuando una madre sola se pone a llorar así. Las fotos de Morales que publicamos el sábado pasado son demasiado elocuentes.

En Chacabamba doña Rosa les sirvió una limonada. He traído conmigo los dos últimos limones, apretujados y renegridos de esa limonada.

Es una extraña sensación la que uno siente al contemplar ese paraje arbolado donde ellos asentaron un cansancio que parecería provenir de toda una eternidad. Hay como una aureola, una especie de espacio sagrado, y sin embargo el pasto y las flores amarillas no cesan de crecer: las leyes de la naturaleza.

Hacia arriba queda Uchuraccay.

Por esta vez dejamos a los guías en compañía de doña Rosa y hacia allá fuimos con el paso seguro de nuestras cabalgaduras.

Uchuraccay tiene una especie de puerta, una garganta montañosa en el horizonte, un desfiladero verde. Hasta ahí se sube. Entrando al vértice se empieza a bajar. Por momentos hay que sofrenar el paso de los animales. Habremos ingresado a veinte para las cinco de la tarde, mala hora a esos metros de altura.

El treinta de enero, pasadas las cuatro no llegaba el helicóptero y las nubes negras con las que la noche suele amenazar ya estaban sobre nuestras cabezas. Ahora varios minutos después ya era la inminencia de la oscuridad.

Este hecho sólo nos permitió breves diálogos con las mujeres cuyas fotografías aparecen en nuestra edición especial del sábado 26. Si digo diálogo es por decir algo. Uchuraccay se ha convertido en una aldea de mudos.

## **¿Extraterrestres?**

El regreso significó encontramos —en Ruyacctuyo— rodeados de una multitud campesina con una vanguardia de mujeres llorosas que nos rodeaban tocándonos. ¿Éramos una aparición, unos espíritus? El hecho es que ellas nos creían muertos. Más que de pena era un llanto de asombro. En ese momento uno no sabe qué le pesa más, si el propio asombro o una especie de solidaridad agradecida con la gente que se toma la molestia de llorar por uno, sin que uno tenga necesariamente que morir.

La bajada fue casi una fiesta, íbamos rodeados por esos campesinos mientras nos narraban las incursiones que después de la masacre de los periodistas habían realizado las

gentes de Uchuraccay. Doña Rosa se esmeró: fue todo un banquete el de aquella noche en Chacabamba.

Recién en Huamanga no pude dormir por el intenso dolor de las piernas. Esa noche, a pesar del griterío de unas cabras en celo, dormí a todo dar. El regreso se hizo más rápido ya que casi no hubo entrevistas ni paradas para fotografías.

Cometí en un alto en la puna mi primer atentado contra la ecología de todo el viaje. Abrí con toda ceremonia la lata de gaseosa que había llevado conmigo. Bien helada volqué la lata ya inservible entre las piedras. Me permití esa licencia como para simbolizar mi paso por ahí. Sé que es un pobre símbolo, pero es el precio que pagamos los habitantes de la subdesarrollada sociedad de consumo nacional.

### **¿Y ahora qué?**

Ya en plena carretera, pero aún en la puna, fue nuestro encuentro con una patrulla de la Infantería de Marina. Nunca terminaré de apreciar la serenidad de don Lucho Morales, mientras yo buscaba nervioso mis cigarrillos en los bolsillos de mi casaca impermeable. Me imagino, sin embargo, que el cañón de los FAL de los infantes también debía estar congelado a esa altura. Quizás tan congelado como mi mano inhábil para encontrar los malditos fósforos que nunca terminaban de aparecer. Regresar al hotel de Huamanga, el hostel Santa Rosa regido por el señor Paco Clemente, una especie de padre de todos los periodistas, es encontrarse con los demás enviados especiales que al punto destapan las cervezas de una espera mas o menos dramática.

Pienso entonces en las otras cervezas que hace un mes esperaron y que para siempre se quedaron sin destapar.

## En La Casa de Balzac

Raynouard, rué Raynouard. Es duro reconocerlo para alguien con ambiciones de cosmopolitismo, pero, será que nuestra pronunciación no es de lo más correcta, el hecho es que la elegante taxista que nos conduce, no entiende.

—¿Calle qué?

—Ray. . .

—¿Ray?

Finalmente, el milagro de la comunicación se produce cuando le indicamos que queremos la casa de Balzac.

No se crea, sin embargo, que cualquier parisino es capaz de indicarle la casa de Balzac. Como en cualquier parte del mundo, los grandes escritores son, al final —y en este caso con mucha suerte— algún verduoso monumento callejero.

La suerte de Balzac consiste en que, en este caso, se trata de un monumento de Rodin. Ahora, si somos honestos, habrá que decir que el monumento del célebre Rodin es terrible.

¿Qué le pasó a Balzac?

Qué le pasó a Rodin, sería más bien la pregunta.

Para empezar, queda absolutamente entendido que el monumento de Rodin es toda una obra de arte, no faltaba más.

Lo inquietante es el rostro del escritor. Un rostro atormentado, un rostro casi siniestro, unos ojos enormecidos por la inminencia de la muerte o, en su caso, la inminente persecución de sus múltiples acreedores.

Este verano de París, ciento treinta y siete años después de la muerte del monumental creador de la *Comedia Humana*, este verano de París, en realidad, es un verano lluvioso y desapacible.

Mojados, lluviosos, los ojos esculturales de Balzac se han dilatado desmesuradamente en este verano gris de París y todo sugiere que esa es la suerte máxima de todo escritor monumental: un monumento y tal vez una calle de difícil pronunciación.

### Rué Raynouard

Todo está en reparaciones en este París gris veraniego. Ya no es como antes, dicen, y las flechas indicadoras del sentido del tránsito también han cambiado su antigua dirección. Se da veinte vueltas, uno va viendo los letreros que indican "Raynouard" pero la calle se aleja sin apelación posible. Conste, se aclara, que no se trata ahora de los típicos recorridos de taxis parisinos, largos, tan largos, mientras el taxímetro es la implacable guillotina económica de los desposeídos del Tercer Mundo, en estas épocas

de dólar barato en los circuitos del Mercado Común Europeo. Dólar barato en la comunidad europea y caro en la incomunidad sudamericana.

Tal vez esta sea la última y prosaica razón por la que los periodistas tercermundistas, autores de esta nota, se acercaron con un cierto temblor a las rejas de la casona de la rué Raynouard. Tal vez sea esa la razón y no tanto las derivadas de especulaciones espirituales, tipo el encuentro con el espíritu del notable escritor, etc., etc.

Las rejas negro-verdosas de la casa de la rué Raynouard, han sido también llovidas.

Abrase pues, la reja y descíndase por esas escaleras de piedra y —aquí también hay lluvias de verano— musgosas y verdes. Enfundado en sus levitones llamativos, enguantado en sus guantes amarillos —no hay duda que sería un costoso huachafo en la capital de la "elegancia"— por aquí también descendía Balzac.

Su criado —cuando lo tuvo— bajaba también por aquí con la última recaudación de los avaros editores de París. La última recaudación había sido canjeada por un atado de pliegos gruesos y entintados, vendidos al peso y convertidos en luises que devoraría prestamente el acreedor de turno en la lista de espera —interminable e impaciente— del fecundo escritor.

La casa de Balzac, rué Raynouard, es un museo para una posteridad parisina y municipal.

—Sí, señorita, en Sudamérica también conocemos a Balzac, justo ahora en que en París se le desconoce porque las flechas del tránsito se han empezado a transformar.

—Ooh. . .

Ella está uniformada con el azul municipal de París, el mismo de los cigarrillos Gitanos, entendámonos. Ha sonreído sorprendida, ahora que ya nadie visita la casa "del señor", excepto estos dos tercermundistas y qué extraño resulta que allí también se conozca a Balzac.

—¿Leen en su país?

—Ooh. . .

## **La casa de otro**

La verdad, la historia de la casa es más complicada que la *Comedia Humana*. La historia de París es la de una gran notaría inmobiliaria.

La casa del escritor no era, naturalmente, suya, sino la de un rico propietario. Ni siquiera era casa, sino un pabellón de esta mansión umbría a fuerza de lluvias y árboles tupidos, en unos jardines poblados de melocotoneros.

El nombre del rico propietario se ha quedado en la notaría. El de su inquilino, en la historia y en las cuentas incobrables de los herederos de sus acreedores.

Todo es hereditario en París, menos la fama. A los herederos de los herederos de los herederos del sastre de Balzac, la noticia de su muerte los sorprendió en medio del juicio coactivo y les dejó el rostro con rasgos más siniestros que la propia escultura de Rodin.

Los herederos de Balzac, no existen, excepto en este mural genealógico y multicolor que conforma un panel inmenso, en esta primera pared de la casa-museo.

Aquí está toda la genealogía de la *Comedia Humana*. Hoy, para nosotros, una genealogía literaria. Ayer, hace más de un siglo, en vida de su creador, una trama apasionante de condes, duquesas, comediantes, pobretones, imprenteros prodigiosos, aventureros sin suerte, cocheros barrigones, desheredados y pensionistas.

—Cuando vivía el señor de la casa, la gente que aparece aquí temblaba antes del próximo capítulo en los periódicos. El señor conocía las vidas de todos.

Ahora, el que habla es este conserje envejecido por unas genealogías que no aparecerán, sin duda, en ningún catálogo novelado o novelesco de una vida cortesana que el hombre nunca conoció.

También de azul, pero más severo, mira comprensivo a estos turistas literarios. En su solapa planchada ostenta inconfundible la insignia del municipio de París.

"El señor. . ."

Se refieren a él como "el señor" y —naturalmente—conocen su casa con la familiaridad respetuosa del que siempre ha servido al "señor".

Aquí, por ejemplo, mientras uno piensa que este conserje uniformado se escapó de *Papá Goriot* para venir a conducirnos por estos recovecos, está la ventana trasera de la casa.

La ventana resulta un objeto fundamental en esta perenne veneración doméstica de la casa-museo de Balzac.

Por esta ventana, "el señor" huía de sus acreedores. Mientras éstos, formando legión sindicalizada y frenética, aporreaban la reja de la entrada, él salía hacia el más allá por esta ventana vidriosa y melancólica.

Acreedores de todo pelaje asolaban al escritor. Todos, producto de sus expendios erráticos y botarates: sastres exclusivos, anticuarios implacables, vendedores de toda clase de colecciones de adornos, porcelanas y embaucadores *bibelots* que el señor atesoraba como juguetes inútiles y extemporáneos.

La escena era sencilla en las rejas, los acreedores maldecían y el escritor se reconocía la bata-uniforme, que era su exótico overol de trabajo, levantaba una pierna sobrealimentada y por la ventana, hacia la libertad, hasta la próxima carga de la rapiña incompreensión y cruel.

La ventana del señor ilumina ahora la mesa de trabajo. Sobre ella descansan, una pluma milenaria y un tintero vacío. Sabiendo que escribía para la historia, el hombre escribía, en primer lugar, para sus acreedores.

El escritor industrial tiene en Balzac su primer paradigma histórico. El escritor que no necesita el silencio creativo, también. Culminar el último kilo de papeles entintados, en medio de gritos coactivos y bastardos, esa fue la hazaña del más grande novelista de la humanidad.

"¡Maldito Balzac, abra, maldito estafador!"

Y, por toda respuesta, el rasguño febril de una pluma sobre los papelotes. No hubo editor más comprensivo que el balzaciano: pesaba las cuartilla poco antes de satisfacer la fenicia voracidad del sindicato acreedor.

## **Café y tinta**

Ahora, tras esta mesa deshabitada y muda, una vidriera solemne y fría guarda la cafetera del señor.

Café y tinta: sus dos únicos alimentos, antes de gastar varios miles de francos más.

Conserjes azulados se acercan a la cafetera como a un sagrario silencioso. La cafetera de porcelana blanca ya no sufre con el monstruo voraz que la disecaba en los insomnios en que las ilusiones se perdían entre facturas maquiavélicas y grasientas.

La empleada balzaciana se toma seria y desliza una confesión:

—El señor sólo tomaba café. ¿Usted sabe que realmente murió de inanición?

Claro que uno no puede imaginarse a Balzac muriendo de inanición mientras la barriga de la caricatura de Roubaud se le desparrama sobre el cordón del batón oriental. Pero . . .

El conserje balzaciano la ha mirado como censurándola, como a quién confiesa un asunto tenebroso, de los que sólo se habló en voz baja, en familia. O que tal vez los criados se atrevan a comentar murmurando entre las ollas de la cocina.

De esa cocina, ciertamente, que —al juicio de los múltiples visitantes de Balzac— inundaba con maravillosos olores culinarios el cuarto de trabajo del monstruo del café.

¿Creer o no?

No se sabe, pero es evidente que la confesión tiene el aire familiar del que sabe.

Después del desliz, ha sonreído como pidiendo comprensión.

—Claro —dice el conserje— el señor era tan especial.

Y una mirada se ha cruzado entre ellos y ambos han coincidido —con la mirada— en que ese desliz, ya no se volverá a repetir. Ni siquiera ante los señores tercermundistas.

Uno nunca sabe.

¿No hay herederos de Balzac?

En cualquier momento, el señor podría estar mirando por sobre el hombro, como desde este busto —junto al que ahora posa para la efímera posteridad de una revista— la mujer balzaciana del uniforme azul.

La condesa Hanska —el gran amor del señor—ya ha desaparecido. Louise, la "amiga" del señor que atendía visitas mientras el monstruo escribía para la historia de sus acreedores, tampoco está. Los celos que la inquieta Louise provocaba en la lejana madame Hanska, ya han desaparecido.

En este homenaje a la fidelidad, la empleada municipal, sonrío lentamente junto al busto de mármol del señor.

Nadie puede dudar que Balzac, ciento treinta y siete años después de terminar el último café, nos ha dejado a su gente —escapada felizmente de los papelotes entintados— para contar algo más. Y mientras el monstruo industrioso y genial observa también el periódico efímero por sobre el hombro del periodista del país donde a veces se puede leer, uno sabe —antes de la próxima lluvia— que son las novelas la historia de la verdad.

## Ocoña en su corazón

Cuando Ocoña estornuda, la economía se resfría. Por no entenderlo así, las optimistas previsiones del régimen en materia cambiaría y su fe en los controles de la economía, sufrieron decepcionantes despertares.

¿Recuerdan cuando los voceros gubernamentales sonreían escépticos o compasivos ante las inquietudes ciudadanas respecto del dólar-Ocoña? Ministros y expertos varios afirmaban que Ocoña representaba, a duras penas, un porcentaje mínimo del movimiento nacional de la verde divisa.

Y, sin embargo, todas las noches, antes de inquietos sueños de crisis, los noticiarios de la TV, junto con las tasas cambiarías "oficiales", enumeraban las contundentes cifras de Ocoña. Y, poco a poco, a fuerza de macizos hechos, empezamos a vivir el síndrome de la ocoñización. Si los senderólogos afirman que hay que aprender a convivir con el terrorismo, los peruanos aprendimos, más allá de los discursos oficiales, que teníamos que aprender a vivir con Ocoña. Y así, más temprano que tarde, todos llegamos a tener —y tenemos— un Ocoña en nuestro corazón.

Repárese en algo que a veces olvidan nuestros economistas: hay una base psicológica en toda economía. Ella está compuesta de eso que los empresarios llaman *confianza*, los pequeños ahorristas *precaución* y todo el mundo percibe como posibilidad de riesgo, de inseguridad. En fin, Ocoña, más que un modesto jirón limeño, parece ya un estado de ánimo, la inauguración de una nueva disciplina: La psico-economía o la economía psicológica. Anímese los psiquiatras. Si el país se quejase la inexistencia de una verdadera política económica.

Sin duda, aquí también, pronto conoceríamos ortodoxos y heterodoxos.

Pero claro, los problemas de Ocoña no podrán resolverse a base de Valium o Diazepán. Son, en el fondo, los problemas de todo un país.

Esta nota se prepara antes de las nuevas (¿o más bien viejas?) medidas económicas del nuevo gabinete, destinadas sin duda a arrinconar a Ocoña.

Pero, lo más probable es que Ocoña practique una retirada estratégica y luego arremeta de nuevo del centro a la ciudad como ya ha venido ocurriendo en distritos como Miraflores que —algo más elegante que el viejo damero de Pizarro— cuenta hasta con una formalísima asociación de informales cambistas.

### Ocoñizando la economía

Comencemos con algunos lugares comunes que seguramente harán sonreír a los mismos economistas que sonreían ante un mercado de Ocoña que, como Galileo ante sus inquisidores, también dice "Eppur si muove".

Sí, Ocoña-símbolo, no sólo Ocoña-jirón, se mueve porque expresa tenazmente el fenómeno creciente de la informalidad que hoy envuelve a todo el país. Tampoco, por

cierto, somos tan originales. Colombia se ocoñizó bastante antes que el Perú, aunque no siempre por las mismas razones.

Es que toda economía necesita divisas y, como las divisas no se inventan, hay que encontrarlas donde sea. Bretón Woods se encargó de disolver todos nuestros sueños de autarquía, si alguna vez este país los tuvo. Y a partir de Bretón Woods la verde bandera con la efigie del venerable Washington (no el kirón sino el antecesor de Reagan en la Casa Blanca) empezó a flamear sobre nuestras cabezas, llenas sin duda de ideas pero huérfanas de billetes.

Sin divisas, no hay comercio internacional. Sin comercio internacional, por ejemplo, varios de los platos de nuestra cocina criolla serían exotismos del pasado. Así es nuestra dependencia del exterior en rubros tan elementales como el de nuestra comida "nacional". Al menos, somos respetuosos: nuestro pan más famoso se llama "francés", en homenaje a tal vez a nuestras ingentes importaciones de trigo. La kiwicha, el papa-pan, el camote-pan y otras loables iniciativas presidenciales han quedado engavetadas porque los peruanos no soportamos ni el pan-chicha ni la disciplina alimentaria.

Valga el ejemplo del pan porque no debemos creer que restringiendo el ingreso del etiqueta negra, los betamax o los tornillos para cuchillo eléctrico, vamos a solucionar nuestra dependencia externa. Los economistas progresistas temen mucho más a multitudinarias manifestaciones populares que protesten por necesarias restricciones de importaciones "no suntuarias", que a siniestras conspiraciones oligárquicas de señorones privados de Veuve Cliquot o equipos de aire acondicionado para enhiestos Mercedes Benz.

Sin duda, son las exportaciones de un país la base más sólida para la captación de sus divisas. Los peruanos sabemos bien que el endeudamiento, esa otra "fuente" de divisas internacionales puede conducirnos rápidamente a la bancarrota nacional o a las páginas policiales de las revistas, vía la negociación de los "papeles" de la deuda. También, ciertamente, podemos hablar de la "inversión extranjera", si es que algún peruano recuerda cómo era eso y si alguien quiere invertir ahora en el país. De paso, una idea al margen: hay dos clases de nacionalismo, el de las convicciones y el que se deriva de la inexistencia de otra alternativa. El primero es ideológico, el segundo es "realista". Es decir, no hay más remedio que ser nacionalista. Somos tan nacionalistas que ni siquiera somos ahora víctimas de la "subversión internacional", con nuestro propio Sendero, tenemos más que suficiente.

Bien, la Balanza de Pagos está destinada a reflejar, con la contundencia de unas cifras, toda esa fiebre nacional por la captación de divisas. Eso es lo que nos permite establecer todo un sistema de cuentas internacionales y contribuir así al "manual de cuentas internacionales", tan caro a nuestro amado-odiado FMI.

¿Qué es lo que sucede cuando en el país hay más divisas reales que las divisas formales, es decir más dólares que los que formalmente ingresan por las exportaciones y otros rubros? Que hay toda una producción informal, captadora de divisas a la que los estadígrafos, como sucede con el apartado respectivo de las encuestas de opinión, responden con un "NS/NC", no sabe no contesta. En realidad, lo honesto debería ser responder con un "NS/NC". Lo que en la práctica sucede es que se crea un abultado apartado estadístico de "Otros" o "Errores u Omisiones", todo sea por ese "factor de cuadro" al que estamos obligados si queremos ser un país "serio", o "formal".

Pues bien, la "ocoñización" de nuestra economía es lo que ha venido abultando, a manera de un nacionalista huaico, nuestra pudorosa y correcta sección de "otros".

Naturalmente, es un huaico que viene de la selva. Cinematográficamente hablando, Robles Godoy pudo decir que en la selva no hay estrellas. Económicamente podemos decir, sin embargo, que en la selva sí hay dólares, la moneda-estrella por excelencia en el Perú.

## **Verde que te quiero verde**

Subdesarrollado destino el nuestro. Mientras en cualquier aeropuerto de Europa usted es mirado con desgano cuando se acerca a cambiar sus dólares (el dólar palidece ante el marco, el yen o el franco), aquí, en el Perú, eliminados los terratenientes, hemos instaurado los dólar-tenientes. Más que tenientes, verdaderos generales de la economía nacional. Si no la verdad, como dice el Evangelio, ya sabemos que el dólar os hará libres.

¿Sabe usted, por ejemplo, que hay gente en este país que viaja semanalmente a Uchiza y regresa con un maletín de medio millón de dólares? Sí, dólares hay. Como es obvio, ese viajero va en una avioneta, acompañado por un oficial de la PIP y está debidamente conectado con ciertas autoridades locales. Por favor, no me pidan nombres.

¿Sabía usted, por ejemplo, que varios bancos estuvieron haciendo lo mismo, es decir estableciendo esta suerte de agencias aéreas entre Uchiza y Lima?

Lo estuvieron haciendo hasta que el Banco de Crédito, pre-estatización (y posterior "socialización"), estableció agencias en Tocache y Uchiza. Los mal pensados, como siempre, han tenido que decir que la estatización de la banca tuvo que ver con estos "chupones" dolarófagos de la selva, más que con otras consideraciones de orden formal o estructural.

Como fuere, y valga otra digresión, lo cierto es que la realidad económica peruana —la economía real— se organiza con prescindencia del Estado. Si el Japón, por poner un caso, experimenta entre un setenta y un ochenta por ciento de intermediación financiera formal, es decir de dinero que circula a través del sistema bancario formalmente establecido, en el Perú la cifra no rebasa el quince por ciento, cifra que indudablemente podría variar si se modifican las tasas de interés y se adopta otras medidas complementarias. Cabe entonces preguntarse qué es realmente lo que se ha estatizado en el país.

Cifras gruesas, recogidas por la revista *Andean Report* y la anterior edición de *Quehacer*, establecen que el monto de esta masa de dólares "informales" que circula en nuestro país, asciende a un tercio del total de nuestras exportaciones "formales". Estamos hablando de casi novecientos millones de dólares al año, nada menos.

He ahí la cifra de los coca-dólares que quedan en el Perú. Quedan, decimos, porque no sabemos a, ciencia cierta, los que se van. Este dólar informal, no hace falta ya ni sospecharlo, es producto de la más rentable de las actividades de la economía informal que se realizan en el país. Estamos hablando de la coca y de la incidencia decisiva de la coca en nuestra economía. E incidencia decisiva para nuestros planes de desarrollo. Si en los primeros años de este régimen se optó por una definida política de crecimiento económico, nadie tenía que haberse graduado en Harvard para darse cuenta de que ello implicaba un consecuente crecimiento de las demandas nacionales de divisas. Y como el lema de exportar o morir tenía más de morir que de exportar —pregúntesele a los

exportadores si el dólar por sus exportaciones era o no un dólar-castigo—, entonces las divisas tenían que encontrarse, donde las hubiera, en el cielo o en el infierno, no importa.

He aquí que la coca acudió presurosa en forma de verdes billetes de Ocoña. No solo por cierto para el angustiado importador, el solemne banco con las arcas vacías en materia de moneda extranjera, o el apurado turista. También para el ahorrista desconfiado, el modesto militante de la clase media con un sueldo menos que regular, la frágil secretaria que cambia su salario íntegro en dólares con la esperanza de aumentarlo una semana después. Y a partir de ahí, toda esa legión de nuevos trabajadores, que viven del mercadeo callejero, minicomputarizado, especulativo, del dólar.

Si se hubiese mantenido la prohibición del mercadeo informal de dólar, el Estado, por ejemplo, hubiese tenido que prohibir el turismo. Felizmente los funcionarios públicos siempre viajan por razones de trabajo.

Con tanta demanda "informal" (como nunca, esta palabra resulta un flagrante eufemismo) resulta natural la subida del dólar. Pero entre el dólar caro y el dólar imposible o el no-dólar, el dólar caro siempre resulta más barato. Esto, sin contar la ausencia de trámites que implica la compra de este dólar: no hay papeleo de ninguna clase, aunque hay el riesgo de la falsificación, sobre todo a partir de las seis de la tarde cuando todos los dólares, como los gatos, se vuelven pardos.

De paso, los cambistas ocoñeros que hemos consultado para elaborar esta nota, recomiendan la prueba de la arruga, con los billetes de cien, los más propensos a la falsificación. Estruje usted su centenario. Si se queda así sin duda falso. Pero si reacciona y se estira elásticamente, con toda la fuerza espiritual de su alma capitalista, entonces es bueno, entonces es fiel a su lema: "in God we trust". Aunque no sea divina, la confianza es también la madre del negocio informal.

Pero no todo es dólar en esta vida.

Viajeros confiables, también sin nombre por ahora, nos han informado de toda una sorpresa a escasos metros del aeropuerto de Miami: la cotización del inti en una casa de cambio norteamericana. No se trata solamente de que, a diferencia de nosotros, los gringos sí sepan apreciar lo nuestro. Sucede más bien que los grandes traficantes de la coca necesitan de nuestra "divisa" para poder pagar la muy barata mano de obra nacional.

En fin, esto ya parece toda una apología del coca-dólar, nuestro Chapulín Colorado (verde, en este caso) particular al momento en que exclamamos ¿y ahora quién podrá salvarnos? Pero no se trata de eso. Se trata de hechos. Se trata de darse cuenta de que nuestra inocente compra de verdes billetitos en Ocoña es, en realidad, parte de una larga cadena de exportación no tradicional, de un producto que, con más corazón sentimental que eficacia práctica, todos los gobiernos del mundo han incluido entre sus bestias negras.

Es, en verdad, una de esas encrucijadas en que los Estados confrontan un callejón sin salida entre la ética y la realidad.

No por nada la eficacia de los narcos se ve acompañada de la vista gorda o la complicidad de las autoridades. Nadie puede creer que en la selva se construyen aeropuertos clandestinos con ingentes toneladas de cemento transportados en lentas barcas, sin conocimiento de nuestras autoridades, o que la buena fe de nuestra policía selvática considera que las multitudinarias avionetas de bandera colombiana que entran y salen repetidamente del país sobrevuelan nuestros árboles con fines de turismo.

Claro que, de vez en cuando, un padrino por aquí y otro por allá nos permitirán tranquilizarnos, hacemos sentir que seguimos en la primera fila de la lucha contra el narcotráfico, y que podemos seguir comprando nuestros dólares en Ocoña o sus sucedáneos, sin mayores complejos de culpa.

De hecho, todos los cambistas de Ocoña saben que cuando en las épocas de "veda" algunos de ellos caía en manos de la policía la "sanción" consistía en una "requisa" de dólares en favor de ese propio policía. Así, hasta que decidieron establecer sus "cupos" salvoconducto. Cuando un efectivo de la PIP se propasó y quiso exigir más de lo debido, fue debidamente aporreado y hasta se publicó una denuncia periodística por parte de los damnificados que, entonces sí, no tuvieron problema en descubrir su clandestino anonimato. No hay duda de que es sorprendente la experiencia sindical de este país.

En fin, puede uno hasta llegar a pensar que es gracias a las autoridades "corruptas" que el país dispone de las divisas que de otro modo serían inalcanzables.

Esta inmensa trama dolarífica, de la que Ocoña es ciertamente solo la punta del iceberg, implica sin duda una red importante de protección y seguridad, tema que podría incluir esta nota en la sección política de la revista, lo que rebasaría nuestra intención.

Así las cosas, bien podemos decir que el Perú es un mendigo sentado en un banco de coca, y la palabra banco podría aquí adquirir su connotación más literal.

Seamos serios: mientras nuestra economía no experimente severas transformaciones estructurales que tengan que ver con la superación de nuestra vulnerabilidad internacional, cualquier campaña de erradicación o sustitución de la verde hoja resulta farisaica.

Sea que quiera eliminarse los cultivos mediante criminales herbicidas o sustituirlos por más inocuas plantaciones, estamos agarrando el rábano por la hojas.

La verdad es ésta: ¿cuántos de nuestros arriesgados empresarios privados están dispuestos a invertir en la selva para reemplazar la coca por otro producto? ¿Quién construirá eficientes carreteras de penetración, saludables servicios higiénicos o educativos centros escolares? ¿El mismo Estado que hoy carece de divisas? ¿Los defensores de la libre empresa que esperan que el Estado, el vapuleado Estado, corra con la infraestructura para que ellos corran con la jugosa rentabilidad?

No hablemos por cierto de la responsabilidad capital que en esta materia les cabe a las potencias consumidoras de la coca, que intentan reemplazar con propias tercermundistas las desesperaciones, angustias y adicciones de sus ciudadanos. En fin, entre un cocainómano desesperado de Nueva York y un desesperado pequeño comprador de dólares en Ocoña, Lima, Perú, hay menos distancia de la que parece.

Por otro lado, el mundo del coca-dólar pone también en evidencia un contraste adicional: la eficiencia del narco vs. la ineficiencia del Estado.

Estamos en un país en el que el cinco por ciento de la población controla casi el cincuenta por ciento de la riqueza nacional y en que el Estado ha sido incapaz de establecer un cierto equilibrio, vía las cargas impositivas. Es un Estado incapaz de generarse, legalmente, los recursos que demanda el desarrollo del país. Un país sin catastros que convierte en inocuo todo intento por gravar los signos exteriores de riqueza, sin contar con que una tasa de esa naturaleza requeriría una legión de funcionarios probos, honrados, incorruptibles. Un Estado y un país en el que las clases oligárquicas han preferido jueces baratos, para poderlos corromper.

Así las cosas, no hay equilibrio fiscal que aguante ni. narcotráfico que no prospere, en medio de una creciente informalidad financiera y un sálvese quien pueda general. Por eso, cuando al circular por una arteria de Lima, San Isidro o Miraflores, se vea acosado por los implacables esgrimidores de las pequeñas calculadoras japonesas, sonría. Un dólar lo espera a la vuelta de la esquina. Huélalo bien que en su verdor encierra los más feraces aromas de nuestra amazonia.

Después de todo, somos una democracia. En la vía pública se procesa, diariamente, un interminable referéndum sobre la confianza de nuestros ciudadanos en el futuro de la economía nacional.

# La República del Huallaga

Huánuco: las calles terrosas de la vieja ciudad de los caballeros amanecen encharcadas. En esta época del año llueve todos los días en lo que alguien llamó "La perla del Huallaga".

De aquí se miraba hacia las selvas y se planificaban misiones religiosas, durante la Colonia.

El lavado monumento del héroe Leoncio Prado mira ahora fijamente hacia el deshabitado hotel de turistas local. A su costado serpentea la calle Hermilio Valdizán. Hace casi ochenta años, por aquí chapoteaba el niño que fundaría la psiquiatría peruana, el pobre huanuqueño que asombraría a los grandes maestros italianos, luego de dejar su puesto de redactor policial de *La Prensa* a otro provinciano, José Carlos Mariátegui.

Esto fue Huánuco.

Hoy, se calcula que no menos de veinte camionadas de jóvenes peones transcurren diariamente por esta ciudad-puente hacia las plantaciones cocaleras del Alto Huallaga. Son los confundidos misioneros famélicos y ateridos de la nueva riqueza. Reclutados entre la miseria de sus pueblos serranos, cambiarán su hambre por los cicales calurosos de Tingo María, Aucayacu o Madre Mía. Sus nombres poco importan. Son, simplemente, carne de cocal.

En Huánuco, la cortina metálica de la sede de la Empresa Nacional de la Coca ostenta un siniestro recado: la calavera y sus tibias, pintadas en blanco, sobre fondo gris.

El antiguo jefe local de esta empresa pública, el teórico monopolio estatal de la hoja de coca, ha sido trasladado a la más pacífica Quillabamba, luego de seis amenazas de muerte. Debe agradecerse que las amenazas fueran rápidas y directas: nada de anónimos escritos o misteriosas llamadas telefónicas. Simplemente, sonrientes individuos armados. Esta gente no oculta el rostro; no es necesario.

Pocos días antes, el Concejo de Tomaykichwa, en el vecino distrito de Ambo, fue incendiado y Sendero se anotó seis víctimas más.

Al día siguiente Huánuco amaneció pintado con llamados a la guerra popular. Si se alza la mirada hacia las laderas de barriadas que rodean la ciudad, se estará observando la avanzadilla senderista, convenientemente camuflada entre casuchas marrones y barroas.

Difícilmente puede no simpatizarse con el actual jefe de la raquílica Enaco local. Es su trabajo. Lo sabe cada mañana que se enfrenta a la calavera y las tibias de su modesta cortina de seguridad. En fin, su sede de Tingo María se siente satisfecha cuando en un mes puede acopiar tres o cuatro toneladas de coca. El resto ya se sabe dónde van.

Huánuco se ha convertido en una ciudad cara y difícil. La ganadería es cosa del recuerdo. Hoy, verduras y carnes tienen precios superiores a los de Lima. Los alquileres se han disparado, los terrenos son para millonarios, la delincuencia menor —los rateritos y escaperos— es un peligro a cualquier hora del día. Y, sin embargo, nunca hubo aquí tanto despliegue de electrodomésticos, televisores suntuosos y videocassettes como el que ostenta el comercio local. Para envidia de los paupérrimos sueldos de modestos

maestros o empleados de la administración pública, esa arrogante exhibición sí tiene compradores.

La tentación es grande. El diablo local se oculta tras los arbustos de la hoja de coca.

Para el economista Claudio Tantahuilca, profesor de la universidad local, es casi un diablo colectivo. La economía de la coca compromete directamente a más del cincuenta por ciento de la población rural de este departamento e, indirectamente, a casi todo el mundo. Simplemente, no hay que preguntar demasiado, mientras los negocios marchen.

Según Tantahuilca, el rendimiento de la coca es de 192 por ciento sobre la inversión.

Pero esta proliferación de rapidísimas fortunas no debe engañarnos demasiado.

El economista huanuqueño distingue las clases sociales del mundo de la coca, la pirámide cocalera. Los de abajo, las mayorías, son los modestos cultivadores de parajes inhóspitos, alejados de las carreteras, con hijos privados de educación, con el riesgo permanente de la represión: mano de obra relativamente barata, blanco fácil de las campañas de erradicación. La clase media se dedica a la elaboración de la PBC y suele vivir en los centros poblados. A veces combina el cultivo con la fabricación de la pasta. Los de arriba, los menos, son los colombianos, los narcos de verdad, los conquistadores de las ágiles avionetas. No tan ágiles, ciertamente, pero nunca hasta ahora derribadas.

Si no hubiera coca, reconoce Tantahuilca, Huánuco languidecería en medio de una honorable agonía de muerte. Hoy, la construcción, el comercio y la banca locales no hacen de la ciudad un paraíso, pero sin ellos todo sería peor.

Hace cuatrocientos años, un santo jesuita solía repetir: "¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?" Tal vez no podamos culpar a los huanuqueños por no pensar lo mismo.

Sin incentivos para la agricultura serrana, aquí todo el mundo mira hacia el oriente.

Para este periodista, su propia marcha hacia el oriente significa un viaje en colectivo entre Huánuco y Tingo María.

El rojo colectivo está sobrecargado. Un pasajero del asiento de atrás ha repletado la fatigada maletera con toda suerte de productos agrícolas. El chofer ha protestado. El pasajero ha respondido: "Si no me llevas las cosas, me quejo a los compañeros".

"Los compañeros". Todas las casas de esta ruta que cubre una carretera que en su tiempo —no hace tanto— pudo ser envidiable autopista, llevan en sus paredes las pintas de "los compañeros". Ahí hay vivas al "presidente Gonzalo" y mueras al presidente García. Condenas a la "herradicación (sic) yanqui" de los cicales y más mueras al imperialismo.

A medida que las nubes se ennegrecen tanto como el agresivo verde de la vegetación, se siente la extraña experiencia de quien se interna en un túnel, pero a cielo abierto.

Cada cierto tiempo hay que bajarse del auto para que éste pueda superar badenes, gigantes charcos y huellas de recientes huaicos.

Donde ahora los neumáticos resbalan mientras se arriesgan por rudimentarios troncos, antes hubo puentes de hierro y asfalto.

Más allá, unos niños se ganan la vida pidiendo peaje con una mano, mientras con la otra señalan su obra: han puesto pedruscos y tierra para facilitar el tránsito de los vehículos. La antigua autopista es ahora una serpiente húmeda, llena de caries, humillada por la naturaleza y las incursiones de "los compañeros". Si algún Caterpillar del Ministerio de Transportes o el municipio local se arriesga por aquí, puede acabar como una pira de fierros quemados, como ya ha ocurrido en más de una ocasión.

Cuando entramos a Tingo María hemos dejado atrás una cortina lluviosa.

Son las cinco de la tarde y la villa hierve de motos, vendedores ambulantes y camiones: el caos tropical en todo su esplendor.

Mientras me dirijo al hotel de turistas, en las afueras de la ciudad, dos negros helicópteros empiezan a inclinarse rumbo a su cercana base.

Cuando entro al hotel, cercado en sus exteriores por puestos de control de sacos de tierra, veo a los pilotos de esos aparatos. El bar del Turistas se me antoja una escena de película.

Cuatro o cinco mesas son ocupadas por estos pilotos norteamericanos, contratados por la DEA para colaborar con las fuerzas policiales en la represión del narcotráfico.

Toman cerveza y juegan ruidosamente a los dados. "Otra cerveza", es su única expresión en castellano. El resto de la conversación gira en torno al juego. Uno de ellos viste un polo negro que ostenta el águila norteamericana y un rótulo circular en letras blancas: "American Embassy. Lima". Otro, una camiseta granate con escenas de surfing en alguna playa californiana.

Algunos de estos hombres rubios, altos y bromistas van a morir en una avioneta con rumbo a Lima, estrellada cerca de Huaral. Pero, por el momento, mientras toman sus cervezas, aún no lo saben.

Su presencia no es bienvenida por las "fuerzas vivas" de Tingo María. La Cámara de Comercio local ha pedido en más de una ocasión que esta gente abandone el hotel. Los gringos ahuyentan a los turistas. Si las cosas siguen así, el hotel puede ser blanco fácil de un ataque de "los compañeros".

En cambio, Guillermo López Salazar, muy lejos del pensamiento de estos pilotos de la DEA, sí sabe que va a morir. Nunca he visto un hombre con la muerte tan clara.

Guillermo López es un periodista sin empleo. Ha sido despedido de la radio para la que laboraba. Esa radio ha transmitido hasta hace poco los programas de López, su cobertura de las zonas de incursión senderista, sus denuncias de la vida cotidiana. López sirvió de guía a los enviados de un semanario limeño que publicó un sensacional reportaje sobre Sendero en la selva.

Ahora el periodista muestra su casa desvencijada por los dinamitazos del comando Rodrigo Franco, el seis de septiembre de 1988. Junto a él, su mujer y sus hijos contemplan la novela que transmite un parpadeante televisor.

Guillermo López Silva me narra, con absoluta serenidad, que el comando le ha enviado más de una amenaza de muerte mientras él se afana en las dependencias del Ministerio de Trabajo en busca de una compensación por su despido, y en el municipio local donde se desempeña como concejal de Izquierda Unida.

Días después de mi visita, a las dos de la mañana, Guillermo López fue arrastrado de su cama, apartado ligeramente de su casa a medio derrumbar y asesinado con dos tiros en la cabeza.

Muy poco antes de su muerte, dos periodistas de una radio norteamericana entrevistaron a López. Él estaba más nervioso que nunca. Rogó a los periodistas norteamericanos que, por el bien de ellos mismos, no los vieran en su compañía.

Ignorantes de su muerte o perfectamente conscientes de su inminencia, pilotos de helicópteros o periodistas son personajes de una trama compleja.

Ninguno de ellos había nacido aún cuando, en 1940, el presidente Prado promoviera los primeros intentos de colonización de la zona.

En las partes altas del Carpish, a la entrada de la actual Tingo María, empezaron a establecerse los primeros colonos cocederos. Mientras la carretera avanzaba, pobladores de las provincias serranas de Pano y Dos de Mayo colonizaban los alrededores de esta ciudad. En Santa Rosa, a cinco kilómetros de Tingo María, familias de renombre como los Durand y los Prado empezaron a explotar grandes haciendas cocaleras.

El impulso colonizador de la primera administración del arquitecto Belaunde se encargó de nuevas oleadas migratorias, con familias del "sur chico" de la costa.

Más al norte, en los alrededores de la actual Uchiza, la coca también empezó a prosperar. Allí llegaban colonos de la sierra de La Libertad, Áncash y Cajamarca.

Pero hasta 1975 nadie podía calcular más de 20,000 hectáreas de coca en el Alto Huallaga, casi toda legal.

El año 1975 fue la era del gran cambio.

Ese año, el café y el cacao, hasta entonces los productos más rentables, sólo produjeron lamentables pérdidas. Ese año, los peones de las haciendas cocaleras que habían aprendido a elaborar la PBC porque en sus propios centros de trabajo se producía para fines medicinales, se encargaron de iniciar un vasto proceso de democratización de la tecnología. Ese año, los ojos de los grandes traficantes colombianos empezaron a fijarse en esta zona del Perú.

Para 1979, el *boom* cocalero ya era una innegable realidad. El gobierno del general Morales Bermúdez inició entonces lo que luego sería una sucesión de operativos de erradicación de las plantaciones. Diseñados desde Lima, sin participación de entidades locales que, como la Universidad Agraria de la Selva, hubiesen podido aportar el conocimiento de la realidad de la zona, los operativos hicieron del pequeño cocalero el blanco de todas sus iras.

Pero la coca fue más fuerte que todas las operaciones represivas. Los cocaleros se desplazaron, los cultivos aumentaron, la población sufrió innumerables abusos por parte de la policía.

Los programas de cultivos alternativos del Proyecto Especial del Alto Huallaga (PEAH) se encontraron con la terrible realidad de los plazos agrícolas: tres o cuatro años para consolidar la nueva producción.

Hoy, los planes del PEAH chocan con algo más duro que las propias leyes de la naturaleza: la acción de Sendero Luminoso. La subversión empezó a incursionar entre los años 83 y 84, hasta consolidarse en 1987. Su arma principal: la defensa del pequeño cocalero, víctima de la policía y de las bandas de narcotraficantes dirigidas por colombianos. Durante las guerras civiles entre bandas rivales, Sendero ha apoyado a la que ofrecía mejores precios para los cocaleros.

De esta manera fue asentando sus "bases de apoyo". No se trata de un compromiso ideológico de parte de los agricultores. Es, más bien, un comprensible

espíritu de sobrevivencia. Para Sendero es un asunto de control de dólares y tráfico de armas, además de la perspectiva estratégica de dominio sobre la sierra central.

En sus "santuarios" del Alto Huallaga, Sendero ha desarrollado una "república de nueva democracia" que hasta hace poco no encajaba en los planes y profecías del "pensamiento Gonzalo".

Como ha sucedido en otras partes del país, los propios errores de los organismos del Estado han facilitado esta penetración subversiva.

Por otro lado, las "tentaciones" a las que aquí se ve expuesto el elemento policial juegan a favor de Sendero, más que las propias deficiencias logísticas de los encargados de la represión.

Aunque sean los espectaculares enfrentamientos armados los que acaparen los titulares de la prensa de Lima, hay que decir también que el triángulo narcos-Sendero-fuerzas del orden juega a veces a una especie de coexistencia pacífica.

El vértice de este triángulo está ocupado por el narcotráfico, que cumple también el papel de "presa" en disputa de los otros protagonistas. El control de los "cupos" de los narcos juega, en cada ataque senderista, en cada emboscada contra las fuerzas policiales, un papel tan o más importante que el propio control de la zona por razones políticas, proselitistas o militares.

En esta situación, Sendero se ha hecho fuerte en una región que carece de las condiciones históricas de la sierra sur del país. Aquí no cabe hablar de milenarismos andinos o reivindicaciones tradicionales siempre postergadas.

Y Sendero es aquí más fuerte que en cualquier otra parte del país. Casi ningún poblador de la zona se refiere a sus huestes como "terroristas". Se trata del "partido", el "movimiento" o "los compañeros".

Sendero ha impuesto una rígida moral en las zonas que controla, persiguiendo los robos, el adulterio, el consumo de drogas. El comandante senderista cumple funciones de juez y policía. Y, naturalmente, funciones de regulación económica: protege a los pequeños cocaleros, pero ya ha ordenado una suerte de diversificación de los cultivos con miras a la auto-subsistencia de la población. Es, pues, un Estado que ha reemplazado al otro, al oficial. Ni la planta de procesamiento del cacao, en Tingo María, ni los programas de promoción del cultivo del mismo producto que en esta zona desarrollan las Naciones Unidas han sido, hasta ahora, objeto de las iras senderistas. Sendero se ha adaptado a las circunstancias, o son las circunstancias las que han adaptado a Sendero.

Podemos comprobarlo en Aucayacu, a dos horas y media de Tingo María. Allí, en tomo a la sede de la Cooperativa Naranjillo, varios agricultores repasan una pizarra con los precios internacionales del cacao. Ninguno vive de la coca, pero todos "comprenden" a los cocaleros y a los senderistas.

En este pueblo (Aucayacu), el proyecto de las Naciones Unidas ha formado treinta comités de productores de café, cacao y achiote, cultivos que, a pesar de la explosiva expansión cocalera, no han disminuido en extensión.

No olvidemos que ésta es una de las principales zonas de producción agrícola de todo el país, y parece haber terreno para todo y para todos. La potencia de estas tierras puede explicar también que el imperio del senderismo no se contradiga, al menos por el momento, con otros "planes de desarrollo".

Luis Albites, el ingeniero de origen trujillano que encabeza aquí el proyecto de las Naciones Unidas, explica que el cacao es un cultivo tradicional de la zona y que la actual

coyuntura internacional resulta favorable para sus precios. Más que mover un dedo contra los coccaleros, los técnicos a su cargo se dedican a potenciar la explotación del cacao desarrollando inclusive fórmulas tecnológicas que incidirán en el valor agregado del producto.

Todo ello en medio de Aucayacu, "zona roja" por excelencia, doblemente declarada en estado de emergencia: por la coca, primero, y a causa de la subversión, después.

Aucayacu me ha recibido luego de un lento viaje por carretera. A veinte minutos de Tingo María, una curva del camino adquiere un contorno siniestro. Ahí yace un cadáver en avanzado proceso de descomposición. ¿Quién mató a este hombre, a este cuerpo ahora hinchado y ennegrecido? Nadie responde.

Aprovechando la caída de la velocidad del automóvil, a causa de la curva, extraigo mi hasta entonces oculta cámara por la ventanilla del vehículo y fotografío una y otra vez. Un fétido sopor me ha golpeado las narices: hace tres días que ese cadáver se pudre a pleno sol.

Me he puesto en evidencia; no soy un viajero normal.

Los otros ocupantes del auto se han puesto frenéticos:

— ¡¿Cómo se le ocurre tomar fotos acá?!

—Es mi trabajo. ¿Por qué?

—Porque el partido nos puede estar observando.

—En todo caso, será mi problema.

— ¡No! Usted se va, nosotros nos quedamos; vivimos acá.

Y es cierto. Establezco entonces un pacto con los otros pasajeros. Les pediré permiso antes de cualquier otra fotografía.

La carretera a Aucayacu reproduce el cuadro del camino entre Huánuco y Tingo María. Pero ahora, las pintas senderistas han decorado todo el asfalto y cada sesenta o setenta metros hay que evadir las zanjas de los subversivos. Esto obliga a que cortas distancias de mapa se conviertan en caminantes vías crucis en la realidad. Aucayacu nos recibe en la persona de un campesino que entrega un volante rectangular.

El volante proviene de la parroquia local, regida por el padre Pablo Felley, un canadiense sesentón que gusta de la música clásica. Nadie puede acusar a este hombre de agente subversivo o aliado del narcotráfico, pero está encabezando un llamamiento a "todas las organizaciones del Alto Huallaga". Su objetivo: luchar contra la aplicación del herbicida Spike, spray anticocales que amenaza arrasar con toda forma de vida natural en la región.

El frente anti-Spike puede convertirse en la organización social más poderosa de la selva central del país: Iglesia-campesinos-comerciantes y... hasta Sendero Luminoso. Un verdadero "frente nacional" en esta república del Huallaga.

El agricultor Desiderio Segundo López Vargas, por ejemplo, un robusto campesino de 45 años de edad, dice que aquí no se puede hablar de terrorismo. La palabra terrorismo, sostiene López Vargas, confunde, cuando de lo que se trata es de "la respuesta de los campesinos ante el trato que les dan".

Con ira y pena, este agricultor de plátano, cacao, maíz y frijón recuerda los operativos represivos contra los cocales: "Eran muy abusivos. Abusaban de las señoras y las hijas, mataban chanchos y gallinas, te robaban hasta el reloj".

López Vargas no es coccalero, pero si decidido partidario del frente anti-Spike.

Lo mismo sucede con Ernesto Alvarado Vásquez, otro pequeño agricultor y ganadero que desespera ante el creciente aumento de los insumos agrícolas. "No soy cocalero" —dice— "porque tengo moral y sé leer. El que no sabe leer se arriesga y ahora vive mejor que nosotros".

En fin, las realidades de estas tierras no son las mas propicias para la "moral antisubversiva" que desde Lima pudiera exigirse. Los propios promotores de salud de la parroquia de Aucayacu deben pedir permiso a los jefes senderistas para internarse en zonas controladas por "el movimiento". A cambio deberán capacitar a los propios promotores de salud de Sendero Luminoso. Inobjetable reciprocidad.

Como fuere, Aucayacu debe seguir viviendo.

A pesar de todo, mientras recorro la plaza de armas de este pueblo y me arriesgo a más fotografías —cercado de vez en cuando por no tan discretas motocicletas— veo a los barbudos de la Iglesia israelita. Están preparando una feria de productos del campo: alimentos baratos para una población acostumbrada a precios altísimos. En medio de esta plaza casi desierta, mientras las paredes incendiadas del municipio local se calientan aún más al sol, los israelitas me regalan un larguísimo discurso sobre la deuda externa y la paz universal.

De regreso a Tingo María, mi vehículo es detenido a la altura de Tulumayo por efectivos del Destacamento de Operaciones Especiales (DOES) de la Policía Nacional. Se trata de chequeo de rigor de todos los autos, camiones y camionetas que pasan por aquí. DOES ocupa ahora el local que fue sede de un proyecto de experimentación agrícola. Hay un letrero que dice: "Dios perdona, nosotros no". Los policías llevan polos verdes con una calavera atravesada por dos puñales. Estos hombres aún no lo saben, pero varios de ellos morirán luego de un ataque senderista.

¿Ignoraba su muerte el cadáver que sigue pudriéndose a un costado de la carretera? No hay autoridad capaz de levantarlo, de investigarlo conforme a ley. Nadie sabe nada, nadie contesta.

Ahora, de regreso, huele mucho más.

La paz de los cementerios no fue pensada para él.

## Con Sendero en Lurigancho

Hoy, domingo, es día de visita a varones en el Penal de Lurigancho, oficialmente "San Pedro".

Días atrás he recibido una inesperada llamada telefónica: "vaya al Pabellón Industrial. Allá lo espera el ingeniero Antonio Díaz Martínez".

Díaz Martínez: uno de los más célebres reclusos del país, aireado por la prensa como "ideólogo", "cerebro", hasta "número tres" de Sendero Luminoso.

Hoy es domingo y a las siete de la mañana vendedores de Fruta y de periódicos ya han despertado los alrededores de la plaza de Acho. Hay aquí cuatro o cinco microbuses en fila. El *palanca* del primero de ellos se afana en llenarlo de pasajeros: " ¡al Penal, al Penal!" En realidad no deberá esforzarse demasiado: hoy casi sobran pasajeros hacia la cárcel más importante del Perú.

Subo al primer microbús. Nada más abordarlo, ya se percibe que la totalidad de sus pasajeros invertirán esa mañana, y aun parte de la tarde, en visita a parientes, amigos, quién sabe si solamente conocidos, tras los muros de la prisión. A las siete y media de la mañana, la cola en Lurigancho ya es larguísima: casi desde el paradero final del microbús hasta las puertas del penal. Recién a las nueve se abrirá el portón pero me dicen que ya hay gente allí desde las seis de la mañana. La mayoría lleva bolsas con frutas, gaseosas y otros víveres. Algunos se despojan de sus cinturones y se los encargan a una joven que anota sus nombres en una rotosa libretita: los recogerán a la salida. Un guardia republicano se pasea en las inmediaciones: dice que la hebilla de una correa de vestir puede ser un arma letal en manos de algún recluso desconsiderado. En el bolsillo trasero llevo una libretita y un lapicero, nada más.

El cielo de Lurigancho está plomizo y cubierto. Un calor pesado oprime todo el ambiente. Allá, contra el cerro, se alzan rotosos pabellones cenizos. Del techo de uno de ellos se yergue un largo palo que se corona en dos bocinas de sonido. Esta mañana propalan vales y guarachas; ráfagas de viento nos los hacen llegar.

Cada cierto tiempo la cola se mueve lentamente. Por bloques —de diez a quince personas— los visitantes se acercan a la tranca del primer control. El primer control consiste en una revisión de la libreta electoral. La toma un guardia republicano y confronta visualmente la fotografía con el rostro del que se la entregó. La devuelve y ya está, adelante.

Luego se ingresa a una suerte de pasarela techada, una especie de circuito con curva donde, entre breves avances de la cola, se espera más de una hora. Se llega así hasta pocos metros del portón principal. Allí se produce una nueva revisión de la libreta electoral. Finalmente, traspongo el metálico portón. Ya estoy aquí.

Es mi primera visita.

Se me conduce entonces a varias pequeñas dependencias: nueva revisión de la libreta electoral, revisión minuciosa de ropa y bolsillos, dos sellos en el antebrazo derecho, entrega de una placa metálica rojiza y numerada: sólo conservándola se podrá

salir. El vigilante que me revisa me lo advierte: "cuidela, no se la vayan a robar". Libreta y lapicero no han sido objetados. Nadie pregunta a quién voy a visitar.

Controles y revisiones ya han terminado. Guardias, vigilantes y empleados quedan atrás.

Se ingresa ahora a un patio, una suerte de tierra de nadie. Nada más unos pasos y una turba de reclusos me rodea. Prejuicio o no, fama o no del terrible penal, lo cierto es que sus rostros resultan francamente patibularios.

Torsos desnudos, pantalones remangados, cabezas tocadas con nudos de camisetas. Uno de ellos ostenta un tatuaje con Sarita Colonia. Varios extienden latas o cubitos de plástico: "¡propina, propina para la limpieza!" Intento avanzar, no puedo; me siento rodeado y empiezo a repartir billetes. Varias historias sobre atraeos, "cuadradas" y otras escenas de este "autogobierno" penitenciario invaden entonces mi imaginación. Pero, como un salvavidas, un interno se me acerca: "¿dónde va?"

Lo miro como a una aparición: "busco el Pabellón Industrial". Gracias a este hombre me voy deshaciendo del tumulto. Gracias a mis temores carcelarios él obtendrá unos soles "para su lonche".

Conducido por él diviso, al final del patio, una reja que otros reclusos custodian. El hombre les hace un gesto, me señala con un dedo y mientras me acerco, la reja se abre brevemente. Paso e ingreso al "Jirón de la Unión". Volteo y, como preguntando, miro a mi guía. "¡De frente y a la derecha!", me alcanza a gritar. "¡A la derecha, ahí están los terrucos!"

Empiezo a caminar. Es un oscuro pasillo. Hay rejas oxidadas que han de dar a sucesivos pabellones, me cruzo con internos al acecho de su probable visita, sorteo charcos acuosos y renegridos y, sobre todo, me interno en un hedor, en un vaho fétido que parece herir todos los sentidos, no sólo el olfato. No me detengo. A medida que me encamino hacia la derecha, los rostros de estos reclusos parecen tomarse indiferentes, como si comprendieran que no es a ellos a quienes voy a visitar. Sigo hacia la derecha, acelero el paso y los olores se empiezan a esfumar. Y ahí, a la derecha, apoyado en una columna, hay un joven bien vestido que me está observando fijamente.

Me acerco.

—¿Es por acá el Pabellón Industrial?

—Sí. ¿A quién busca?

—Al ingeniero Díaz Martínez.

—Usted es periodista, ¿no?

—Sí, yo...

—Yo lo voy a llevar.

Este joven es, sin duda, un hijo de la clase media de una ciudad serrana. Su mirada observadora no le impide una leve sonrisa. Me pongo a su lado y empezamos a caminar. Ahora, el pasillo está despejado: puede observarse un cierto color blanco en la pared y siento como si ingresara a un tobogán de silencio. Estos ya son los dominios de Sendero Luminoso.

Hacia el final del pasillo se abre una reja. Tras ella aparece entonces una guardia juvenil: una paralela de tres hombres por lado. Enhiestos, pero sin rigidez, cada uno ostenta una bandera roja con la hoz y el martillo que cuelga de una pequeña asta de madera. Atravesar esa guardia es como una señal de que la transición del pasadizo ha terminado. Y pocos metros después ya es propiamente el pabellón. Un golpe de vista nos

entrega un panorama casi fantástico. Altas columnas culminan en el techo. De cada una de ellas penden afiches de serigrafía y banderolas: "Desarrollemos la guerra de guerrillas".

Entre columna y columna, a gran altura, soguillas cuelgan innumerables pequeños banderines rojos con la hoz y el martillo en dorado.

El pabellón no fue concebido como alojamiento sino, su mismo nombre lo indica, como centro de trabajo. Como tantas instalaciones del presidio, nunca cumplió su fin original. Pero ahora, no hay catres ni dormitorios. Los senderistas duermen en colchones, en el suelo.

Hoy, día de visita, los colchones han sido enrollados, alineados y convertidos en larguísimos sofás recubiertos de frazadas azules. Mi guía me ofrece asiento: "espere aquí un momento, por favor".

Una mirada en redondo me permite seguir reconociendo el paisaje: la mayoría son jóvenes de aspecto universitario y provinciano. Algunos conversan entre ellos. Otros con los que parecen sus padres o parientes. Casi se diría que el tono general es el del murmullo. El contraste con mis primeras escenas de ingreso a Lurigancho no puede ser mayor. Aquí, uno se siente en el reino del orden. Con un poco de esfuerzo —recogiendo memorias de lecturas y especulando con la imaginación —podría decirse que es casi un ambiente de monasterio oriental. Al fondo, utilizando las paredes y frazadas que cuelgan de soguillas, los senderistas han formado unos cubículos que dan la impresión de cuartos reservados.

El joven regresa y me conduce hacia uno de ellos. Dobla la frazada-puerta e ingreso entre música rock: proviene de una pequeña radio a transistores que cuelga de una de las soguillas.

En medio del cubículo hay una mesita rústica coronada en immaculado mantelito blanco. A los lados, dos pequeñas bancas. Sobre el mantel, un cenicero hecho con retazos de hojas de periódico. Obviamente, el cenicero es apto para recibir tenues cenizas, no para aplastar colillas.

Transcurren cinco minutos.

Ingresa entonces un joven con una bandeja metálica: cuatro tazas de café, sándwiches de hot dog, bizcotelas envueltas en servilletitas de papel. Es como un anuncio.

Cuando el joven se retira, casi cruzándose en la frazada-puerta, ingresa el ingeniero Antonio Díaz Martínez.

Me pongo de pie y nos extendemos la mano. Delgado, más encanecido de lo que demuestran las fotografías y los periódicos, el ingeniero viste un polo crema y zapatillas deportivas. "Asiento, asiento —murmura— no se moleste, tome asiento".

Me dispongo a unas frases de protocolo introductorio, pero me interrumpo, ha ingresado mi guía —lleva ahora un lapicero y unas hojas de papel—\_y con él un joven serio de rostro blanco, anteojos redondos, camisa casaca poco veraniegas. Me lanza un "buenos días" que, francamente, respira autoridad. Al instante, me salta un pensamiento que me acompañará durante toda la visita: el comisario.

El diálogo se inicia con unas frases de Díaz Martínez:

—En primer lugar queremos agradecerle su visita. No es fácil llegar hasta acá. Imaginamos que mucha gente sentirá temor de internarse en Lurigancho. Vivimos aquí una campaña de hostilización por parte de las autoridades del Penal. Los víveres que nos

traen nuestras visitas son perforados con cuchillos oxidados por los vigilantes; varios de nuestros compañeros han sufrido perdigonazos y se nos quiere enfrentar a los reos comunes. Se les incita a que nos ataquen.

Mientras escucho sus palabras me percato que mi guía toma nota de todo. Así lo hará hasta el final de la conversación.

Casi interrumpiendo a Díaz Martínez el "comisario" toma la palabra. Comprendo que debo escuchar.

—El país vive una campaña de genocidio contra nosotros, los prisioneros de guerra y el pueblo. Esta campaña de genocidio se ha acentuado con el gobierno de Alan García, que no es sino la continuación de un poder reaccionario.

Luego expone su versión sobre los sucesos del cuatro de octubre de 1985, que culminaron con la muerte de treinta personas en el ya celebre Pabellón Británico. Como se sabe, los senderistas acusan directamente a los "Llapan Atik" de la Guardia Republicana y a las autoridades del Penal.

Díaz Martínez asiente mientras el joven continúa hablando.

—El cuatro de octubre lo hemos bautizado como el día del prisionero de guerra. Realizamos un heroico combate contra el genocidio transformando la masacre en una victoria política para el partido. En seis horas demostramos que nuestra moral es superior. Las vidas entregadas y la sangre derramada son estandartes que llaman a continuar la rebelión.

Luego, Díaz Martínez se refiere al acta firmada entre autoridades del penal y el pabellón senderista, más tarde ratificada por autoridades del gobierno y la Comisión de Paz. Allí entre otros puntos, se declara que los senderistas no serán trasladados al nuevo Penal de Canto Grande.

Y ahora —añade el ingeniero— se niegan a respetar el acta. Canto Grande es una jaula que viola los derechos constitucionales y nuestro traslado no sería sino un pretexto para un nuevo aniquilamiento. Tercia entonces el joven de anteojos:

—Pero de aquí no saldremos sino muertos, y nuestra sangre recaerá sobre los responsables. Por la acción del partido, estas mazmorras se han convertido en luminosa trinchera de combate. Póngalo así: luminosa trinchera de combate.

Entonces interrumpo:

—**¿No es demasiado entregar la vida solo por impedir un traslado de cárcel?**

El "comisario" sonrío como comprensivo, casi como compadeciendo a su interlocutor:

—La vida del individuo nada vale: lo que cuentan son las masas. Cuando se entrega la sangre revolucionaria, no es en vano. Esa sangre fecunda nuevas vidas de combate por la revolución...

Se hace un silencio. Sólo se escucha el rasguño casi imperceptible del bolígrafo sobre el papel en que escribe mi guía. Trato entonces de cambiar de giro y me dirijo a Díaz Martínez.

—**Pero los individuos tienen sus vidas, ¿no? ¿Cómo fue, ingeniero, su evolución personal?**

—Desde mis épocas de estudiante pude percibir las manifestaciones de la injusticia social. Pero aún no comprendía sus causas profundas. Más tarde me fui formando en el pensamiento revolucionario. Y me sigo formando. No somos

revolucionarios acabados. Somos materia en transformación hacia el comunismo. Estamos en un proceso de desarrollo. Mi vida. . .

Y entonces, casi abruptamente, pero con una nueva sonrisa, interviene el "comisario":

—Le repito: la vida individual, nuestras vidas individuales, carecen de importancia. Lo que importa es las masas; en ellas se funden y adquieren sentido nuestras vidas individuales. En las masas. Y las masas, conducidas por el partido, están alcanzando cada día nuevas victorias, nuevos triunfos en esta guerra revolucionaria.

—**¿Nuevos triunfos? Da la impresión de que su guerra revolucionaria estuviera más bien en retroceso... Por lo menos, en una especie de retroceso táctico...**

La pregunta pareciera cómica, porque los tres hombres empiezan a reír. El comisario me mira:

—¿Retroceso táctico? De ninguna manera. Todo lo contrario. Cada día miles y miles de combatientes se suman a la lucha. Y ya hemos ingresado a una etapa superior. Estamos constatando la decadencia de un Estado caduco, que está siendo destruido, y vivimos ya la constitución de un nuevo Estado a través de centenares de comités populares. Estamos estructurando la república popular, conquistando bases de apoyo revolucionario y formando comités populares con funciones estatales. Una nueva economía, una nueva política y una nueva cultura se desarrollan allí.

—**¿Allí? ¿Dónde?**

—En el campo.

—**¿En qué parte del campo?**

—En las zonas altas del campo. Usted disculpará, pero nada más le podemos decir.

—**Entiendo. Pero, si me permiten decirlo, me parece que se trata de un optimismo exagerado, de una especie de fanatismo...**

—Optimismo histórico, sí. ¿Fanatismo? No es fanatismo cuando se defienden firmemente los principios. Lo nuestro no es fanatismo sino ideología, y una ideología que es la expresión de la realidad existente en el mundo. Se nos acusa de fanáticos, de fanáticos del odio y de la muerte. Pero nuestros sentimientos están sujetos a la ideología y por eso podemos delimitar perfectamente un profundo amor y un profundo odio. Seguridad plena en el triunfo: eso es lo que tenemos, no fanatismo.

—**¿Pero no es acaso fanatismo este mismo desprecio que ustedes experimentan por sus propias vidas?**

Siento la mirada del joven que apunta. Por un instante ha suspendido su labor. Díaz Martínez me responde lentamente, con infinita gravedad:

—Nuestra moral es superior y asumimos como un reto la muerte. El temor se supera con la ideología y en la contradicción valor-temor convertimos el temor en valor. Amamos la vida, pero porque la amamos somos capaces de entregarla. El Presidente Gonzalo: he ahí la máxima expresión de la afirmación de la vida sobre la muerte. . .

El "comisario" añade:

—El Presidente Gonzalo. El más grande marxista-leninista vivo de nuestros tiempos.

—**Pero esa afirmación de la vida sobre la muerte no les impide acabar con la vida de modestos campesinos. ¿No es eso asesinato?**

—¿Asesinato? De ninguna manera. El pueblo no lucha contra el pueblo. Ajusticiamientos, sí.

Díaz Martínez anota:

—El campo no es llano y también está dividido en clases. Cada quien sirve a una clase.

Y el joven sentencia:

—Hay quienes toman parte por los opresores y hay quienes toman parte por la guerra popular. Hay que optar: o con el pueblo o con su enemigo.

—**Pueblo sí, pero qué amplia es la palabra pueblo y qué estrecho parece el sentido que ustedes le dan. . .**

El hombre parece no escucharme. Guarda silencio mientras pregunto, pero luego prosigue como si hubiera simplemente estirado el hilo de la respuesta anterior:

—El campesinado pobre es la fuerza principal de la revolución pero dentro de la ideología del proletariado. Él es el motor de nuestra guerra campesina que ha cumplido ya cinco años de desarrollo victorioso. Las masas se incorporan como riachuelos en todo el país, tanto en el campo como en la ciudad. Esta es la más grande epopeya que el partido y el pueblo realizan. Es más grande que la lucha de Túpac Amaru. Estamos echando abajo trece siglos de Estado reaccionario.

—**Campesinado pobre, ideología del proletariado... ¿Y las clases medias, ingeniero?**

Me he dirigido a Díaz Martínez, pero él calla y mira solamente al "comisario". Este me escruta con fijeza:

—La pequeña burguesía también es parte del pueblo. Hay que comprender que la revolución que desarrollamos es una revolución democrático-nacional, de obreros, campesinos y la pequeña burguesía progresista.

La reunión parece concluir. Alcanzo sin embargo una última pregunta. Inquiero sobre la Comisión de Paz, sobre su actitud ante una hipotética amnistía:

—La Comisión de Paz no es sino un ente burocrático que ya ha sido desahuciado por el propio Alan García. No creemos ni en el diálogo con el gobierno ni en amnistías. El diálogo y la amnistía no son posibles entre la revolución y la contrarrevolución... Y ahora, si nos permite, quisiéramos mostrarle nuestro pabellón.

Se inició entonces un paseo por las instalaciones de esta suerte de santuario senderista: baños limpios, a pesar de que el agua funciona solamente unos minutos al día; un botiquín también limpio y ordenado. Más allá, la cocina: una suerte de despensa con víveres, un refrigerador, ollas humeantes en que algunos jóvenes se afanan con lo que parecía el almuerzo del día.

Me explican entonces que, de acuerdo a la célebre acta de los 24 puntos, su régimen alimentario es autónomo. Reciben diariamente cuatro intis por cada uno de los 180 internos y entregan ese dinero a un comité de familiares que los aprovisiona. A un costado, un periódico mural. Paradójico o no, allí está un recorte de la página científica del diario *El Comercio*. Es un artículo sobre el origen del universo que firma Tomás Unger. Junto a él, otro recorte: es *Pekín Informa* de 1972. Hay también, con cuidada letra en tinta roja, un homenaje a Pottier, autor del célebre poema "La Internacional". El ambiente monacal parece ahora más distendido. Algunos internos pasean conversando, otros descansan en los colchones-sofá, uno que otro me saluda con una leve venia. Díaz Martínez, "comisario" y guía me acompañan.

—**Ingeniero, ¿vale la pena tanto esfuerzo por limpiar y decorar el local?**

—Sí. Es que en esta prisión damos testimonio del nuevo mundo que estamos construyendo.

Luego, unas manos colocan, apoyándolo en la pared, un retrato del "Presidente Gonzalo". De inmediato se forma un semicírculo expectante. El "comisario" se dirige a mí:

—Vea este cuadro que hemos realizado. Usted ha visto la figura en un afiche que fotografió en la plaza de Armas de Azángaro, ¿no es así?

—**Efectivamente...**

—Este es el Presidente Gonzalo, el más grande marxista-leninista vivo. Lo acompaña un mar armado. Como los comunistas rusos y los comunistas chinos, con fusiles estamos tomando el poder por partes, conquistando bases de apoyo. Somos el único partido marxista-leninista-maoísta del mundo que se ha levantado en armas. Nuestra revolución es ejemplar. Estamos gritando a todos los vientos de la tierra: somos maoístas y encabezamos la ofensiva estratégica de la revolución mundial. Este es un proceso de entre cincuenta y cien años en que serán barridos todos los imperialistas y sus lacayos. Es la lucha de las naciones oprimidas contra las superpotencias. Desde Afganistán a Colombia, miles de voluntades convergen en una sola: la revolución.

Fue una especie de oración solemne, pero no había crispación en quien la pronunciaba. Cuando acabó, el semicírculo se dispersó y cada uno volvió a sus actividades.

El guía desapareció pero al instante volvió con un sobre de celofán. Díaz Martínez lo tomó y me lo entregó:

—Son tarjetas que hacemos aquí, en la prisión.

Las tarjetas ilustran estas páginas.

El "comisario" anotó:

—Señor periodista: esperamos que cumpla usted con su deber.

Luego salimos los cuatro, atravesamos la doble hilera de los embanderados. Miré hacia la derecha y, por unas rejas entreabiertas, contemplé las ruinas del Pabellón Británico.

Los senderistas me acompañaron hasta su límite del "Jirón de la Unión". Me aventuré al patio pero esta vez no hubo pedigüños. En las instalaciones de control entregué mi placa metálica y me devolvieron mi libreta electoral. No hubo preguntas ni revisiones.

Tomé el micro de regreso. Volví la cabeza y contemplé la prisión. Sentí como si volviera del tobogán del tiempo y del silencio.

# Manicomio

Las gestiones fueron inútiles: "¿cómo se le ocurre, oiga usted, que vamos a permitir que un periodista ingrese al hospital?"

¿Celo terapéutico, temor, pudor?

Lo cierto es que la política de "puertas abiertas" que algunos propugnan como una forma de mejorar el tratamiento de los pacientes en nuestros centros de reclusión mental, parece tener algunas restricciones.

No había sino un camino: entrar al hospital en procura de atención médica. Convertirse en paciente.

Naturalmente, convertirse en paciente es, ante todo, dar la impresión de ser paciente. Ello significaba que el aspecto físico, la vestimenta y la actitud debían reflejar algún grado de enfermedad mental.

¿Qué enfermedad elegir? La neurosis depresiva, eso que alguno de los siquiátras que consultamos para la elaboración de este informe ha calificado de la enfermedad nacional del Perú.

Los maliciosos dirán que más de una razón personal habrá condicionado esta elección. Y tal vez será cierto. Tan cierto como que la depresión —y no solamente la depresión— es una compañera de la que pocos pueden prescindir. Después de todo, salud y enfermedad mentales no resultan sino convenciones del idioma que —salvo extremos evidentes— se relativizan en momentos de crisis social y cultural como los que actualmente vivimos.

Dos días de barba, una pequeña revolución en el orden del pelo, una vestimenta holgada, triste, descuidada, permitieron completar el cuadro.

Y una mañana enrumbamos hacia el Hospital Víctor Larco Herrera.

## La hora del ticket

Un taxi nos dejó en la esquina del cenizo edificio, la más antigua y grande institución de salud mental que funciona en el país.

Mientras Domínguez se parapetaba para retratar mi ingreso por la puerta de severas y altas rejas, fui recorriendo, lentamente, poco más de cien metros.

Fue interesante observar la actitud de los viajeros que a esa hora transitan por la avenida del Ejército, en el distrito de Magdalena. Apretujados ocupantes de repletos microbuses me posaban la mirada con una mezcla de pena y curiosidad. Los conductores de vehículos particulares miraban de reojo y pronto volteaban la vista. Mi aspecto racial no está asociado con la miseria —eso que tantas veces acompaña a los "locos" callejeros de Lima— y sospecho que mi presencia caminante resultaría una suerte de interpretación para varios de los conductores de esos automóviles. Quién sabe si pensarán que ellos también podrían terminar así.

Me acerqué a la puerta de entrada y pude observar que una señora transeúnte dialogaba con el *Chino* Domínguez. Luego me enteré que la señora estaba reprendiendo al fotógrafo: "Oiga, no sea malo. No le tome fotos al loquito".

Ingresé. Observé entonces el paisaje de la ciudadela: una vasta avenida arbolada, jardines deteriorados, grises pabellones a ambos lados. Y al fondo, una imagen francamente tópica, pero tan caricaturesca como real.

Un demente que llevaba en la cabeza una bacinica de plástico verde era perseguido por otro que blandía una gruesa correa. Recordé entonces que, poco antes de este mi ingreso al Hospital, dos de los pacientes habían muerto en reyertas de las que habían dado cuenta los periódicos.

Torcí hacia la derecha, en procura de las oficinas donde se tramita la atención que brindan los consultorios externos.

Allí, cerca de la central telefónica a la que inicialmente ingresé por confusión, existe una ventanilla burocrática de la que hay que obtener el respectivo ticket.

El ticket es un talón mimeografiado en el que constan el nombre del paciente y el pabellón al que debe dirigirse. Se obtiene por quinientos soles.

Con el ticket en la mano, salí de las oficinas en busca de mi pabellón. Me esperaba un largo recorrido.

## **Una cuestión de identidad**

Durante mi lento recorrido, tropecé con un interno sentado en el borde de una de las aceras. Me llamó la atención que vistiera uniforme de trabajo. Era una especie de overol azul que a la espalda llevaba una inscripción bordada: Volvo.

"Señor —le dije— ¿usted es de la Volvo, no?"

Me respondió afirmativamente mientras volteaba ofreciéndome el rostro. Reparé entonces que, a la altura del corazón, y también con letras bordadas, llevaba otro nombre: "Daniel Martínez".

Entonces, intentando entablar conversación, le pregunté: "¿usted es el señor Martínez, no?". "No —respondió— no soy Martínez. Soy Volvo, pero no soy Martínez". Y se sumió en irrecuperable silencio.

Luego pude enterarme del aparente misterio.

La firma Volvo, como una forma de colaboración con las premiosas necesidades de un hospital desfinanciado, regala uniformes al Larco Herrera. Son uniformes usados, que sirven de vestimenta a buen número de pacientes indigentes. Pero los overoles han tenido dueño y los dueños nombre.

De ahí que muchos pacientes —a los que se supone, entre otras cosas, con problemas de identidad— lleven al pecho nombres que no son los suyos. Podrán sentirse de la Volvo, pero sienten también que son otro hombre, no necesariamente el que responde al nombre que ostentan en el uniforme.

## **La espera**

Ingresé, por fin, al pabellón asignado.

Larga cola de pacientes esperaba su turno, unos de pie, otros sentados en bancas de madera. Me acerqué a una enfermera: ya me llamarían, habría que aguardar.

Aproveché la circunstancia para circular por el pasillo. Piso de losetas, pequeñas oficinas a sus lados, un modesto mural de cartón que recogía dibujos de los pacientes. A un costado, los dormitorios: catres de hierro verde, pacientes en pijama, una radio a todo volumen con el *Puma* Rodríguez en todo su esplendor.

Uno de los internos me llamó: "Oye, flaco, pásate un cigarrito". Se lo extendí. Eran cigarrillos Inca. Los había llevado porque una de las condiciones de la verosimilitud psiquiátrica en el Larco Herrera, es la pobreza.

El hombre me agradeció el cigarrillo y siguió reposando en la cama. Fue mi primer encuentro con lo que luego certificaría como la letanía del hospital: "Un cigarrito, un cigarrito, un cigarrito".

La mayoría de los pacientes que esperaban turno estaban acompañados de algún familiar. Yo iba solo. Los familiares me observaban con una mezcla de sorpresa y comprensión.

Finalmente, mi número —el mismo que constaba en el ticket que me habían entregado a la entrada— fue pronunciado por una voz de mujer.

Reaccioné lentamente, como con cansancio, y me hicieron subir al segundo piso del pabellón. Escaleras desvencijadas me condujeron a una oficina de muebles viejos y gastados.

Allí, una psicóloga, detrás de un escritorio, me hizo tomar asiento. Era una mujer de baja estatura, vestida de oscuro, de mediana edad.

Fueron preguntas que respondí con evidente desgano, testimonios para lo que fui intuyendo como las bases de una historia clínica. La actitud de la mujer era francamente amable y sus preguntas se orientaban hacia posibles antecedentes de alcoholismo o drogadicción, el por qué había llegado solo hasta ese lugar, mi interés en la vida o el trabajo, la profesión de mis padres. Sospecharía o no un supuesto pasado de esplendor económico, el hecho es que en un momento me comentó: "Claro, es lógico que no le interese la vida cuando se tiene plata".

Llenó varios cuadernillos con mis respuestas y luego me hizo bajar. Pasé entonces a una suerte de antesala. Allí un médico me midió presión y temperatura, mientras yo observaba las paredes. De una de ellas colgaba un inmenso cuadro con una suerte de clasificación oficial de las enfermedades mentales. Era una larga lista. Junto a cada nombre —por lo menos junto a varios de los nombres—, el nombre de un medicamento. Recuerdo ahora el que resulta una suerte de fármaco universal en el Hospital: Largactil, una sustancia química que actúa en el cerebro. Dicen que gracias a ella ha disminuido el número de ciudadanos que deben internarse y el tiempo de permanencia en los hospitales.

Minutos después, entré a un consultorio. No narraré aquí los pormenores de esta mi entrevista con un psiquiatra del hospital. Sólo diré que salí de allí con una receta de urgente administración. Y de paso, la advertencia de una posible faringitis. Al menos en este último caso, el médico tenía razón: un pertinaz resfriado me acosó pocos días después.

Con mi receta en la mano, abandoné el hospital. En la avenida del Ejército detuve a un auto de alquiler. El vehículo paró, pero el chofer dudó unos instantes. Luego subí e indiqué una dirección. El hombre del volante me oteó con cierta desconfianza durante

todo el trayecto. Reaccioné al llegar a mi destino. Recién entonces reparé en mis trazas y en la natural reacción del chofer.

Así transcurrió mi primer día de paciente.

## **De la basura al cigarrillo**

Los días siguientes ingresé al hospital en compañía del *Chino* Domínguez. Él sería mi acompañante, el amigo que auxiliaría a un paciente en desgracia. Su cámara iba convenientemente camuflada.

No hubo ninguna dificultad para volver a ingresar. Como una especie de salvoconducto, en el bolsillo de mi chompa reposaba el ticket de la jornada anterior y el recetario con la respectiva firma facultativa. Una imagen me agredió recién vuelto al hospital.

Un anciano de pequeña estatura hurgaba un montón de basura. Al fondo, un paciente defecaba. Aparentemente, el anciano escarbaba en busca de comida: de hecho, de vez en cuando, se llevaba la mano a la boca. Empecé a acercarme y el anciano se incorporó. Reparé entonces que se apoyaba en un rudimentario bastón. Su paso era lentísimo. Se acercó masticando y con una mano empezó a hacerme el típico gesto —dos dedos en forma de "V"— de quien demanda un cigarrillo. Se lo extendí. Entonces, abriendo la boca, dejó escapar una catarata de cebolla ennegrecida. Se puso el cigarrillo entre los labios y se lo encendió con el que yo estaba fumando. Musitó "gracias" y se alejó.

Y me alegré de que un cigarrillo —al que tantos acusarán de cáncer— sirviera para reemplazar a la basura.

Poco después, un nuevo anciano me interpeló.

Era un hombre flaquísimo, alto y afilado, dedos largos y manos sarmentosas. Una cierta nobleza sufrida se reflejaba en su expresión. Sospecho que vio la escena anterior porque pidió un cigarrillo con pocas muestras de ansiedad, como quien supiera que de todos modos lo iba a conseguir.

Algo me hizo cohibirme y le expliqué: "sólo tengo Inca". "No importa, me dijo, Inca está bien". Y empezó a fumarlo con toda lentitud.

Dialogamos brevemente y me enteré que llevaba ahí unos dieciocho años. "Mejor, ya estoy mejor", me dijo, cuando le pregunté por su estado de salud.

## **Pabellón y PBC**

Me tocó internarme luego en uno de los pabellones del hospital que atiende a todo tipo de pacientes. Inmóviles catatónicos, dos oligofrénicos, un atareado y hasta alegre interno que se afanaba con unos baldes de agua, me contemplaron con toda naturalidad en medio de un patio de locetas.

Al fondo, un hombre parecía dormir repantigado contra la pared. Me acerqué y se lanzó a hablar: "Cómo le va, cómo le va. Qué dice la CIA, amigo. Yo soy agente de la CIA. Tengo unos vidrios en los ojos, unos vidrios perfectos, oiga usted, unos vidrios con

los que veo la verdad. Con los vidrios veo el cuerpo y el alma, con los vidrios veo todo, lo malo y lo bueno. Y con los vidrios y la CIA veo también a mi amigo el Señor Emperador del Japón".

Luego me interné en un amplio cuarto en el que algunos pacientes se afanaban en un taller de carpintería. Un rótulo anunciaba su actividad: Laborterapia. Hacendosos, parecían contentos de su ocupación. Uno de ellos, sin embargo, se quejó de la alimentación: "Trigo —decía— demasiado trigo".

En otra oportunidad, pude acercarme hacia el pabellón que atiende a internos fármaco dependientes. Uno de ellos, un zambo joven —no pasaría de los veintidós años de edad— me explicó que se encontraba allí por su excesivo consumo de pasta básica de cocaína.

"La PBC —me dijo— es bien brava. Te agarra y no te deja. Yo me envié por los amigos. Tú ya sabes, hermano, cómo es".

Luego me preguntó por la causa de mi estadía en el hospital: "¿Eres nuevo, no? No te preocupes, tranquilo nomás. Descansa tranquilo y vas a sanar".

Cuando le interrogué por sus familiares, hizo un gesto de disgusto: "Acá no vienen, hermano. Mi viejo está en Bolivia, mi vieja está enferma. Pero mejor, que no vengan. ¿Para qué?".

"¿No los extrañas?", le dije. "No, hermano. Prefiero estar acá que en mi casa. Ahí en la casa no hay nada que hacer".

Un recorrido cercano a los muros del hospital me permitió observar las múltiples inscripciones que allí aparecen: resultados de partidos de; fútbol (Perú 3, Bulgaria 2); hoz y martillo con el nombre de Sendero Luminoso y un corazón silueteado en tiza; un caballo repetido hasta el infinito.

## **En la calle**

Decidimos dedicar algún tiempo a pasearnos por la vía pública con la finalidad de medir las reacciones del público ante el enfermo mental.

Uno de los paseos —con el mismo aspecto con el que me había introducido al hospital Larco Herrera— se produjo en las inmediaciones del propio hospital.

Detuve a un joven demandándole un cigarrillo. El hombre se interesó:

—No tengo, ñaño. ¿Te has escapado?

—No, no me he escapado. Entro y salgo nomás.

—¿Y cómo te va?

—Bueno, más o menos.

—Es bravo adentro, ¿no?

—Regular.

—¿Por qué has entrado?

—Mucho jode la gente, ¿no?

—Sí, pues.

—Así es hermano. Todos te joden, te joden y te joden. Y te joden el alma hermano. Mira ve, te voy a dar una recomendación. El alma es un espejo. Ese espejo

refleja el sol. ¿Qué hacen las otras almas para joderte? Agarran, te reflejan la luz y te atacan con esa luz. Por eso tú tienes que adelantarte. Tú tienes que ser el primero que refleje la luz contra los otros. Pero no te olvides de una cosa: almas hay en todas partes. Mira ve, fíjate bien. El polvito, la tierrita, tienen alma, el aire tiene alma; la caca tiene alma. Cuídate de las almas. Y cuando esté adentro, hermano, cuídate de adentro. Cuando te den la pastilla, recíbela, pero te la pones debajo de la lengua y después la botas. Hermano, no te dejes joder".

Me acerqué después a un grupo de obreros de construcción que hacían cola para recibir el almuerzo. Solicité un cigarrillo pero nadie me lo ofreció; volteaban más bien la cara ante mi irrupción. Reparé entonces en la jovencita que les servía: "¿Cómo me ves?", le pregunté. Y añadí: "Ya estoy mejor, ¿no?" La chica pareció turbarse, bajó la vista y musitó: "Sí joven, ya está usted mejor".

En otra oportunidad traté de detener a dos señoras de rubia elegancia, repitiendo el gesto de los dedos que se me había dirigido el anciano de la basura. Salieron de la vereda y torcieron la vista. Una de ellas no pudo impedir un gesto de asco. Luego fue el turno de dos turistas mochileros. Ella, una nórdica de pantalones cortos, abrió los ojos desmesuradamente y me miró de arriba a abajo. Me dio la espalda y se echó a andar.

Finalmente, debo narrar mi experiencia con un kioskero de periódicos que tal vez ahora se sorprenda de esta crónica. Me acerqué a su puesto y le solicité un cigarrillo. Su primera actitud fue de absoluta sorpresa. Pero luego, con paciencia, tomó un cigarrillo rubio —de los que seguramente venderá por unidad— y me lo ofreció. Cuando me lo encendía le pregunté cómo apreciaba mi estado de salud: "Oiga señor, ya estoy mejor, ¿no?"

Algo se ensombreció en el rostro del hombre, me miró a los ojos y me dijo: "No señor. Francamente, no está usted mejor".

La amabilidad y la franqueza de este hombre me resultaron conmovedoras.

No quiero concluir sin narrar mi conversación telefónica con la doctora Salas, actual directora del Hospital Larco Herrera. La llamé por teléfono y le solicité una cita para realizarle una entrevista.

"Vea usted, me dijo. Se ha estado manipulando mucho a los pacientes. Nosotros no nos preocupamos por las noticias, estamos totalmente abocados a la atención de nuestros pacientes y acá no se permite ninguna publicidad. Cuidar de nuestros pacientes es más importante que ocuparnos del periodismo".

## Radiografía de un hospital

Cuando el más importante centro de hospitalización para enfermos mentales del país se terminó de construir, su benefactor, don Víctor Larco Herrera, le obsequió cincuenta finas y robustas vacas Holstein.

No le faltaba razón a quien decía que los "locos" eran los peruanos que mejor leche tomaban en todo el país.

El bucólico hospital de principios de los años veinte producía estimables quesos y sus huertas-jardines sabían cosechar jocundas hortalizas. Como si fuera poco, de sus humeantes hornos, pan y fideos salían diariamente rumbo a las bodegas de la ciudad capital.

Hoy, los viejos jardines están demasiado cansados.

No hace muchos días, los periódicos de la capital dieron cuenta de dos homicidios producidos al interior del hospital. Los efectivos de la PIP que fueron a investigar el incidente, constataron un lugar común que todo el Perú conoce bien: el deterioro que actualmente agobia al Hospital Víctor Larco Herrera. Pero, ¿cómo han sido posibles esas muertes? ¿Cómo ha sido posible que, en un centro de salud, la muerte por mano ajena aceche? Los dementes no son responsables jurídicamente, los directivos de la institución se ven agobiados —éste es también otro lugar común— por la angustiada carencia de recursos y así hasta varios etcéteras.

Si no fuera otro lugar común demasiado trillado, habría que decir que la gran responsabilidad le incumbe a una sociedad para la que la enfermedad mental es objeto de reclusión y no de rehabilitación. Porque el paralelo entre cárcel y hospital mental en el Perú no es un simple juego retórico.

Y es que el Hospital Larco Herrera, heredero de las viejas tradiciones manicomiales del país, se enfrenta ahora al reto de las nuevas técnicas de rehabilitación, sin recursos económicos ni de personal suficientes.

En términos relativos, habría que decir que hoy día el hospital cuenta con un cincuenta por ciento menos del personal que existía al momento de su construcción.

Y este personal, deficientemente preparado desde el punto de vista técnico, se ve tironeado por una doble urgencia: combinar las labores de vigilancia —ese lado represivo de su función— con las de rehabilitación.

Estas últimas tienen que ver con una mayor libertad de los pacientes, el establecimiento de una comunidad terapéutica que incluya a los familiares de los internos, la doctrina de "puertas abiertas" que ha pretendido humanizar los tradicionales hospicios-cárceles, tan cuestionados por las nuevas tendencias de la psiquiatría.

Pero todo ello demanda recursos y rupturas con moldes tradicionales en la relación paciente-enfermero o interno-rehabilitador. Y en la práctica, ello no parece haberse traducido sino en abandono de la vigilancia.

## **Entre la miseria y la locura**

"El Larco Herrera —dice uno de los médicos que hemos entrevistado— no hace sino reflejar en forma dramática la situación general del país. Un país deteriorado no puede tener sino hospitales en deterioro".

De hecho, las miserias del hospital son también las de su inmensa mayoría de pacientes. Al Larco Herrera llegan los perdedores de la sociedad. Pacientes indigentes, sin recursos a veces para la propia vestimenta, pueblan sus pabellones.

Los estrafalarios disfraces con que se les ve paseando por las calles de la ciudadela-hospital no son casuales. Estamos acostumbrados a decir que alguien "se viste como loco". Más propio sería decir que se viste como un pobre del Perú.

Pero, dentro del hospital, hay también algunos un poco menos pobres. Todo depende de si la familia se ocupa o no de la suerte del interno. Y no solamente en materia de vestuarios.

Algunos pabellones han mejorado la dieta diaria de sus internos, gracias a las aportaciones de las familias. Esta suerte de olla común se repite día a día. Como diariamente se repite el desfile de algunas madres de familia que introducen al hospital los medicamentos recetados, que el propio hospital no puede proporcionar.

Pero, desde luego, estos casos no son la mayoría. Teóricamente, nadie puede internarse sin el visto bueno familiar. En la práctica, las familias suelen "deshacerse" de un miembro inútil, improductivo y hasta peligroso. La locura como castigo, pecado o delito, sigue siendo doctrina práctica en el Perú.

De vez en cuando, una empresa poderosa se acuerda de estos derrotados y entonces un viejo uniforme de obrero cubre la insoportable desnudez. Y es que cuando falta amor social, se abre el vasto campo de las caridades.

Pero, aseguran algunos, si esta miseria es relativamente insuperable —ella misma no depende del propio hospital— sí hay irregularidades que podrían remediarse, mediante una distribución más racional de los recursos.

Por ejemplo, dentro del hospital funciona un servicio de patología que se ha especializado en el estudio ginecológico mediante la aplicación del test de Papanicolau. Este servicio sirve fundamentalmente a instituciones ajenas al propio Hospital Larco Herrera. El hospital de las miserias subsidia a otros hospitales.

## **Los precios de la salud**

El frente único de trabajadores ha formulado diversas denuncias sobre fallas de administración, además, naturalmente, de exigir mejoras económicas para los servidores del hospital. La administración no siempre ha guardado las formas. Se han dado casos en que se ha cortado el servicio de alimentación de los empleados como una forma de doblegar su voluntad. Naturalmente, en medio de un cuadro de esta naturaleza, las posibilidades de perfeccionamiento profesional de los médicos psiquiatras que laboran en este centro asistencial son escasas, por no decir absolutamente nulas. Muy pocos de ellos, por ejemplo, han viajado alguna vez a un congreso internacional de psiquiatría.

Uno de los médicos consultados, comenta con un dejo de ironía que en este asunto también se observa la constante esquizofrenia nacional.

"Los psiquiatras de pobres —nos dice—, los que trabajan en los hospitales nacionales y deben enfrentarse a los enfermos mentales más graves, son igualmente pobres y no pueden perfeccionarse. Los psicoanalistas que trabajan con gentes de altos recursos, eso sí pueden estudiar, y estudiar y perfeccionarse para atender casos mucho menos complicados".

Naturalmente, el criterio de mayor o menor gravedad de una enfermedad mental puede ser relativo y el juicio depende de la óptica doctrinaria de cada uno de los facultativos.

Pero, realistamente hablando, el universo patológico y el volumen de casos con que un psiquiatra del Larco Herrera debe enfrentarse diariamente casi determinan el tipo de tratamiento a aplicar, más allá de particulares simpatías científicas. La mayoría de los médicos del hospital Larco Herrera practica una psiquiatría clínica, otorgando especial importancia a los elementos biológicos.

El empleo del Largactil, una sustancia química que actúa sobre las funciones cerebrales, resulta casi una norma universal. Aparte de sus debatibles eficacias, la droga resulta toda una necesidad económica. Nadie la considera una panacea pero, según algunos, resulta eficaz para reducir los períodos de hospitalización. Y esto es fundamental cuando faltan camas y comida.

Ya no hay "camisas de fuerza" en el hospital, aunque algunos opinen que los fármacos empleados constituyen una verdadera camisa de fuerza química, que actúa letalmente sobre las funciones vitales de los enfermos.

Pero —he aquí otra de las servidumbres de nuestras miserias hospitalarias— a veces no hay presupuesto para aplicar la fuerza de la química. Y entonces se recurre —aunque cada vez con menos frecuencia— al mítico electroshock. El precio que el paciente deberá pagar a consecuencia de ese terremoto cerebral, de esa reproducción de una crisis epiléptica mediante la energía eléctrica, pareciera más barato que el de los propios y escasos fármacos.

## **La locura que dura**

Uno de los pocos envidiables récords de este hospital es el del tiempo de permanencia de los pacientes.

Un estudio de Carlos Fishman Cotlear, para el período 1989-90, centrado en el pabellón número cinco del hospital (tratamiento de pacientes mujeres), estableció que el tiempo promedio de hospitalización sobrepasaba los diez años. Algunas pacientes habían excedido los veinte años de permanencia en el hospital.

La descripción del ambiente físico de este pabellón —que el autor considera como representativo de todo el hospital— constituye la penosa enumeración de una serie de lamentables carencias. "En un ambiente con estas características —opina— se facilita que las pacientes revivan situaciones de carencia y de privación similares a las que, en su temprana infancia, sentaron las bases para que se desarrolle una patología de la personalidad que, en la mayoría de los casos, es lo que las ha llevado al pabellón, sin

favorecer una elaboración de estas situaciones que humanizarían a las pacientes y favorecerían su recuperación".

Respecto a las medicaciones, el mismo autor señala que el hospital solamente provee un diez por ciento de los fármacos que requiere el pabellón. Y añade: "al personal le preocupa más los síntomas extrovertidos agudos que los de características introvertidas, en los que la represión y supresión generan conductas que van de la timidez al autismo".

### **¿Una fuga hacia la nada?**

El doctor Próspero Otárola, médico jefe del Pabellón número seis del hospital, realizó un estudio para conocer los motivos que inducen a la fuga a los internos.

Considerando a la fuga "como un mensaje que emite el paciente" y que "huir, escaparse o fugarse... sugiere un distanciamiento especial, es decir un alejamiento de un ambiente no positivo", el estudio resulta ilustrativo porque significa una suerte de "plebiscito" de los pacientes del hospital.

De treinta y cinco pacientes fugados durante un año del pabellón número seis, el mayor grupo estaba incluido entre los quince y veinticinco años, eran solteros y tenían instrucción primaria.

De esos mismos treinta y cinco, veinticuatro no tenían empleo antes de ingresar al hospital y era previsible que sus expectativas de conseguirlo después de la fuga fueran casi nulas.

No obstante se fugaron, huyeron, no importa si hacia lo desconocido.

¿Las razones? Para satisfacer necesidades básicas: 21; para ver a familiares y amigos: 8; el resto, no se explicó porque no esgrimió otros motivos.

Satisfacer necesidades básicas: tal vez una de ellas fuera la libertad.

## Locos con esperanza

Hay momentos en que a uno le está permitido escribir sobre cosas gratas y constructivas. Este es uno de ellos.

En Jauja se encuentra el departamento de psiquiatría del Hospital General Olavegoya. A él se dedica esta nota.

La primera sorpresa se la encuentra uno nada más que al llegar a la puerta del hospital y preguntar por la sección de psiquiatría, allí donde se encuentran los "locos", los "pacientes", si uno quiere ser algo más discreto y elegante. La encargada no vacila: "¿fotos, entrevistas? Cómo no, pase quien desee". La verdad, el contraste con otros centros hospitalarios del país no puede ser más elocuente.

Para empezar, a veces resulta difícil distinguir al médico o al enfermo del paciente: aquí no hay uniformes, ni "locos" vestidos de harapos o deteriorados en su apariencia exterior. Yo mismo fui víctima de esta sana confusión.

Entrando al hospital, repartí, a diestra y siniestra, la pregunta "¿cómo está usted?". No se crea que todas las respuestas fueron un "muy bien", algo que sería claramente sospechoso tratándose de un sanatorio mental: si todos los pacientes le dicen a usted que están "muy bien", usted tiene derecho a barruntar que ahí hay gato encerrado. En fin, uno de nuestros interrogantes nos respondió "bien, gracias".

—**¿Y desde cuándo está usted acá?**

—Desde hace unos dos años...

—**¿Y por qué vino?**

—Bueno, terminé mi carrera de medicina en San Marcos y éste me pareció un centro de trabajo muy interesante.

Era uno de los médicos. Como se ve, la distancia entre el "loco" y el "normal", base entre otras cosas del "hospitalismo" psiquiátrico y contribución directa a esa alienación que los hospitales debieran combatir, resulta aquí muy relativa. . . Al menos para el visitante de la "normalidad".

### Trabajo productivo

Esa sola confusión ya es en sí misma un rasgo significativo de que al menos algo marcha bien en ese hospital. Pero el psiquiátrico de Jauja no agota ahí sus justificaciones. Recorra usted sus instalaciones y se encontrará con una sucesión de pequeños corrales y galpones. Aquí cuyes, allá pollos, más allá conejos, los pacientes —debidamente monitoreados por un especialista— crían estos animales y los utilizan para su propio consumo y para la venta en el mercado local o el de Huancayo.

Otros se afanan en un campo de alfalfa o pastorean un pequeño rebaño ovejero. El año pasado, los directivos de una importante maltería adquirieron toda la cosecha alfarera y —asombrados por la buena calidad del producto— decidieron donar una considerable cantidad de semilla al hospital.

¿Terapia ocupacional? Sin duda. Pero hay algo más. Parte de los gastos de este psiquiátrico se financia con estas ventas y gran parte de los pacientes han podido abrir cuentas bancarias con el producto de su trabajo. Otros, hasta "se dan el lujo" de mandar plata a su casa.

Aunque tal vez el destino más excelso de estos productos hospitalarios lo constituya el almuerzo comunitario que, una vez al mes, realizan pacientes y rehabilitadores. Se convoca una asamblea y, en ella, todos los pobladores de esta sección de psiquiatría votan democráticamente un menú. Se reparten las tareas y al conjuro de una pachamanca o un arroz con pollo, paciente y doctores se sienten mutuamente útiles y mutuamente pacientes, rehabilitadores y. . . viceversa.

Pero no se apure usted en asombrarse.

He llegado un día cualquiera y un altoparlante nos trasmite las últimas novedades chicheras, mientras los paciente se afanan en sus respectivas labores. Cualquiera de ellos pueden narrarle las incidencias de la última película proyectada en Jauja porque —casi sin excepción— van al cine del pueblo dos veces por semana. Y algunos —no todos por cierto— asisten a las clases de alguna escuela local.

Los propios pacientes, el médico Duval Zumaeta y el terapeuta Leo Camarena, le narrarán a usted todas estas maravillosas con absoluta naturalidad, con tal normalidad.

## **El poder del sol**

Con ellos hemos recorrido este hospital dialogando con los pacientes, grabadoras en mano.

A diferencia de los internos ciudadanos, las alucinaciones de estos pacientes —en su mayoría provenientes de zonas agrícolas— tienen que ver con el campo, los animales, las plantas.

Jorge Castro, por ejemplo, oxapampino, puede decir que ya está prácticamente curado de su adicción a la pasta básica de cocaína. En el taller de cerámica pinta un gallo de rojo y negro. ¿No son colores un poco raros?, le preguntamos.

"Tal vez" responde —y destruye al mismo tiempo nuestra curiosa pesquisa de posibles simbolismos—. "Pero lo hago así porque no he encontrado otros colores".

Un grupo de sicóticos que ingresaron allí, en franco deterioro, se afanan ahora ante un montículo de arvejas que escarban y seleccionan.

Nadie puede esperar de estos pacientes una conversión a la "normalidad", pero sí —y aquí se logra— el detenimiento de la decadencia total.

Blandiendo mi grabadora me acerco a uno de ellos, hombre de cierta edad. Levanta los brazos como en oración. Parece sufrir alguna especie de alucinación mística.

—**¿En qué piensa usted?**

—En el inti, en el sol. Inti, inti, sol, sol.

—**¿Y qué le dice el sol?**

Y entonces el hombre ojea mi grabadora.

—¿Qué me dice el sol? Inti, inti, sol, sol. Sol, sol. . . Sol, Sony. Sony, grabadora Sony, ciento cuarenta y uno, made in Japan.

Pero tal vez los cuadros más conmovedores puedan observarse en el pabellón de niños. Entre dibujos de ellos mismos y carpetas de trabajos manuales, los médicos de este

pabellón psiquiátrico han descubierto que, muchas veces, tras una aparente oligofrenia no se oculta más que la falta de oportunidades, la indiferencia social. Esta "oligofrenia social" o "falsa oligofrenia" que bien podríamos asimilar al abandono, a la ausencia de adecuada socialización, es "asombrosamente" superada mediante la terapia y la sensibilidad de las asistentas sociales que aquí se hacen prácticas expertas.

Percy corta unas cadenetas que adornarán una próxima fiesta del pabellón.

—¿Qué es eso, señor?

—Esto, Percy, es una grabadora. Aquí está tu voz.

Percy manipula la grabadora, sonrío, se escucha la voz y me dice:

—Señor grabadora: el color que más me gusta es el naranja.

Al fondo, iluminada por el sol naranja de la sierra, una niña entona una canción, un huaylash que ella hace particularmente lento. Y, con este periodista, sonrío ahora todo el pabellón.

## **El doctor Ninamango**

El creador de este universo es un hombre bajo, cholo, centroandino total. Su nombre es el del único psiquiatra que figura en la guía telefónica de la ciudad de Huancayo. Este peruano se llama Nelson Ninamango y tiene un despacho en la incontrastable ciudad de los comerciantes. En la sala de espera hay una pecera iluminada, llena de peces, de colores. En una pared del consultorio dos inmensos retratos —uno del *Che* Guevara, el otro de Jean Paúl Sartre— se ojean codo a codo y parecen cómodos uno junto al otro. Alguien diría que al doctor Ninamango el escritorio le queda grande.

En realidad, bajo la luna de la inmensa mesa se apiñan más retratos. Uno de ellos tiene un lugar especial: es su maestro, un argentino: el doctor Luis Enrique Acevedo.

El maestro Acevedo le enseñó a ser psiquiatra. Y a ser psiquiatra en el consultorio y en el hospital pero sobre todo en la calle, el restaurante, el bar, la vida. Poco le falta a Ninamango, para completar la frase y decirme que su maestro, francamente, le enseñó a vivir. Pero algo se lo impide: ese típico nudo en la garganta, esa cargazón en los ojos de la qué decimos nos nubla la visión.

En fin, Ninamango regresó de la Argentina con mujer, hijos y trayendo en la cabeza las enseñanzas del maestro y la "comunidad terapéutica" teorizada por Maxwell Jones. Y mucha ganas de hacer algo por su tierra y su país.

Formó un comité de ayuda al enfermo mental, auspiciado por monseñor Pitcher, el dinámico obispo de la ciudad, y la paciente (no paciente psiquiátrica sino paciente de tesón en el país de los desconuelos) señora Margot Gálvez de Polo. Luego habló una y otra vez con el director del Hospital Larco Herrera en Lima y los directivos del Ministerio de Salud. Y en octubre de 1974, como a quien le hacen un favor, le reservaron —"para sus cosas"— un reducido espacio en el Hospital Olavegoya de Jauja.

Pero la población desconfiaba: ya habían tenido ahí a los tuberculosos. . . Y ahora los premiaban con los "locos". ¿Qué sería, pues, Jauja? ¿Acaso una ciudad mártir?

Convencer al pueblo fue una labor épica. Ahora, cuando "loquitos" y pobladores se codean en el cine local, se saludan y se sonrían, todo eso es recuerdo, nada más. Pero la lucha fue tensa, persuasiva, paciente, a veces francamente desesperante.

¿Ayuda del Estado? Realmente mínima. Fundaciones extranjeras, empresas privadas, los propios pacientes y sus familias son quienes básicamente mantienen al pabellón psiquiátrico de este jaujino hospital.

Con el tiempo, Ninamango ha ido formando terapeutas y construyendo pabellones, locales de terapia: una digna pobreza se respira en todas las instalaciones. Después de todo, estamos en el Perú.

Según Ninamango, sus técnicas terapéuticas son conocidas pero poco aplicadas en el país. Es que se requiere un trabajo de hormiga y, aunque decirlo pueda parecer bastante cursi, mucho amor, mucha entrega afectiva de todo el personal.

El paciente recién ingresado se integra rápidamente a un "taller" terapéutico y se exige un estrecho contacto con la familia, un compromiso familiar con la propia rehabilitación. La familia está obligada a una constante visita. A recibir periódicamente al familiar enfermo mientras dure todo el proceso de rehabilitación. "De ninguna manera— afirma Ninamango— podemos convertirnos en un depósito de locos".

**—¿Y los enfermos crónicos, doctor? ¿Los francamente irrecuperables?**

—Ellos son de quienes recibo las mayores satisfacciones. Cuando uno de ellos ha cosechado una papa, se acerca y me la ofrece y yo la recibo, y la comemos juntos, y entonces no dudo: entonces sí creo que vale la pena vivir.

Y entonces —lo estoy viendo— Ninamango sufre su propia alucinación mágico-real y recuerda sus "crónicos" tostando habas y ofreciéndolas, como si se tratara del primer fruto de esta constante y eterna creación. Él las recibe, las mordisquea y se abraza con ellos. Y recuerda una frase de su maestro, el ilustre doctor Acevedo: "Cholo Ninamango, tienes que ser, siempre, un psiquiatra alegre".

Tendría que ser siempre un psiquiatra alegre, doctor Ninamango. Pero ahora no le es y esta nota va a terminar al revés de lo que comenzó.

Ninamango, doctor Ninamango, se ha cansado usted. Doctor Ninamango usted me está diciendo ahora, ensombrecido, que entre la burocracia, la falta de recursos, la incompreensión, la lentitud, las escaseces, usted se ha cansado del Perú. De hecho, doctor, su familia ya está en la Argentina, en la que usted —en buena cuenta— como que volvió a nacer. Y usted se ha decidido a dejar el Perú.

**¿El Perú cansa a sus héroes y sus héroes se cansan del Perú, doctor Ninamango?**

Ninamango no sabe. Al despedirme, el doctor ojea de paso a Jean Paúl Sartre. Sartre —por algo escribió tanto sobre la mirada— lo mira entonces de soslayo. Y entonces el doctor se fija en una inscripción sobre la que se alza el retrato romántico y solemne del *Che*: "seamos realistas, exijamos lo imposible".

### III EL TROTAR DE LAS RATAS



## Suicidarse y morir

Antes que reclamar la clemencia que le hubiese tal vez permitido vivir el resto de sus días en prisión, el norteamericano Steven Judy prefirió la silla eléctrica.

Poco antes, parece que se había entrevistado con una joven texana. Lo que conversaron resulta materia de especulación cablegráfica. Dicen que si ella hubiera aceptado convertirse en su esposa, el joven Judy habría apelado la sentencia mortuoria. Judy, blanco, 24 años, padres adoptivos, sonrió durante la conferencia de prensa póstuma que ofreció a los periodistas norteamericanos y mientras el guardia del presidio lo fotografiaba pre—mortem, probablemente con una Polaroid a todo color.

Desde luego, la aceptación matrimonial de la joven texana resulta francamente hipotética. Aún en el caso de que la sentencia hubiese retrocedido ante la acometida matrimonial, debe suponerse que casarse con un condenado a cadena perpetua es como condenarse a sí mismo.

Puede pues suponerse que la idea de Judy no era otra cosa que su intento de no decepcionar demasiado a su abogado. El abogado quería apelar, lucharla hasta las últimas. Judy quería francamente morir, pero las convenciones sociales le obligaban a hacernos creer que él, como todo el mundo, también se aferraba a la vida.

No sin razón, Judy pensó que el suicidio directo era un privilegio que a él no se le hubiera admitido. Judy no era loco, artista famoso cargado de barbitúricos o intelectual desesperado por los desgarramientos de su propia conciencia. Era un mortal relativamente común. ¿Qué mejor entonces que un acto postumo de acatamiento a las leyes de su estado y salir de este mundo de acuerdo a derecho?

La vigencia de la pena de muerte hizo posible su cálculo mortuorio y su consciente frialdad para convertir inevitable lo que para muchos podría ser objeto de esperanza. El no quiso apelar. Tal vez en alguna encuesta Gallup que tocaba las puertas de los ciudadanos comunes y corrientes mientras un grupo de parlamentarios "liberales" pleiteaba contra la pena máxima, Judy votó a favor. Convertido poco después en criminal, él mismo acrecentaba la estadística que impedía la anulación de los fusibles de la silla eléctrica.

La mayoría de los mortales no queremos morir. Usando las palabras de un libro de Thorndike, queremos el revés de morir. Las legislaciones mortícolas retroceden ante la contundencia de los hechos: más que en la disuasión inútil de la pena de muerte, debiera confiarse en la muerte creciente de las condiciones sociales que hacen posible la delincuencia.

Nuestra Constitución ha anulado la pena de muerte. Pero, como si la rebeldía de los hechos reales no conociese de leyes y constituciones, todos podemos morir en una cárcel del Perú. Después de todo, a Judy se le permitió el privilegio de un acto de conciencia. Simplemente, no quiso apelar. Muchos de los treinta cadáveres de El Sexto ya habían empezado a morir entre expedientes que se perdían, sentencias que no se ejecutaban, celdas de metro y medio y ciento veinte soles que no se podían conseguir para que, a la hora de las visitas, los guardianes le canten a uno el nombre.

Francamente, la pena de muerte sigue vigente en el Perú. No importa qué sentencia nos pueda tocar, no importa siquiera que no nos haya tocado sentencia alguna. En el año primero y solemne vigencia de una Constitución que prohíbe la pena de muerte, salvo los casos de traición a la patria en momentos de guerra, ha sido posible que la morgue de Lima se pueble de treinta cadáveres salidos de uno de nuestros centros de rehabilitación social.

Hasta hace poco sabíamos que estábamos más o menos en libertad condicional: probar la inocencia suele ser más difícil que a uno le prueben la culpabilidad. A partir de ahora, está claro que sobre todos pesa una pena de muerte más o menos condicional. No es necesario que usted mate a nadie, ni necesario tampoco que haya sido sentenciado a nada. Entre usted simplemente una mañana soleada a El Sexto o Lurigancho con la esperanza puesta en que pronto, muy pronto, todo se va a aclarar.

## La monarquía republicana y el terrorismo democrático

Hace rato que varios sospechamos que aquí pasan cosas raras. Para quien haya visto, por ejemplo, las respuestas del Presidente de la República poco antes de su último viaje a Iquitos (¿alzas, cuáles alzas?), la imagen que da el país es el de una simpática monarquía constitucional republicana.

No niego que la fórmula resulte extravagante y por supuesto objetable desde el punto de vista de la teoría del derecho. Pero, si estamos de acuerdo en que los estilos de las gentes definen más que las propias normas que las invisten de autoridad, no hay duda que muchas actitudes de nuestro Primer Mandatario tienen una cierta familiaridad con esa elegante prescindencia de lo cotidiano que caracteriza a las cabezas de las monarquías.

Tal vez ese periodista de la televisión creía cumplir con su deber. Pero desconocía las normas más elementales de la etiqueta, porque a los monarcas no se les pregunta sobre minucias ni sobre precariedades de la vida cotidiana; Las monarquías que han sobrevivido a la historia, la inglesa por ejemplo, descansan sobre esa convención, que todo el mundo acepta.

Por supuesto que no somos monarquía, sino república. Pero eso es lo de menos. Mucho antes del *boom* de la literatura latinoamericana ya se sabía que aquí, como en buena parte de todo el continente, la realidad supera a la invención y las paradojas son una verdad de todos los días.

**¿Qué decir de lo que alguna vez se llamó el primer poder del Estado, es decir el Congreso?**

Los partidos que hacen mayoría, se pasaron doce años reclamando que funcione el Parlamento. No se ha cumplido ni seis meses de democracia representativa y he aquí que esos mismos partidos delegan sus funciones en el poder Ejecutivo. Mi amigo Peláez usa la misma técnica para demostrar su superioridad, pero en el campo amoroso. Su amor de toda la vida lo abandonó. Peláez se pasó varios años tratando de reconquistarlo. Usó todas las técnicas que tenía a la mano: tradicionales llamadas telefónicas, cartas, telegramas y avisos en los periódicos, pintas frente a la pared de la casa en la que vivía la razón de sus penas. Su amada accedió, no se sabe si por cansancio o francamente conmovida ante tanto despliegue.

Entonces Peláez, con una inobjetable sonrisa de triunfador, la mandó a rodar.

Para él, todo ello no es sino una prueba de su triunfo. Nunca se le ocurre pensar que pueda tratarse de una gran frustración.

**¿Y qué decir del famoso terrorismo?**

Desde hace más de seis meses, ocupa las primeras planas de todos los periódicos, pero hasta ahora no conocemos a ningún terrorista de carne y hueso, salvo que se considere que la joven ayacuchana que ha sido detenida sea una suerte de "mujer maravilla", a la usanza de la dudosa heroína de la televisión. Porque, según el mapa que

ha publicado *Caretas*, los dinamitazos han sonado casi simultáneamente entre Tumbes y Tacna, pasando por las principales ciudades de la Sierra.

Aparte de las bombas en sí mismas, preocupa, desde luego, el eco de los dinamitazos. *Oiga*, por ejemplo, se despacha una nota descubriendo que tanto Sendero como otro grupo, cuyo nombre se ignora pero cuyas acciones se conocen, son el "brazo armado" de tal y cual partido de izquierda, algunos de cuyos líderes tienen asiento parlamentario. Desde luego, resulta cómodo tanto petardo al descubierto y tanto petardista sin descubrir, para echarle la culpa al que más convenga, según las circunstancias. No es raro pues, que diversos sectores de izquierda hayan alertado sobre peligros de una posible "caza de brujas".

Los párrafos anteriores no son sino un apretado resumen de lo que hace poco expuse a un viejo amigo, largo tiempo ausente del país.

Cuando, terminado el informe, pensé que él empezaría a narrar aventuras de viaje, buscando un tema que aliviase lo que podría convertirse en pedante discusión política, guardó un largo silencio y me lanzó una teoría que trataré de sintetizar.

Sobre el asunto del terrorismo —me dijo— están ustedes en un grave error. Los de la izquierda quieren ver aquí la mano tenebrosa de algún organismo interesado en crear condiciones para reprimirlos y se han dedicado a decir que no están de acuerdo con esos métodos, como si los organismos policiales no supieran que ustedes no son los que ponen las bombas.

Pero las publicaciones de derecha, le dije, se han dedicado a acusarnos y, casi a gritos, están pidiendo represión. Otros despistados, me dijo mi amigo, si es que realmente creen lo que dicen. Pero sospecho, añadió, que su problema es simplemente comercial. Está demostrado que con loas al gobierno los periódicos no se pueden vender. Como estos diarios no pueden atacar al gobierno, tienen que vender usando una vieja técnica de las novelas de la serie negra. La novela tiene más éxito en la medida en que al culpable del crimen se le descubre lo más tarde que sea posible o, si fuera necesario, el crimen quede impune. Por eso es que aquí, hasta ahora, hay terrorismo, pero no culpables.

Tanto izquierda como derecha, prosiguió, se acusan mutuamente de querer desestabilizar la democracia. Ambas piensan que la fuerza contraria instiga o facilita terrorismos de signos contrarios.

La verdad, me dijo, quien está detrás de los actos terroristas es un grupo demócrata puro que si algo quiere, es defender la democracia. Está por encima de las divisiones entre izquierda y derecha ¿No has leído —me dijo— el reciente artículo de Vargas Llosa en que manifiesta que los actos terroristas son típicos de las democracias? Ciertamente, le dije, pero Vargas Llosa manifiesta que ese es un mal, en todo caso, de las democracias.

Esa es su particular interpretación del hecho —me dijo— y aquí no se trata de calificaciones morales ni nada parecido. Por el contrario, añadió, el terrorismo es el bien supremo de toda democracia. En esta época de descreídos, necesitamos recuperar el sentido del miedo colectivo que tantos beneficios ha acarreado a la humanidad. Y el terrorismo, sobre todo el fantasmagórico, del que no se descubren culpables, es una forma de hacernos recordar que la vida es frágil y que la convivencia humana es necesaria para evitarnos mayores peligros. Y ya se sabe que la convivencia es la base de la democracia.

Pero, aún admitiéndolo, repuse ¿no crees que ese terrorismo pudiera incentivar a los que buscan una dictadura? Difícilmente, me dijo, porque ahí sí que el terrorismo sería

de verdad y de otro tipo. No olvides que hasta ahora deben estar calculando el calibre de la bazuca que se despachó al bueno de Somoza.

    Mi amigo siguió hablando sobre otros temas vinculados al terrorismo: militares y terrorismo, por ejemplo. Pero el espacio se me acaba y no puedo seguir. Naturalmente, no estoy de acuerdo con esta descabellada teoría.

## Reagan, los azules y la cazuela

Cuando todo parecía perdido, lo primero que se escuchaba era la cometa de ataque. Ya se sabía que no tardarían en aparecer, todos de paño azul —cómo sudarían entre tanto desierto— con botones, dorados y el sable encorvado.

Los indios eran malísimos y ya estaban incendiando las carretas. Los colonos eran buenos, comían frijoles en platos de aluminio, siempre calentaban el café en unas fogatitas que nunca se acababan y usaban tirantes —los hombres— y tremendas polleras, las mujeres.

En el cine de mi barrio, la cazuela empezaba a zapatear, para que los caballos de los azules corrieran más rápido. Si había una emboscada de los indios, la platea le pasaba la voz al primero de los exploradores que generalmente era indio, pero de los buenos, es decir, de los que sabían por dónde iba la cosa, el progreso de las carretas.

Poco después, todo acababa. Las carretas podían continuar y todos nos dábamos cuenta que el cañón del Colorado era efectivamente colorado, porque atardecía, el cielo se ponía rojo de atardecer, ya había technicolor y las carretas de los colonos se empequeñecían al fondo del telón. Afuera, había la guerra fría.

Los indios habían rodeado Berlín, que era también como un círculo de carretas que al medio tenía una fotografía de la libertad. Otros indios chinos —malos— habían empujado a los colonos chinos —buenos— a nadar hasta una islita que, con el tiempo, de Formosa, pasó a ser República.

John Wayne era el mejor. De Ronald Reagan sólo podría decirse que cumplía, más bien discretamente, con cowboyadas también discretas, sabiamente incapaces de aspirar a ningún premio de la Academia.

Puede sospecharse que el fasto de las celebraciones norteamericanas con motivo del cambio de mando, tiene algo de espectáculo de compensación para el joven de la película que, ante las cámaras, no dio nunca el gran show. Carter era bueno, pero las carretas se le perdían con tanto flechazo incendiario, mientras él se entretenía buscando fosforitos para encender la pipa de la paz y las señoras faldonas de los buenos colonos ya no tenían seguridad ni para lavar pañales en el arroyo.

Los azules, tenían que llegar. Por eso, todos estos años, en su ranchito de California, Reagan tenía que seguir trotando para que Nancy el miércoles 21 de enero de 1981 pudiese estrenar su vestido de color favorito, rojo, que no es desde luego el de los pieles rojas sino el de las pantallas, cuando atardece por la quebrada, poco antes de que diga "end". La edición de *La Prensa* del martes pasado, cómo recuerda los pataleos auspiciadores de las cazuelas al llegar los azules.

**¿Cómo no ceder paso a la nostalgia cuando esa página ocho, anchísima como pantalla de cinematógrafo, anuncia jubilosa que "Carter pasa a Reagan la antorcha de la libertad? Y más abajo: "Hijo de tendero sucede en cargo al de campesino". Un**

**juramento de Reagan con botas y tirantes, hubiese sido magnífico para redondear la información.**

Recuerdo que las cazuelas criollas solían ser más belicosas que el joven capitán que dirigía a los azules, Cuando los indios ya se alejaban en derrota y el azul principal daba orden de cesar los sablazos, había siempre quienes pedían unas balas de más.

Da la impresión de que entre nosotros hay más cazueleros —moda retro, 1950— de los que a simple vista podría imaginarse. De esos que se aburrían cuando en las pantallas se veían escenas con Custer y el indio fumando la pipa de la paz.

A despecho de la cazuela, ahora los guiones ya no acaban tanto con la corneta del ataque y el trote victorioso de los hombres azules.

Toro Sentado, por ejemplo, ya no se sienta tanto a ver si la brisa que le dobla las plumas es propicia para encontrar el búfalo que también quieren los colonos. Toro Sentado, por ejemplo, puede ser Khomeini, unos hijos de campesinos de El Salvador o los indios negros de Harlem, que también quieren, como el hijo de algún tendero blanco, encabezar el reparto.

## **Julio Iglesias, Somoza y el amor**

Cuando todo estaba okey, Somoza organizaba unas fiestas a todo dar y el día anterior, en el aeropuerto de Managua, aterrizaban aviones gastronómicos y wiskeros, procedentes de Miami. Somoza se tomaba sus tragos y se acordaba de los buenos tiempos de West Point, mientras sus inmobiliarias hacían negocio fácil con la reconstrucción de la ciudad, luego del terremoto.

Alguna vez invitó a Julio Iglesias que, por esa época, decía que no era verdad que se estuviese llevando en la maleta algunos lienzos de los museos españoles, por encargo de algunos parientes del generalísimo Franco. En la foto, Somoza camuflaba sus kilos en una guayabera de hilo blanco, mientras que Julio Iglesias se enfundaba en una camiseta Lacoste. La noche de la fiesta en que les tomaron esa foto, el cantante le dijo que ahora iba con más gusto a los festivales de Viña del Mar. Chile estaba muchísimo mejor con Pinochet y se podía cantar mejor "El amor", el amor. . .".

Naturalmente, le dijo Somoza, en Nicaragua siempre se podría seguir cantando el amor, el amor y la vida seguirían igual, hasta que la muerte nos separe.

Para tranquilidad de ése y otros cócteles, existía la guardia nacional que era como los matones del señor Somoza, pero con galones y naturalmente, con presupuesto del Estado.

Desde luego, las finanzas son tan complicadas que no había forma de distinguir entre el presupuesto del Estado y las propias riquezas del ciudadano presidente, lo cual no estaba mal porque solo se cuida bien lo que es de uno mismo.

Julio Iglesias le firmó su último álbum, se tutearon y el señor presidente se sobregiró de cócteles.

Dicen que a partir de ese día los ruidos de los cuartos de torturas que provenían del sótano de la mansión presidencial, empezaron a entremezclarse con las melodías del estéreo del primer ciudadano de la República.

No se trata de echarle a Julio Iglesias la culpa de nada. Menos aún de restarle fanáticas que lo apretujen a la salida de los estadios de Miami o de Lima.

Sucede que esta asociación entre Somoza y Julio Iglesias con una anécdota que en su momento dio la vuelta al mundo, resulta motivada por esas apasionantes memorias que con el título de "Nicaragua Traicionada" viene publicando un matutino de nuestra capital.

### **¿Qué hace Iglesias en todo esto?**

Se me ocurre que sus melodías bien podrían servir de fondo musical que acompañase la lectura de tan singulares confesiones. Porque, en el fondo, parecen las quejas doloridas de un amante despechado. Somoza se queja de las falsas promesas de la política norteamericana y, en los diálogos con los embajadores, que son como los

abogados del cónyuge que tramita el divorcio, hay un poco de pena y nostalgia por un ayer que ya no volverá.

En un momento, le dice el embajador Pezzullo: "Algún día nos podremos juntar, cuando todo esto haya pasado y discutirlo mientras tomamos un buen escocés con soda". Y responde Somoza: "Oh, sí".

Todo un divorcio civilizado y moderno, iba a ser. Pero las cosas no siempre suceden como se planean en el escritorio. De ese matrimonio había unos hijos que se llamaban guardia nacional. Somoza cedía la patria potestad, recomendando protección y cuidado. Pero, ya se sabe lo que les pasó.

Y, en sus memorias, Somoza lamenta su exceso de confianza, su ingenua buena fe en unas promesas conyugales que nunca se cumplieron.

En las páginas de *La Prensa*, Somoza abre su corazón.

Todo esto es como una gran sección de consejos para una vida conyugal feliz. Veán lo que le pasó al bueno de Somoza por ser demasiado bueno, el pobre.

Sí, él mismo lo dice, Somoza era tan demócrata que hasta había periódicos de oposición y él nada tenía que ver con la muerte del director de *La Prensa* de Managua. Por supuesto, tampoco torturaba a nadie ni le hacía nada a los curas que soliviantaban al campesinado.

Y ahora, pasó lo que pasó. En otras palabras, el demócrata Somoza nos dice, a través de sus testimonios, que no hay que ser tan demócratas si se quiere defender la democracia.

Desde luego, *La Prensa* existe para defender la democracia y para eso sirven las experiencias del ayer y hay que alertar sobre los peligros de una ingenuidad demasiado confiada.

Con lo que, con estas memorias de Somoza, *La Prensa* es como "un periódico de ayer", pero para hoy.

## Concubinato, poesía y aprismo

A partir del nuevo Código Civil, el concubinato producirá efectos legales en el Perú. "Concubinas pararán la olla" tituló un matutino que levantó la noticia por un flanco que toca no sólo a las concubinas: en momentos en que parar la olla se hace difícil para casi todo el mundo, no está mal, por lo menos, que a las concubinas se les reconozca el derecho. Lógicamente no debía ser necesario ser concubina para que uno pueda parar la olla, pero sí es cierto que para mucha gente casar bien a sus hijas era una forma de asegurarles una olla parada.

Con la nueva ley, el concubinato perderá el aura romántica de que estaba investido. Ahora se podrá recurrir a los tribunales. En *Fortunata y Jacinta*, el viejo madrileño que convive con Fortunata, que es buena, pero naturalmente infeliz, casi agonizando le dice que tendrá que volver con su marido. El viejo es una suerte de librepensador del siglo pasado que cree que el matrimonio mata el amor. Pero la muerte es más poderosa que el matrimonio para matar no sólo el amor si no otras muchas cosas.

El viejo se muere y ella tendrá que regresar con su marido. No había, por supuesto, derechos para las concubinas. Si los hubiera habido, no se habría escrito la novela. Como todos saben, la literatura se nutre de las desgracias y la poesía es un producto de la infelicidad. Hablando de novelas y letras españolas, dijo Larra: "escribir, en España, es llorar". Naturalmente, no sólo en España, en la que, casualmente, por discutirse cosas como el divorcio, que es otro tema ligado al del concubinato y ese otro divorcio que es el problema de las nacionalidades, están pasando tantas cosas.

Contra lo que muchos puedan pensar, la legalización del concubinato no atenta contra el matrimonio. El concubinato ya no tendrá ningún mérito. Los convivientes, por ejemplo, ya no podrán jactarse de ninguna superioridad frente a los casados. Es, en buena cuenta, un triunfo del matrimonio sobre la convivencia, de la ley sobre la convención, del derecho contra la costumbre. La convivencia sale de la clandestinidad y deja de ser extra-parlamentaria y se mete al Congreso en la forma de un proyecto de ley.

Fue un poco lo que sucedió en 1956 cuando empezó a hablarse de la convivencia para referirse al pacto del APRA con el régimen pradista. Más tarde se habló de la súper convivencia cuando el partido del pueblo ofreció sus votos a Odría para ungirlo presidente por la vía del Parlamento, ya experto éste en los temas de la convivencia.

Ciertamente, mucho ha pasado en el Perú desde esas épocas. Hoy, mientras se legaliza el concubinato, se hace imposible hablar de convivencia aún dentro de las filas del APRA, partido del que tanto se habló con motivo de sus convivencias con los de afuera.

Puede sospecharse que tal vez esas convivencias históricas sean las que están en los orígenes de esta historia de hoy, que es la de la falta de convivencia. Una mañana de 1950 me asomé a la esquina de mi casa. En la pared de enfrente leí por primera vez la palabra APRA escrita con brochazos color ladrillo, que era también el color del auto de Arnaldo Alvarado, un aprista más o menos respetado por el gobierno porque ninguno

corría como él por los caminos del Inca. Tenía yo cuatro años. Le pregunté a un vecino respetable que me dijo que el APRA era malísima, que eso estaba prohibido y que Odría era el tío de todos los niños del Perú.

Esta nota está escrita antes del mitin del viernes 20, de manera que no sé quién habrá ganado en esta suerte de separación de cuerpos, entre Alfonso Ugarte, y la Plaza San Martín. Sospecho, sin embargo, que el problema del APRA, que, es un problema de divorcio, sólo podrá aclararse si se critican las otras convivencias. A mí no me gustó que me dijeran que Odría era mi tío. Supongo que años después, cuando a los apristas se les dijo que en el Parlamento tendrían que votar por Odría, a muchos de ellos tampoco les gustó. En este caso, como diría el viejo madrileño, el parentesco había matado al amor.

## Prohibido permitir

Se nos ha comunicado que no está prohibido que los niños vayan al colegio sin uniforme. Siempre es saludable que se deje de prohibir algo o que se diga que no está prohibido algo que podría suponerse prohibido. Aunque no se ha dicho, se supone que no estará permitido mandar a los hijos desnudos, ojala más por razones de salud que de moralidad.

La cosa es que está permitido que los chicos vayan sin uniforme. Desgraciadamente, también está permitido que vayan sin zapatos y sin desayuno. Lógicamente, este permiso no lo da ninguna autoridad. Más bien esto es algo que debería prohibir la autoridad. Pero, generalmente, no existen las prohibiciones buenas. Ahora bien, con un poco de cinismo, puede ser interesante ver la cosa desde este punto de vista. Aplíquese usted el pensamiento positivo. Sí, es cierto que no es de lo mejor que su hijo vaya con camisa rotosa, descalzo y sólo con té Toro al colegio. Pero, por otro lado, ¿no es maravilloso que usted no esté violando ninguna prohibición?

Aunque el ejercicio cívico del caso puede ser positivo, en este caso tendría más mérito prohibir que permitir. Generalmente, los Estados permiten las cosas cuando ya no les queda más remedio o cuando ya todo el mundo se ha tomado el permiso porque le vino en gana, sin necesidad de que nadie le autorice para nada. Se prohíbe en nombre del orden y se permite en nombre del realismo. Además, hay cosas que están simultáneamente prohibidas y permitidas. Por ejemplo, los golpes de Estado. Si fracasan, están prohibidos. Pero si triunfan, están permitidos. Conociendo esta relatividad de las prohibiciones y las permisiones, es natural que abunden los que están a favor y en contra de cualquier cosa que se les pregunte. Este relativismo matizador y grisáceo —que se sustenta filosóficamente en la teoría cromática para la que no siempre las cosas son blancas o negras— es la base del oportunismo. Se supone que el oportunismo, cosa buena para un centro delantero, es malo en política. Pero depende. Para algunos, en política, como en el amor, todo vale.

En el caso de los uniformes escolares, no se trata tanto de la libertad de elegir vestido como de la libertad de no vestir, por no poder pagar. Lo que confirma una vez más que puede ser muy alto el precio de la libertad. Por ejemplo, cuando se instauró el uniforme único, ciertos padres de familia protestaron en nombre de la libertad de vestir, no importara a qué precio. Pero se prohibió esa libertad. Ahora que muchos padres de familia —por supuesto distintos a los anteriores— exigen el uniforme único y la posibilidad de poderlo comprar, está permitida la libre vestimenta.

La norma adoptada con respecto a los uniformes, podría aplicarse en relación a otros productos del mercado. Ejemplo: puede subirse el precio de los alimentos pero, en contraparte, a nadie podrá obligarse a comer. Es decir, está permitido no comer. Otro: puede subir el precio de los servicios funerarios pero a nadie se le obliga a morir y, aún más, se prohíbe el suicidio.

Es decir, hay permisos que son prohibiciones y prohibiciones que generan permisos. A los gobiernos se les puede decir: dime qué permites y te diré quién eres o

más bien qué haces o qué no haces. Tal vez si los iracundos parisinos de mayo de 1968 se hubiesen enfrentado a este problema de los uniformes escolares, la máxima "prohibido prohibir" tendría que acompañarse de otra.

Y ahora una anécdota. Años ya —como dice el guardián de un cementerio de Comas que conoce cuán sutiles son los límites entre la vida y la muerte en nuestro país— dictaba clases de catecismo a unos niños, de una de esas escuelas de barriada en las que tampoco se prohíbe que las carpetas estén rotas y no haya pelota para los recreos. Me desesperaba que se durmiesen en lo mejor de mis lecciones. Hasta que me enteré que muchos de ellos hacían turno de grifos, durante toda la noche, para limpiar los vidrios de los carros que bajaban de la sierra. Naturalmente, yo dictaba mis clases los sábados por la tarde, después de almuerzo. En aquella época, estaba en vigencia la norma católica que prohibía comer carne los viernes y fiestas de guardar. Una de las tardes somnolientas, el buen párroco que dirigía los cursos de religión, entró a mi aula y tomó un examen relámpago. Una de las preguntas que nadie supo responder fue la relativa a los preceptos de la Iglesia, concretamente el de las prohibiciones carnívoras. Como yo no conocía la historia de los parabrisas nocturnos, podía sospechar otras vigilias alimenticias, de carácter permanente. Así que le dije al buen párroco que no se preocupara por esa ignorancia, que la carne no la comían sino contadas veces al año.

El hombre comprendió y exoneró a los chicos de esos conocimientos. Obviamente, para ellos la prohibición no tenía sentido. Desde luego, el permiso tampoco. Se les hubiese podido exonerar del cumplimiento del precepto, pero daba lo mismo. Con el permiso de los uniformes sucede algo similar. Desde luego entre esa época y la actual algo ha cambiado. Ahora, por ejemplo, a nadie se le va a ocurrir prohibir el consumo de carne. Basta con los precios.

## Extraños en la noche

Primero dejó vacío el trono de todos los pesos. Ahora solamente una silla de ruedas.

Entre el trono y la silla, muchos años de acoso de los recaudadores de impuestos.

Puede sospecharse que, mientras cumplía con el último oficio de su vida, estrechar la mano de los clientes del Caesar's Palace en el casino de Las Vegas, se habrá sorprendido saludando a alguno de sus verdugos burocráticos. Otro cretino, habrá pensado, mientras el tipo del traje a cuadros se le acercaba sonriente. Pero no, era el cobrador de la oficina federal. Y así, hasta que la muerte nos separe. En 1956, el bombardero de Detroit fue condenado a cadena perpetua: 20 mil dólares anuales hasta el fin de sus días.

Pero veinte años antes, cuando en instantes derrotaba al rubio Max Schmeling, Dios había salvado a América de la amenaza hitleriana. Viéndolo bien a pesar del color y de la casucha natal de los algodones de Alabama, Joe Louis también era ciudadano.

Después de todo, terminar de aprietamanos no era de lo peor. Había empezado como lustrabotas y terminaba como pulemanos, que es más o menos como seguir lustrando botas pero con sesenta y tantos años de edad. Límpiense las manos con las manos del *Bombardeo de Detroit* y haga una buena mano de naipes o ruleta en los casinos de Las Vegas.

Joe Luis se murió y la NASA por fin pudo enviar su taxi espacial.

Mi generación no es la de Joe Louis sino la de Cassius Clay, perdón Muhammad Alí. Antes, los campeones mundiales duraban más y no se cambiaban de nombre. Joe Louis estaba obligado a ser el símbolo de la estabilidad, luego de la crisis de la gran depresión económica en medio de la guerra mundial y en plena guerra fría.

Durante quince enormes años, fue el campeón mundial. Los que lo vieron exhibirse en la plaza de toros de Lima cuando aquí teníamos a Antuco Frontado y al *Zurdo de Iguamo*, hablan de un hombre serio, lento de piernas pero agilísimo de manos.

Así acabó, lento de piernas pero agilísimo de manos. Sólo que antes no se sabía de dónde sacaba los golpes. Y al final ya se supo qué golpes le hicieron agilizar las manos de los apostadores de los casinos de Las Vegas, en su función de hombre de relaciones públicas.

Sí es cierto que Frank Sinatra le pagaba las operaciones y los hospitales. Pero diga usted, señor Frank Sinatra, ¿no es cierto que es usted uno de los propietarios de ese casino de Las Vegas en el que el bombardeo de Detroit se ganaba malamente la vida saludando sin sonrisa a sus clientes?

Bueno, si quiere niéguelo. Pero a cambio explíquenos por qué a usted no lo persiguen los recaudadores federales.

Francamente Frank, nunca más aplicable su canción "Extraños en la noche" que a esa noche en la que Joe Louis se despidió de todos ustedes luego de una pelea entre un par de roperos más que menos mediocres.

El bombardeo era el gran extraño de aquella noche boxística llena de apuestas y tristezas.

La misma noche final del bombardeo, en la Bombonera del Estadio Nacional, unos jóvenes de dieciséis a veinte años entrenaban duro contra el saco de arena, pisando un parquet humedecido por las filtraciones de las cañerías.

Son los mismos, que en las noches de los Interbarrios o los Guantes de Oro, se visten de boxeador en unos camerinos que alguna vez tuvieron vidrios y que por esta época del año empiezan a tener unos ventarrones estremecedores.

Después, se agarrarán a golpes con un griterío infernal que proviene de las tribunas. Pero, a pesar del ruido de las voces del público, cada vez que haya un golpazo sobre la cara del enemigo, el ruido del guante destacará entre cualquier otro alboroto.

Pero no importa. Más golpes da el hambre, en Alabama, el barrio negro de Detroit, en Carabayllo o en el Chicago Chico de Surquillo.

## El mundo es así

En este país de irresponsabilidad, la renuncia del doctor De la Jara es un acto de responsabilidad. Todo el mundo da pasos pero nadie agarra el toro por las astas. Mucho tiene la historia cotidiana nacional del mundo del se del que tanto se hablaba filosóficamente años atrás. Frecuentemente las cosas suceden o simplemente son así. Nadie rompe nada. Las cosas simplemente se rompen. Nadie se equivoca, las cosas solamente se malogran. Nadie dirige la economía —sobre todo cuando la economía va mal—, la economía se comporta (véanse los estudios sobre el comportamiento de nuestra economía), las devaluaciones se producen, las malversaciones se descubren y también se producen. Cuando el niño se empina sobre la alacena, estira el brazo y trae por tierra el frasco de la mermelada, va donde su mamá y dice: se cayó el frasco.

Los hechos se suceden, los acontecimientos se precipitan, la historia se desarrolla, todo pasa y todo queda, los disturbios se producen, la gente se muere, las órdenes se cumplen sin dudas ni murmuraciones, se supone, se equivocó la paloma, se equivocaba.

Sólo se que nada se (sin acento).

Ya ha desaparecido del habla popular (en realidad siempre fue poco más o menos de clase media) pero antes se decía se, se, para devaluar alguna afirmación. "He decidido cambiar de vida". Y la respuesta del interlocutor, que en ese momento se convertía en cínico de tractor, era: "se, se". Y entonces todo se venía abajo, todas las aguas volvían a su nivel y sucedía que se iba, se iba la lancha, se iba con el pescador y en ese mar que se cruzaba por la lancha, se recorría sin motor fuera de borda, el mundo marítimo del se.

El habla cambia, pero el se queda. Ahora se dice o sea. Esto no es sólo cosa de palabras, sino de hechos. El hecho es la irresponsabilidad, la ausencia de culpables e inocentes, la complicidad de las cosas y las cosas de la complicidad.

Entre paréntesis, anoto que hasta el miércoles no se ha repuesto a los trabajadores despedidos de la Corpac. A los trabajadores del récord de la huelga de hambre se les iba a reponer y no fue así. Esto se parece demasiado a una estafa.

Pero el tema es la renuncia del doctor De la Jara. En este país los ministros suelen cesar por motivo de viaje, enfermedad y razones personales que suelen ser las que más tienen que ver con el mundo del se, es decir con las más impersonales de las razones.

Todo es brumoso, limeño y neblinoso. La cosa pudo haber sido así. En el Cusco se produjeron disturbios, a consecuencia de los disturbios se produjeron choques con la policía, a consecuencia de los choques con la policía se produjo la muerte de un estudiante, se está velando el cuerpo del estudiante muerto y el caso que se ha producido se va a investigar. El gabinete se seguirá reuniendo, la historia se seguirá desarrollando, la Tierra se mueve en el espacio a once kilómetros por segundo.

De hecho, muchos más cadáveres (los de El Sexto, por ejemplo) han acompañado otras gestiones ministeriales del gobierno actual y aquí no pasó nada. Las gestiones ministeriales se pasan. Claro que todos sabemos que el cadáver del Cusco no es la única razón de la renuncia del señor ministro. Hay razones de política interna, partidaria, que han hecho que el doctor De la Jara diga me voy. Y se fue.

Pero, como fuere, en su carta de renuncia asume responsabilidades que otro, sin mayor rubor, hubiera podido evadir, porque así se hace la política y la política es así. Menos político que otros, De la Jara se dio por aludido y se fue.

Ha dejado escrita una carta en primera persona, en este país en que más que remates, suele haber córners. Mientras todos se lavan las manos, esto es un mérito.

## No estamos solos

Sospechosos de fantasías, atribuidos a grandes potencias o simplemente mágicos, los ovnis, sin embargo, están ahí.

Suele suceder en otros países, siempre de noche cuando suele suceder, pero sucede. Recientemente, fue en Chile y Argentina. Pero también en arenas iqueñas.

En un caserío de Tacama, a Donato Pillaca Gutiérrez, se le aureoló la cabeza de un ovni que se le posaba encima por dos minutos eternos, luminosos y que lo atraía irremisiblemente. Eran las ocho de la noche, el ovni lengüeteaba una luz ambarina y brillantísima y sentía como un ascensor que lo levantaba de la vida terrestre. No sintió morir pero sí fugarse sin quererse fugar, pero resistió a lo desconocido y no hubo más aventura.

Por el momento.

El señor Pillaca se ha quedado preocupado. Siente algo dentro. ¿Qué? Aún no lo sabe. Hasta donde se sabe, el señor Pillaca ha ido a exorcizarse donde un brujo del pueblo de Cachiche. Pero lo más probable es que el brujo en mención le sonría socarronamente y lo mire con cierta compasión. El brujo debe saber algo más que el señor Pillaca mas no se lo dirá. ¿Para qué?, pensará el señor brujo. ¿No es mejor que todo sea más o menos normal? ¿No es preferible para la felicidad de su paciente que todo no sea más que una mala digestión?

Y sin embargo. . .

Más inquieto que otros, el protagonista de Encuentros cercanos del tercer tipo, busca, busca y sigue buscando. Una rara manía le obliga a aporrear el puré de papas (siempre hay un puré de papas en las cenas de seis de la tarde de la clase media norteamericana) hasta que va esculpiendo a cucharazos la montaña mágica del más allá que quedaba unos kilómetros más allá de su casa con jardín de manguera de plástico transparente.

Y ya nada fue igual.

Este señor también se inquietó y sus hijos también empezaron a mirarlo raro.

En el fondo, ninguno aceptaba convivir con lo desconocido. Y es que a nadie le gusta saber que alguien nos observa y que no estamos solos como rezaba la publicidad de la película de los encuentros cercanos.

Sin embargo, la costumbre puede ser superior a todas las fuerzas de la voluntad. Ya el mundo se acostumbró a vivir con la bomba, cosa que, inmediatamente después del hongo de Hiroshima pasaba por una aberración.

Acostumbrarse a vivir con el ovni, bien puede ser simple cuestión de tiempo.

No obstante, a pesar de la fuerza de las cosas, lo importante es no perder el asombro. Cuando ello sucede, todo se ha perdido.

Hablando de asombro, el doctor Pablo Macera es como un brujo de Cachiche, pero a nivel nacional y ahora con estadística. Ha declarado en un semanario local (sí, lo voy a decir, es *Oiga*) que el narcotráfico produce en el país tanto como el diez por ciento de nuestro producto nacional.

Dícese que el doctor es como un brujo, porque suele consultársele los temas más o menos ambiguos, los que no son blanco o negro, pero auténticamente realidad. Borges ha dicho en Lima —y respetuosamente digo que lo que dijo lo dijo tartamudeando— que los sueños de un campesino son tan reales como la tierra que pisa ese campesino que sueña sus sueños. El doctor Macera trabaja con la memoria —que es como un sueño inolvidable pero que hay que hacerlo recordar— y por eso es historiador futurista y tiene recuerdos del futuro que es el título —dicho sea de paso— de otra película sobre ovnis extraterrestres.

Pero esto no es un tratado sobre Macera sino sobre lo que trata Pablo Macera que bien podría dar lugar a una columna firmada por Macera que podría llevar el título de "Maceraciones" (gran título, ¿no?)

El hecho es que Macera ha llamado la atención sobre ese hecho económico que significa el diez por ciento a que nos referíamos. Parte pues de la diana trama de nuestra economía, ese conocido-desconocido que tal vez explique tanta propaganda de autos decimillonarios por las pantallas de la televisión.

Todo esto puede parecer demasiado siniestro, pero es verdad. Y, sin embargo, alguien los observa, alguien sabe cómo es, mientras una sutil tela de araña unifica la observación con la complicidad.

## Sueños, pesadillas y demás filmaciones

Como algunos saben, he participado del rodaje de la película *Ojos de perro*. Hago el papel de un hacendado de 1920 al que le va de lo peor: le viene la crisis del precio internacional del azúcar y sus trabajadores le forman sindicato. Durante varios días se ha filmado en los escenarios de la Cooperativa Agraria de Laredo.

Caracterizados con nuestros maquillajes y vestuarios, hemos paseado por el pueblo de la antigua hacienda. Confieso que, al principio, me causaba algo de reparo deambular en esas vestimentas. Además de concitar la curiosidad de todo el mundo, una suerte de absurdo sentido del ridículo me inhibía de aventurarme por las calles de lo que alguna vez fuera el poblado de uno de los feudos más importantes del país.

Pero, como si la fuerza del personaje ganara una recóndita batalla contra uno mismo, me sorprendí por un instante, recorriendo el lugar como lo haría ese antiguo señor. Al principio se trató de algunas bromas con la chiquillería. Luego, algunas voces de mando dirigidas, previa sonrisa de inteligencia, a algunos trabajadores de la cooperativa. Pero, más allá de la broma, me sorprendió el saludo respetuoso de un anciano. Se despojó del sombrero norteño e inclinándose me dijo: buenos días, patrón. Fue casi un murmullo, pero creo haberlo escuchado claramente. Sospecho que, por un momento, el ancianito habrá retrocedido hacia unas épocas que el film pretende revivir.

Sí. Una cierta angustia me recorrió en aquel momento. Sin duda ese fue —y no hace tanto tiempo— el protocolo de todas las mañanas en buena parte del Perú. Naturalmente, mi respuesta debió haber sido "buenos días, hijo", respuesta, sin embargo, que yo no proferí.

La actitud del anciano resultaba entre terrible y enternecedora. Creo que después habrá reaccionado dándose cuenta del paso del tiempo. Pero la posibilidad de congelar la historia a través de una imagen —y eso es el cine— es algo que se le habrá hecho patente al anciano cooperativista. Eso, desde el punto de vista del espectador. Para mí fue un instante como de desaparición. Yo no era yo, sino otro. Claro, que uno no es solamente una imagen.

Pero esto no es ni una crítica cinematográfica ni ningún escarceo de filosofía.

De todas maneras debo consignar la frase con la que Paco Harman, actor trujillano que encarna al prefecto leguista, moderó mi sentido del ridículo mientras paseábamos por las calles de Laredo. "No te preocupes —me dijo— si la gente te mira raro. Después de todo, ellos ya saben que aquí somos extranjeros filmantes".

Además de éste, otros personajes peculiares conforman esta fauna de extranjeros filmantes que están trabajando en esta película. No hablaré aquí sobre todos ellos.

Contaré sí, otra anécdota. Se trata de una anciana de la localidad que participa en una de las escenas. Es el día del cumpleaños del hacendado. Mientras la banda del pueblo

toca marineras, el señor de la hacienda aparece en el porche de la casa del feudal y reparte monedas entre la chiquillería y los viejos. Nadie habla, según el guión. Pero en la práctica sucedió que mientras yo-personaje alargaba la mano cargada de centavos en pos de la anciana, ésta con un murmullo similar a la del hombre que se descubriera ante la reaparición del señor de otros tiempos, me dijo con toda claridad: "guárdese su plata. Yo no soy mendigo".

Naturalmente, ante el imprevisto que la cámara estaba registrando sentí el escalofrío del que se siente sorprendido in fraganti creyendo que sólo él habitaba el lugar del delito.

A esta anciana le sucedió tal vez lo mismo que al antiguo peón que se despojaba del sombrero ante la pesadilla rediviva. Pero reaccionó al revés.

Después, terminada la escena sintió el rubor de quien parece darse cuenta del error cometido. Tal vez, en el momento, todo aquello sería para ella, una suerte de pesadilla contra la que había que reaccionar.

Hizo bien. Después de todo, a los que en 1920 — y después— se negaron a aceptar pesetas el día del cumpleaños de los señores, tenemos que agradecer que los caballeros feudales de temo blanco sean hoy solamente una imagen.

# **El Gaucho, Lennon y Paracas**

Lo ameno de este gobierno es que, mientras su Ministro de Guerra pide palo y se queja de las blanduras democráticas de la Constitución, sus ministros de Trabajo y Economía reparten pisco souers a los dirigentes sindicales en la histórica bahía de Paracas, donde se inventaron los colores de la bandera nacional.

## **¿Quién lo explica esto?**

John Lennon —acabamos de conmemorar el primer aniversario de su muerte— podría decir que esto es así porque "We all live in a yellow submarino", es decir porque —más o menos— todos vivimos en un submarino amarillo sin que esta última palabra ciertamente, tenga en absoluto ninguna connotación sindical.

Si todos vivimos en el mismo submarino amarillo, entonces el "hombre de las Bahamas" puede ser el "hombre de Paracas" y la cultura de la concertación. Pero imaginemos por un momento que de un submarino anclado en la bahía del diálogo empezarán a desembarcar, por ejemplo, unos tres mil despedidos municipales. Tras los cristales del comedor paraqueño, ¿qué sucedería?

Horrible escena. La verdad, nadie quiere la mala educación pero, francamente, ir a Paracas después de la razzia municipal es —¿cómo decirlo?— digamos, inútil. Naturalmente para algunos es más inútil que para otros. El doctor Bahamas, por ejemplo, sonreía ampliamente al desembarcar del avión Paracas-Lima: una cierta sonrisa adornada por la marina brisa.

Naturalmente, en ese submarino el general Cisneros se ocuparía de la torpedería.

Interesante escena. Antes de cada disparo, abriría una gaveta, guardaría por un rato la conciencia —un rato, solamente un rato- y clic, hasta la próxima espuma sobre el manchón de aceite.

## **¿Quién manejaría a ese submarino con todo su matalotaje?**

**¿Quizás el tonto de la colina, que es el título de otra canción del difunto John Lennon?**

Los tiempos no son de saber y, sin saber, no se puede responder.

En la época del tonto de la colina, los cuatro liverpolenses estallan todavía concertados, es decir en el mismo bote. Después, splash, todo se fue al agua y el que más salió a flote fue el mejor, es decir el señor Lennon, sin desmerecer a los otros.

Eran otros tiempos y uno no puede evitar la nostalgia que es precisamente como un submarino que está bajo el agua, pero está. De vez en cuando saca su ojo —único y

periscópico— mira aquí, mira allá y —oh, ¿qué vemos desde la playa?— ¿llora? No, no, dice sorprendido in fraganti. No es llanto, es el agua marina que se escurre por el ojo submarino. Y la escena se va repitiendo de sumersión en sumersión.

La nostalgia se nutre del pasado, el torpedo podría ya tener nostalgias del futuro y los pisco souer para que nos apuntaban hacia un futuro más bien nostálgico.

Comprendo que todo esto tiene sabor a un collage mas bien traído de los pelos, que suelen ser lo primero que a uno le agarran cuando se está ahogando y lo quieren salvar. Pero es que así son las cosas, tremendamente complicadas.

De hecho, aquí sigue el pleito contra los hombres azules que eran los malos de la película en "El submarino amarillo". Lógicamente no todo es tan claro. La gente no anda pintada por la calle, un submarino sería un blanco demasiado fácil, no todo lo que brilla es oro y no por mucho madrugar se amanece temprano.

Lo que sí parece es que algunos nos están madrugando o, por lo menos, nos quieren madrugar. Ojala que cuando nos demos cuenta no sea demasiado tarde.

## El destino y las burbujas del champán

El doctor Pérez de Cuéllar simplemente se ajustó los anteojos, unos cristales más bien asépticos, tipo médico o cura intelectual.

El doctor Javier Alva Orlandini se ajustó más bien el saco tipo Presidente del Senado. Ese día se le había visto en la cámara, más bien colorado, asoleado y de cumpleaños. Era el día de su santo, todo tenía olor a fin de temporada parlamentaria y el presupuesto, finalmente, se iría a aprobar.

Simultáneamente, en la ciudad de Nueva York los señores miembros del Consejo de Seguridad se sentaban a la mesa con la casi seguridad de que todos estarían —por esta vez— más o menos de acuerdo.

Entonces, en el preciso y simultáneo momento en que Pérez de Cuéllar se ajustaba los anteojos y Alva Orlandini su saco claro de Presidente del Senado con el verano encima, el señor miembro del Consejo de Seguridad ajustaba un lápiz de color amarillo con borrador al final (o más bien al principio, según se vea, ya que la punta puede ser el final del lápiz o el principio del lápiz, según que a éste se le juzgue o no, desde el punto de vista pragmático de su utilidad), lo ajustaba, repito, con la absoluta seguridad de que esta vez el Consejo de Seguridad iba a estar absolutamente seguro.

De tal manera que la coincidencia fue absolutamente perfecta y ajustada: el embajador ajustó sus anteojos, el senador su saco, el representante su lápiz.

Poco antes o después un escándalo conmovía al Senado. Vetándose la ratificación del ascenso de un oficial de la Guardia Civil, se descubría que había más balotas que señores senadores. Alguien metió balotas blancas de más en la cajita de las decisiones.

En aquellos momentos —en el instante de la triple coincidencia y los tres ajustones— nadie pudo olvidar el espectro de las balotas negras. En ese momento muchos quisieron que el baloteo que fue, no hubiese sido sino un gran error de contabilidad, o, aunque fuera más francamente, un fraude que hiciera posible un chivo expiatorio. Y, sin embargo, lo hecho, hecho estaba.

Naturalmente, a la hora de aquel baloteo, el señor senador de la República no podría proveer la escena del embajador aclamado en el recinto mundial de Nueva York. Más que futuros en la mente, solamente tenía pasados. Esto es, la única escena que tenía en mente era la de un televisor en blanco y negro con el doctor leyendo aquel manifiesto con el cual comenzaron las desgracias. Y aquel manifiesto bien merecía unas negras balotas. Pim, pim, pim, caían en cascada las alegres balotas de la venganza con retraso. Dicho sea de paso, las balotas se convertían también en dulce bola de billar: una carambola que golpeaba al señor ministro que había propuesto al señor embajador.

Todo era perfecto.

Pero nada hay perfecto.

El señor senador no pudo prever el suave lápiz del señor miembro del Consejo de Seguridad. Y todo lo demás se daría por añadidura, demostrándose que no siempre el que madruga más temprano que otros amanece.

Entonces, el día de su cumpleaños, como quien no quiere la cosa, las balotas iban tomando forma de mapa mundi, o de símbolo de las Naciones Unidas, o de bolita infantil que nunca entra al ñoco horadado en la tíerrita de junto a la vereda. Y la cascada de balotas se le venía encima, como huayco arrasador, las balotas se convertían en bolas monstruosas, ennegrecidas por el smog de los malos pensamientos y la venganza que, a fin de cuentas, no pudo —ya no podría— ser.

Una de las cosas formidables del télex es que puede otorgarle al champán del más pintado cumpleaños, un toque cruel de amargo de angostura servido con exceso.

Clup, sonó el champán, después del lápiz del señor miembro del reverendo Consejo de Seguridad.

Pero la política es extravagante. El señor presidente estaba conmovido: el baloteo era una bendición. Sirvió según dijo, para poner al hombre en la secretaría general. Todos debían estar felices. Pero esa tarde, el señor Presidente del Senado no pudo evitar un croe croe de balotas en el lugar preciso de las burbujas del champán.

## ¡A la tina!

Juzgo los carnavales actuales por sus resultados de fin de semana: renace, sábado y domingo, el "juego con agua" en el Perú.

Digo en el Perú porque me ha tocado observar baldazos no sólo en Lima, sino también en el norteño Trujillo del pasado fin de semana (gracias, entre paréntesis, amigos trujillanos por sus atenciones, como se decía antiguamente, con toda la educación del mundo y lo repito en este mundo en el que no hay educación; bueno, ni educación, ni salud, ni trabajo, etcétera). Me rozó un globazo en Trujillo, pero un globazo relativamente fácil. Un globazo arrojado desde la azotea, bajo la cual, a la sombra, yo era un blanco relativamente fácil, inmóvil y francamente enano, desde esa altura que me empequeñecía más de lo correcto. ¿Más aún, chato? Sí, pues, así es.

Pero, al grano. ¿Qué frase podría entrar acá? Que el Perú es un carnaval. Pero no, no la digo, porque resultaría demasiado fácil, demasiado de cajón y demasiado muerta, porque, como se sabe, los muertos van en cajón, es decir, son de cajón. Según Leoncio Bueno —esto me lo ha dicho hace algunas horas— la canción "Carnaval, carnaval. . ." data de 1939. Carnaval, carnaval, alegría general. Así se empezaba y luego, machistamente, los caballeros metían en la tina a la dueña de casa. Por la noche, las medias se llenaban de talco y servían para dar educados porrazos talqueados de blancura inmaculada, pulcra blancura talqueada a los vecinos de la localidad.

Naturalmente, como diría el doctor Macera (¿será o no será candidato?), todo esto es muy de clase media, habida cuenta del talco suavizante e higiénico en un país francamente escaldado por los siglos de los siglos.

Pero al grano. Mucho después de 1939 —aunque también había un alegre general— era carnavales. Era carnavales de fin de semana —más precisamente domingo todo el día— y yo era muy chiquito. ¿Más aún enano? Sí, pues. Así es. Todo fue a traición, malamente. Yo estaba sentadito al borde de la vereda, contando globitos de agua —francamente carnavalescos— que entre se hundían y flotaban en mi balde azul.

Yo contaba globitos semi-flotantes y ¡zas! sucedió, me quedé ciego de repente, pero ciego de color marrón. Si mi balde de agua hubiera reflejado la escena fatal hubiera visto: a) la hija mayor del sastre de la esquina que se acercaba con las manos atrás en actitud francamente de vengarse de la injusticia de este mundo traidor; b) yo mirando tontamente mis globitos; c) la hija mayor del sastre de la esquina que se sacaba las manos de atrás y abría una lata de betún marrón; d) mis globitos semi-flotantes que me miraban tontamente a mí; e) unas manos enormes de la hija mayor —gigante— del sastre de la esquina que enormemente me tapaban la cara de betún, agrio betún marrón; f) yo, no viendo nada excepto un montón de humillante marrón; g) la hija gigante que reía y reía; h) mis lágrimas —terribles lágrimas de carnaval al revés— que se abrían paso a duras penas entre el terrible marrón de betún.

Después de la derrota, caminé sin orgullo hasta mi casa. Era carnaval, el mundo era así, mi mamá me metió en la ducha humillante y el betún fue corriendo hasta un

desagüe que sabe Dios qué mares buscaría en esa tarde abyecta de carnaval en la que la alegría era general, menos uno. Y fui infeliz.

En el Perú de hoy, hay cada vez menos tinas y menos dueñas de casa a quien bañar. Sin embargo, el carnaval funciona a todo dar. La noche cubre ya y, por ser de noche, hay un montón de medias rellenas del blanco frío talco de la cocaína general. El aporreamiento es general y muchos se mojan. Talqueo general: la casa de las leyes — blancos escaños del oficialismo—, casa del pueblo espolvoreada carnavalescamente, partículas de polvo que espárcense desde palacio seis meses después de conocido el santo del milagro para, en el momento oportuno, aguar el carnaval.

Hay una tina gigante en la que quieren ahogar a esa sufrida dueña de casa, sin casa, que se llama el Perú. Sigue la música y la alegría general habrá de convertirse en la alegría de algún general.

## El derecho a la maldad

Las acciones de Sendero Luminoso han puesto sobre el tapete una de las vertientes de nuestro complejo de inferioridad. Es decir, más que las acciones de SL en sí, lo que ha revelado el célebre complejo son los comentarios sobre esas acciones. Se trata de, nuevamente, las famosas "conexiones extranjeras" y los célebres "apoyos externos" de la subversión. La cuestión tiene dos variables, ambas deprimentes para la capacidad nacional. Una es la que tiene que ver con las ideologías extranjeras y la otra con las técnicas extranjeras. En otras palabras, los peruanos, generalmente, somos incapaces de pensar e incapaces de hacer por cuenta propia. Siempre es necesario que piensen por nosotros y hagan por nosotros.

El que algunos políticos digan que las actividades de SL no pueden entenderse sin el apoyo de ciertas embajadas no es sino una expresión de esta conciencia acomplejada.

Desde luego, lo contradictorio del caso es que los mismos que dicen esto, son los mismos que consideran que la libertad nacional consiste en la importación de queso en lata, líquido para limpiar discos e ideas sobre la economía, entre otros productos, igualmente extranjeros.

Por lo demás, lo que suele ocurrir es que, aunque las ideas y tecnología de SL fueran importadas, los que mueren en el hospital de Ayacucho son ciudadanos nacionales.

Otro aspecto de la cuestión es el siguiente. Generalmente, los peruanos, a más de ignorantes e incapaces, somos buenos. Por lo tanto, todo lo malo debe venir del extranjero, salvo, desde luego, las inevitables excepciones del queso enlatado y el Marlboro extra large.

Y es que, para muchos, la bondad siempre se acompaña de la estupidez. Incapaces de actuar por cuenta propia, pobres pero honrados, tontos pero bondadosos, aún conquistables por un puñado de bolitas de cristal, así somos los peruanos para los descubridores de las conexiones extranjeras.

He aquí el fondo de la cuestión. Se nos niega la capacidad de ser malos. Otros deben ser malos por nosotros. Gravísimo, porque la libertad no es, en el fondo, sino la posibilidad de pecar. Nadie se va al cielo si en la tierra no ha podido pecar. Por lo que se ve, a los peruanos inocentes solamente nos aguarda el limbo o el purgatorio.

Así las cosas, los peligros son terribles, porque como malicia y sabiduría son virtudes conectadas, sólo los malos nos pueden gobernar, gracias a que habrían vendido su alma al diablo y en compensación por el riesgo inmenso y doloroso de poder pecar. El costo del combate a la subversión puede ser demasiado alto para este país de inocentes.

No niego que los mentores de las tan célebres tesis sobre las conexiones extranjeras, no crean realmente lo que dicen. Pero lo interesante es la forma como el argumento sigue siendo utilizado porque se supone eficaz y contundente frente a la deficiencia mental generalizada que acompaña casi siempre a la bondad.

Y es por ello más urgentes que nunca reivindicar nuestro derecho a la maldad. Es, en el fondo, una cuestión de nacionalismo, de orgullo patriótico, de dignidad. En medio

de tanta prédica sobre las conexiones extranjeras, el Presidente de la República repitió, sonriente, un comentario de uno de sus asesores. Se refería a los petardos lanzados sobre —ya no se sabe bien— Palacio de Gobierno o Ministerio de Justicia. Aunque el Palacio y el Ministerio comparten un local más o menos común, el que ya no sepamos con certidumbre contra qué se lanzaban los petardos, es también una prueba de otra de nuestras históricas deficiencias: la falta de objetivos claros.

El caso es que el Presidente, al referirse a las hondas que se encontraron en un hotel cercano, sonrió y dijo: "tecnología intermedia". Y, en efecto, la "tecnología intermedia", el "mestizaje tecnológico", constituyó durante la campaña electoral uno de los platos fuertes del programa del partido de gobierno. El mestizaje tecnológico era una de las fórmulas —auténticamente peruanas— con las que, por ejemplo, ayudaríamos a cubrir felizmente el célebre millón de empleos.

Da la impresión que el fracaso de la tecnología intermedia de las elecciones, tiene su herencia en esta otra tecnología intermedia: la de unas modestas hondas nacionales sobre la azotea del modesto hotel frente al Palacio-Ministerio-no-se-sabe.

## Esta tarde ganamos

Se espera que hoy por la tarde todo sea diferente y no suceda como aquella tarde también gris de 1961 en que Colombia nos eliminó aquí mismo, con el empate de uno a uno, que fue como una goleada.

Todo comenzó con un penal y terminó en el llanto. En esa época no fallábamos los penales pero tampoco fallaban en eliminarnos.

Era la época de Prado (parte II, primero allegro, luego andante), pero nosotros ya no éramos los del cincuenta y nueve, no había *Loco* Seminario, ni Huaqui Gómez Sánchez.

Ahora también es la época de Prado o parece que va siendo (parte II, allegro con fuga), pero felizmente tenemos mejor equipo. Desde luego no hablamos del equipo económico sino del equipo de fútbol. Puede ser que los pueblos tengan el gobierno que se merecen pero, sin duda, hay gobiernos que tienen el equipo de gobierno que se merecen, pero el equipo de fútbol que no se merecen.

Con Prado III también falló el Perú en materia de penales y por eso regresa hoy por ese aeropuerto casero que se llama la televisión, que la pregunta qué siente un exiliado al regresar al suelo que lo vio nacer, que es el mismo suelo que le devuelven entre 28 de Julio y el Paseo de la República. Está probado que, para algunos, la República sigue siendo un paseo y todos los días son de fiestas patrias.

Prado III regresó diciendo: ¿Quién soy yo?, para que le respondan: ¡papá! Así es la vida, tan así que empezamos a descubrir más exiliados de los previstos y la palabra exilio es el suave manto con que la noche cubre ya con su negro crespón.

Todo esto, además de un abuso del lenguaje es también un abuso de confianza, porque si este retornante es exiliado, todos podemos preguntarnos: ¿Quién soy yo? y respondemos: ¡papá!

Según Eliade, existe el mito del eterno retorno, que esperamos siga siendo un mito y la historia no se vuelva a repetir, por lo menos en el fútbol. Como están las cosas, poco más es lo que podemos pedir, ya que como vemos, la historia sí se repite, todo comienza de nuevo y no es verdad aquello de que lo pasado, pasado. Más bien se trata de que lo pasado, presente y lo pasado futuro.

No hay duda de que, al menos para algunos, el pasado es el futuro del país y el país del futuro es el pasado, o sea que no existe. Todo esto sucede porque abundan los que en lugar de pasar a la historia, prefieren pasarlo bien en la historia y, aún así, pasan a la historia.

Pero esta tarde, al menos, la historia no se habrá de repetir. Zape es muy bueno, pero no es *Caimán* Sánchez, el arquero que nos eliminó aquella tarde gris de 1961. A diferencia de Zape, *Caimán* no atajó el penal de aquella tarde gris, pero sí nos eliminó. Sánchez fue un caimán que se fue para Barranquilla con las fauces llenas de pelotazos de

la delantera peruana, que eran goles hasta que él abría la boca tragadora de la esperanza nacional.

Aquella fue una tragedia y todos fuimos infelices, mientras los jugadores colombianos se abrazaban en el centro de la cancha, unas fogatas lánguidas se encendían en la tribuna sur y, al contrario del himno, no elevábamos la humillada cerviz, por no haber sabido aprovechar los centros por elevación.

Ahora será distinto, creo. De todas maneras tampoco nos conviene el juego aéreo, sino el rasante, cepillando la bola en el césped hirsuto de la cancha. Entiendo que esta última frase puede ser una huachafería, pero peor es la derrota. Pronostico un triunfo nacional más holgado de lo que a simple vista pudiera parecer.

El señor Bilardo parece ignorar lo que el señor Ulloa conoce perfectamente, es decir, que la mejor defensa es el ataque. En el primero caso, peor para Colombia, y en el segundo, ya sabemos para quién es peor, habida cuenta de la forma como se están atacando los males de la economía nacional. Doloroso pero necesario, dijo el doctor al que sufría agudos dolores de cabeza y acto seguido se la cortó. Nunca más lo molestaron las jaquecas.

## Pronóstico reservado

El partido más emocionante entre peruanos y uruguayos que he presenciado en mi vida fue la confrontación "U" —Peñarol con motivo de unas eliminatorias para la Copa Libertadores. Era noche en un repleto Estadio Nacional y la "U" volteó el partido que perdía irremisiblemente. Como solía suceder, la "U" esperó hasta los últimos minutos para ganar ese partido, haciendo lo que ya parecía francamente imposible. Así las cosas, un profundo silencio pudo escucharse en el Estadio antes de que la multitud gritara ¡Gol! Era un silencio de incredulidad, algo así como la paz que precede a las tormentas.

Y es que, más que de un partido de fútbol, parecía tratarse de un torneo del suspenso, porque, con el score en contra estábamos exigiendo lo imposible y lo imposible se logró. Más fácil, desde luego, hubiera sido planificar ese partido, ganarlo desde el principio, retener pelota, etc. Pero las cosas son así desde el escritorio, no adentro. Trabajaba yo en esos momentos en lo que antiguamente se llamaba "un importante diario de nuestra capital", diario que desde adentro llamábamos para afuera "el matutino de mayor circulación" (cosa por otro lado cierta en esos momentos, a pesar de lo que hoy se diga de los diarios "confiscados") y no resistí la tentación de escribir la editorial, que al día siguiente, para sorpresa de muchos, apareció, con letras grandes, bajo el logotipo de la casa editora. Su título: "Así es la "U".

Creo que ese día empezaron mis discusiones sobre la "alienación del fútbol" y la manera cómo el juego o el deporte pueden utilizarse para hacer que el pueblo se olvide de sus problemas y otras cosas por el estilo. Este discusión no ha terminado, ni terminará, y uno de sus capítulos se ha desarrollado con motivo de las informaciones que *El Diario* publicara respecto al partido con Colombia. Dicho sea de paso, el domingo pasado nos atrevimos a decir que Perú ganaría más holgadamente que lo que a simple vista se podía prever. Y así fue. Ahora no digo nada. Este es un partido de pronóstico reservado, pero que creo va a depender bastante de nuestra reserva, tanto la de energías como la de la banca de suplentes.

En fin, a algunos les ha parecido mal tanto titular y tanta foto de este diario del pueblo, respecto al partido con Colombia.

Pero el fútbol no tiene nada alienante. Lo que sí es alienante es que nuestros niños no tengan dónde jugar el fútbol, cosa que es otro problema y que no tiene que ver con el fútbol, sino con las estructuras del país.

Tampoco es cierto que, pensando en el fútbol, la gente se olvide de la vida. Primero, porque el fútbol es parte de la vida y además porque los precios siguen subiendo a pesar del fútbol. El pueblo no es tonto como algunos piensan y no piensa solamente en una cosa. Por pensar en el fútbol no se deja de pensar en las otras cosas de la vida y nadie gana elecciones porque gane el equipo nacional. Sin ir más lejos, Uruguay ganó el Mundialito y su gobierno perdió las elecciones. Precisamente, en ese mismo Centenario de Montevideo, antes de un partido de fútbol, entonando el himno nacional, el público uruguayo repitió una y otra vez el párrafo "Temblad, tiranos". No aludía desde luego al

equipo rival —que no tenía luego al equipo rival— que no tenía nada de tiránico, sino al gobierno que, como todo el mundo sabe, sí tiene de tiránico y bastante.

Otra cosa: se equivocan quienes piensan que, mejor para el Perú, si pierde la selección. Esto no es sino una forma de decir "a más miseria, más revolución". Lo cual no deja de ser más masoquista que revolucionario. Argentina, por ejemplo, ganó el Mundial, pero Viola, no la ve.

Que el fútbol y la política son dos cosas distintas, es algo que sabe todo el mundo. Que el poder utilice al fútbol, eso también se sabe. Pero eso, más que un problema del fútbol, es un problema del poder. Supongo que cuando el pueblo esté en el poder, las preocupaciones deportivas del Estado no sólo se expresarán en repartos gratuitos de severos tableros de ajedrez, cosa por lo demás magnífica, sino también en grandes canchas de fútbol. Es evidente que para llegar a ello, habrá que agarrar a patadas a unos cuantos, cosa para la que el fútbol puede sernos también de gran utilidad.

# ¡Qué grande fue Platón!

Se me quedó en la intención un comentario sobre la exposición de caricaturas de *Carlín, Heduardo, Alfredo* y Juan-Cuy Acevedo. Ya es tarde, creo que la exposición ya pasó, ya otros en *El Diario* han escrito mejor sus opiniones. Sin embargo, mando unas líneas sobre algo que las caricaturas me han hecho ver con toda claridad.

Me refiero a que no es tanto que la caricatura se refiera a la realidad sino al revés. Me explico. Aparentemente el éxito de la caricatura radica en la forma cómo ésta refleja o interpreta la realidad o, más concretamente, un personaje-representante de la realidad. Si esto es cierto una buena caricatura tiene que "parecerse" al personaje caricaturizado. De alguna manera, la caricatura es buena si refleja al personaje. Esto significa que nos gusta la caricatura porque ya conocemos al personaje.

Debo aclarar que esto de buena o mala caricatura es relativo, pero no tanto. Pese a todo lo que debemos respetar los refranes, anoto que sobre gustos y colores sí han escrito los autores. Después de todo es más o menos lo único de lo que se puede escribir. El mejor escritor peruano, que es el señor Julio Ramón Ribeyro, ha dicho alguna vez que, entre otras cosas, él escribe porque siempre quiso que existiera un autor a su gusto.

Pero, al grano. Sobre el tema, digo que aparentemente la caricatura se parece a la realidad. En realidad, es al revés. Platón decía que primero era la idea y después esa cosa que denominamos realidad. Hoy podemos resolver el dilema del huevo y la gallina afirmando que primero es la caricatura y luego el personaje "real". En otras palabras, el de la caricatura es el verdadero, es el otro el que es la caricatura. Sé que todo esto puede llevarnos a caminos peligrosos, como por ejemplo llegar a la conclusión de que el arte abstracto es en realidad arte realista, etcétera. Sin embargo, no quiero llegar a tanto, sino decir solamente lo que he dicho. Después de todo, no a todo el mundo se le debe exigir que extraiga las últimas consecuencias de lo que dice y permítaseme, en este caso, incluirme en el grupo de "no todo el mundo" (aplico aquí la doctrina del C. Félix Azofra con relación al fútbol, doctrina de la que sin embargo discrepo por lo menos con respecto al fútbol).

Bien. Estoy pues persuadido de que el actual proceso de acercamiento de personajes "reales" —caricatura que experimenta la vida política del país—, no es sino la confirmación de lo antedicho. Con el auge de la caricatura política en el Perú nos estamos dando cuenta no tanto de lo bien que refleja la caricatura la "realidad" sino de lo bien que los personajes "reales" van reflejando la caricatura. El proceso no ha hecho sino comenzar. Va a llegar el momento en que cuando veamos pasar por la calle a algún personaje a los que me estoy refiriendo (no, no voy a dar la lista) exclamaremos: ¡mira, qué buena caricatura! Valdría la pena dedicar un estudio a lo siguiente: desde que ha irrumpido con fuerza la caricatura política del país, los personajes "reales" se han ido ajustando a la caricatura. Por el momento esto es una hipótesis que lanzo para aprovechamiento de los investigadores talentosos. Aún más, doy pistas y bibliografías: revítese, por ejemplo, *Monos y monadas* y véase de qué manera durante la quincena

siguiente algún representante de algún poder del Estado se ha ido "ajustando" a la caricatura. Con esto que digo no pretendo apañar a los caricaturistas mediocres que podrían ampararse en el argumento de que sus dibujos no son malos sino los que son malos son los "personajes" y con el tiempo ya se irán acomodando. Pero el poder político del caricaturista es enorme y no está de más reconocerlo. Sospecho que en sus manos puede estar el futuro político del país.

Desde luego, habrá que cuidarse de la dictadura de la caricatura. Por ejemplo, dicho sea con el mayor respeto a que haya lugar, el chiste que se lanzó nuestro primer mandatario respecto a su preocupación sobre las huelgas de hambre "a la irlandesa", mientras dos diputados y varios médicos cumplían huelga de hambre, parece salido de esa especie de caricatura que es Camotillo el tinterillo. Y eso es una prueba más de lo que vengo diciendo.

Algunos mal pensados dicen que Camotillo es el vocero del gobierno y resulta que es al revés. Con lo que Camotillo tiene razón. No es que Camotillo sea gobiernista, es el gobierno el que es camotillista.

Aparte: el domingo pasado me pusieron la palabra Dios con minúscula, cosa que está mal. Lo anoto porque, además, esta tarde Dios será peruano. Y Tim también.

## La vuelta al ruido

Personalmente, debo confesar que terminé parado en mi silla aplaudiendo a todo dar. Ya eran las ocho de la noche, se suponía que todo había terminado, pero nadie se movía. Fue así que tuvieron que repetir una y otra vez, más allá del cansancio y la deshidratación del baterista, una suerte de hombre araña y de diosa Kali musical que se enfrentaba a una batería de ocho tambores y sus respectivos platillos. Además, con la boca que le queda libre, soplaban variados instrumentos de viento: larguísimos cuernos araucanos que son como truenos en estado de gracia divina, poco antes del diluvio universal.

Me estoy refiriendo al Campo de Marte del pasado domingo, es decir, al acontecimiento musical del año en el Perú. Se trata de la presentación de Los Jaivas, cinco señores que comenzaron años atrás llamándose High Bass y que hoy sintetizan mucho de lo mejor del aporte andino a la música universal. Sí, señores lectores. Así de exagerado. Bueno, es mi opinión.

Este conjunto musical no era demasiado conocido en el país. Desde luego, hay que anotar que los precios de las entradas no han servido tampoco para que ahora este desconocimiento se reduzca espectacularmente.

Pero, en fin. La mayoría de los que esa tarde llegaban al Campo de Marte no esperaban lo que les iba a suceder. Para empezar, el espectáculo comenzó con notable retraso, creciendo la expectativa y debatiéndose el público entre dos posibilidades: la aparición de unos charanguistas más o menos modestos o la irrupción de unos músicos pop, más o menos mistificadores de la música andina. Más aún, el escenario estaba repleto de micros, cables eléctricos, un órgano electrónico que se adivinaba como una computadora, pitos, matracas, varios parlantes elefantiásicos, más cables y más micros. De entre todo este laberinto, destacaba, como en un altar, la batería gigante.

Todo empezó, precisamente, con esta batería. Se abrieron los cielos y la tierra empezó a tronar un ranrahirca musical, un terremoto andino, insolente, inesperado, pero antimortícola y saludable. Se trataba de una bola de fuego compuesta de un piano virtuoso, guitarras eléctricas y de las otras a veces severas y a veces traviesas, zampoñas que ya las hubiera querido don Juan Sebastián Bach en sus tiempos, bombos, tambores varios, maracas, cueros tropicales con carnet indiscutible de ciudadanos del mundo, castañuelas andaluzas que cantaban a la liberación del indio, cuernos araucanos que deben haber velado el entierro glorioso de Caupolicán, el famoso organillo electrónico que era como la central telefónica para comunicarse con un ovni del que, con toda naturalidad, podía haber descendido nuestro señor Manco Cápac, señora e hijos.

Y todo muy ruidoso, muy rítmico y —diría y luego a decir— muy primitivo. ¿Qué sucedía? Que la música andina le daba la vuelta a la electrónica y se afirmaba en todo su esplendor, demostrándose que no se trataba, pese a algunas apariencias, de una mistificación del Ande por la electrónica, el jazz y el rock, sino en todo caso al revés: el Ande absorbía cientos de años de tecnología y decenas de años de computación y se afirmaba sin perder nada de lo propio.

La cosa es más o menos así. Como se sabe, la música "clásica" es lo que el señor Haendel, por ejemplo, oía en una cantina o un paseo campestre. Días después lo "volteaba" al pentagrama. En el caso, quien ha "volteado" a la electrónica, el "rock", etcétera, es la música andina que ha dicho aquí estoy y el piso está parejo.

El resultado es conmovedor. Además de la gringa que se vacilaba dando vueltas a un costado del escenario mientras se bañaba en el huaico musical, todo el público palmeó y tarareó. Parece que la gente se sentía más o menos así cuando en la Grecia antigua sufría las aventuras de Agamenón y lloraba a gritos con Penélope, porque ellos también esperaban la salvación universal. Nada voy a decir sobre el poema famosísimo de Pablo Neruda que Los Jaivas han puesto en música y micrófonos, pero supongo lo que habrá sucedido cuando hayan grabado esta suerte de sinfonía, precisamente en las alturas de Machu Picchu, a eso de un cuarto para las seis de la mañana, mientras todo se iba tomando anaranjado y la bola de fuego empezaba a rodar.

Comprendo que estos no son mis temas habituales y no es normal que se traten en este rectángulo de esta página dos. Pero he querido cumplir con un deber de conciencia. Porque ese domingo en el Campo de Marte, entre las cinco y las ocho, fui francamente feliz.

## ¿Quién es usted?

Terminaba la primera guerra mundial, el Kaiser se rendía y en París la gente volvía a ser feliz. Había terminado esa gran guerra y, naturalmente, todavía no tenía número. Nadie piensa que la próxima desgracia puede ser peor, de manera que a las tragedias no se las ordena o clasifica, mientras no haya otra que justifique la numeración.

En general, la gente se sintió feliz, con excepciones. De la guerra llegaban los inválidos y los inmediatos desempleados. Había viudas, huérfanos y enamoradas sin cita. Pero de aquella masa de gente en desgracia, tal vez un grupo llevaba la parte peor. Eran los familiares de los desaparecidos. Mentira piadosa o coartada para alargar angustias, tras el membrete de desaparecido acechaba la esperanza. Posibles prisioneros por canjear, posibles heridos sanando tal vez en una aldea fuera de toda carretera, posibles —qué importaba— traidores a la patria, sin uniforme, sí, pero con vida: una legión de fantasmas era esperada tercamente en París.

Para encontrarlos, el gobierno instaló una oficina. Con cada caso se haría un expediente que seguiría los trámites regulares de las comprobaciones, las investigaciones y los sellos de rigor. Todo sería lentamente eficaz y angustiosamente sosegado, no fuera que se cometieran irreparables errores impidiéndose a los solicitantes una razonable felicidad, aunque no sea más que por la vía de la resignación.

El filósofo Gabriel Marcel —de quien tanto leímos cuando tan solo sospechábamos que el mundo pudiera ser así— trabajaba en esa oficina de desaparecidos. Debía clasificar los expedientes y atender a los solicitantes. Los primeros días podía dialogar con los desesperados. Les informaba sobre los resultados de los trámites, se enteraba a su vez de la biografía ingenua y maternal de un juvenil recluta borrosamente herido en la batalla de Verdún.

Pero con el aumento de las solicitudes y el creciente grosor de expedientes, no había tiempo para nada. El joven Marcel se desesperaba ante la ventanilla tumultuosa de los familiares, hasta que una burocrática tarde se sorprendió a sí mismo pidiendo número de expediente a una de las personas con las que antes solía dialogar. Insensiblemente, cada biografía cada tarde de salchichón servido con los dedos de mamá o cada noche de baile pueblerino con la novia que sabría esperar, se habían convertido en un número. Y él mismo, el joven y sensible filósofo francés, era ya un numerador de números, o lo que era terriblemente lo mismo, un número entre los numeradores.

Esa misma tarde, se puso el abrigo —ya iba siendo otoño en el París terrible de la felicidad— cerró lentamente la puerta del despacho y —sí, eso mismo, lo sospechable— no volvió jamás. En su caso, no rindió fruto el famoso argumento: si tú te vas, otro lo puede hacer peor.

Es posible que entre el filósofo francés y usted, señor lector, exista esto en común: ninguno sabe quién es Abel Gonzalos. Esto lo estoy escribiendo el miércoles y acabo de hacer una pequeña encuesta, por eso lo digo. Espero que usted que me está leyendo en

domingo no haya tenido tiempo de enterarse a causa de lo peor, porque la desgracia suele acarrear notoriedad.

Bien, Abel Gonzalos es ese obrero despedido de la Corpac que se ha declarado en huelga de hambre. Claro, esto último sí lo sabía, pero, desde luego, no tenía por qué acordarse del nombre. A nosotros nos pasa lo mismo. En la página donde va la información sobre Abel Gonzalos se pone arriba un número, y a un costado, las indicaciones tipográficas. Lo mismo sucede con la foto: al dorso de la imagen, va el número y la clasificación.

Abel Gonzalos tuvo también un número en la solicitud que presentó en la Corpac. Pretende su reposición en el puesto que venía ocupando. Lo mismo con su papeleo en el Ministerio de Trabajo, etcétera.

El miércoles pasado Abel Gonzalos cumplió 39 días en huelga de hambre. Dos días antes inició huelga seca. Abel Gonzalos tiene un brazo de menos, una madre de 65 años y —tenía— una esposa que ya no está. Francamente si su despido fue injusto —y sí señores, fue injusto— es algo que ya no tiene la menor importancia. Hoy, por hoy, Abel Gonzáles pesa trenita y dos kilos y le estalla la cabeza. No se ha reportado ninguna jaqueca en las altas esferas de la administración de nuestro aeropuerto nacional.

Ahora es domingo, no sé que habrá pasado entre el miércoles y hoy. En fin, feliz domingo, señores lectores.

## Los goles de Pantel

La mejor escena del partido Polonia - Perú fue la protagonizada por el señor Presidente de la República: al tercer gol, se levantó y se fue como indicando que no solo en política se puede estar de espaldas al país. La televisión se rompía de goles poloneses y el presidente dijo algo así como qué horror. Después, naturalmente, los periódicos y los comentaristas dijeron lo que tenían que decir.

Pero. . .

Cuando ya estaban tirados todos los ejemplares llegó un cable que ya no se pudo publicar, por los horarios de cierras de edición: el control antidoping efectuado a los polacos, había resultado positivo o sea negativo para los polacos. . . y positivo para ¡A-ri-ba Perú!

Así que esa mañana los diarios no lo pudieron publicar y salieron, lo mismo que los genios de la televisión, con los lamentos normales y el qué horror que se podía esperar desde el presidente hasta el portero.

Pero al día siguiente. . .

Al día siguiente A-ri-ba- Pe-rú! ya estaba en la segunda rueda. Y entonces todo volvió a la normalidad. Entrevistado el señor presidente en torno al triunfo peruano, declaró: "Efectivamente, ya decíamos nosotros que algo raro debía ocurrir. Y ahora, con profunda satisfacción debemos destacar la gallarda actitud de los muchachos peruanos que, a pesar de todas las adversidades, entregaron lo mejor de sus esfuerzos en la defensa de nuestros colores".

El hondo significado del triunfo nacional fue también destacado por el canal de televisión que, con hondo esfuerzo económico, había logrado "repatriar" a las estrellas que, en esa tarde gloriosa de La Coruña, asombraron al mundo. Como luego del control antidoping el reglamentó marcaba 2 - 0 a favor de "A-ri-ba...", un conocido comentarista de la televisión presentó los "goles de Cubillas".

Dicho sea de paso, el triunfo venía a dar la razón a los comentaristas de la patriótica Pantel: como a todos consta, durante el partido con los polacos, los comentarios y las narraciones estaban sólo aparentemente equivocados. En realidad, estaban narrando el partido verdadero, el partido profundo que, como todos se darían cuenta después, venía ganando ampliamente Perú.

Por su parte, el diario *El Peruano* destacó, mediante sesudo editorial, las conexiones entre el triunfo y el retomo al sistema democrático. Con la democracia, llegaron los goles, dijo también el otro diario oficial y añadió: "los sistemas totalitarios necesitan drogas, nosotros. ¡puro corazón!".

No les voy a decir lo que dijo nuestro diario, porque uno no tiene por qué estar diciendo lo que dijeron todos los diarios. A nivel popular, fue una explosión de incontrolada alegría. Había sido un mal sueño y nos despertamos clasificados para la segunda rueda del mundial. Larguísimas caravanas de automóviles bocinearon incansablemente, en la piletta de Miraflores se registraron los desórdenes de rigor, la industria cervecera batía nuevos récords de ventas y los ingleses se desesperarían por

contratar a Julio César Uribe, que, como se acababa de demostrar, había realizado uno de los mejores partidos de su vida.

De nuevo, fuimos felices. Superamos así el trauma de Berlín 1936. En esa ocasión perdimos el triunfo en una mesa racista, ahora lo reconquistábamos en una orina fríamente analizada. Dios volvía al seno de la patela de la que habían pretendido alejarlo los brujos de Camerún.

Como se sabe, todo lo que viene después del "pero..." de las primeras líneas, no es verdad. Pero pudo serlo.

Más allá de los cambios equivocados —y otras razones igualmente importantes— creo que el que aquello pudo suceder, es la clave del cinco a uno que se encargó de hacemos despertar.

## ¿Podrá suceder?

Tenía que ser Jack Lemmon el que hiciera el papel de papá en *Missing* o *Desaparecido*, que es, seguramente, la película que ustedes han visto o quieren ver.

Tenía que ser Jack Lemmon porque solamente él —el mejor actor— podía sentir dolor de estómago —o, si se quiere, vacío péptico— mientras recorría su habitación del hotel de Santiago y se iba dando cuenta que todo se acabó. El episodio es brevísimo pero significativo. Coincide justamente con el momento en que a todos nosotros se nos produce el mismo y significativo vacío estomacal - existencial del caso.

A estas alturas, voy a introducir una anécdota relacionada con Jack Lemmon y el escritor argentino Ernesto Sábato que se me quedó a la hora de publicar la entrevista con Sábato. En el aeropuerto de Buenos Aires, Sábato se disponía a una tensa espera para abordar su avión. La espera era tensa y Sábato estaba tenso ante la perspectiva de un largo vuelo. Un largo vuelo lleno de pasajeros en largas filas llenas de asientos no tan largos pero igualmente propicios para producirle la respectiva tensión a don Ernesto Sábato. ¿Qué hacer?, se preguntaba Sábato.

Yo, que no viajaba, que estaba en tierra y que no estaba tan tenso, le dije: "Bueno, puede usted ver el cine del avión" "¿Cine del avión?", dijo Sábato. "¿Cómo voy a ver cine en un avión?" Y entonces yo —y me acabo de dar cuenta de mi ego porque me estoy poniendo como el trome de todas estas anécdotas— miré el aviso de la película en el mostrador de la compañía aérea, me iluminé —que es como se decía antiguamente—, y le dije: "Pero, ojo, señor Sábato, ojo, don Ernesto, esta película, esta película es con Jack Lemmon". "¡Jack Lemmon!", dijo Sábato. "¡Jack Lemmon!". Y añadió: " ¡Aah, si es con Jack Lemmon entonces me salvé!"

Obviamente, la película del avión no era *Desaparecido*, pero era con Jack Lemmon y entonces don Ernesto Sábato se salvó.

Esta anécdota no la conoce el señor Jack Lemmon ni la leerá el señor Ernesto Sábato. De manera que éste es mi obsequio de hoy para ustedes, inteligentes y curiosos lectores: ya han leído ustedes algo que el señor Jack Lemmon, muy importante, no sabe y que el señor Ernesto Sábato, muy importante, no leerá.

Y es que, ¿cómo no identificarse con el amigo Jack Lemmon actuando en *Desaparecido*? Sea usted o no padre de familia, no cabe duda que le gustaría ser un padre como Jack Lemmon o, en su condición de hijo, le gustaría ser buscado por un padre como Jack Lemmon. Lógicamente, en cualquiera de los casos el precio es sufrir.

A estas alturas del artículo, la cosa se está poniendo más o menos, parece, a la altura de las patas de gallo —tanto las patas de gallo propiamente dichas, como las comisuras de la boca— de Jane Fonda en un primer plano de *La laguna dorada*, que es una película que nada tiene que ver pero que de todas maneras menciono acá, porque para mí que hay una estrecha conexión entre Jane Fonda —la mejor— y Jack Lemmon.

Volviendo al tema, lo grave del caso es que Jack Lemmon nunca creyó que esas cosas pudieran suceder, es decir, que en algún país del mundo las cosas pudieran ser así y que allí también pudiera encontrarse la misma cerveza en lata que él tomaba en Nueva

York pero gracias a que su hijo estuviera desaparecido. Aparentemente no había ninguna conexión, pero sí había. Lo terrible de ser padre, entre otras cosas, es que, con mucha frecuencia, el hijo puede estar relacionado con las cosas más terribles y más insólitas y que el hijo, siempre tiene que ver con todo.

Otra de las grandes preguntas es la de si eso que vemos en la pantalla también podría suceder en nuestra querida patria. No en tan gran escala, pero, ojo, a veces ha sucedido.

Saliendo del cine alguien me dio una respuesta que no sé hasta ahora cómo interpretar, pero que de todas maneras transmito porque no siempre es obligatorio escribir únicamente sobre lo que uno puede interpretar. La respuesta fue la siguiente: "No, esto acá no puede suceder. Acá nadie se atrevería a secuestrar a un ciudadano norteamericano".

## El Rochabus de la victoria

Confieso que cometí el crimen de no ver el partido. Me refiero al de la hazaña Perú - Japón y no a los siguientes que ustedes al leerme, ya habrán terminado de ver.

Bueno, no vi el partido. O sea, yo era un marciano pero menos bueno y menos inteligente, por supuesto, que los marcianos de *Crónicas marcianas* del amigo Ray Bradbury, que es un autor del que no se puede hablar sino bien.

Aunque no vi el partido, sí escuché unos ligeros bocinazos. Yo estaba en Marte pero de todas maneras algo me llegaba de los bocinazos terráqueos. Los bocinazos eran como trompetas bíblicas pero con sordina y con la ronquera del caso repetían Perú-Perú-Perú.

Los bocinazos debían servir para bajarme de Marte y hacerme comprender lo sucedido pero yo estaba discutiendo los problemas de la Alianza Atlántica y no pudo ser. Alguien, en plena discusión, se acordó de Perú - Japón eran socios de la Alianza Atlántica es, como se sabe, muy brumoso y razón tenían los antecesores de Colón al no querer meterse en sus honduras.

Pero yo sí.

Y entonces los bocinazos eran bocinazos de la noche, tocamiento de borrachines y nada más para mí, durante la noche de la hazaña que yo me perdí. Algunas veces las hazañas suceden, uno se pierde las hazañas por dormir, estar en el baño o nimiedades por el estilo y ahí es que uno pierde el carro de la historia.

En el caso, los carros de los bocinazos eran los carros de la historia.

La historia del Perú correteaba por la net de la hazaña hacia el campo japonés, el espíritu del maestro Akira Kato —no desmerezco al señor Man Bok Park, por supuesto, pero Akira Kato fue el primero —el espíritu del maestro, digo—, se había metido dentro de la pelota y a cada rato regresaba a su patria del sol naciente y cada regreso era punto-para-Perú.

Todos volvían al lugar en que nacieron y, de paso, ganaba Perú.

Cuando *Manguera Villanueva* o mi ilustre tocayo Lavallo disparaban al arco, el arquero, mientras se iba convirtiendo en un ciudadano asustado, escuchaba algo así como "agárrame esa flor" y la flor-pelota era una flor invisible con el aroma de todas las primaveras futbolísticamente concentradas en el césped soleado de las tristes olimpiadas de Berlín.

La flor de la canela del Perú contemporáneo se llama, señores, Cecilia Tait. Y a diferencia de las malas suertes del ser nacional, las mujeres ganan los partidos. Es precisamente lo que hace que el poeta *Balo Sánchez León* diga que las mujeres son superiores a los hombres en el Perú. Más que feminismo, esto es voleibolismo, un juego de altura en un país en que más bien solemos mirar a los suelos en lugar de a los cielos.

Y la cosa es que cada pelota peruana que pasa la net, que es el purgatorio, se encuentra más cerca de Dios, que no necesita ser peruano para que le ganemos al Japón.

Como me perdí la hazaña y los cláxones no me sonaban a nada, recién me percaté de que algo excepcional había ocurrido cuando contemplé a un rochabús instalado frente a las vitrinas del Haití de Miraflores.

Cuando hay rochabús en Miraflores es porque hay algarabía, es decir, porque gana Perú. Sin embargo, cuando hay rochabús frente a San Marcos o frente a la Plaza Dos de Mayo, pierde Perú. No siempre, entonces, hay rochabús de las victorias. Pero esta vez sí, vaya uno a saber por qué, en esos momentos uno pierde los papeles y llega a pensar que la máquina escupidora, también merece unas palmaditas de felicitación.

## En aquel tren

Exclusivo para usted, amigo lector, lo que viene es una anécdota de viaje en tren que es como se viajaba en la antigüedad, es decir en 1977.

Con el tema de las elecciones españolas —usted hoy domingo, ya sabe quién ganó; yo, días antes, solamente sospecho— se me ha venido el tema, porque, precisamente, el viaje es un viaje por media España y media España ha votado por ya sabe usted quién.

Sí, ese mismo.

Todo empezó hacia las tres y media de la tarde de un treinta de diciembre, al norte de la península y hacia el invierno con todos los grados bajo cero. De ahí hasta Miranda del Ebro, que es un entrevero de cruce de trenes, todo fue confort.

Pero, trasbordado a un tren repleto de trabajadores portugueses, repartidos por toda Europa y en regreso de fin de año a su tierra natal, empezó el delirio de una noche en blanco.

El tren reventaba, mi reservación no servía absolutamente para nada. Mi viaje hasta Lisboa —recién ahora digo que iba hasta Lisboa, pero no voy a decirles por qué— fue de pesadilla.

No había más remedio que quedarse parado en el pasillo, al pie de la maleta, blandiendo el paraguas negro y tratando de envolverlo en un abrigo que se aligeraba y se aligeraba con el descenso constante del termómetro.

El vidrio de los ventanales era todo congelación.

La perspectiva de más y más frío y una larga noche sin sueño ni asiento empezó a sumirse en la más absoluta soledad. En efecto, suele ocurrir que cuando uno está solo, empieza a sumirse ahí la más profunda soledad.

Y, sin embargo, no estaba solo.

Junto a la puerta del vagón, me observaba un hombre vestido de blanco. Era la típica chitada del árabe norteafricano, posiblemente un emigrado marroquí de regreso a casa. Después del tren tendría que abordar la nave con la que cruzaría el estrecho de Gibraltar. Como se sabe, la guerra civil española de 1936 comenzó con la invasión de los marroquíes, es decir las tropas marroquíes que Franco capitaneó y que darían lugar a la célebre canción "Los moros que trajo Franco", además naturalmente del también célebre casi millón de muertos.

Pero no quiero desviarme.

Este árabe me sigue mirando, no siente nada de frío a pesar de lo ligero de su vestidura y yo empiezo a sospechar que su verdadero objetivo es la maleta que me acompaña.

¿Racismo? Posiblemente. Pero mientras el tren avanza y yo casi me encuentro en estado de congelación, no, lo que mi vecino sonríe más y más, el frío no le interesa para nada y de su cinturón sobresale el mango de uno de esos cuchillitos curvos de cuyo nombre me acabo de olvidar (Félix Azofra sabe cómo se llama).

¿Cuándo me atacará el moro? ¿Cómo podré defenderme en este estado de congelación? ¿Cómo podría llegar hacia el lejano bar —varios vagones adelante— tomarme un buen coñac, entrar en calor y salvar la vida?

No, no me atrevería a deslizarme hasta el bar. No me atrevería a hacer el ridículo de irme hasta el bar con mi maleta y no me atrevería a dejar la maleta a expensas del ciudadano marroquí.

Hasta que se me acerca el ciudadano marroquí. Se me acerca fríamente, aunque el congelado soy yo. Sonríe cruelmente, se toca el manguito asesino y balbucea: "¿tiene cigarrillo?".

¿Eso era todo?, pensé. Un buen y tímido ciudadano, con dificultades idiomáticas, pidiendo un modesto cigarrillo.

Lógicamente, le di el cigarrillo. Mientras él seguía sonriendo, yo ya pude escaparme hasta el bar. Y fue en el bar, en el lejano bar, que escuché una terrible exclamación. De mi vagón de los sufrimientos provenía un grito angustiado: "¡La maleta, la maleta!"

Corrí, atropellé a turistas que dormitaban en el suelo, deshice a mi paso modestas encomiendas de honrados trabajadores portugueses y llegué.

Allí estaba mi querida maleta. Pero en lugar del árabe, maldecía la puerta del vagón la mujer a la que realmente le habían robado la maleta. El tímido ciudadano y su maleta, habían desaparecido. Volví la cara a la ventana y, entre la escarcha invernal, me pareció distinguir una túnica blanca que se alejaba cargando una humilde maleta. De la parte superior de la túnica sobresalía el humo de un reciente cigarrillo.

Mentiría si dijera que no me sentí aliviado por la desgracia de la desafortunada viajera portuguesa.

Así de cruel es uno cuando tiene frío y cuando —entre el moro y yo— en un vagón de ferrocarril, la guerra civil española estuvo a punto de volver a estallar.

## Más de viaje

Tres de mis cinco lectores me han pedido que este domingo —es decir, hoy— continúe con lo que pedantemente ya se está dando en llamar mis crónicas de viaje.

¿Lo haré o no lo haré? Ya veré.

Como están las cosas, hablar de crónicas de viajes es más hablar de política de lo que a simple vista se pudiera pensar.

Por ejemplo, el hombre ya no viaja.

Es decir, el señor Presidente.

Este frustrado viaje ha estado rodeado de mala suerte. Una especie de la ciudad del sí y de la ciudad del no que acostumbraba recitar Evtuchenko cada vez que venía a Lima. O sea, los que decíamos que el Presidente no debía viajar, sabíamos lo que decíamos. Pero como somos modestos, no hemos dicho que el Presidente no ha viajado porque nosotros dijimos que no viajara, sino por razones de Estado, es decir, del precio de los productos textiles, las cosas de los cuarteles, etcétera.

En fin. Mi tía también me dijo que no viajara en aquel tren de 1977. Pero como yo no soy Presidente, yo sí viajé. El señor embajador de los Estados Unidos lo debe estar pasando bastante mal con este nefasto debut como agente viajero. Según las malas lenguas, como otra clase de agente no lo hace tan mal. No se preocupe, señor embajador, eso le pasa a cualquiera.

El asunto es que, en 1977, yo no almorcé con el señor Frank Ortiz y, sin embargo, sí viajé.

Además del árabe del domingo pasado, me encontré con otro personaje de esos tan interesantes que da pena pensar que uno ya no se los va a volver a encontrar.

Recuerde el lector —como decía García Márquez en sus seriales de los periódicos antes del Premio Nobel pero ya, casi casi, con *Cien Años de Soledad*— que el árabe del tren ya se fue — se escapó— envuelto en su túnica que lo envolvía a la manera de una blanca túnica. Frío —lo que es frío— seguía haciendo y era —como ya también recuerda el lector— en frío helado de congelación.

Si esto fuera película, ahora la cámara debe dejarme a mí y voltear —como yo estoy volteando en este momento, es decir, el penúltimo día del año de 1977— hacia el viejo ciudadano portugués.

El viejo ciudadano portugués, ¿quién era? El viejo ciudadano portugués limpiaba cloacas en el ducado o principado de Luxemburgo. El viejo ciudadano limpiaba las viejas cloacas ducales o principescas y cobraba unos francos coronados que juntaba como quien junta la puerta para que no entre este viento que a mí me está entrando por la mal cerrada ventana del tren congeladora.

Mi amigo —así lo llamo porque comprendí que el frío también es propicio para las amistades— iba encima de su maleta. Iba en cuclillas casi sobre su verde maleta de cartón, rotosa, amarrada, digamos más bien casi ahorcada, con una de esas soguillas que se deshilachan pero que nunca dejan de apretar.

Más que viajar, el viejo como que esperaba, así, sentado sobre su maleta.

"Ehhh...". Así dijo el hombre.

El hombre venía realizando ese viaje desde hace veinte años. Ahí mismo, sobre esa misma maleta y era la misma maleta. El hombre-maleta, veinte años ahorra — gracias a las cloacas de Luxemburgo— para comprarse el terrenito del que su abuelo había sido peón, su padre había sido peón, él había sido peón —hasta que se decidió por lo de las cloacas— y su hijo se había quedado de peón y así toda la saga familiar hasta que la muerte los separe.

Pero, ehhh... —hasta la belleza es tragedia cuando el mundo es así— con la revolución de los claveles había llegado la reforma agraria y con la reforma agraria ¡el terrenito!

Veinte años después, el terrenito gratis, sin necesidad de cloacas.

El próximo año, en el mismo tren, el viaje ciudadano continuaría sentado en la maleta porque así es la vida cuando a veces ya es tarde hasta para la misma felicidad.

## El whisky sin potó

Vamos a soltar algunos chismes de sociedad. La ocasión es propicia y el personaje es Ulloa. Que este hombre es un personaje es algo que ha quedado clarísimo en los últimos días: la renuncia de Ulloa ha gastado mucho más tinta que la renuncia de todo el gabinete.

Monárquicamente, no es que Ulloa diga "el gabinete soy yo", eso sería de poca monta, sino "yo el primero", parafraseando a su amigo Dominguín que hace poco lo ha estado visitando y a quien el premier que fue, colocó frente a las cámaras de televisión cuando todo el mundo esperaba que fuera él el que explicara el porqué de las cosas.

Me explico: preludivando su renuncia, el premier trajo al primero. El torero del premier sirvió para decimos que él, el premier, era el primero.

Pero habíamos dicho que íbamos a lanzar algún chisme social y hasta ahora sólo estamos contando cosas que todo el mundo sabe. Calma, ahora viene.

Cuentan —y esto es algo que no todo el mundo sabe— que Ulloa fue el primero en la moda del whisky displicente en el Perú. La moda del whisky displicente es como sigue.

Hasta antes de Ulloa, en este país cervecero se agarraba el vaso de whisky con la ingenuidad del que agarra un vaso de cerveza, es decir, desde abajo, poniendo los dedos y empuñándolo de la mitad para abajo, para facilitar la ingestión con la cabeza del bebedor inclinada hacia atrás.

Como el whisky se toma normalmente con cubitos de hielo, tal agarradura o empuñadura implicaba la casi congelación de los dedos del bebedor o, en mejor caso, que los dedos del bebiante se cubrieran del rocío exudado por el vaso.

Antropológicamente, podría verse aquí —si quisiéramos entrar en honduras y majaderear a nuestro regalado gusto— una versión de salón de la ancestral chicha nacional: la chica se toma en potó y es nacional que se intente agarrar los vasos por el potó. De hecho, la modalidad potó para agarrar los vasos de whisky era una modalidad recatada y de salón: el vaso se agarraba más bien de la cintura, aunque algunos descolgaban el dedo menique y presionaban la base-potó del vaso.

Ulloa cambió las cosas.

Ulloa, más que empuñar el vaso, lo apretaba con las yemas de sus largos dedos pero no ya desde la cintura-potó sino —he aquí la gran novedad— casi desde la boca del vaso, de manera que el largo índice del que después sería premier tenía una mitad sobre el vidrio y otra sobre el vacío.

Eso, al momento de beber.

Cuando no bebía, ahuecaba la mano, los dedos apretaban hacia abajo y el vaso de whisky colgaba prodigiosamente de los digitales del hombre que sería premier. El vaso de whisky, tornábase entonces litúrgica campanilla: leves movimientos rotatorios originaban el clásico clin-clin de los cubitos de hielo sobre el vidrio del vaso o el vaso de vidrio.

Esto solía ocurrir cuando el hombre que sería premier tomaba asiento, doblaba sus largas extremidades inferiores y, mientras campanilleaba con la mano derecha, con la izquierda acompasaba lentamente sus calmadas palabras. Poco después, el vaso de whisky descansaba sobre la alfombra del salón.

### **¿Cómo no ser el centro de los salones con estas modas y novedades?**

El que sería premier se convirtió en el primero en esto del whisky displicente, como se nos ocurre llamar a la moda del whisky sin poto y sin dedos mojados que él inauguró.

Su estilo whiskero es todo un estilo, el estilo es el hombre, el hombre es la política y así sucesivamente, hasta que el mozo pase de nuevo con la bandeja nacional. Vamos a extrañar al doctor Ulloa, pero no tanto. En el salón de Pizarro, sigue vigente la moda del whisky sin poto.

## Al filo de...

La generación del setenta no es mi generación, —yo soy más bien sesenta tardío— pero es una de esas generaciones a la que a uno le pasan raspando.

Los sesenta tardío se enamoraron de las chicas de la generación del setenta temprano, o sea, frente a esa generación se siente la nostalgia prestada y una pizca de resentimiento. En otras palabras, la relación entre los sesenta tardíos y las setenta tempranas, acabó mal.

La generación del setenta no existe más. En la generación del setenta empezaron a llegar chorros de exiliados del cono sur, marihuana a discreción y las ideas políticas ya se mezclaron francamente con la terapia de grupo. La palta generacional comenzó a entrar en su etapa de madurez. Era una palta madura.

Hace algunos meses asistí a una fiesta de la generación del setenta, pero en 1982.

Ni era una fiesta de antes ni era de ahora. Casi todos los del setenta se habían divorciado y trataban de casarse entre todos al compás de Pedro Navaja. No hubo marihuana. Pero, por su parte, Pedro Navaja había chaveteado a todos los setenta allí presentes y de paso nos había rasguñado a los del sesenta tardío.

No podría decir que era la hora de comprobar, a la manera de subdesarrollados personajes de Balzac, que había llegado el momento de las ilusiones perdidas. La verdad, no es propiamente ilusiones lo que tuvo la generación del setenta: ya estaba contagiada del escepticismo que de alguna manera nosotros le habíamos enseñado. Si algún manifiesto generacional corresponde a los setenta, es precisamente el del escepticismo. Los jóvenes del setenta inauguraron en el Perú el escepticismo temprano, juvenil, casi infantil. La originalidad de esta generación consiste en haber prolongado la adolescencia más de lo normal y haberla combinado con un escepticismo anormal, que normalmente no corresponde a la adolescencia. Por supuesto, estamos hablando de esa cosa que llamamos clase media, lo cual no es ningún defecto porque esa es nuestra clase y aquí nadie está haciendo un tratado de sociología nacional, ni siquiera un tratado.

Esto es lo que sucede cuando hablamos de nosotros mismos y cuando usamos al humor —que es la otra cara del escepticismo— para hacer la crítica debida a todas estas cosas.

Es así que se ha fabricado "El que se fue a Barranco que, como ustedes saben, perdió su banco". Perder el banco no es algo privativo del señor Luis León Rup. Hay generaciones que pierden su banco y que son desbancadas.

Otros perdemos el banco de relancina, no porque el banco haya sido nuestro sino porque se nos ocurrió sentarnos al filo, al borde del abismo, esperando que los otros, de los que el banco sí es, hicieran el debido contrapeso. Y todos nos caímos al suelo.

Chicas del Belén, chicos de La Inmaculada y del Champagnat, pintores en ciernes que siguieron en ciernes, partidarias del amor libre que nunca hicieron el amor libremente o que nunca hicieron el amor, en el fondo son todos inquilinos de una misma pensión que se cae a pedazos con la que intentaron remedar el estudio de París porque certificando a

Sebastián Salazar Bondy —un hombre de los cincuenta—, París hace rato qué había dejado de ser una fiesta.

Justo a tiempo para que nos capturaran los chilenos, las chilenas, los argentinos y las argentinas que ya estaban de regreso pero con un montón de cadáveres atrás. Perfecto para sentirnos exiliados, perseguidos, solos, incomprendidos a través de otros, es decir, el famoso deporte nacional de vivir prestado.

Siempre hay un exiliado en esa generación, que en el fondo no es sino la proyección del exilio que a esa generación le hubiese gustado tener o del exilio que esa generación, que por algo alquiló un cuartito sin baño, creyó padecer.

A todo esto se refiere "El que se fue a Barranco" y de todo esto me he acordado con la nostalgia —qué peligro en una nostalgia que va adquiriendo un tinte paternal— con la nostalgia, repito, del que ni siquiera pudo llegar a creerse exiliado porque a lo más solo atinó a sentarse al filo del banco y al final encontró que nadie le hizo el contrapeso de ley.

Nostalgias aparte, si alguien cree de vez en cuando en lo que digo hágame caso y vayan a "El que se fue a Barranco", una buena forma de no hacer lo que yo. Es decir, siempre hay que sentarse bien en el banco que a uno le toque, lo cual tampoco garantiza la felicidad, pero es mejor.

## Bosé y las balas sin pérdida

Producto o no de la publicidad, lo cierto es que Miguel Bosé tiene el mérito de dar la cara. Naturalmente, ese es su negocio y aquí nadie va a creer en filantropías. Pero de todas maneras, lo juzgo como un mérito.

Esto de dar la cara es distinto a la clave de su éxito, que no es otra que la de la administración de la ambigüedad. La ambigüedad del hijo del torero —que a todas luces más ama a su mamá— es lo que le permite el éxito en esta época de crisis de identidad intergeneracional.

La ambigüedad del artista conoce varios niveles. Eso es lo que hace que muchos digan hummm delante del televisor mientras él se pasea entre bocanadas escénicas de humo rosado, pero nadie cambia de canal.

A mediados de los sesenta se estudió el caso de Úrsula Andress y de Raquel Welch, pero especialmente el de Úrsula Andress. La conclusión fue la siguiente: el atractivo de la suiza consistía precisamente —no por nada era suiza— en que sus curvas caderas eran sabia —y ambiguamente— neutralizadas por sus anchas espaldas.

Nadie puede decir que la identidad masculina del señor Bosé está sabiamente matizada por su ponerse en escena, además de su puesta en escena. Pero lo importante de todo esto —que viene siendo, pero no debería ser, una especie de comentario artístico que no me compete aunque pensándolo bien no veo por qué no me deba competir, porque aunque ésta no sea la página de espectáculos también es cierto que toda página, en realidad, sí debería ser un espectáculo (¡baaaasta!)— lo importante de todo esto, repito, es que, por su aparente carencia de identidad, el señor Miguel logra que todo el mundo se identifique con sus circunloquios y corcoveos.

Sucede, por otro lado, que a él no le interesa desmentir nada. Más bien, le gusta instalarse en el reino de la sospecha permanente. La canción polémica dedicada al amigo ese —dice su secretaria— es en realidad la añoranza del hermano que nunca pudo tener. Sus desinhibidas declaraciones erótico-libertarias se deben a las premuras exigentes de sus femeninas fans. . . pero. Dadme un pero y moveré el mundo, dice tras su uniforme de paracaidista sudoroso el grácil hijo de Lucía, dirigida otrora por el difunto Vittorio de Sica y ahora dirigiendo su mirada al hombre de los humos rosados tras la pantalla de la televisión.

Frase feliz la de su conferencia de prensa, para un titular feliz de nuestra página veinticuatro: "Soy una bala perdida". Bosé es una bala perdida, pero perfectamente disparada para dar en el blanco, que es generalmente donde llegan las balas perdidas. Porque, como se sabe, las balas casi nunca se pierden. Esto es algo que saben perfectamente los testigos de la matanza —no cabe otro término— de los campesinos de Tarapoto que bloqueaban la carretera Marginal. .

Siete muertos son siempre demasiados, aún en este país de cementerios clandestinos. Naturalmente, de nuevo, nadie es oficialmente responsable, como si todo fuese el desgraciado e inevitable producto de una o varias balas perdidas. La prensa

oficial parece presentar las cosas así: siete agresivos campesinos desarmados atacaron sorpresivamente a siete —o más— inocentes balas policiales que transitaban pacíficamente por los alrededores. No faltaba más.

Otro aspecto singular de la cuestión es el siguiente. Al día siguiente de la masacre, el señor Gobierno dispuso el alza del precio del maíz amarillo puesto en selva (así se llama el motivo de la matanza). Al día siguiente, señores.

Lo que quiere decir que los agitadores tenían razón....después de muertos. Después de todo sigue vigente el "tiene razón pero va preso", que en este caso es que tiene razón, pero después de muerto. La ambigüedad del Gobierno es sublime: da la razón y matan, casi al mismo tiempo. El señor Bosé es más coherente y más inofensivo.

## Rumbo a los luceros

Contar esta historia me va atraer algún problema, tal vez. Bueno, en realidad no es tanto una historia como una impresión, una sensación, es decir eso. A quien mejor le he escuchado decir lo que quiero decir es a una jovencita barranquina. La cosa fue así: todos estábamos esperando para pedir el pan con lechón o pavo, esas son las dos únicas posibilidades. El tipo del mostrador, atareadísimo, miró a la jovencita barranquina y le dijo ¿sí? Y entonces ella como que se pasmó, lo miró con susto y le respondió: "deme un sánguche de. . . o sea ... o sea. . .deme o sea". "¿De pavo o de lechón?", le replicaron. Y entonces ella como que se decidió y —aunque siguió con los ojos asustados— repuso: o sea. . . sí. Pero no nos desviemos. Lo que escribo a continuación está como sugerido por Luis Peirano, que también es de mi promocito del colegio.

También es de mi promoción. El banderín de mi promoción —una gran promoción— tenía la inscripción "rumbo a los luceros", una cosa muy española —muy *Mamá cumple cien años*, por decir algo de actualidad, unos años después del primer satélite artificial. Todo esto, en 1963. Ya hablaremos más del colegio en otra oportunidad. Ahora un poco nada más.

Lo que sucede es que me ha venido como una rafagada de promoción y escolaridad apasionada hoy lunes que escribo estos no versos.

Sí, sí voy a explicar el motivo. Va.

En dos revistas de lunes han salido dos de mis compañeros de promoción. Compleja mi promoción, interesante. En una de las revistas aparece mi compañero de promoción que es secretario del señor Presidente de la República. En la otra, mi compañero de promoción que, según la revista, es el número dos de Sendero Luminoso. Los dos, mis compañeros de promoción.

Ahora no quiero hacer la cosa fácil, manida y barata tipo "vidas paralelas" o la novela tipo "Dios los junta y ellos se separan", temas ambos para lo que daría la situación. Tampoco quiero hacer de esto un resumen de un capítulo de la lucha de clases, tema árido, además, por tratarse de dos de mis compañeros de clase, y denle ustedes a esta última palabra "clase" la acepción que les dé la gana, porque ello me tiene sin cuidado. Salvo que en este país pasen cosas muy especiales, considero algo menos que probable que los tres podamos volver a reunirnos en algún nuevo almuerzo o comida de promoción. Ahora ustedes, agudos lectores, se encuentran en capacidad de darme un golpe bajo y decirme algo así como: "pero es más probable que tú sí puedas volver a almorzar con el secretario del Presidente de la República que con el otro". ¿Qué quieren que les diga, maliciosos lectores? ¿Touché? Sí, tal vez touché. Pero tampoco me confundan, por favor, en este caso, con la barranquinita desconcertada que al final no tuvo ni pavo ni lechón, sino solamente el "o sea", que es como la náusea sartreana, pero en Lima, Perú.

¿Qué pasó con mi promoción? Todo esto es muy nostálgico, comprendo, pero no tiene nada de apenado o tristón. Simplemente, pasó que así es la vida y así es el Perú.

Jugábamos en el mismo patio, corríamos hacia la misma barra por los mismos colores y batíamos varios récords como corresponde a toda promoción que se estime. Y la nuestra, francamente, se estimaba un montón. Señores ¡qué promoción!

Como a ti tengo más probabilidades de verte, señor secretario del Presidente de la República, vas a permitir que esta vez le mande un saludo al otro que dónde estará. Además —disculpa que meta la política— como sabes, soy de oposición.

Sospecho que escribo todo esto ahora que de nuevo comienzan los colegios y el Jueves Santo se nos viene encima. Pero este artículo sale el Domingo de Gloria que es, además, el domingo del número cien de “El Caballo Rojo”. O sea que todos son más o menos aniversarios y los aniversarios son así.